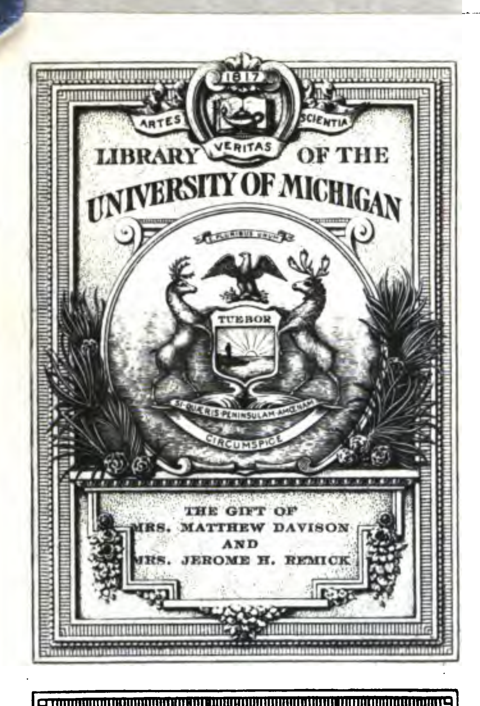

1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUÆRIS PENINSULAM AMŒNAM
CIRCUMSPICE
THE GIFT OF
MRS. MATTHEW DAVISON
AND
MRS. JEROME H. REMICK



LA CASANDRA.

Schneider y Langrand, calle de Erfurth, 1

III. Pag. 61.



La Calprenède, Gaultier de Coste, seigneur de

LA

CASANDRA

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR D. M. BELLOSARTES.

NUEVA EDICION

Adornada con 21 láminas.

PARTE TERCERA.

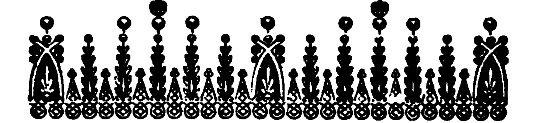
TOMO III.

PARIS, LIBRERIA DE ROSA.

MEJICO, LIBRERIA DE GALVAN.

1841.

1



EL AUTOR Á CASANDRA.

Con vos hablo, mi querida Casandra, segun el ejemplo que me ha dado en una conversacion semejante uno de los espíritus mas sublimes que hemos tenido en nuestros siglos: y por el derecho que tengo á esta segunda vida que me debeis, me tomo la libertad de hablaros francamente. Mas animosa os contemplo ahora que lo estuvisteis en aquel tiempo, en el que por el mandamiento de Calista, os espusisteis en vuestra primera salida: y la cortesía que ha-

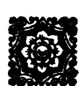
beis hallado entre los Franceses os hace esperar en esta tercera visita el mismo acogimiento que habeis tenido en las precedentes. Es verdad, si es que lo puedo decir sin ofender vuestra modestia, que han hallado en vos alguna cosa amable, y han creido á vuestro favor, que para haberos criado en vuestros primeros años bastante lejos de su corte, habeis aprendido á hablar muy bien su lengua, y á contar con mucha gracia vuestros sucesos. Sí, mi querida Casandra, hay muchos que os esperan, y la misma Calista, cuya voluntad es ley, tiene ganas de volver á veros, y me pide vuestra vuelta con el poder que tiene sobre mí. Obedezcamosla, Princesa mia, y presentaos delante de ella, pues nos los ha mandado espresamente. Ella os recibirá con aquella bondad generosa, que unida á otras bellas prendas, la hace estimar de todo el mundo, y á mí me proporcionará otros tantos rivales cuantos son los genios capaces de elevar sus pensamientos á una cosa grande. Ella os verá con aquellos ojos que abrasan á todos, menos á vos, y vos lo mirareis, aun-

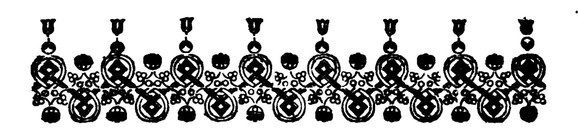
que con envidia y pasmo, á lo menos sin temor de recibir como nosotros heridas incurables. Presentaos, pues, con seguridad delante de ella, y para esto no os olvideis de vuestros antiguos adornos: y puesto que el deseo de agradar á Calista os puede muy bien escusar, buscad en el arte lo que os puede haber negado la naturaleza. Procurad suavizar á su lado lo que en esta tercera visita podeis tener de altanera: representadla que aunque seais mas guerrera que lo ordinario, no sois menos sociable; y que no os inclinareis tanto á los golpes y á la sangre que se derrama, que no os deje lugar á entretenerla con algunos sucesos mas amorosos y mas divertidos. Tened cuidado, si es de vuestro gusto, de escusarme con ella, y si estraña que habiéndome ceñido hasta aquí á una verosimilitud, me tome la licencia de pintar algunos hechos particulares, y que en lugar de seguir á Plutarco, á Quinto Curcio, á Justino y á otros autores de quienes he sacado los fundamentos de vuestra historia, haga marchar mis heroes á un combate de una manera un poco mas aco-

modada á Homero, á Virgilio, á Taso y á otros Escritores de esta naturaleza que han hermoseado la verdad con algunos adornos mas agradables, y que inclinan á una apariencia mas regular y mas rigorosa; decidla á mi favor que habiendo juntado tantos hombres grandes y famosos en la antigüedad por vuestra querella, y tan célebres por su valor con todos los autores que han escrito la historia de sus siglos, me he querido dispensar de esta severidad en gracia suya, y he creido que podia, divirtiéndome yo mismo con esta suerte de relacion, manifestar alguna cosa de esta guerrera valiente que los ha hecho conocer á todo el mundo. Por otra parte, nuestra narracion está mas unida á las acciones particulares de nuestros heroes, que á las de las naciones enteras, y en nuestras batallas mas buscamos la reputacion de Oroondates y de Arsaces que la de los Persas, Medos y Macedonios en general, sin que por eso los señalemos con hechos imposibles, ni con invenciones estravagantes. Todavía hallareis otras muchas razones para mi justificacion, pero yo os dejo el

cuidado, mi querida Casandra, y os dejo entre los brazos de Calista, puesto que otras ocupaciones me obligan á retirarme. Ciertamente yo no os podia presentar un solar mas glorioso y mas seguro, en tanto que me fué preciso marchar por el mundo para ver aquello mismo que os he pintado en el papel: pero por esta seguridad que os doy, volvedme, Princesa mia, una parte de todo lo que he hecho por vos. Y supuesto que dejándoos, me aparto tambien de Calista, procurad conservarme en su memoria, como yo os he vuelto á poner en la de los hombres, entre los cuales ya habia dos mil años que estabais olvidada. En agradecimiento, mi querida Casandra, os prometo que ni la variedad de ejercicios, ni las fatigas, ni los peligros me impedirán pensar en vos, y que si permite el cielo que escape de los unos y los otros, no volveré á ver á Calista sin traerla señales de la memoria que habré tenido de vos. Por la presencia de los objetos formaré la idea que necesito para la conclusion de vuestra historia, y el plan del sitio de Babilonia sobre el de Gravelina.

Este rasgo se me ha escapado acaso contra la modestia, pero es preciso perdonar á mi nacion, y al deseo que tengo de hallar en la declaracion de mi oficio la escusa de muchas faltas que acaso no se pueden perdonar á un Doctor, y á un hombre de otra profesion que la mia.





LA CASANDRA.

PARTE TERCERA.

LIBRO PRIMERO.

Habiendo la princesa Berenice, y la bella reina de las Amazonas concedido una gran parte de la noche á la relacion de la afligida Alcione, pasáron las últimas horas de aquella, y las primeras del dia siguiente en un tranquilo sueño. Berenice, cuyos pensamientos aunque mas delicados, y cuyos cuidados, aunque menos violentos que los de Talestris, eran mas recientes, dispertó la primera; y abriendo la cortina de la cama, vió en su cuarto á Alcione y á Hipólita

que esperaban á que dispertasen las Princesas para saludarlas. La gracia y la cualidad de Alcione habian introducido en el ánimo de Berenice un deseo de interesarse en su fortuna, y recibirla en el lugar de aquellas que habia perdido, y á quienes otras veces habia confiado sus mas importantes y escondidos secretos. Luego que la vió, la mandó que se acercase á la cama, y con palabras muy atentas la dió muestras de su afecto, halagándola con unos modos capaces de ablandar aun las almas mas salvages. En tanto que hablaban dispertó Talestris; pero conociendo Berenice que gustaria de dormir un rato mas, no quiso incomodarla, y habiéndose vestido con asistencia de las dos, se salió con ellas del cuarto. El primer cuidado de Berenice fué hacer llamar á Araxes para saber como lo habia pasado el Príncipe su hermano; y habiéndola respondido que bien, y que todavía estaba durmiendo, no quiso interrumpirle el sueño, y bajando la escalera con las dos, se fué al bosque para pasearse á la orilla del rio. Allí preguntó á Hipólita sobre los sucesos de su Señora, y acabó de saber algunas cosas que acaso dejó de contar la reina por olvido: y allí mismo ratificó á Alcione en las primeras promesas de su amor, con que la ganó el ánimo, no solo con las ofertas que la hizo, sino tam-

bien con aquel dulce atractivo que tenia en todas sus acciones.

En esto estaban cuando vieron salir del bosque una litera comboyada de algunos hombres á caballo, que siguiendo el camino real de la ciudad, precisamente habian de pasar cerca de ellas. Era tal el estado en que entonces se hallaba Berenice, que temiendo algun encuentro queria volver la espalda; pero mas curiosas las otras la persuadieron á que se detuviera, asegurándola que estas personas caminaban de manera y con tal eqüipage que no daban á entender ninguna mala intencion. Esperó en fin á que pasasen, habiéndose cubierto el rostro con un velo, por el cual sin privarse de la vista de cualquier objeto, podia ver, sin ser conocida, á los que pasaban: retirándose no obstante junto á unos árboles quince ó veinte pasos del camino. Pero por cuanto la litera iba muy poco á poco, y estaba abierta por el lado hácia donde ellas estaban, no impidió la distancia el conocer á la persona que iba dentro. Era este un hombre de presencia tan gallarda, que apenas se hallaria igual en el mundo, y aunque la enfermedad y las heridas le habian desfigurado mucha parte en el rostro, como Berenice tenia su imagen tan presente en la memoria, no pudo menos de conocerle; por lo

que sorprendida con esta vista, y mudando en un instante dos ó tres veces de color, se dejó caer en los brazos de Alcione privada enteramente de sentidos.

Viendo las dos esta novedad, la quitaron el velo del rostro, y leyendo en semejante mudanza las señales de una conmocion muy poderosa, la preguntaron la causa. Estaba tan turbada Berenice, que permaneció sin volver en sí un gran rato; pero luego que se recobró alguna cosa, antes de responder puso los ojos en el camino que llevaba la litera, y viéndola tan cerca, que como caminaba tan despacio podia alcanzarla, se volvió á ellas, y las dijo: — Es preciso que yo vea aquel hombre que va en la litera: venid conmigo, si gustais, ó Alcione; y vos, Hipólita, volveos á casa con vuestra Señora, y decid al Príncipe mi hermano que este encuentro me aleja de él por pocos momentos, que le suplico no se inquiete, pues volveré muy presto con unas noticias que me escusarán: — Y dicho esto descansando en los brazos de Alcione, que se dió por muy contenta con servirla y acompañarla, marchó siguiendo las huellas de los caballos.

Queria Hipólita acompañarlas, pero la escusó Berenice de tal modo, que creyendo la hacia sospechosa su instancia, no se empeñó en ello,

y por obedecerla tomó el camino de la casa. Cuando entró Hipólita ya habian dispertado Oroondates y Talestris; pero antes quiso ver á su Señora que dar á Oroondates el recado encomendado. Quedó sorprendida la Reina con la marcha de Berenice, y como la amaba tanto, quiso interesarse en lo que la podia suceder. Luego que se vistió quiso ella en persona hacer saber á Oroondates la noticia, haciendo que Hipólita contase nuevamente en su presencia todo lo que habia sucedido; con lo que quedó en una grande maravilla, y con una estrañísima confusion por la marcha tan repentina de una hermana á quien amaba tan tiernamente, y en un tiempo que él no la podia seguir: en efecto aunque se afligió en estremo, pero se consoló con las palabras de Hipólita, y esperó con la vuelta oir alguna cosa buena, con lo que llevó con paciencia la marcha.

Habiendo, pues, revuelto en su ánimo esta novedad, buscando la verdad vanamente, y mostrando con las mudanzas de su rostro, y con un silencio lleno de confusion la variedad de sus pensamientos; volviéndose á la Reina, — Yo dejo, esclamó, á los dioses inmortales el cuidado de lo que desde hoy en adelante me podrá suceder, pues en el estado á que estan reducidos mis propios intereses, seria locura

encomendar á otra providencia que á la divina los de Berenice. Ella hizo un milagro en su favor, cuando me envió á socorrerla ; con que no será ahora menos poderosa, ni se abreviará su proteccion para con ella.

— Yo voy, dijo la Reina, á seguirla, y no abandonaré esta empresa hasta tanto que no haya hecho todos mis esfuerzos para asistirla, ya que vuestra indisposicion no lo permite.

Dicho esto pidió armas y caballos, y aunque Oroondates, usando de toda su atencion intentó detenerla, no fué posible apartarla de esta resolucion, y haciéndose armar en su presencia, luego que los caballos estuvieron á punto, se despidió de él, y conduciendo consigo á Hipólita, con las señas de esta siguió los vestigios de Berenice.

Quedando solo Oroondates en su cuarto, hizo una larga reflexion sobre los acontecimientos de su vida pasada, como tambien de su estado presente; y deteniéndose en estos últimos, apenas pensó en la vida de su Princesa, que se le representó su infidelidad. Este duro freno, que el rigor de sus destinos habian puesto á su gozo, le detenia con crueldad estraña; y esta indigna memoria ponia una confusion en su alma que apenas le dejaba libre la razon. — ¡ Ah ! decia él en la violencia de este pensamiento, ah, in-



digna hija de Darío, indigna hermana de Artajerjes, indigna esposa de Alejandro, y si yo mismo me atrevo á decirlo, indigna Señora de Oroondates, ¿debias tú dar á tan bellas acciones un fin tan vergonzoso? ¿Os habeis defendido acaso con tanta virtud de las persecuciones tan justas como las mias, para caer con tanta ligereza en favor de un nuevo amante? Pero sin duda me engaño, proseguia, pues este amor no es tan nuevo, ni reciente como lo habia creido, pues ya empezaba á nacer antes que yo partiese de Susa. Él fué sin duda el que ocasionó aquella repentina mudanza con que os arrepentisteis en un momento de aquellos honestos favores que me concedisteis, y que arrancó en fin de vuestra boca aquella cruel despedida que me hicisteis con tanta inhumanidad. Aunque los servicios que os habia hecho merecian aquellos favores recibidos, y este rival no pudiese sufrir mi inocencia y felicidad moderada, fué preciso mi destierro por complacerle; y este nuevo amor os endureció el corazon, y os permitió verme pasmado y moribundo á vuestros pies sin darme la mas mínima señal de compasion. ¡Ah, memoria! ¿Cómo me has abandonado tanto tiempo? ¿Y cómo he tardado yo tanto en conocer que un primer afecto cimentado con tantos servicios y obligaciones

no podia destruirse sino con un segundo? Si así es, ó Estatira, como lo es sin duda, vos sois mas culpable y menos digna de estimacion de lo que habia creido : y durante la vida de un marido tan ilustre no debiais admitir otro amor, pues tuvisteis tantas razones para defenderos del mio.

Así discurria á la violencia de su resentimiento; pero poco despues cayendo en otros pensamientos diferentes, — ¿ es posible, decia, que yo acuse con tanta precipitacion de infidelidad á quien acaso no estará en el mundo? Yo no tengo de su vida mas que una ligera seguridad, y debo á lo menos estar cierto de que vive para estarlo tambien de que es infiel. Estoy á tal estremo reducido que es preciso asentir, ó á que Estatira no vive, ó á que Estatira no me ama.

Así hubiera pasado lo que faltaba del dia sumergido en estos melancólicos pensamientos, si no le hubiera distraido Araxes, que entró en el cuarto llevando de la mano á una dama. Oroondates hizo como que queria conocerla, y luego que se acercó á la cama, y puso con cuidado los ojos en su rostro, no dudó que era Cleone, la querida y fiel confidente de su Princesa, que la habia acompañado en sus primeras y últimas aventuras. El arribo repentino de aquella á

quien habia tenido por muerta, y la memoria de los buenos oficios que habia hecho por él, le sacaron las lágrimas de los ojos, impidiéndole enteramente el uso de la voz: mas cuando pudo rehacerse, y se disponia á dar algunas señas de gozo al verla viva, el temor que tuvo de oir de su boca la confirmacion de sus desgracias, suspendió sus pensamientos, dejándole mas confuso que antes.

Cleone mas determinada que él, violentando la severidad de su sexo para recibir las caricias llenas de afecto, que del largo y particular conocimiento que habia entre ella y Oroondates debia prometerse, fué la primera que rompió el silencio, y mientras que el Príncipe la abrazaba tiernamente, — ¿Es cierto, Señor, le dijo, que os acordais de mí?

El Príncipe dando algunas treguas á sus caricias, la respondió: — Cleone querida, jamas perderé la memoria de una cosa que amé tanto, y el dolor que he tenido por mi Princesa no ha ocupado tanto mi alma, que el que he tenido por vos no halle todavía algun lugar. Pero decidme, Cleone, pues habeis resucitado, ¿vive todavía mi Princesa? ¿Qué nuevas me traeis de su vida?

— La Reina vive, respondió Cleone, como no haya muerto de tres dias acá.

— ¡ Oh, dioses ! esclamó el Príncipe, sin permitirla pasar adelante, grandes y poderosos dioses, gracias os doy, como debo, por la vida de mi Princesa, y puesto que con esta seguridad haceis cesar el temor de mi primera desventura, os prometo sufrir la segunda sin quejarme de vosotros.

Su natural generosidad, ó la bondad de su alma le hicieron proferir desde luego estas palabras que pronunció segun los verdaderos movimientos de su espíritu : y ciertamente igualó esta alegría al dolor que habia tenido con la noticia de la muerte de la Princesa ; pero apenas este vivo y legítimo dolor habia salido de su alma, cuando su zelosía, oprimida antes con alguna esclavitud, ocupó todo su lugar, y estendiéndose por todas partes, empezó á reinar sola con tanto imperio que produjo unos efectos tan violentos cual se podian esperar de dos pasiones unidas. Sus pensamientos lúgubres, y sus tiernos sentimientos hicieron lugar á otros pensamientos mas furiosos, y á otros sentimientos mas desesperados ; y en fin esta cruel é imperiosa pasion que se habia establecido con incertidumbre, conociéndose entonces legítimamente fundada, se apoderó de toda su alma con una autoridad absoluta. — No lloremos, pues, á Estatira, decia él : Estatira no tiene necesidad

de nuestras lágrimas, Estatira vive, y Estatira está satisfecha; mas lloremos, y lloremos con lágrimas de sangre al desgraciado y malaventurado Oroondates, á quien los dioses, despues de mil pesares peores que las muertes mas crueles, han salvado de mil peligros estraordinarios para hacerle caer en un fin comparable á las miserias de la vida.

Detenido en esto algunos momentos, se volvió á Cleone, y viéndola muda al lado de su cama, la dijo: — Y bien, Cleone, la Reina vive; mas, ó Cleone, la Reina ya no me ama. Pero poco seria el no amarme, y ligera seria la falta de haberme olvidado, y menos la ingratitud de que podia quejarme; mas amar á otro hombre con perjuicio de lo que me debe, con perjuicio de su fe, y de su propio honor: abandonar á quien todo lo ha abandonado, á quien se ha atrevido á todo, y á quien todo lo ha emprendido por ella para entregarse á un hombre que no la ha hecho sino algun ligero servicio, y para acariciarle en mi presencia contra las leyes de la buena crianza y de la honestidad; esta es una infidelidad, esta es una bajeza, esta es una ligereza indigna de una Princesa de la Persia, y un delito digno de todos los rayos del cielo, y de la abominacion de todo el mundo.

Proferia Oroondates estas palabras con un furor tan grande, que Cleone quedó aturdida sin tener tiempo para abrir la boca en defensa de su Princesa : y viendo el Príncipe que no le respondia; — Ya lo sabia yo, ó Cleone, la dijo, que no tendriais nada que alegar en favor de esta ingrata, vuestro silencio acaba de condenarla; ¿pero cómo podriais negar lo que yo he visto con estos propios ojos? Yo he visto entre sus brazos á este rival dichoso, que no es mas grande, ni mas valiente que yo, y que no tiene sobre mí otra ventaja que la de su fortuna : yo le saqué la sangre con aquella misma espada que ha derramado otra tanta muchas veces en servicio de esta infiel, y si los dioses le han dejado morir en castigo del agravio que me ha hecho, no pretendo valerme mas de esta ventaja, porque ha caido solo por mi venganza, y no por establecer mi fortuna. Ame ella su memoria, puesto que sus despojos no son dignos de mí; y si ella puede amar la vida, despues de haber perdido la suya, espere el fin de la mia, y se acabará de satisfacer.

Estaba el Príncipe tan debil, que no pudo proseguir, y se vió precisado á detenerse, dando tiempo á Cleone para volver en sí misma; y procurando apartarle de aquellos movimientos que podian perjudicar á su salud, tomó la pa-



labra, diciendo: — Señor, yo estaria confusa con las esclamaciones que habeis hecho contra la Reina mi Señora, si no estuviera acostumbrada con ella á oirlas de vuestra boca. Tampoco disculparé la causa que la puede condenar por la mudanza de que la acusais; ni quiero poner en duda aquellas caricias, y aquellos favores que habeis visto con vuestros mismos ojos, y que os dan tanto motivo de quejaros; pero que en el estado en que ella los concedió hubiese procedido contra la honestidad, y la debida crianza, eso será á lo que yo no asentiré. Entre todas las mugeres que han amado la virtud es imposible que haya otra que la haya observado mejor. Si la humana fragilidad, la traicion de vuestros enemigos, las obligaciones poderosas, vuestra ausencia, y la incertidumbre de vuestra vida ha hecho tomar á la Reina algunas resoluciones en perjuicio de lo que os debia, no ha olvidado jamas lo que debia á su honor; y si ella ha concedido á alguno aquellas prerogativas que os ha negado, habrá sido en un tiempo que lo ha podido hacer sin ofensa de su marido, y sin mancha de su reputacion. Dad, Señor, crédito á mis palabras: de todas cuantas mugeres han estado al lado de la Reina, yo sin duda he sido aquella en quien mas ha confiado, y la que mas que otra alguna puede

dar una cuenta mas exacta de sus mas secretos pensamientos. Y con esta misma verdad os puedo jurar por todo lo que reconozco mas sagrado que mientras ella ha estado libre, ó desengañada, ha tenido siempre por vos aquellos sentimientos ventajosos que podiais desear, y aun cuando haya hecho con esta última accion aquello de que os quejais, ó que como decís, os haya abandonado por otro; lo habrá hecho con tanta violencia, ó con tan fuertes razones que no la podreis acusar con justicia.

Queria Cleone proseguir cuando el Príncipe, que la escuchaba con impaciencia, y que no oia en aquel discurso cosa alguna que le pudiese apartar de su opinion, no lo pudo permitir, y la interrumpió, diciendo: — Dejad, Cleone, dejad de alegar escusas á unos delitos que no las tienen; no son mis males tan ligeros que se puedan endulzar con tan leve consuelo, ni es tan corta la pérdida que se pueda recompensar con razones tan débiles. Decid, y lo direis con verdad, que yo servia de estorbo á la Princesa, que la ha cansado mi constancia, y la ha tenido por una persecucion; ó decid sino que ella ha encontrado otra persona mas amable y mas digna de su estimacion. Esto es cuanto podeis decir con mas fundamento á su favor, y os lo concederé todo: y con tal que por última vez

pueda quejarme á ella, y presentarla á sus pies un alma que no le puede quitar su infidelidad, jamas respiraré contra ella.

— Estais tan preocupado, respondió Cleone (si me es lícito decirlo así) y tan poco capaz de escuchar la razon, que no perderé mas tiempo en contrastar vuestra opinion; y para justificar á mi Señora, y haceros confesar á vos mismo que no podeis hablar de ella en esos términos sin nota de ingratitud, me contentaré con contaros sencillamente sus últimas acciones, y haceros una relacion verdadera de todo lo sucedido desde el instante de vuestra separacion. Este es el fin con el que os he andado buscando, y para pediros vuestra ayuda, si os hubiera hallado en perfecta salud; pues ahora mas que nunca necesita de vuestro socorro.

Al decir estas palabras mudó Oroondates de color, y aquella alma que se hallaba en la desesperacion se dejó apoderar de la alegría, cuando la oyó decir que su Princesa tenia necesidad de él, y permitia que le pidiese su socorro. Entonces esclamó : — ¡Ah, Cleone, cuando se trata de servir á Estatira no tengo resentimiento ni heridas que me detengan. Sea ella mil veces mas ingrata, y mil veces mas infiel, si es posible; nada puede dispensar mis juramentos, ni violentar mi inclinacion; yo la

serviré en los brazos mismos de mis rivales hasta la última gota de mi sangre, y emplearé por ella hasta el último momento una vida que siempre ha sido suya. Hablad, os ruego, pues que me tiene impaciente la tardanza, y persuadíos á que os oiré con la mayor quietud, pues aunque ella sea inconstante, no podeis hablar de mi Princesa sin tocarme en lo mas vivo de mi corazon.

Habiéndole puesto Cleone en este estado, acercó mas la silla, en la que á sus ruegos se habia sentado antes, y viendo que no habia en la sala sino Araxes, que no era sospechoso, empezó así.

HISTORIA DE CASANDRA.

Cuando la Reina se vió precisada por las crueles leyes de su deber á desterraros de su presencia para siempre, y á poner un triste fin á unas vistas incompatibles con las severas reglas de su virtud; se sometió á esta dura necesidad con una repugnancia increible, y con un dolor mortal. Pero por mas que se resolvió, y fortificó su constancia con una accion tan animosa, con todo eso mostró unas señas tan vivas de sen-

timiento delante de vos mismo, que no se pudo contener: y aunque la acusasteis de insensible, si hubierais notado su rostro y sus acciones, hubierais visto violentas mutaciones, y alteraciones poderosas en su ordinaria modestia. Y si en vuestra presencia no pudo disimular una parte de sus disgustos, cuando se vió apartada de vos, dió unas señas tan tiernas y tan grandes, que el estado en que os habiamos dejado, no era mas digno de piedad que aquel á que la vimos reducida por tan cruel separacion. Mudóse muchas veces su semblante; y si no perdió todo aquello que tenia de amable, perdió por lo menos desde el primer dia toda aquella alegría que habia podido recobrar, y de allí á poco toda aquella hermosura que la podía haber vuelto desde que mudó de condicion.

En el viage de Babilonia se mantuvo siempre tan afligida y lánguida, que la Reina su madre, la Princesa su hermana, y las demas personas que la amaban sin tasa, se empeñaban en vano en divertirla: y luego que llegó á la ciudad, y que la presencia y amor del Rey su marido la obligaron á una complacencia forzada, esta violencia que se hacia á sí misma para disimular su dolor, la afligió mucho mas, de manera que se alteró visiblemente su salud. Atribuia á sus indisposiciones este defecto; pero aunque cul-

paba al cuerpo, no tenia mas parte que la que recibia con la comunicacion de su alma.

El Rey, que siempre la amó tiernamente, aplicó todo cuanto tenia de magnífico entre la grandeza de sus conquistas para divertir una parte de sus desazones, y toda la Corte, cuyos corazones habia ganado esta Princesa con la bondad y dulzura de su trato, buscaba entre los espectáculos y pompas de alegría los medios de sepultar esta tristeza, en que ella se interesaba, y que la quitaba mucha parte de su belleza; pero todos estos esfuerzos eran inútiles para arrancarla de aquel corazon de que se habia apoderado, y las pompas, los espectáculos, y las diversiones no eran otra cosa mas que nuevas ocasiones para llorar en una situacion que la ponia incapaz de aquellos gustos en que aun las personas mas bajas tienen parte.

Sin embargo ella recibia las caricias del Rey con mucho respeto, y aun para decir la verdad, con mucho amor, y si su presencia no podia borrar del semblante las señas del dolor, á lo menos procuraba disfrazarlas con palabras llenas de dulzura y de reconocimiento, animándose á concederle sin repugnancia cuanto le debia; pero cuando estaba sola, ó sin mas compañía que la mia, desahogaba su corazon con

libertad de una parte de los disgustos que la afligian; pero cuando yo procuraba endulzarla con palabras de consuelo sus pesares; —Déjame, Cleone, me decia, déjame en paz, porque no tengo que dar al pobre Oroondates sino lágrimas: todo lo demas se me ha prohibido, y esta cruel obligacion que me liga, acaso se puede ofender de estas señas inocentes de mi afecto. No lloremos, pues, por Oroondates, porque la misma memoria es delito; lloremos mis propias miserias, y el rigor de mi destino que me arrancan del corazon con violencia lo que querian conservar eternamente mis inclinaciones.

Despues que permaneció con este dolor bastante rato, viéndome acompañarla en el silencio, y en unas acciones tan tristes como las suyas: — ah, Cleone, proseguia, acaso en este mismo instante en que estamos hablando, no vive el pobre Oroondates, y aunque yo no haya merecido que él tenga por mí unos afectos tan violentos que le puedan conducir al sepulcro, con el conocimiento que me ha dado en menores ocasiones, yo puedo creer sin vanidad que me ha amado tanto que pueda haber muerto por mí. Ciertamente no vive Oroondates, á no ser que el despecho y el resentimiento le hayan salvado la vida: y si por estos respira todavía,

no vive sino para aborrecerme, y para detestar mi crueldad.

No pronunciaba la Reina estas, ó semejantes palabras, sin acompañarlas con un diluvio de lágrimas que la quitaban la libertad de proferir otras; mas cuando con el tiempo, y con mi asistencia se aquietaba un poco, andaba buscando razones para justificarse con vos, y librarse de vuestras quejas. — ¿Qué podia yo hacer, decia ella, ó Oroondates, y de qué manera podia conservarme para vos, y mantenerme en vuestra estimacion? ¿Alejandro, á quien todo el mundo erige altares, es un hombre, es un marido de tan poca consideracion, que su esposa, su misma esposa, á quien despues de la caida de su casa ha elevado desde la miseria y cautiverio al trono, y á la primera dignidad del mundo; no le debe dar todo su afecto? Ah, Oroondates, no os quejeis, y si es preciso morir despues de nuestras mutuas pérdidas, muramos ambos juntos antes que hacer manchar mi alma con un vil, y con un injusto arrepentimiento. Esta es una satisfaccion que jamas os he negado; y si todas las que habeis podido esperar de mí me hubieran sido tan fáciles y tan legítimamente permitidas, os hubiera, ó querido Oroondates, satisfecho, y yo no seria, como soy, tan miserable.

Dijo otras muchas cosas que seria largo el referirlas, y vivió de esta suerte mientras el Rey recibia en Babilonia los embajadores de todo el mundo, y la corte estaba tan lucida cual no se habia visto jamas. No pudiendo sufrir la Reina el permanecer en la ciudad, y creyendo hallar en el retiro algun alivio á sus pesares, obligó á sus médicos á representar al Rey que el mudar de aires seria muy del caso para recobrar la salud, y habiendo obtenido no sin grande dificultad la licencia para retirarse al castillo de Calcis por algunos dias, salió de Babilonia acompañada solamente de la Princesa su hermana, que nunca la quiso dejar, de mí, y de algunas damas y criados los mas necesarios.

Apartada la reina de este gran mundo halló verdaderamente alguna dulzura en la soledad; y si la amable y graciosa conversacion de la Princesa su hermana no pudo borrar del todo los pesares que la afligian; á lo menos los suavizó en parte, y la hizo confesar que aunque parecia incapaz de recibir placeres, no la atormentaban con tanta violencia los disgustos. Vos estabais siempre presente en su memoria, y os debo confesar que viéndola un dia con las mismas aflicciones, y con el mismo dolor por vuestra ausencia, que la habia visto otra vez en Babilonia; la lástima (si puedo hablar así) que te-

nia de ella, y de vos, me obligó á proponerla vuestra vuelta, en caso que quisiese consentir, y revocar un decreto, por el cual ella misma se habia condenado á los mayores disgustos; pero esta Princesa me cerró la boca, diciéndome: — es muy justo que yo padezca, puesto que he cometido una falta que merece el castigo que me han enviado los dioses; pero no convengo en que Oroondates vuelva, pues yo sabré sufrir y morir si es necesario, antes que revocar un decreto que solo mi deber ha pronunciado.

Este era el sentir de la Reina, que confirmó tambien su hermana la Princesa Parisatides, á quien habia abierto libremente el corazon, y la que habiéndose mostrado en todas sus acciones, y particularmente en las pretensiones del Príncipe Lisimaco, y de Efestion como un prodigio de sublime virtud, aconsejó á la Reina segun lo habia practicado toda su vida.

Así viviamos en aquella soledad, y en la ignorancia de lo que por otras partes pasaba, en el tiempo en que toda la tierra mudó de aspecto por la muerte del grande Alejandro, á quien la Reina su esposa al tiempo de partir habia hecho inocentemente la última despedida, recibiendo de él los mayores halagos. Yo creo que fué orden espresa que nosotras solas ignorásemos una pérdida en la que estaba in-



teresado todo el mundo, cuando una de las guardias del Rey llegó al castillo con una carta de su Señor.

Queria proseguir Cleone, y hacer saber al Príncipe lo que Lisimaco ya le habia contado; pero Oroondates, que la escuchaba con impaciencia, y que la queria escusar el trabajo de decirle lo que ya sabia, la interrumpió, diciendo: — yo sé muy bien de la manera que fuisteis engañadas, y llevadas delante de la perversa Roxana, y como moristeis en la opinion de los hombres; pero ignoro como pudisteis salvaros, y como la Reina ha vivido despues: y esto es lo que deseo saber de vos sin que os detengais en contar aquellas cosas de que ya tengo noticia.

Con esto abrevió su narracion Cleone, y habiendo confirmado á Oroondates todo lo que sabia, prosiguió así: —Añadiré á lo que se ha sabido por la boca de Tireo que despues que Perdicas hizo entrar á la Reina, á la Princesa su hermana, y á mí en una carroza, en la que tambien entró él con su hermano Alcetas, y uno de los suyos, despues que tomaron el camino de la casa de Roxana, viendo á las pobres Princesas envueltas en llanto, y en una desesperacion que manifestaban su dolor y sus penas, se acercó á la oreja de la Reina, y la dijo con voz

tan sumisa que solo lo pudo oir su hermano, y la Princesa Parisatides, estas palabras : — no temais, Señora ; os quieren perder, pero yo os salvaré aunque sea á costa de mi fortuna, y de mi vida.

Estaban tan aturdidas las Princesas que apenas pudieron entender estas palabras, que eran bastantes, ó para asegurarlas, ó para atemorizarlas mas. Entre tanto se caminó con tanta prisa, que en poco tiempo llegamos á la casa de Roxana. No os diré el recibimiento que dió á la Reina, ni las palabras de esta cruel muger, que no obstante las promesas de Perdicas, bastaban á causar terror mortal á quien amase la vida : mas la Reina, á quien la triste noticia de la muerte del Rey acabó de quitar todo deseo, escuchó sin conmoverse las amenazas, y no esperando ningun buen suceso, siguió á Perdicas y á Alcetas, que nos sacaron de la sala por una pequeña escalera, en tanto que la cruel Roxana se puso al balcon para apacentar sus ojos con el espectáculo que con tanta inhumanidad habia dispuesto.

Trabajó mucho Perdicas en detenerla por el empeño que tenia de bajar al patio; y la parte que tomaba en la muerte de las hijas de Dario era tanta, que no podia, ni creia asegurarse de su muerte si no se ejecutaba en su presencia.



Ya habiamos bajado una parte de la escalera que conducia al suplicio, cuando al pasar por delante de una sala, nos hizo entrar dentro Perdicas, y dejándonos por guardia á su hermano, sacó unas mugeres que custodiaban tres ó cuatro de sus mas confidentes. Estas eran, segun supimos despues, unas esclavas que habia vestido con unos hábitos poco diferentes de los que acostumbraban llevar las Princesas; y habiendo concertado con su hermano, y con aquellos suyos de quien se fiaba mas, como habian de engañar á Roxana, á quien por razones poderosas no podia dejar de obedecer; las habian conducido secretamente á esta sala por unos hombres de quienes estaba muy asegurado. Estas fueron las infelices que bajaron al suplicio, á quienes se las tapó la boca con pañuelos para que sus gritos no descubriesen el engaño, con cuya sangre derramada quedó contenta la inhumana ambicion de Roxana, y engañados sus ojos: es verdad que la oscuridad de la noche, y la distancia contribuyeron mucho; sin embargo de que Roxana no se apartó de la ventana hasta el fin, y á pesar de las muchas antorchas que iluminaban el patio; pero tambien es cierto que en dia claro, y en cualquiera otro lugar no se hubiera logrado la empresa.

Entre tanto permaneciamos nosotras bajo la

custodia de Alcetas, y de algunos hombres de los suyos; y temiendo que el ruido que podriamos hacer no descubriese las Princesas á los enemigos, nos pasaron de este cuarto á otro que estaba mas distante de la escalera. Era tan grande la turbacion en que estábamos, que ni el temor, ni la esperanza pudieron tener lugar en nuestras almas, y estuvimos algun tiempo tan aturdidas, que ni el temor de la muerte, ni el deseo de la vida pudieron producir en nosotras algun efecto.

En esta confusion el dolor de la Reina escedió á todos los demas pensamientos; y acordándose de la noticia que la cruel Roxana la habia dado de la muerte del Rey su esposo, quedó tan sensiblemente penetrada de dolor, que apenas podia sostenerse. Con este motivo se echó sobre una cama que encontró en el cuarto, y sentándonos la Princesa y yo á su lado, comenzó á llorar su pérdida con un arroyo de lágrimas que no tenian otro origen que su vivo y verdadero dolor.

No os ofendereis, Señor, aunque os diga que la Reina tuvo por la muerte de su ilustre marido un dolor tan grande, cual se podia esperar de una Princesa tan virtuosa como ella, y que quedó sumamente afligida; como si aquel afecto se hubiera establecido en su alma desde sus

primeros años, y no se hubiera impedido con la memoria de sus pérdidas, ni con los sentimientos que tenia por vos. Ni el temor de la muerte, de que todavía no creia haber escapado y que tenia presente delante de sus ojos, ni la ruina de sus estados, que la conducia á un manifiesto precipicio, hubieran hallado lugar alguno en su alma; porque estaba tan colmada de las bellas cualidades de este grande hombre que la habian dado los dioses por esposo, que así en esta, como en las demas acciones, dió á entender, que su único interés provenia de un puro y verdadero amor. La Princesa Parisatides, que sentia mas entonces los trabajos de su hermana que los suyos propios, se mostró mas animosa que ella, y empleó todos aquellos buenos oficios que podia esperar de una amistad tan arraigada como la suya.

En esta triste ocupacion estábamos, cuando Alcetas se acercó á la cama, y volviéndose á la Reina, la dijo: — No temais, Señora, ya estamos fuera del mayor peligro, y si observais un poco de silencio, mi hermano y yo os salvaremos, ó pereceremos todos juntos. Roxana ha quedado tan engañada cuanto podiamos desear, y solo esperamos la vuelta de mi hermano para sacaros de aquí, y poneros en lugar seguro. Si quedais descubiertas, aquí tenemos gente á

nuestro mando que os defenderán á todo trance; pero si os podemos salvar sin ruido, nuestra condicion y la vuestra será mejor para todos.

En tanto que Alcetas pronunciaba estas palabras, volviendo el rostro la Reina hácia su lado, en lugar de corresponder á sus ofertas le dijo: — ¿Es verdad, ó Alcetas, que el Rey ha muerto?

— Sí, Señora, respondió Alcetas, y por asegurar el Imperio en el Infante de quien la Reina Roxana está en cinta, ha querido acabar con toda la estirpe de Darío, y con todas las personas que se podian oponer á su cruel dominacion.

— Pero si el Rey ha muerto, replicó la Reina, ¿por qué os oponeis á la voluntad de Roxana? ¿Y por qué alargais una vida en la cual despues de la muerte de tal marido yo no puedo hallar dulzura alguna? Dejad, dejad perecer á estas miserables reliquías de la casa de Darío; y si Roxana está tan sedienta de la sangre de aquellos que en otro tiempo fueron sus Soberanos y Señores, sacrificad á su rabia á esta miserable, que no quiere vivir mas, y salvad solamente á mi hermana. Ella no fué jamas esposa de Alejandro; y aunque haya sido hija de Darío, no se halla en disposicion de recobrar los

estados paternos de los sucesores de vuestro Rey.

La Princesa Parisatides interrumpió á la Reina, diciendo: — No pidais, Señora mia, cosa alguna para mí, pues yo no estimo mi vida mas que á vos: mis pérdidas son de la misma naturaleza que las vuestras; y si son mas antiguas, ó menos considerables respecto de las personas que hemos perdido, sabed que el afecto las iguala en nuestras almas, y la parte que yo tomo en vuestro dolor suple la ventaja que puede tener sobre el mio.

Como la Reina no estaba en disposicion de disputar con ella, se contentó con abrazarla, bañándola al tiempo el rostro con un torrente de lágrimas que salian de sus ojos. Despues se animó cuanto pudo para preguntar á Alcetas por la muerte del Rey; y habiéndola hecho una relacion muy exacta, esta triste Reina cayó al fin de su discurso en un desmayo que por poco no fallece en nuestros brazos por falta de socorro. Luego que volvió en sí, comenzó á prorumpir en aquellos dolorosos lamentos que el grande amor, y él mérito de la persona que habia perdido la pudieron sugerir.

En vano la suplicaba Alcetas que callase por su bien, pues ella no estaba capaz de esta consideracion, y yo temí que sus gritos nos hubie-

sen descubierto, si no hubiera entrado en aquella ocasion Perdicas en el cuarto. Al instante la rogó este se levantase de la cama, y que le siguiese á un parage seguro adonde la queria conducir, pero ella hizo muy poco caso; y si la Princesa su hermana, y yo no la hubieramos casi por fuerza levantado, allí habria esperado su destino. Salimos de la sala sin luz, y pasamos por una galería, al cabo de la cual hallamos una escalera escusada, por la que bajamos, y nos echamos fuera de esta casa detestable. Encontramos una carroza á la puerta, en la que nos hizo entrar Perdicas, y tomando lugar con él su hermano, y uno de los suyos, venimos á parar á esta casa en que estamos ahora, y en donde la Reina ha pasado como vos una parte de su destierro.

Entonces interrumpió Oroondates á Cleone, diciendo: — ¡Oh, dioses! ¿Es posible que mi Princesa se haya tan ingratamente ocultado de mí, sabiendo el lugar de mi mansion, y el estado en que me hallaba por su causa? ¿Es posible que haya podido habitar en una misma casa con Oroondates, sin darle á lo menos noticia de su vida, pues la de su muerte casi le habia conducido al sepulcro? ¡Oh, qué esceso de crueldad! ¡Oh, qué ejemplo de ingratitud!

Así dijo, y dando un profundo suspiro calló;

pero Cleone prosiguió su historia, diciendo: — Esperad el fin de mi relacion, y entonces si hallais algun motivo, tendreis razon de vituperarla. Es verdad que estábamos todos alojados en una misma casa, pero no debajo de un mismo techo; porque en el último rincon de aquel jardin hay una pequeña habitacion con dos cuartos, y un corto gabinete en donde teniamos nuestro retiro, y viviamos recogidas.

Perdicas, que por uno de los parientes de Polemon habia concertado con él esta morada, quiso que habitásemos en este sitio, como mas apartado del camino, menos visto, y menos sujeto á los accidentes que podian ocurrir en una casa en donde habitaba una familia entera. En el camino lo propuso él á la Princesa, y á mí, viendo que la Reina no atendia á la conversacion; y queriendo por su propio interés, y como decia tambien, por nuestra salud, que estuviésemos incógnitas á todo el mundo, nos suplicó que nos ocultásemos cuidadosamente, pues seria cierta nuestra muerte si llegábamos á ser descubiertas, porque siendo Roxana Señora absoluta de los Macedonios, indispensablemente moririamos si se sabia adonde estábamos retiradas. Dijo tambien á las Princesas que él no podia tomar abiertamente su proteccion contra Roxana, estando unido en sus intereses con ella,

y siendo tutor del Infante que naceria de ella; pero que si seguian su parecer, y permanecian ocultas, como lo tenia encomendado, se prometia sacarlas de todos los peligros que las podian amenazar. Procuró en fin imponer este ruego como obligacion, manifestándolas que por lo que hacia por ellas se esponia á perder su fortuna, y aun su vida.

Estaba tan afligida la Reina, que ni respondia á las palabras de Perdicas, ni menos la escuchaba; pero su hermana la Princesa y yo, en quienes era menos el dolor, supliamos su falta y admitiamos los avisos de Perdicas por la conservacion de nuestras vidas. Recibiónos Polemon con el mayor respeto, y lo mismo su muger, los que inmediatamente nos condujeron al cuarto que nos tenian preparado, y pusieron el mayor estudio en servirlas con amor y celo.

Luego que estuvieron las Princesas en la cama, se despidió Perdicas para retirarse á la ciudad, y para dar las órdenes necesarias á los importantes negocios que tenia sobre sí, diciéndolas que al dia siguiente volveria secretamente á visitarlas, de manera que no pudiese ser notado de alguno, y que con toda suerte de servicios procuraria merecerlas el perdon del susto que las habia dado. Pasó la Reina el resto de la noche entre lágrimas, cuyo curso la Princesa su

hermana y yo no pudimos detener, y solo á fuerza de cansada pudo dormir un poco, ó por mejor decir, pudo dormitar un rato al principio de la mañana siguiente. En este dia no se levantó de la cama, ni se ocupó en otra cosa que en desahogarse con palabras y lágrimas, que no pudimos contener ni un momento. Siempre tenia en su boca el nombre de Alejandro, cuya imagen no se apartaba de su memoria: y aunque otras veces le habia aborrecido, los favores que la habia hecho, y los modos tan amables con que la habia tratado, habian ocupado su memoria, y la tenian llena de veneracion, de amor y de respeto.

Habria mucho que decir, Señor, si quisiera contaros cuánto y cómo lloro esta pérdida, y aun temo que los zelos harian odiosa esta relacion: pues os veo muy dispuesto á quejaros de ella. Callaré, pues, esta parte, y solo me contentaré con deciros que animada de su propio corazon que habia podido resistir tanto, y de las persuasiones de su hermana la Princesa, se puso en estado de razon, con lo que comenzamos á proponerla los medios para su salud, y para el restablecimiento de sus intereses.

Entre los sucesores de Alejandro habia muchos en quienes reconocia mucho afecto, y de quienes podia esperar particular asistencia: en-

tre todos estos el Príncipe Lisimaco, que por su condicion, por su virtud, y por la fama que tenia era de los primeros, no solamente estaba á favor de la Princesa Parisatides, sino que por otras mil acciones que habian hecho tanto ruido en la Corte, era muy querido de todos, dando continuamente muestras de no desear otra fortuna que la satisfaccion de sacrificarse por ella.

Entre los Persas tenian mucha autoridad el Príncipe Oxiarto, y el anciano Artabazo, y yo aconsejaba á la Reina que emplease á los unos y á los otros, y se sirviese de ellos en las presentes circunstancias para resistir al poder de sus enemigos; pero en medio de todos nuestros discursos hallamos que habria pocos entre los Príncipes herederos de Alejandro que se atreviesen á tomar las armas contra Roxana, sabiendo que estaba en cinta de quien algun dia habia de mandarles, por cuya razon tenia esta tanto valimiento con los Macedonios, que no hacian otra voluntad sino la suya. En cuanto á Lisimaco, la Princesa Parisatides, que hasta entonces se habia defendido de él, y de su amor con una virtud admirable, no le quiso empeñar, ó porque no queria obligar á un hombre, que la amaba tanto, y que segun la opinion comun la habia obligado á tenerle alguna inclinacion; ó porque en la verdad temia perderle, es-

poniéndole solo contra un número considerable de Príncipe. De Oxiarto y Artabazo no se dudaba la buena voluntad ; pero eran solos, y estaban retirados en las provincias que se les habia señalado por el difunto Rey. Estas consideraciones las obligaron á esperar la voluntad de los dioses, sin hacer otra novedad, permaneciendo en el estado en que se hallaban, y sirviéndose todavía de Perdicas, que solo sabia su retiro, y que mas que ninguno las podia hacer daño.

Con este fin dejamos los vestidos, contrarios á la deliberacion de estar escondidas, y habiendo tomado los de la muger é hija de Polemon, nos mudamos los nombres conocidos en todas partes como propios de la Casa Real de Persia.

Ya sabeis que el difunto Rey Darío no recibió la corona por sucesion; y aunque era hijo de Arsanio, el primero entre los Persas, no le pertenecia el Reino si no se hubiese estinguido la linea Real en la persona del Rey Ochon. Su nombre primero era Codomano; y fué llamado así, porque hallándose al frente de dos ejércitos en combate singular decidió la fortuna de dos Imperios, uniendo la Armenia á los Persas que habian confiado su fortuna á su valor. La memoria de esta, y de otras muchas acciones que habia hecho á favor suyo, les obligó de comun

consentimiento á elegirle por su Soberano, visto al mismo tiempo que su nacimiento era el mas ilustre de todo el Reino, y que era pariente muy cercano del difunto Rey Ochon, y de sus antepasados. Habiendo así Codomano arribado al Imperio, á ejemplo de sus predecesores quiso tomar uno de aquellos nombres que son propios de la Casa Real, como el de Ciro, Jerjes, Artajerjes y Darío, y reteniendo este último para sí, dió el de Artajerjes al Príncipe su hijo, y el de Estatira y Parisatides á la Reina su muger, y á las dos Princesas sus hijas. Tienen á estos nombres tanta reverencia los Persas, que jamas se han puesto á otras que á las Reinas, y á las Princesas, entre las cuales no hay memoria de que nadie los haya tenido sino estas.

Los primeros nombres de la Reina, y de la Princesa su hermana, que habian nacido antes que su padre subiese al trono, eran Casandra y Euridice, y con estos habian sido llamadas en sus primeros años. Pero viéndose reducidas á la necesidad de abandonar por algun tiempo aquellos que por la mutacion de su fortuna habian tomado, se imaginaron que en esta segunda revolucion no podian hacer cosa mejor que volver á tomar aquellos nombres que habian tenido en su primera condicion, y que habiéndolos usado en sus primeros años, habria pocos

que conservasen la memoria: y habiendo también perdido la esperanza de mandar á los Persas, quisieron perder con ella aun el deseo de conservar unos nombres que solo pertenecian á los soberanos. Por esta razon mandó Parisatides á Polemon que las llamase con los nombres de Casandra y Euridice, y yo me acostumbré de tal manera, que siempre que he hablado de ellas las he dado estos nombres. Polemon y su familia que las servian con mucho obsequio, y que sabian lo que se debia á unas Princesas, no se podian acostumbrar como yo; pero la Reina lo mandó con tal seriedad que se vieron obligados á obedecerla, y á olvidar aquel respeto debido, por no dar ocasion á los domésticos á que se descubriese alguna cosa.

Ya habia pasado una parte del segundo dia, cuando en lugar de Perdicas á quien esperábamos, vimos entrar á su hermano Alcetas tan turbado, que desde luego manifestó en su rostro las señales de su dolor. Preguntáronle las Princesas la causa, y respondió, que viniendo Perdicas á visitarlas solo, para no dar que sospechar á nadie, encontró á Lisimaco, que le desafió, y combatió con él por causa de ellas; y despues de una larga batalla, que dividieron unos pasageros, habia recibido Perdicas dos heridas muy profundas, bien que aseguraron los

médicos no eran peligrosas, ni capaces de tenerle en la cama mucho tiempo; por lo que no pudiendo venir en persona á servirlas por el accidente ocurrido, le habia encargado viniese él á suplir su falta, y á hacer con ellas todos los buenos oficios que podian esperar del mismo Perdicas.

Las Princesas que siempre habian creido que Lisimaco no dejaría sin vengar los ultrages que las habian hecho, pues amaba demasiado á Parisatides, y era sobradamente generoso para abandonar sus intereses por ellas, se confirmaron mas en esta creencia; pero aunque esta bizarría las obligó infinito, y tenian en mas estimacion la persona de Lisimaco que la de Perdicas, con todo manifestaron á Alcetas su dolor, quedando afligidísimas con la malaventura de su hermano, y rogándole que le asegurase de su pesar, se despidieron.

Habiendo partido poco despues Alcetas, empezaron á discurrir sobre esta desgracia, y á consultar entre ellas, si se deberian descubrir á Lisimaco, y hacerle ver el estado en que se hallaban; pero mientras estaban en esta conversacion, entró en el cuarto Alcione, la hija de Polemon, y puso en nueva consternacion á la Reina con la novedad que la trajo. Estimaban mucho las Princesas á esta muger por su

belleza, y por las muchas muestras de discrecion y virtud que resplandecian en ella, y habiéndola recibido entonces con mayor afecto, las dijo Alcione: — Ahora acabamos de recibir un nuevo huesped muy herido; yo ciertamente no le conozco; pero si la mudanza de los años y la pérdida de la sangre no han desfigurado las facciones de su rostro, creeria que era el gran Príncipe de los Escitas que ví muchas veces en Babilonia cerca del difunto Rey Darío, á quien adoraba la Corte por su valor, y quien se habia levantado con la fama del mas valiente Caballero del mundo.

Apenas dijo Alcione estas palabras quedó la Reina penetrada tan vivamente de dolor, que la entró un sudor frio, y empezó á temblar como si estuviera espantada. La Princesa su hermana y yo que notamos esta novedad, y sabiamos la causa, hicimos lo posible para que Alcione no lo conociese, y habiéndola mandado hacer no sé qué cosa, para que se saliese de la sala, quedamos solas con ella á nuestra libertad. Entonces poniendo los ojos la Reina en nosotras, y mostrando con sus miradas las agitaciones de su espíritu, nos dijo así: — Considerad un poco, hermana mia, mi fortuna, y si es cierto lo que dice esta muger, ved qué cúmulo de desgracias viene sobre mí.

Acompañó á estas palabras con dos ó tres suspiros, y mientras Parisatides, ocupada con las mismas reflexiones que ella, consideraba esta aventura sin responderla, yo no pude disimular mi sentimiento; y no viendo en este lance aquellas desgracias que se temia, la dije :

—Señora, yo no sé por qué os afligís con esta novedad, pues en el estado en que estais debiais recibir, y aun tener mucho gusto con la venida de aquel que entre todos los hombres es el único que os puede servir mejor.

—Calla, tú, me dijo la Reina, calla tú, Cleone, y reconoce mejor un alma que no puede sufrir otra memoria que la de Alejandro. Apenas he comenzado á llorar por este ilustre y difunto esposo, que vuelve á mí Oroondates, Oroondates aquel amable azote de mis dias, y de quien no puedo recibir aquel socorro que me propones como el único de todos. ¿Crees tú que yo pueda ver á este hombre con ojos indiferentes? ¿A este hombre que me ha amado tanto, y á quien yo tanto he amado? ¿A este hombre que á pesar de mis trabajos y pérdidas no puedo dejar todavía de amar? ¿Crees tú que yo le pueda y deba ver de otra manera, yo que soy viuda del grande Alejandro? ¿Yo que solo hace dos dias que empecé á derramar lágrimas por un esposo el mas grande de todos los hombres?

¿Y yo en fin que no debo admitir otra memoria que la suya, si no me quiero hacer digna de mis miserias, y de los menosprecios del mundo? Á mas de estas consideraciones y respetos de honor ¿piensas tú que estos tiernos sentimientos de amor que tengo verdaderamente por la memoria de mi amado esposo, se disipen con la venida de Oroondates? ¿Y crees finalmente que este poderoso caracter de mis primeros amores se pueda borrar con la memoria de lo que debo á las cenizas de Alejandro?

Profirió la Reina estas palabras con tantas lágrimas y sollozos, que pusieron á la Princesa su hermana y á mí en una perplejidad muy poco diferente de la suya y á continuacion de estas pronunció otras muchas capaces de ablandar y de mover á compasion á los corazones mas duros.

Yo os protesto, Señor, con la mayor sinceridad, que recibí con vuestra venida el mayor gozo del mundo, y que hice cuanto me fué posible por distraer á la Reina de aquellos escrúpulos que se oponian á vuestro restablecimiento: la representé que las razones que durante la vida de su esposo podia alegar con justicia para defenderse de vuestro amor, debian cesar con su causa, y que habiéndola quitado los dioses á Alejandro, habian asimismo removido los obs-

táculos que habian puesto á vuestra felicidad: que era cierto que la pérdida que habia tenido estaba muy reciente; pero que así en los intereses de sus negocios, como en el mismo peligro de su vida, se podia valer de un hombre, á quien tenia tantas obligaciones, y á quien la habia cedido el Rey su padre, sin ser acusada de una ligereza, que acaso se la podia haber opuesto si despues de la muerte del Rey su marido hubiera permanecido en su primera fortuna, y con alguna seguridad de vivir; y en fin, la alegué todas aquellas razones que me parecieron del caso para apadrinar vuestro partido; y la Princesa su hermana, que en todo el tiempo de su vida habia aprobado los sentimientos de severidad, conociendo que yo discurria bien, me empezó á oir con gusto, y como ella habia estimado siempre vuestra persona, aunque sus pensamientos eran muy semejantes á los de la Reina, no quiso hacer oposicion alguna contra vos.

Poco caso hizo la Reina de mis palabras, pues habiéndome dejado hablar con toda libertad, me dijo así: — Sabed, Cleone, que á mas de los intereses de mi honor y de mi dignidad, puede tanto en mi alma el amor de Alejandro, como en otro tiempo pudo el de Oroondates. Estos dos afectos combaten en mi espíritu con

ventaja igual; pero el que se pone por la parte de Alejandro se lleva la victoria. Alejandro ha muerto, es verdad; pero mi amor no ha muerto con él, y siendo este como debia ser, no tengo dificultad de unir el mio con este amor.

Pero entonces la respondí yo: —¿Y qué será, Señora, de este pobre Príncipe, á quien precipitais ahora mas que nunca en un abismo de infortunios, de los cuales despues de tantos encuentros parece que ha venido aquí solo por la voluntad de los dioses?

— En esto, dijo la Reina, obran ellos por su tranquilidad, y por la mia: él vivirá en el error que los demas hombres, y el tenerme por muerta le hará retirar á su pais en donde vivirá con mas quietud que hasta aquí.

— ¡Ah, Señora! esclamé yo, estas palabras estan llenas de inhumanidad y de ingratitud: demasiado conoceis á Oroondates, y sabeis que os ama demasiado para creer que él pueda vivir despues de vuestra muerte. ¿Y qué? ¿tendreis corazon para saber que le teneis tan cerca sin darle á entender que estais viva, y al mismo tiempo sin impedirle aquellas violentas resoluciones que tomará sin duda si continua en el error en que deseais que viva?

— Como me asegurarais, respondió seriamente la Reina, que Oroondates no me amaria

mas, ó que no solicitaria de mí un afecto que no puedo conceder ni á él ni á ninguno de los hombres, yo le veria y me consolaria mucho con su vista; pero, Cleone, ¿lo podriais lograr así por nuestra comun tranquilidad?

— Esta pretension, la respondí yo, es tan impropia y tan injusta, que no la haré en todos los dias de mi vida.

—Pues no hablemos mas, dijo la Reina, porque todavía es mas injusto lo que me pides.

Me dijo estas palabras con un aire tan imperioso, que no me atreví á replicarla; y conociendo que no me debia oponer á lo que el tiempo podria acaso mudar, me contenté solamente con decirla : — No os atormenteis tanto, Señora, con las persecuciones que temeis de este Príncipe : acaso Alcione se ha engañado, y cuando sea verdaderamente el mismo, ¿qué sabemos si sus heridas son mortales, y si tendrá que dejaros bien presto en el descanso que tanto deseais?

Sintióse la Reina de esta respuesta, como lo conocí en su semblante, y cayendo de repente en un doloroso pensamiento : — Si Oroondates muere, esclamó, yo moriré infaliblemente con él; y aunque mi hermana no aprueba estas violentas pasiones, siempre confesaré en su pre-

sencia que tendré menos dolor en morir por Oroondates, que en volver á verle.

Estábamos en esta conversacion cuando volvió Alcione de la comision que se la habia encargado; y habiéndola preguntado por el nuevo huesped, respondió, que segun el parecer de los médicos, la herida no era mortal: que habia mirado con toda reflexion su semblante, y que aunque ponia el mayor cuidado en no darse á conocer, ella se confirmaba mas y mas en la opinion de que era el Príncipe Oroondates.

Se estremeció la Reina al oir esta confirmacion; pero disimuló cuanto pudo sus pesares delante de Alcione, y haciéndome acercar á su cama, me habló largamente de vos con unos términos llenos de una pasion violenta, pero de una pasion esclava de su deber, y temerosa de la memoria de Alejandro. Pasó toda la noche con el mayor desasosiego, y estas nuevas inquietudes se mezclaron con tanta fuerza con las primeras, que desterraron de su alma la poca tranquilidad que la habia quedado. Si la memoria de Alejandro se presentaba á su espíritu con aquellas poderosas ventajas y respetos; compareciais vos delante de sus ojos en la forma mas amable y halagüeña que tuvisteis jamas: y si esta imagen amorosa hacia algun

efecto en su espíritu, la memoria de Alejandro la desterraba como á una criminal seductora, ó como un enemigo, cuya inmediacion era tan peligrosa á su fama. Si en la mayor violencia de su pasion esclamaba: — ¡Oh, Alejandro! — ¡Oh, Oroondates! — Pronunciaba despues; pero este último nombre no le proferia sino como á hurtadillas, y esta fuerza que se hacia á su favor la ponia mas amable que si le hubiera pronunciado con entera libertad.

De esta suerte pasó toda la noche, sin que el cansancio, ni las vigilias antecedentes la pudiesen hacer tomar el sueño: y apenas empezó el sol á bañar los cristales de las ventanas, pidió los vestidos, porque ya la cansaba la cama en fuerza de sus crueles inquietudes. Presentéla los de la hija de Polemon, que fueron los que se habian escogido despues de la mutacion de los nombres, que aunque sencillos, no quitaron á su magestad el natural esplendor. Apenas estuvo vestida, quiso apurar la verdad, para lo que mandó llamar al anciano Polemon, en quien habia visto mucho espíritu, mucha discrecion, y mucho cuidado en su servicio.

Luego que este llegó á la puerta de su cuarto, se apoyó, sobre su brazo, y bajó sola con

él al jardin, adonde buscó los sitios mas ocultos para hablarle con mas libertad y menos peligro de ser descubierta. Pero aun no habia la Reina empezado á proponerle sus dudas, se vió muy cerca de dos hombres, que eran, segun hemos sabido despues, Lisimaco y Araxes. Esta vista la sobrecogió, y no queriendo ser conocida, volvió el rostro, y dejando á Polemon, se salió del jardin por una puerta pequeña que conducia al bosque. Poco despues viniendo Polemon á nuestro aposento, aseguró á la Reina, que no estaba mas enterado que su hija de lo que deseaba saber; pero que se conformaba con el parecer de Alcione, y creia como ella, que el herido era el Príncipe de Escitia; que no habia podido saber otra cosa de sus criados, ó porque lo ignorasen, ó porque tuviesen orden de ocultarlo; que todo lo que habia podido entender de ellos, era que poseido de un vehemente dolor, se habia herido él mismo, y que todos los que le asistian habian tenido el mayor trabajo del mundo en persuadirle á que conservase su vida, y á que permitiese se le curase.

Despues que Polemon dijo estas palabras á la Reina, adivinó esta la verdad de este suceso, y juzgó por el primer conocimiento que tenia de vuestro amor que la noticia de su muerte ha-

bia introducido esta desesperacion en vuestra alma. Este juicio redobló, si era posible, el amor que os tenia, y meditó mil artificios para veros, pero sin ser vista de vos. — ¿Qué, decia ella dentro de sí misma, yo he puesto á mi querido Oroondates en este precipicio, recibiendo esta última y poderosa muestra de su amor, y no le he de ver teniéndole tan cerca? ¡Ah, no! no, deber mio, no sereis tan severo: yo no os olvidaré aunque vea á mi querido Oroondates: me portaré con tanta cautela en esta accion, que quedareis ileso de todas las ofensas que os puedan venir por otra parte. Pero, desgraciada, ¿qué será de tí si en aquel lance se presenta la sombra de Alejandro, y con una voz amenazante te reprende tu ligereza? ¿Mi cuerpo, te dirá, apenas ha entrado en el sepulcro, y tú, ingrata, buscas nuevos amores? ¿Tú solicitas las ocasiones de olvidarme, mientras toda la tierra, de quien he sido el azote, está por mi muerte en una general desolacion? ¡Ah! querido y generoso espíritu, concede alguna tregua á este justo resentimiento, y considera que no porque sea un poco sensible, dejaré de ser fiel: yo te respeto como debo, y cuanto puedes desear; pero debo tambien tanto al pobre Oroondates, que si estuvieras vivo, no me impedirias que le viese un instan-

te, estando por mi causa reducido á tal estremo.

Despues de haber disputado consigo misma largo tiempo, se resolvió en fin á veros, si lo podia ejecutar sin peligro de ser descubierta ; y habiéndolo comunicado cerca de la noche con Alcione, y declarádola que por ciertas razones estaba precisada á saber por sí misma, y á ver con sus propios ojos si era el Príncipe de Escitia, estuvo largo tiempo meditando consigo los medios de que se podria valer; pero viendo que todos eran peligrosos, escuchó el último que le propuso Alcione. Esta la dijo así : — Señora, á lo último de una galería, donde yo os conduciré por una escalera secreta, hay una pequeña puerta, que corresponde á la pared de la cama del herido caballero, y muy cerca de su cabecera, que no se cierra comunmente sino por el lado de la galería : y si mañana muy temprano antes que entren en el aposento los criados que le sirven, quiere vuestra Magestad que yo la introduzca por dicha puerta, no me será difícil : y si entre tanto entrase alguno, podeis saliros fácilmente por la misma puerta sin ser vista de nadie. Solo conviene saber si está durmiendo ; y para averiguarlo yo entraré la primera, abriré la cortina de la cama, y avisaré á vuestra Magestad.

Halló la Reina bastante peligro en esta invencion, por lo que estuvo un largo rato sin quererla admitir; pero al fin el ardiente deseo que tenia de veros la hizo atropellar por todas las dificultades, y se resolvió á seguir ciegamente el consejo de Alcione. Dispuesto ya todo, la pareció regular comunicárselo á su hermana la Princesa; pero esta escrupulosa no pudiendo en mucho tiempo acomodarse, se resistió con razones aparentes: mas al fin conociendo el disgusto que causaba á la Reina con oponerse á su deseo, cedió del todo, y la quiso acompañar ella misma hasta la puerta.

Apenas empezaba á romper el alba estaban ya las Princesas vestidas, y sirviéndolas Alcione de guia, las hizo atravesar el jardin mientras dormia todo el mundo. Subió la Reina aquella secreta escalera temblando, y si en la variedad de tantos sucesos como la habian pasado en su vida, no se hubiera acostumbrado á empresas mas grandes y mas peligrosas, jamas hubiera tenido valor para esta. Cuando la Reina estaba ya en la galería, abrió Alcione la puerta de vuestro cuarto, y acercándose á la cabecera, aunque la callejuela de la alcoba estaba bastante oscura, recibia alguna luz por la entrada de la puerta, con la que Alcione pudo ver te-

niais el rostro hácia su lado, y al mismo tiempo observar que estabais dormido. Asegurada Alcione, salió á dar parte á la Reina que esperaba con impaciencia, y con mas temor de lo que se puede imaginar; entró en fin, pero con tanta turbacion y espanto, que casi quedó privada de todo conocimiento.

Cuando se vió á la cabecera de la cama, y reconoció aquel rostro que habia amado tanto, y que ni la pérdida de la sangre, ni la oscuridad del sitio la pudieron impedir que no os conociese, se inmutó de tal manera, que por poco no quebranta los límites de la modestia por seguir los movimientos del corazon que se despertaron con esta vista. Fué, no obstante, señora de sí misma en esta ocasion, como lo habia sido en todas las acciones de su vida, y esta violencia la hizo caer en una grande perplejidad. Ella os miraba cuanto la luz lo podia permitir con unos movimientos inflamados de su primera pasion, y con unos ímpetus de amistad, que me ha confesado despues como delitos.

No satisfecha todavía con esto, estuvo varias veces determinada á dispertaros, y á descubrirse á vos con las muestras mas honestas que podiais desear de su afecto; pero otras tantas se detenia escuchando las severas y escrupulosas

consideraciones que ya os he referido. — ¿Es posible, decia ella en voz baja, es posible, mi querido Orontes, que ignorais tanto tiempo el estado de vuestra presente condicion, y que por unas razones tan débiles yo me haga una violencia que me mata? ¿Es posible que yo oculte mi rostro á quien no he podido esconder mi corazon, y que niegue mi vista á quien he dado toda mi alma? ¡Ah, no! vanas sombras de una reputacion injusta, no os opongais á unos sentimientos tan honestos y tan poderosos, vosotras me tiranizais con demasiada inhumanidad: es preciso que me vea mi querido Orontes, y que reciba á lo menos este gusto en satisfaccion de los servicios que me ha hecho.

Con este pensamiento iba á levantar el brazo para dispertaros; pero en este mismo instante se la ponia delante la memoria de Alejandro, la que no solamente la retraia de este deseo, sino que la sacaba los colores á la cara por el pensamiento que habia tenido, y por la situacion tan lastimosa en que se hallaba. — ¡Cómo! se decia ella á sí misma, ¿es la muger del grande Alejandro, y de Alejandro cuatro dias muerto, la que atrevidamente va á buscar hasta la cama á un hombre que la amó?

Esta reflexion la confundió, y la irritó contra sí misma de manera, que la hizo levantar de

la silla en que se habia sentado para dejar una sala que ya miraba como un sitio de vergüenza, y un lugar de horror. — Huyamos, decia abrasada en ira, huyamos de un parage tan funesto á nuestra reputacion, y reparemos la falta cometida con una firme resolucion de no caer en otra en todo el discurso de nuestra vida.

Pero en el mismo instante de esta separacion no pudo menos de miraros de nuevo, y disipando insensiblemente esta vista los resentimientos severos, se detenia, y con mas flaqueza y ternura que antes, arrojando un grande suspiro : — ¡ Ah, decia, Orontes, qué dificil es mantener firme una resolucion contra vos ; ó por mejor decir, qué dificil es el veros, y acordarse de vos sin amaros !

Tanto se detuvo en esta confusion de pensamientos, que comenzando á dejarse ver el sol, llenó de claridad toda la sala ; pero ella se habia olvidado tan del todo al lado de vuestra cama, de la detencion tan larga que hacia, que no lo percibió ; y aun pienso se hubiera detenido mas tiempo segun la tenian sus inquietudes, si no os hubiera oido suspirar dos ó tres veces, y no hubiera visto que alargabais los brazos, y abriais los ojos. Solo el ver que habiais despertado la pudo hacer salir de la sala ; pero á mas de esto oyó al mismo tiempo abrir

la otra puerta, y no queriendo ser cogida en el lance, huyó con la mayor prontitud, y llevándose tras sí la puerta, se fué á buscar á Alcione que la esperaba en la galería, de donde ya se habia retirado la Princesa, por haber visto á un hombre al otro lado.

Este discurso de Cleone dispertó en el Príncipe la memoria de aquella vision, y esclamando en voz alta, dijo: — ¡Oh Princesa mia, yo os ví á pesar de la velocidad con que marchasteis; yo os ví desaparecer como un relámpago, pero nunca creí que fuese realidad esta aventura: yo os tuve por la sombra de mi Reina que venia á pedirme la venganza que debia tomar contra vuestros infames asesinos; y el Príncipe Lisimaco, que vió á la Princesa Parisatides en la galería, creyó lo mismo. Yo estaba muy distante de pensar que en el mismo tiempo en que lloraba vuestra muerte con lágrimas de sangre, y que solo por vengaros conservaba el resto de mi triste vida, estuvieseis vos tan cerca de mí, y tan insensible á los males que vos me causabais, que no os dignaseis sacarme de un error que me tuvo tan cerca del sepulcro. Los dioses quisieron que entonces lo ignorase, pero tambien permiten que sepa ahora la dureza de corazon que tuvisteis conmigo.

— Si en otras ocasiones, respondió Cleone,

habeis reconocido esta dureza, no creo que por esta tengais motivo de quejaros, ni veo que en la persona de la Reina debais, atendiendo á su condicion y virtud, recibirlo como una ligera muestra de su afecto, pues ella la ha tenido como una de las mas peligrosas, y mas atrevidas resoluciones de su vida; y aunque la hubierais pedido la mayor parte de su sangre, la hubiera concedido con mas facilidad que hacer esta visita, pues volvió tan turbada, que me temí la diese un accidente: ella me contó todo esto con tanta ternura, que me movió á la mayor compasion. — Yo he visto, Cleone, me decia bañada en lágrimas, yo he visto al pobre Oroondates, pero le he visto para redoblar mis dolores. Pálido como estaba, me pareció mas amable que nunca; y pluguiera á los dioses, ó que él hubiera dejado de ser, ó que yo cesase de vivir, pues no han querido los mismos dioses que yo viva para él.

Despues de estos y otros semejantes discursos se fué al bosque adonde buscó los parages mas sombríos y ocultos, para desahogar sus sentimientos, y participarles sus pesares: y tomando un punzon que la dí yo, grabó el nombre de Casandra en las rocas, y en las cortezas de los árboles. En estas tristes ocupaciones pasó este dia, y otros muchos, sin poderse deter-

minar ni á descubrirse á vos, ni á tentar el empeño de otra visita. Yo no sé si ella perseveró en esta resolucion, solo sé que poco despues recibió una gran pesadumbre, que la acabó de afligir en estremo, y que junta con otros disgustos la levantó una calentura que la tuvo en la cama todo el tiempo que vos permanecisteis en ella.

Esta fué la nueva de la muerte de la buena Reina Sisigambis, que agravada antes con la de Alejandro, la habia llevado al sepulcro, prefiriéndole voluntariamente á una vida que no podia pasar despues de la pérdida de unas personas tan queridas. Fué tan grande el pesar que recibieron con la muerte de la Reina las dos Princesas, que se podia decir con verdad quedaron inconsolables; y si la Princesa Parisatides no hubiera violentado su dolor por asistir en su enfermedad á la Reina, ella sin duda alguna hubiera tambien enfermado. Mientras la Reina estuvo en la cama, alternó sus pensamientos con vos y con su difunto esposo: jamas habló de la pena que la pudo haber ocasionado la pérdida de los Imperios de Darío, ni de los que poseyó despues con Alejandro, con mas gloria que ninguna Princesa del mundo: nunca pensó ni en la desgracia de su casa, ni en la prosperidad de sus enemigos, ni en el

poco poder que tenia para vengarse de ellos: jamas envidió la fortuna de Roxana, ni se quejó de ella, solamente se afligia en estremo por haber perdido á Alejandro, y la esperanza de poseer á Oroondates con honor. Cien veces al dia me preguntaba por el estado de vuestra salud, y yo tenia que informarme de Alcione y de Polemon para satisfacerla.

Muy presto supimos que estaba Lisimaco con vos, y la Princesa Parisatides recibió esta noticia con unas demostraciones capaces de hacer conocer á cualquiera que le tenia alguna estimacion; pero ella era de un genio tan austero, que por lo que habia pasado entre ellos, y sabia todo el mundo, menos se hubiera descubierto á él que á todo el resto de los hombres. Esta grande severidad la ocasionó mucha violencia, pero, no sin mucho trabajo, porque por obedecer á esta virtud, se ocultó siempre de él, y puso tanto cuidado en impedir aquella comunicacion que podria ocurrir con el motivo de habitar todos juntos, que los vuestros no sospecharon nada: y Alcetas que nos visitaba á menudo, pero de noche, no tuvo el mas mínimo indicio de que estuviese aquí Lisimaco retirado. Es verdad que Polemon, y toda su familia tuvieron una fidelidad llena de discrecion, y no menos supo la Princesa representarles la importancia

de guardar este secreto, pues le observaron inviolablemente. El cuidado no era poco, porque si los del partido de Perdicas hubieran llegado á saber á donde estaba Lisimaco se habrian armado para vengarse de él; y si Lisimaco no hubiera ignorado las venidas de Alcetas, hubiera descargado sobre él mucha parte del odio que tenia contra su hermano; pero las órdenes que dió la Princesa, y observó puntualmente Polemon, impidieron todas las desgracias que hubieran sucedido sin esta disposicion maravillosa.

La Reina hizo cuanto pudo para esforzarse en su enfermedad, la que al cabo superó, saliendo de la cama el mismo dia que vos la dejasteis. Como su mal no habia sido violento, ni de larga duracion, recobró muy presto sus fuerzas, y pocos dias despues de haberse levantado, se puso en estado de salir del aposento. Pero si este fué el tiempo de su salud y de la vuestra, igualmente lo fué de la salud de Perdicas, que en esta misma noche la vino á visitar en compañía de su hermano. Las Princesas le recibieron con mucha cortesía; y despues de un rato de conversacion ordinaria representó Perdicas á la Reina que este retiro estaba muy cerca de Babilonia, y que se habia detenido allí mas de lo que convenia á su seguridad, aunque la en-

fermedad de la Reina y sus heridas habian sido la causa; pero que era preciso retirarse á otra casa mas fuerte, y mas distante de Roxana.

Sintió mucho la Reina esta nueva disposicion, porque aunque estaba resuelta á no dejarse ver de vos, con todo se la hacia muy duro el apartarse de esta casa, dejándoos á vos en ella. Mas por cuanto la propuesta la parecia muy justa, y no hallaba arbitrio para contradecir á Perdicas, no se opuso á esta determinacion, y se contentó con decirle, que su vida estaba tan llena de miserias, que era por de mas tener tanto cuidado, pues á cualquiera parte que se retirase llevaria consigo una cadena de desgracias.

Poco despues marchó Perdicas, y quedando la Reina mas inquieta que lo acostumbrado, pasó el resto de la noche casi sin hablar con nosotras. Yo la oí suspirar aquella noche en su cama con mas vehemencia que otras veces, y luego que me levanté á la mañana siguiente, me mandó que me acercase á la cama, y tomando una de mis manos, que puso entre las suyas, me dijo así: — Cleone, tú me ves ahora en las mas grandes turbaciones de espíritu, y en la mayor flaqueza que me he visto en mi vida. En una palabra, ya estoy, Cleone, al fin

de mi constancia, y aunque haga lo posible para resistir algunos dias, ya no puedo menos de descubrirme al pobre Oroondates, porque ademas de mi inclinacion, que es bastante poderosa á romper mayores dificultades, cuando me acuerdo de lo que este pobre Príncipe ha hecho, y ha sufrido por mí, y el estado en que se halla por mi amor, yo siento unos remordimientos que me hacen ver que soy culpable, que me perturban el reposo, y me quitan los medios de resistir á mi inclinacion. Yo no quiero, no obstante esto, que ella me lleve mas allá de mi deber; pues seré tan señora de mí misma, que en la deliberacion que he tomado cerraré todo mi amor en el sepulcro de Alejandro; pero, ó Cleone, yo quisiera hacerle saber que estoy viva: la noticia de mi muerte le ha sacado ya mucha parte de la sangre de su cuerpo, y si él persevera en este juicio, rendirá un alma, de la que por ninguna razon, ni por violencia alguna puede estar separada la mia. Yo quiero que sepa que vivo, y al darle esta noticia quiero tambien que sepa que no debe esperar nada de mí. Esto no me hará perder aquel dominio que he tenido siempre sobre él, y sé que es tan obediente y tan humilde, que sujetará su voluntad á la mia. Él me ama demasiado, y estima tanto mi reputacion, que no de-

tenrá cosa que la pueda marchitar : y si yo no puedo hacer por él sino cosas de muy poca importancia, es tan generoso, que él mismo me aconsejará lo que debo hacer. Antes que dejemos esta casa, de donde quiere Perdicas alejarnos, le quiero dar alguna noticia de mi vida, y de la memoria que me debe; pero no quiero que por esta muestra de amor conciba algunas esperanzas injustas, pues me valdré de una precaucion, que sin darle motivo de queja, le declare mi imposibilidad.

A continuacion de estas palabras, que escuché sin interrumpirla, pidió sus vestidos, y habiéndose retirado á un pequeño gabinete, se puso á escribir una parte de sus sentimientos. Salió á poco rato, y mandándome la siguiese, aunque todavía estaba bastante debil, bajó la escalera, y recostándose en mi brazo, tomó el paseo del bosque, en el que buscó el sitio mas escondido del paseo comun. Despues de haber andado un rato se quiso sentar á la orilla de un pequeño arroyo, y mandándome sentar junto á ella, sacó del pecho un papel, en el que habia comenzado á escribir; pero antes de leerle me dijo : — Cleone, he dejado la carta imperfecta, porque no he tenido valor para acabarla : la habia empezado con un estilo que es poco con-

forme con la resolucion que he tomado, de la cual aunque no haga alguna mencion, con todo me parece que va en términos que declinan en flaqueza. Yo escribo á Oroondates bajo el nombre de Casandra que me habeis vuelto; pero yo daré comision á Alcione de que se la entregue despues de nuestra marcha, y le saque de la duda que le puede ocasionar la mutacion de este nombre.

Dicho esto me entregó el papel, y habiéndome mandado le leyese, decia así:

« La desgraciada y dichosa Casandra; desgraciada por la mudanza de su fortuna, y dichosa por la fidelidad de su querido Orontes. A su muy fiel Orontes.

— Ah, Cleone, esclamó Oroondates interrumpiéndola, esto basta: yo leí esa carta, que cayó milagrosamente en mis manos, y que he conservado con el mayor gusto por la semejanza de los caracteres y del estilo con los de mi Princesa. La opinion que yo tenia de su muerte se oponia á los indicios que yo podia tener de que viniese de ella: con todo tuve todavía algunas dudas en el ánimo, que me dieron alguna esperanza, de la cual hasta ahora no he podido averiguar la verdad.

Dicho esto la contó como la carta habia caido en las manos de Araxes, que él habia leido las palabras que Casandra habia grabado en las rocas y en los árboles, y los efectos que este encuentro habian producido en su alma: y despues de haberla hecho saber todo esto, prosiguió Cleone de esta manera.

Es verdad, Señor, que la carta pudo haber llegado á vuestras manos del modo que habeis dicho, porque la Reina, despues que se la leí, y habiendo hablado un rato sobre el asunto, se halló tan oprimida del sueño por las vigilias antecedentes, que recostada sobre la yerba, se quedó insensiblemente dormida, y poco despues me sucedió lo mismo, teniendo siempre en la mano la carta abierta. Pero habiendo dispertado al cabo de un rato, la eché menos, y habiéndola buscado en vano con la Reina que dispertó tambien al instante, nos volvimos por la misma senda, y nos retiramos á nuestro aposento. Aunque la carta se habia perdido, quedó muy consolada la Reina con no haber puesto en el papel el nombre de Estatira, ni el de Oroondates, conociendo que de aquellas palabras no se podia descubrir cosa alguna.

Ya estaba resuelta á escribir otra antes de recogerse; pero apenas habia acabado de cenar, cuando vió entrar en su cuarto á Perdicas, y á

su hermano, y despues de haberla saludado segun acostumbraba, la dijo : —Señora, vos estais en el mayor peligro si permaneceis mas en esta casa : salgamos de aquí, os ruego, sin ninguna dilacion, y venid conmigo á otro lugar mas seguro : á la puerta está una carroza que os conducirá allá en poco tiempo, y os pondreis en estado de no temer á vuestros enemigos.

Turbaron estas palabras con estremo á la Reina; pues aunque estaba dispuesta á alejarse de vos, pero no creyó que fuese tan presto, ni con tan poco lugar para haceros saber alguna cosa. Ella tuvo la idea de dejar á Alcione este encargo para que os hiciese saber por su boca lo que no habia podido escribir, pero no conocia lo bastante á esta muger para darla una comision de esta importancia, ni tenia tiempo para instruirla; y Perdicas la estrechaba de manera, que la Reina que se veia en su poder, que le temia, y que todavía no sabia sus intenciones, en tanta prisa y precipitacion no pudo tomar otro consejo que seguirle ciegamente, poniendo en la voluntad de los dioses su destino y el vuestro. De esta manera salimos de la casa de Polemon, que no dejó la Reina sin dar algunas muestras del sentimiento que tenia en alejarse de vos, y la Princesa su hermana, por mas que fingia constancia en esta marcha, sin-

tió en el alma haberse ocultado tan cuidadosamente de Lisimaco.

La carroza en que caminábamos marchaba con tanta velocidad, que en poco tiempo nos pusimos en un castillo que está doscientos ó trescientos estadios de aquí, á la orilla del Eufrates, que baña por una parte sus murallas, y las demas estan rodeadas de un profundo foso, y tan fortificado por el arte, y por la naturaleza, que seria muy dificil tomarle. Este castillo habia sido de Bagistano, gobernador de la ciudadela de Babilonia, y despues habia caido en las manos de Peucestas, parcial enteramente de Perdicas. A este castillo fuimos conducidas, en donde hallamos mucha gente que le guardaba, como tambien á nosotras. Perdicas tuvo el cuidado de buscar esclavas griegas para servicio de las Princesas; pero despues de haber considerado todas las circunstancias, y el modo con que las guardaban, conocieron que estaban prisioneras, y que en lugar de haber hallado un protector en Perdicas, hallaron un Señor. Eran servidas las Princesas con el mayor respeto, y por cuanto Perdicas, en fuerza de los muchos negocios que tenia sobre sí, no podia permanecer allí mucho tiempo, las dejó al cuidado y guarda de su hermano, viniéndolas á visitar muy á menudo, y con mucho secreto.

Algunos dias las trató con todo el obsequio y modestia que ellas podian desear, pero despues comenzó á desmandarse, y ya con algunas miradas, ya con palabras hizo conocer á la Reina, que tenia con ella algun pensamiento, que todavía no la habia declarado. Llevólo muy á mal la Reina, procurando disimular su enojo, y la Princesa su hermana, que tenia el mismo motivo de queja contra Alcetas, siguió el mismo camino. Poco á poco confirmaron los dos hermanos con sus acciones las sospechas, y ya comenzaban á deponer la duda, cuando Perdicas se quitó la máscara, y declaró sin vergüenza á la Reina el pensamiento que con ella tenia.

Estaban un dia solos en su cuarto, y Perdicas, despues de haber pasado un rato en una conversacion indiferente, mudó de repente de estilo, y la habló de esta manera. — No espero, Señora, que recibais sin admiracion, y acaso sin un gran movimiento de cólera la declaracion que estoy precisado á haceros, y yo tampoco me admiraré si la hija de Darío, y la viuda del grande Alejandro, halla á todos los hombres que fueron sus vasallos, indignos de servirla. Es cierto, Señora, que vos habeis tenido, y que podeis tener todavía el primer lugar entre todas las Princesas del mundo, y que no podeis mirar á alguno de los hombres con aficion par-

ticular sin decaer de vuestra dignidad primera; pero como el mundo no tiene ya mas Alejandros, si los dioses no os resucitan el que os han quitado, no debeis esperar otro esposo igual al que habeis perdido. Mientras él vivia, el respeto que siempre le tuve me hizo callar aquellos pensamientos que tuve por vos, y la concurrencia de un rival, á quien lo debia todo, me hizo abandonar aquellas pretensiones que no debia ceder sino á él. Ahora que nos lo han robado los destinos, y que muerto él, puedo decir sin vanidad y sin mentira, que no conozco entre todos los hombres otro mayor que yo; puedo tambien con menos presuncion que antes haceros ver, y confesaros el amor que os tengo. Bien veo, Señora, que esta confesion os ofende, y no he dudado que os parecerá agena de un hombre, de quien en otro tiempo fuisteis, y aun ahora sois su Reina; pero si entre todos los hombres podeis hacer eleccion sin abatiros, hacedme el honor de nombrarme uno que pueda, sin un notorio agravio, disputarme la preferencia. Yo no he nacido Rey, pero tengo sangre Real. Vuestra Magestad no ignora que tengo Imperios á mi mando, que los Reyes comunes son pequeños esclavos al lado de los sucesores de Alejandro, y que entre todos ellos, el Rey me escogió solo, como digno de ocupar

una parte de lo mucho que dejaba. Esta eleccion ha sido tan gloriosa y tan auténtica, que debe ser envidiada de todos los Monarcas del mundo; y de esta sola me he valido para atreverme á hablar de esta pasion, y para elevar mi ambicion á una gloria, que de ningun otro hombre puede ser dignamente pretendida. Si juzgais culpable esta temeridad, no acuseis esta vanagloria, de que puedo sacar algunas ventajas, sino á aquella violenta pasion que he ocultado tantos años con el velo del silencio y del respeto. No represento á vuestra Magestad el estado de sus intereses, ni la necesidad que tiene de un apoyo poderoso contra un mundo de enemigos interesados, que no hallan reposo, ni encontrarán seguridad sino con vuestra muerte; esta consideracion es muy debil para violentar vuestra inclinacion; pero yo añadiré, si os parece, la que podeis esperar de un celo lleno de obsequiosa humildad, que me hará sacrificar mi fortuna y mi vida por mirar por vuestros intereses, y por vuestro mismo reposo.

Tuvo necesidad la Reina de valerse de toda su paciencia, y de toda su moderacion ordinaria para escuchar sin alterarse este largo razonamiento de Perdicas; pero como siempre habia sido una de las mas constantes y mas moderadas personas del mundo, y tenia bastante

prudencia para considerar la desgracia de su condicion, y la autoridad que tenia Perdicas sobre ella, refrenó mucha parte de una cólera, que en otra ocasion hubiera demostrado de otra manera; y mirando con menosprecio á Perdicas, le respondió sin inmutarse: — ¿Tan presto habeis olvidado, ó Perdicas, lo que debeis á vuestro Rey? ¿Os ha hecho perder la mutacion de fortuna que me alegais el conocimiento de vos mismo? ¿Aquella estimacion tan particular que hizo de vos mi esposo al tiempo de morir, y con la que quereis autorizar vuestra falta, os podrá justificar de la ofensa que le haceis? Y en fin, ¿no os acordais que sois Perdicas, y que hablais con la viuda de Alejandro?

— Yo sé muy bien, respondió Perdicas, lo que debo á la memoria de mi Rey, y á la presencia de mi Reina; mas porque la dé sobre mí un segundo imperio de naturaleza mas noble que el primero, no creo hacer alguna ofensa de la que no pueda esperar el perdon.

—Yo me contento con el primero, dijo la Reina con el rostro bastante alterado; y si le quereis, ó Perdicas, yo os le dejo, pero con la condicion de que me dejeis en paz, y no me preciseis á escuchar unas palabras que igualmente ofenden á los dos.

— Os obedeceré, respondió Perdicas, cuanto

me sea posible ; pero permitid os suplique que os acordeis de este corto servicio que os he hecho, y de que tengais presente que sin este Perdicas que despreciais, la viuda de Alejandro ya no estaria en el mundo.

Este zaherimiento irritó con estremo á la Reina, y no pudiendo disimularlo del todo, le dijo; — ¿ qué, Perdicas? ¿ Quereis que os esté obligada porque no me habeis degollado como lo prometisteis á Roxana? ¿ Os habia yo hecho alguna ofensa, ó teniais sobre mí algun poder para que os deba como de gracia la vida ? ¿ Me habeis defendido acaso de otro enemigo que de vos mismo? ¿ Hay hombre en el mundo á quien no incumba esta obligacion ? ¿ Creeis vos que el haber arrancado con violencia de entre los suyos la viuda de vuestro Rey, de quien no habeis recibido sino favores, el haberla conducido por fuerza á la casa de sus mayores enemigos, haberla puesto el cuchillo á la garganta, y no haber acabado de quitarla la vida sean servicios tales que podais reconvenirme, y pedirme recompensa? ¿ Y entre todos los enemigos de mi casa conoceis alguno de quien no habia recibido por lo menos estos mismos oficios?

— Si todos los hombres del mundo, añadió Perdicas, hubieran tenido tanto interés como yo en vuestra muerte ; si se hubieran espuesto tan-

to como yo por salvaros, y si al mismo tiempo se les hubiera propuesto una parte del mundo en recompensa, no sé yo si hubiera habido alguno que hubiera preferido vuestra vida á estas consideraciones. Yo os amo, Señora, mas que á todos los Imperios del mundo; y no os lo traigo á la memoria para reconveniros, sino para daros á conocer cuanto mas estimo yo vuestros intereses que los mios, y para poner en favor vuestro una persona que en la mudanza de vuestra fortuna no os será inutil.

Todavia hubiera proseguido hablando de esta materia; pero la Reina le mandó callar con un aire tan imperioso y tan lleno de magestad, que por entonces no se atrevió á continuar, y despidiéndose con una profunda reverencia, marchó aquel mismo dia á Babilonia.

Luego que marchó hizo llamar la Reina á la Princesa su hermana, y á mí á su aposento, y nos contó todo lo que habia pasado; pero lo refirió con tanto sentimiento, y tanta cólera, que en mi vida la habia visto tan airada. — Esclavas somos, nos dijo, bien lo veo; y esta gente que nos rodea, mas está para guardarnos que para defendernos. Si yo me hallara libre, no me detuviera ni un instante en un sitio en que manda este insolente; pero si persevera en perseguirme, antes me arrojaré por la muralla

que sufrirlo. ¡Oh, Alejandro, prosiguió la Reina derramando algunas lágrimas, si despues de tu muerte pudiese yo recibir en mi alma un nuevo afecto, menos ofenderia á tu memoria, dándote por sucesor á quien antes que á tí habia entregado mi voluntad, que ver este lugar que fué tuyo ocupado indignamente por un ingrato.

Al oir estas palabras de la Reina, la Princesa Parisatides se encogió de hombros, dando á entender que su fortuna no era nada diferente de la de la Reina. Habia esta comenzado á notar alguna cosa en las acciones de Alcetas; y dudando de la suerte de su hermana, la rogó que la dijese la verdad. Ella al fin la confesó que este presumido habia tenido con ella unos discursos muy semejantes á los de su hermano, y que para autorizar sus pretensiones la habia alegado muchas veces que el nacimiento de Efestion no era mas elevado que el suyo, ni su persona de menos consideracion; y que la Reina y ella, despues de las pérdidas, y ruina entera de la casa de Darío, no podian hallar apoyo mas seguro que el de dos hermanos que tenian á los Macedonios, y á la mayor parte de los Príncipes á su disposicion.

Tratadas entre las dos Princesas estas cosas, comenzaron á llorar su miseria, y confesaron

que este último asalto de la fortuna era mas fiero que el temor que habian tenido de la muerte. Entonces acordes condenaron su severidad escrupulosa, y se arrepintieron de no haberse descubierto á vos, y á Lisimaco : y si hubieran podido ya hubieran reparado esta falta ; pero se ven cerrados los caminos, porque la salida del castillo no se permite á nadie, y para una comision de esta naturaleza no habia persona que no fuese sospechosa. En vano buscaron mil arbitrios, ó para ponerse en libertad, ó para daros noticia de su cautiverio, pues al fin desamparadas de todo socorro humano, se vieron en la necesidad de esperar la asistencia del cielo, que hasta entonces parecia que las habia abandonado.

¡ Ah, Señor, qué razonamientos tuvo entonces la Reina conmigo de vuestra persona ! ¡Con cuantas lágrimas lloró vuestros trabajos, y cuantas veces me encargó la justificase despues de muerta con vos, porque realmente estaba resuelta á morir mil veces, si fuese posible, antes que faltar en un ápice á lo que debia á Alejandro y á vos, en favor de Perdicas ! — Si los dioses permiten, me decia ella, que le veas todavía, ó Cleone, dile que de todas las mugeres del mundo yo he sido la menos ingrata, pero la mas infeliz, y que le he amado hasta el sepulcro con

un amor puro, y el mas verdadero que hubo jamas; que muero suya en cuanto puedo, despues del don que presenté á mi esposo; pero dile tambien que no he podido vivir con él sin hacerme indigna de aquel perfecto amor, que hizo toda mi gloria, y que despues de tantas desgracias, de que ha estado llena mi vida, moriré gustosa si creyera haberle merecido. Acuérdale aquella accion, que contra sus propios intereses por mera virtud y ánimo generoso, hizo por la vida de Alejandro, y hazle saber si es posible, que esta misma razon me ha hecho vencer mis inclinaciones, para no ejecutar cosa alguna indigna de la fidelidad de Oroondates.

Estos y otros semejantes eran los discursos que tenia conmigo, y entre tanto Perdicas y su hermano no habiéndose acobardado con los malos tratamientos que habian recibido, continuaron en perseguirlas con mas tenacidad; pero quedaron tan poco satisfechos, que si las hubieran tenido un poco de respeto y reverencia dejarian de molestarlas mas.

Habiendo un dia Perdicas solicitado indiscretamente á la Reina, se llenó esta de un furor tan estraordinario, que mirándole con la mayor indignacion, le dijo así: — O cesad, Perdicas, de atormentarme, ó ponedme en las manos de

Roxana, pues esto me será mas dulce que vuestra persecucion, y sufriré su crueldad con mas paciencia, que la indignidad y fin que me habeis reservado.

Por mas descarado que se presentaba Perdicas, no tuvo respuesta que darla. Al mismo tiempo su hermano Alcetas recibió igual tratamiento de la Princesa Parisatides, pues habiéndola representado otra vez la preeminencia que pretendia tener sobre el difunto Efestion ; esta animosa Princesa que habia amado con la mayor ternura á su marido, viendo ofendida su memoria, y no teniendo bastante paciencia para reprimirse, le respondió con la mayor sequedad, diciéndole : — Efestion fué mas estimado que vos de todo el mundo, pues á mas de que su nacimiento fué mejor que el vuestro, su virtud le hizo digno de la gracia de su Rey y de la mia, y vos no merecisteis una, ni sois digno de otra.

Sufrieron los dos hermanos estos desprecios con bastante paciencia, y habiendo pedido un dia la Reina la libertad á Perdicas para retirarse á la casa de unos parientes que la habian quedado, Perdicas lo negó abiertamente, y haciendo del oficioso la respondió : — Señora, mas cuidado tengo yo de vuestra conservacion que vos misma, y sé muy bien el peligro en que hu-

bierais caido, si yo os hubiera abandonado. Yo debo dar cuenta á mi amor y á la memoria de mi Rey, y atiendo demasiado á lo uno y á lo otro para esponeros á manifiestos peligros.

Acabando de conocer la Reina con estas palabras que habia perdido la esperanza de recobrar su libertad, recurrió á su constancia, y á su resignacion ordinaria, buscando en su hermana la Princesa su consuelo. A mas de la parte que yo tomaba en los disgustos de las dos, no estaba exenta de los mios, porque, tal cual soy, tuve tambien mi perseguidor en un Nicanor, pariente muy cercano de Perdicas, y en quien tenia la mayor confianza. Este hombre, ó porque por lisonja quiso imitar á Perdicas, ó porque creyó obligarme haciéndome ver el amor que me tenia, ó porque hallase en mí alguna cosa amable, me mostró un afecto nada comun, pero con el mayor respeto y discrecion.

De esta manera vivimos hasta aquel dia, en el que, segun supe despues por Araxes, tuvisteis aquel combate, en que recibisteis las heridas que os tienen ahora en la cama. Este dia, pues, estando la Reina en su aposento acompañada de la Princesa su hermana y de mí, entró Perdicas armado menos la cabeza, y despues de haberlas saludado con mas turbacion que nunca, dijo á la Reina: — Señora, me habeis ma-

nifestado hasta aquí tanta aversion á este sitio, y tanto deseo por una libertad mas entera, que ya no puedo resistir á vuestro gusto; y si permaneceis todavía en esta intencion, yo os sacaré de este cautiverio que aborreceis tanto, y os llevaré adonde habeis sido Señora, y en donde quedareis libre de mis molestias.

La Reina que no podia creer que el parage adonde queria llevarla fuese de peor condicion que aquel en que la tenia, recibió esta propuesta con mucho gusto, y mirándole con un rostro mas apacible que lo acostumbrado; — Sí, Perdicas, le dijo: nos hareis mucho favor si nos sacais de aquí, y nos poneis en libertad, y cesaremos de quejarnos de un cautiverio insoportable á todas las personas que han nacido libres.

— Luego que esteis á punto, añadió Perdicas, queda á vuestro arbitrio disponer vuestra partida, y nosotros os serviremos de escolta hasta el lugar en que estareis seguras sin que necesiteis de nosotros.

Inmediatamente se preparó la Reina para poner en ejecucion la marcha, y saliendo del cuarto con Perdicas, mientras que la Princesa su hermana y yo hicimos lo mismo con Alcetas y Nicanor, bajó la escalera, y se echó fuera de aquella mansion aborrecible. Encontramos á la puerta una carroza con buenos caba-

llos, y doce ó quince hombres bien montados, y bien armados para hacer la escolta. Rogó entonces Perdicas á la Reina que tomase la carroza, y habiéndolo ejecutado poniéndose en el asiento testero, apenas se habia sentado, entró Perdicas con ella, y cerrando improvisamente la puertecilla, el cochero que ya estaba prevenido de lo que debia hacer, azotó los caballos, y los hizo correr á rienda suelta. Alcetas, Nicanor, y todos los demas se quedaron con nosotras; pero un criado montó en un bravo caballo de Perdicas, y llevando su yelmo apretó á correr detras.

No será facil que yo os pueda decir el espanto que tuvimos con un accidente tan impensado. Volviamos los ojos, y alargábamos los brazos hácia donde oiamos los gritos que daba la Reina, y la veiamos abalanzarse á la puertecilla haciendo los esfuerzos posibles para arrojarse fuera de ella; pero Perdicas que era bastante fuerte, la detenia con la mayor facilidad, y corrian con tanta velocidad los caballos, que en poco tiempo los perdimos de vista.

Viéndose detenida la desconsolada Parisatides por Alcetas que la impedia seguir á pie, llena de furor se volvió á él, y mirándole con unos ojos que arrojaban llamas de fuego; —

Traidor, le dijo, traidor, ¿es esta la libertad que nos das? ¿Y tu hermano mas vil y mas infiel que tú, trata así á la esposa de Alejandro, y á las hijas de Darío? ¡Ah, monstruo! Si tu rabia y la suya no estan todavía bastante saciadas, da cumplimiento á tu delito, y hiere con esa espada que indignamente traes un corazon lleno de odio y de aborrecimiento contra tí.

Mas hubiera dicho la desesperada Princesa; pero quedó tan oprimida de la cólera, que no pudiendo proferir mas palabras, y sucediendo á esta primera violencia una grande debilidad de fuerzas, quedó medio muerta, cayendo desmayada en el suelo: yo la quise sostener entre mis brazos; pero no siendo menor mi espanto y mi sentimiento que los suyos, no fuí capaz de hacerla este servicio, pero sí Alcetas aunque á pesar de Parisatides. El dolor que esta habia tenido por el arrebatamiento de la Reina, y el pesar que la acompañaba de verse á merced de aquellos que miraba como á sus mas crueles enemigos, la hicieron caer en un desmayo, del que no volvió en mas de media hora. Yo hice cuanto pude por olvidar mis tormentos para dàr algun socorro á los suyos, y á fuerza de rociarla el rostro, la hicimos volver en sí.

Luego que abrió los ojos, y se vió rodeada

de Alcetas, y de los demas hombres armados, volvió á los primeros ímpetus de su cólera, y escediendo en fuerza de su dolor los términos de su ordinaria modestia, vomitó mil imprecaciones contra ellos : y volviéndose á Alcetas ; — Malvado, le dijo, no esperes que los dioses y los hombres dejen tu iniquidad impune, pues no estamos todavía tan abandonadas de unos y otros, que los rayos de aquellos, y las armas de estos no obren en nuestro favor. Sabe, traidor, que ni la estirpe de Darío, ni la memoria de Alejandro se han acabado entre los Persas, ni entre los Macedonios, y que no estamos tan desamparadas que no podamos armar á los unos, y á los otros para acabar contigo, y con todos los tuyos.

Todavía dijo mucho mas sin que Alcetas se atreviese á replicarla ; y luego que la dejó desahogar mucha parte su fuego, se acercó á ella, y procurando suavizar su semblante, y fingiendo piedad en sus sinsabores, la dijo : — No temais, Señora, cosa alguna, ni por la Reina, ni por vos : la Reina está con un hombre que tiene el mayor deseo de servirla, y vos estais con otros llenos de celo, y de respeto por vos. La imprudencia del cochero, ó la fogosidad de los caballos os han privado á su pesar por algunos momentos de la presencia de la

Reina ; pero os juro por todos los dioses, y por todo lo que reconozco en el mundo mas sagrado que de aquí á muy poco os vereis con ella : yo espero una carroza para conduciros al instante, y esta dilacion no podrá durar media hora. Si esto no es así, quiero que aquellos rayos con que me habeis amenazado caigan sobre mi cabeza.

Aunque con accidente semejante habia perdido la Princesa la confianza que podia tener en estas personas, y á vista del engaño de Perdicas debia desconfiar de las palabras de su hermano Alcetas ; con todo, pareció que con estas promezas se rehizo un poco, y permitió que me acercase á ella para que la diese algun consuelo. No habia pasado todavía la media hora en que nos dijo Alcetas que vendria la carroza, cuando en verdad la vimos llegar : entonces el espíritu de la Princesa se aquietó un poco con estos al parecer verdaderos indicios, y con las protestaciones y juramentos que la hizo Alcetas. Levantóse en fin á nuestra instancia, y á fuerza de ruegos se acercó á la carroza; pero temiendo no quedar engañada como la Reina, quiso que yo montase primero, y habiendo tomado su asiento, entraron despues Alcetas y Nicanor con nosotras, y los demas nos siguieron por orden de Alcetas, tomando la misma

ruta que la Reina, y marchamos por el camino real de Babilonia siguiendo los mismos pasos.

Esperábamos nosotras nuestro destino temblando; pero Alcetas y Nicanor procuraban asegurarnos con aquellas dulces espresiones que un amor fingido, ó verdadero les pudo sugerir, bien que era tal nuestro desconsuelo, que ni menos atendiamos á sus palabras. Ya habiamos andado mas de una hora cuando vimos venir á caballo á un hombre bien armado, que traia una muger á la gurupa. Poco cuidamos de observar la manera de sus armas; pero cuando estuvo tan cerca que ya podiamos distinguir los objetos, conocimos al instante que esta muger era la Reina. Todavía nos quedamos con la duda de si podria ser así; pero nos confirmamos en ellos, cuando la oimos decir claramente al mismo que la llevaba: — Ved allí á mi hermana.

Con este encuentro se turbó Alcetas, y estuvo para tirarse de la carroza; pero el miedo de perder á la Princesa, á quien apenas podia contener, le detuvo, y se contentó con mandar á los suyos que detuviesen á aquel caballero. No acobardaron estas palabras al incógnito, y haciendo desmontar á la Reina, echó mano á la espada, y cerró contra la tropa de gente con

tanta furia, que les hizo ver eran pocos para espantarle. Viendo Nicanor este principio de refriega, se arrojó de la carroza, y yo que ya habia visto á la Reina mi Señora, y no tenia quien me detuviese, salté á la tierra, y me fuí con la Reina, que se habia retirado un poco entre mortales congojas hasta ver en qué paraba este combate tan desigual. Alcetas que la vió en este estado, y que no queria desasirse de la Princesa, ni faltar á la intencion de Perdicas, mandó á dos caballeros de los suyos cogiesen á la Reina, y la entrasen en la carroza. Al punto le obedecieron, y tomándola entre sus brazos, mientras su valeroso defensor estaba ocupado con sus enemigos, á pesar de sus gritos, y de su resistencia la pusieron dentro. Mandó Alcetas que entrasen tambien los caballeros, y apretados los caballos caminaron con tanta velocidad, que en un instante se desaparecieron.

¡Ah, Señor, y qué dolor fué el mio cuando ví que llevaban á mi querida Señora sin poderla yo acompañar! No me detuve en mirar el fin del combate, cuyo principio fué tan glorioso para el caballero desconocido, sino que corriendo como una desesperada detras de ellos, me alejé lo bastante de aquel lugar funesto. Cansada vanamente en seguirles, como tambien

en dar voces, me fatigué de manera, que despues de haberles perdido de vista, caí en tierra tan falta de alientos y tan debil, que no tuve fuerzas para poderme levantar. Inutil será, Señor, el deciros la pena que tuve con pérdida tan grande : mi dolor era tal, que faltan espresiones para manifestarlo. Mas muerta que viva permanecí así largo tiempo, de modo que ya estaba para ponerse el sol, y aun no habia podido levantarme del parage en que habia caido. Ya estaba temblando sin saber que hacerme, cuando un buen paisano y su muger pasaron por allí, y viéndome en este estado, me levantaron del suelo, y despues de haberme enjugado las lágrimas, y consolado, me rogaron me fuese á pasar la noche con ellos á su casa. El miedo que yo tenia al ver que se acercaba la noche me hizo admitir la oferta; pero estaba tan cansada y tan debil, que no hubiera podido dar un paso, si no me hubieran ayudado á caminar.

Estaba muy cerca la casa de aquel sitio, y luego que llegamos, les supliqué me dejasen ir á la cama, lo que ellos hicieron con mucha caridad. El trabajo que habia tenido, el calor que con la carrera habia tomado, y la pena que atravesaba mi corazon me levantaron una calentura, que me hizo pasar tan mala noche,

que sin el socorro de esta buena gente, sin duda alguna hubiera fenecido. Todo el dia siguiente, que fué ayer, estuve de la misma manera, y aunque me acordaba de vos, y hacia lo posible para venir á veros, y daros esta nueva funesta, no me sentí con fuerzas para dejar la cama. En toda la noche pasada se disminuyó la calentura, y hallándome esta mañana casi limpia, y que mis fuerzas se habian corroborado un poco, me levanté, y haciendo saber á esta buena muger los deseos que tenia de pasar á la casa de Polemon, me dijo que solo distaba de la suya veinte ó treinta estadios; pero que esperase á que volviera su marido de la ciudad, adonde habia ido á comprar algunas provisiones, y los dos me acompañarian á la casa. Esperé la vuelta, y luego que llegó, al instante le hizo saber su muger el deseo que yo tenia. Él se ofreció con mucho gusto, y en compañía de ella me han encaminado hasta aquí, donde desde luego encontré á Araxes, que se quedó admirado con este encuentro, y me ha contado el último combate que tuvisteis, y el estado de vuestra salud.

Esta es, Señor, prosiguió Cleone, la vida que ha tenido la Reina desde vuestra separacion, y el estado en que la he dejado. Os lo he contado todo en satisfaccion de las quejas que habeis te-

nido contra ella: y aunque por vuestra desgracia y la suya no hayais recibido la recompensa que merecen los servicios que la habeis hecho, no creo que se haya portado tan mal con vos, que os quejeis de ella con tanta crueldad. Yo estoy segura de que sois demasiado generoso para negarla vuestra asistencia en los trabajos en que ha caido, y acaso por vuestro amor.



LIBRO SEGUNDO.

De esta manera acabó Cleone su historia, y el Príncipe que la habia escuchado con la mayor atencion, habiendo visto el fin muy diferente de lo que habia pensado, no pudo contenerse sin manifestar á Cleone con un movimiento de cabeza el poco crédito que daba á una parte de su relacion : y habiéndola mirado un rato sin esplicarse, al fin la dijo así : — Mucho me ofendeis, Cleone, en lisonjear mis desgracias, ó en quererme engañar tan maliciosamente. Yo bien creo que en las desgracias de vuestra Reina me habeis contado la verdad, pero en las mias me la habeis ocultado enteramente. En esto, Cleone, bien sabeis que soy mil veces mas desgracia-

do de lo que me habeis pintado en vuestro discurso : y si no tuviera otros motivos para quejarme que los que me habeis contado, no tendria ahora nueva ocasion para lo mismo. Yo nada diré de las prerogativas que Alejandro tenia sobre mí ; pero las de un incógnito, las de un recien venido no las puedo sufrir. Ninguna mencion particular me habeis hecho de este desconocido, sin embargo de que lo habeis confesado, y en esto, ó Cleone, os acuso de sospechosa, y de que teneis alguna inteligencia secreta con esta Reina infiel y desleal que tan indignamente me ha abandonado.

Quedó Cleone sorprendida al oir estas palabras, y despues de haber estado un rato sin responderle : — Señor, le dijo, levantando las manos al cielo, si yo tengo noticia de otra cosa de la fortuna de la Reina y de la vuestra, mas de aquello que os he contado, quiero que los dioses añadan á mis desgracias todas las miserias del mundo.

— Ah, Cleone, replicó el Príncipe con una accion que daba á entender su incredulidad, no es posible que vos ignoreis los amores de la Reina, y de este nuevo defensor que la sacó de las manos de Perdicas. No estrañeis lo que os digo, yo me maravillé tanto como vos fingis del cruel testimonio que se presentó delante de mis ojos,

y aun hubiera acusado de falsos á estos mismos que la vieron entre sus brazos, y hacerle unas caricias indignas de su ilustre condicion y de su primera virtud, si esta verdad no me la hubiera confirmado Perdicas.

Dicho esto la contó sucintamente los encuentros que habia tenido con este caballero que llevaba la Reina á la gurupa del caballo, y con el herido Perdicas, que con la noticia de su vida le habia dado las primeras nuevas de la infidelidad de su Princesa; y viendo que Cleone enmudecia á estos discursos, contentándose con llamar al cielo por testigo de su inocencia, y con jurarle que estaba ignorante de cuanto la habia contado, confesándole finalmente que se lo habia contado todo en la inteligencia de que solo se quejaba de Alejandro; — No, Cleone, replicó el Príncipe, no es posible que una pasion tan fuerte, y que, por lo que yo he visto, escede sin comparacion á la que me tuvo en otro tiempo, se haya escapado á vuestra penetracion y conocimiento. Este amor no ha nacido, ni ha hecho tantos progresos tan repentinamente, y sin él no me hubiera desterrado la Reina de Susa con tanta crueldad, y despues de la muerte de su marido, ni se hubiera ocultado de mí, como lo ha hecho por una vana y debil consideracion. Nada habeis alegado hasta ahora que

pueda justificarla, y á no estar preocupada de esta nueva pasion, no hubiera huido de mi vista en el estado á que me veo reducido por su amor, y en un tiempo en que tiene tanta necesidad de que la socorran los suyos. No, Cleone, esta infidelidad está demasiadamente confirmada; y á no quererme lisonjear contra toda suerte de razon, y contra la opinion comun, yo no puedo dudarlo. Pero no importa, Cleone: este conocimiento no desarmará mi brazo contra los enemigos de la Reina: yo daré por servirla hasta la última gota de esta sangre que jamas dejé de derramar por ella y por los suyos; y si cuando ya no la sea necesario quedase algun poco en mis venas, delante de ella la acabaré de derramar con mis propias manos; y entonces si acaso mi rival vive, le facilitaré con mi muerte la posesion de un bien que no podrá gozar en paz mientras yo viva.

Pronunció el Príncipe estas palabras con tanta vehemencia, que Cleone y Araxes temieron con razon no se alterase con estos impetuosos movimientos su salud: y ya se preparaba á continuar su discurso cuando le avisaron que el Príncipe Lisimaco con otros muchos se habia desmontado en el patio, y ya subia la escalera. Con esta nueva que recibió el Príncipe se llenó de gozo, y disipando una parte del nublado de

su cólera, manifestó un poco de calma y de serenidad en su espíritu y en su rostro. Entró Lisimaco en su aposento, y con él Tolomeo y Eumeno, dos grandes hombres á quienes habia atraido tanto la fama y virtud de Oroondates, que desde luego se declararon sus apasionados. Venian con él para verle, para mezclar sus intereses con los suyos, y para ofrecerle sus nuevos estados, sus amigos y sus vidas. Tenian poco mas ó menos la misma edad que Lisimaco, y ni en presencia, ni en valor cedian á él, ni á ninguna persona del mundo, Tolomeo era un poco moreno, pero tenia un rostro con unas facciones muy perfectas, los ojos brillantes, y toda su talla muy cumplida. En todas sus acciones daba muestras de un espíritu estraordinario, y dignas de aquella fama que se habia grangeado en las victorias de uno de los mas valientes Príncipes que hubo en el mundo. Eumeno era mas rubio, con mas delicadeza en la tez del rostro, y mas dulzura en los ojos, pero con una viveza que desde luego daba á entender la que adornaba su espíritu. La prudencia, á quien acompañaba su valor, sobrepujo á todos los sucesores de Alejandro, y por esta razon se levantó con justicia entre todos, con la fama de uno de los mayores capitanes del universo.

Viendo Oroondates que se acercaba Lisimaco,

le alargó los brazos, y recibiendo Lisimaco sus caricias con el mayor afecto, y con un respeto que solo habia usado con Alejandro, le dijo así:

— Señor, ¿es posible que no os tengo de ver sino cubierto de heridas, y que los dioses no me hayan concedido el honor de vuestra amistad sino para llenarme de dolor?

— Este amor que me mostrais, respondió Oroondates, teniéndole abrazado todavía, aumenta mas sensiblemente el mio por el interés que tomais, pero esto es con alguna justicia, pues vuestra fortuna hará siempre la mayor parte de la mia.

Despues de estos primeros afectuosos cumplimientos, le presentó á los dos amigos, y apenas los hubo nombrado, como los tenia en tanta veneracion, y se acordaba de los buenos oficios que habia recibido de ellos, quiso incorporarse en la cama para recibirlos con mayor cortesía; pero ellos se opusieron á una formalidad que le podia ser dañosa, y mirándole con admiracion y afecto, le hicieron saber con los términos mas obsequiosos de que se pudieron servir la intencion con que venian, suplicándole los recibiese por amigos, dándoles ocasion como á Lisimaco de poderle servir.

Obligado Oroondates, que no cedia en atencion á nadie, de esta cortesía, se inclinó cuanto

pudo, y recibiendo las ofertas con humildad y reconocimiento, correspondió con las suyas con tanta gracia, y palabras tan vivas, que solo con esta accion se ganó la benevolencia de estos Príncipes, y quedaron confirmados en lo mismo que les habia dicho Lisimaco. — El amor, les dijo él entonces con un aire lleno de dulzura y magestad ; el amor que yo tenia al Príncipe Lisimaco, no se podia aumentar con otra gracia que con la que recibo, y menos obligado quedaria aunque me ofreceria toda la Asia, que lo quedo ahora con dos amigos de tanto valor.

—Vuestra virtud, respondió Tolomeo, os dará tantos amigos por el mundo, cuantas sean las personas virtuosas ; pero si los amigos de nuestra cualidad son de poca consideracion para el hombre mas grande y generoso, serán por lo menos de mucha por un celo lleno de respeto y de sinceridad para con vos.

— Yo me haria un grande agravio, dijo el Príncipe, si desde hoy en adelante me tuviera por miserable, puesto que la fortuna repara los males que me ha hecho con unos bienes tan grandes y de tanta consideracion ; pero si yo no los he merecido, los reconoceré como una pura gracia de vuestra bondad, y de la que procuraré hacerme digno por el deseo que tengo de ser eternamente vuestro.

Esta conversacion duró bastante tiempo; y mirando estos dos grandes hombres á Oroondates con una atencion maravillosa, se acordaron de aquellas grandes hazañas que le habian visto hacer en las batallas de Issus y de Arbeles, del admirable accidente con Alejandro, y de otros muchos de su vida, que habian oido contar como prodigios : y Oroondates al mismo tiempo trajo á la memoria las obligaciones que les debia, particularmente á Eumeno que en la última batalla le habia hecho como resucitar entre los muertos, conducirle á Arbeles con el mayor cuidado, y procurar su curacion con tanto esmero, que solo á su asistencia debia la vida.

La memoria de estos buenos oficios en un corazon como el de Oroondates hizo un efecto muy poderoso, y reconociéndolo este Príncipe, y haciendo la debida reflexion, se volvió hácia Eumeno con un rostro humilde, y lleno de aquella dulzura que le era natural, y tomándole la mano, despues de habérsela besado, le dijo así: — Vos, generoso y caritativo Eumeno, no podeis menos de visitar á uno que es vuestra hechura, y tomaros algun cuidado de una vida que ganasteis cuando conservasteis la mia.

Recibió Eumeno este obsequio con mucha modestia, y tomando con respeto la mano que

Oroondates le habia presentado, le respondió: — No era digno de vuestra memoria este corto servicio; pero sea como quiera, estoy mas gozoso con haberlo ejecutado que si hubiera conquistado la mayor parte del Asia.

Habiendo todavía Oroondates sobrepujado esta singular cortesía de Eumeno, y dando á estos dos nuevos amigos mas motivos de admiracion, se volvió á Lisimaco, y mirándole con un semblante mas alegre de lo que acostumbraba: — ¿De qué manera, le dijo, ó querido compañero mio, podré corresponder á esta última obligacion? Cierto es que los dioses se han tomado el cuidado, pues en el mismo tiempo en que recibo el beneficio, me han dado el medio de igualarle con la recompensa con que pretendo corresponder; y sin quitar nada del precio á la gracia que me habeis hecho, creo dejaros enteramente satisfecho, cuando os anuncie, si ya no lo sabeis, que la Princesa Parisatides vive.

Manifestó al instante el rostro de Lisimaco los efectos de esta noticia, pues apenas acabó de oir estas palabras, que dejándose llevar de los primeros movimientos del gozo, le faltó poco para perder los sentidos; pero haciendo reflexion poco despues en la imposibilidad de esta nueva, volvió á su primer estado, y mirándole con un rostro lastimoso; — ¡Ah, Señor! le dijo:

¿qué gusto teneis en burlaros de mi dolor, siendo como es á los dos tan comun? Yo no creia estuvieseis en disposicion de divertiros con los trabajos de los miserables.

— Yo sabia muy bien, respondió Oroondates, que la nueva que os daba era demasiado grande para ser creida; pero si yo no soy digno de fe, preguntadlo á Cleone, y ella os dirá la verdad.

Estas palabras fueron motivo para que Lisimaco y los Príncipes mirasen á Cleone, á quien todavía no habian visto, y apenas la reconoció Lisimaco, como que se persuadió de su dicha, y corriendo á ella con los brazos abiertos, y suplicándola la dijese la verdad, si la Princesa Parisatides vivia; respondiendo que sí, sintió Lisimaco una alegría tan grande, que por poco no muere de placer. Con efecto, él tuvo necesidad de llamar en su socorro á todo su valor para resistir tan agradable noticia, pues quedó como cosa de media hora tan fuera de sí, que no pudo hablar, ni escuchar las palabras de los otros. Luego que entró en su acuerdo manifestó su júbilo con unas demostraciones que solo los pocos años y el amor le podian escusar. Tolomeo y Eumeno tomaron con esta noticia tanta parte, que no dieron menores muestras de alegría; y acercándose á Cleone, la re-

garon todos juntos les hiciese relacion de este admirable suceso, y con qué prodigiosa asistencia del cielo, las Princesas, á quienes habian visto quitar la vida, y arrojar en un pozo, se habian podido salvar de la muerte engañando á tantas personas que estaban tan interesadas en ella.

Cleone, que los queria obligar á todos, y atraerles al partido de las Princesas, contó la relacion que habia hecho á Oroondates mientras este comia. Es verdad que fué mucho mas corta que la primera, porque calló todo lo perteneciente á los amores de la Reina y de Oroondates que componian la mayor parte, contentándose con referirles los sucesos de las Princesas, sin descubrir los pensamientos mas secretos.

El gozo de Lisimaco se moderó un poco al fin de esta narracion, cuando supo que su Princesa estaba en manos de sus enemigos, y que todavía no estaba segura de una muerte que la podian dar; pero se consoló con aquello mismo que á cualquiera otro le deberia causar el mayor pesar; pues esperaba con algun fundamento que el amor de los dos hermanos aseguraria la vida de las dos Princesas, y bajo este concepto sufrió sus zelos, y disipó mucha parte de los disgustos que le habia ocasionado semejante

mudanza. Entonces volviéndose á Oroondates ; — Bravo Príncipe de Escitia, le dijo, consolémonos y esperemos, pues esta es la voluntad de los dioses; y si nuestras Princesas estan prisioneras, á lo menos viven, y nosotros somos bastante poderosos para arrancarlas de las manos de nuestros enemigos con una guerra justa. Estas armas que queriamos emplear en su venganza las volveremos á favor de su libertad, y vereis á tantos valientes guerreros esponer sus fuerzas, que no desdeñareis ser de nuestro partido.

— Es preciso que sea muy poderoso, dijo el Príncipe, si se compone de unas personas tan valerosas como vos, y como vuestros amigos : y si teneis la bondad de recibirme en vuestro número, espero ser valiente con vuestro ejemplo y con la justicia de la causa.

— El cuidado que habeis tenido, dijo Tolomeo, en ocultaros á los hombres os ha engañado, porque vuestro valor os ha descubierto, y si hubierais querido que fuese desconocido, convenia que hubieseis moderado las pruebas que habeis dado, porque estas os han descubierto á todo el mundo.

— Vos no entrareis en un partido, prosiguió Eumeno, en el que debeis ser el Capitan ; pues todos os reconoceremos por cabeza, y nos suje-

taremos voluntariamente, no solo porque sois el mas interesado, sino porque solo vos sois digno de mandarnos: y yo sé muy bien que todos confirmarán lo que digo, y que marcharán bajo vuestras órdenes con la misma confianza que marcharon otras veces bajo el mando de Alejandro.

Quedó confuso Oroondates con unas palabras que le obligaron tanto; y viendo que unos Príncipes tan grandes, que se podian llamar Reyes, le cedian voluntariamente un honor, que sin disputa no hubieran dado al mayor Monarca del mundo, le pareció no debia aceptar una atencion tan estraordinaria; pero queriéndoles mostrar que sabia no ensoberbecerse con las ofertas sino agradecerlas, respondió: — Yo sé muy bien lo que todo el mundo debe á sus vencedores y Señores, para volverles con él lo que merecen de justicia; pero la condicion de un pobre Príncipe sin tropas, sin apoyo, y sin medios de servir en vuestro partido sino con su persona, sé tambien que no puede tener mas gloria que seguir á los mas bravos y mas valientes Capitanes del orbe.

Dijo el Príncipe estas y otras semejantes palabras, acompañadas de la mayor humildad, y despues que le correspondieron con la misma, quiso Lisimaco saber de Oroondates el resto de

sus sucesos pues solo los habia oido contar confusamente, y el Príncipe por complacerle le refirió el encuentro con Perdicas, el de su hermana la Princesa, y los combates con Arsacomes, y el incógnito, de quien habia sido tan maltratado.

Habiéndole escuchado los Príncipes con la mayor admiracion, Lisimaco le dijo, que ya habia sabido del estado de su salud, y alguna cosa acerca de los combates por uno de los suyos que le habia venido á buscar al campo; y como Tolomeo y Eumeno habian sabido que queria venir á visitarlos, habian querido acompañarle para ofrecerse, y para satisfacer el deseo que tenian de conocer á un caballero de tantas circunstancias. A continuacion de estos discursos pasaron á tratar de sus negocios, y dando cuenta Lisimaco á Oroondates de todo lo que habia practicado despues de su partida, le dijo que Tolomeo, Eumeno, y él habian mandado hacer levas en los estados que les habia tocado en la particion; que habian rogado á todos los amigos que habian marchado á los suyos, que al primer aviso estuviesen prontos para hacer una liga ofensiva y defensiva, y que en el término de quince dias todo el ejército deberia unirse en una pequeña ciudad, distante media jornada de Babilonia; que Perdicas y Roxana no se des-

cuidaban en hacer sus preparativos por su parte; que todos sus aliados se volvian á Babilonia, y que el cuerpo de su ejército se formaba al otro lado del Eufrates, cuyo paso tenian libre á fuerza de los muchos puentes que habia en la ciudad.

Conmovióse Oroondates con una generosa impaciencia al oir esta novedad, y significó á Lisimaco el sentimiento que tenia de no estar enteramente curado de sus heridas para hallarse en la primera ocasion, que deseaba se retardase para que no se ejecutase cosa alguna sin su presencia; pero Lisimaco le aseguró que no se unirian las tropas hasta que estuviese curado, y en disposicion de poder emprender alguna cosa; y que por otra parte las heridas de Perdicas servian de un grande obstáculo á los designios de los enemigos, y que si no arruinaban sus intereses, á lo menos los retardaban, facilitándoles á estas mas comodidad para empezar la empresa. Se hubieran alargado algo mas en la conversacion, si el médico Amintas no hubiera representado á su Señor, que Oroondates habia hecho un grande esceso en este dia estando tan herido, y que tanta conversacion podia ser muy perjudicial á su salud. Lisimaco entonces, celoso de la vida de su amigo, sacó á los suyos fuera de su aposento, aunque con resistencia de Oroon-

dates, y bajando al jardin, comenzaron á pasearse con ánimo de no ver á Oroondates hasta el dia siguiente.

Entre tanto la impaciente Talestris, que con Hipólita se habia empeñado en buscar á Berenice, anduvo vagando todo el dia sin fruto. Ella corrió casi toda la campiña de Babilonia, y ni en las orillas del rio, ni en los bosques cercanos habia dejado rincon alguno que no registrase : y sin embargo de no haber parado hasta las puertas de Babilonia, no encontró persona alguna que la diese noticia. Pero viendo que por esta parte su prosecucion era inutil, se volvió atrás, tomando el camino de la casa de Polemon, que le habia dejado á la mano izquierda, y habia continuado en seguir la orilla del rio. La separacion de una amiga como esta la fué muy sensible, y no pudiendo consolarse, esclamó : — ¡Oh, dioses! ¿Era del caso darme á conocer una Princesa tan amable para quitármela tan presto? ¿Debiais acaso privarme tan inmediatamente de un bien que apenas habia empezado á gustar? No estais todavía satisfechos del trabajo que he tenido en perseguir á mi infiel, sin esponer mi cuerpo á nuevas fatigas, y mi alma á nuevos disgustos?

Hablando estas cosas se vió insensiblemente

en la vereda que conduce al templo de Apolo, que está poco distante del rio, y volviéndose hácia la mano izquierda vió al fin de la calle la puerta del templo. Muchas veces habia oido hablar de sus oráculos, y poco despues de la respuesta que se habia dado á Lisimaco. Esta ocasion la movió á consultar con el dios sobre el designio que la habia puesto en camino, y sobre el suceso de su propia fortuna. Con este motivo no quiso perder la ocasion, pareciéndola que no sin algun cuidado de sus intereses, aunque contra su intencion, los dioses la habian conducido á aquel lugar. Con esta idea volvió el caballo, y poniendo pie á tierra delante de la puerta del templo, como si no la llevara otra curiosidad, sin mirar las bellezas de aquel magestuoso edificio, se hincó de rodillas delante del balaustre, y pidió al dios por el hallazgo de Berenice, y por sus propios intereses. Esperó algun rato la respuesta, y al fin la tuvo por la boca del Sacerdote que la dijo en estos términos.

No será el cielo á tu quietud contrario:
De la hermana el destino él te asegura,
Y pues te llama el tuyo con su hermano,
Mudarás tu corazon, y tu fortuna.

Esta respuesta del dios consoló á la bella

Amazona mas de lo que podia esperar, y despues de haberle dado gracias, levantándose del lugar en que se habia arrodillado, se salió del templo mas satisfecha que lo habia estado antes. Hipólita reconoció en su rostro alguna mutacion, y preguntándola la causa, la Reina la respondió con las palabras del Oráculo, y montando á caballo, tomó el camino de la casa de Polemon. Por el mandamiento del dios se vió Talestris escusada de buscar á Berenice, y puesto que el cielo se reservaba el cuidado, no podia sin irritarle perseverar en su empeño. Por esta razon le abandonó, y se confirmó en el deseo de volver á Oroontades, pues á mas del que tenia en servirle, debia esperar á su lado la mutacion de su fortuna. Reflexionó largamente sobre esta promesa de los dioses, y despues de haberlo meditado; — ¿Qué mudanza, dijo ella, puedo esperar de mi fortuna? ¿Será el olvido, el arrepentimiento, ó la muerte de mi infiel? ¡Ah, si por olvido; yo lo espero en vano, porque no puedo creer que esta alma puede perder la memoria de su primera pasion, ni de la ofensa que he recibido. Lo uno, y lo otro está grabado en mi corazon con caracteres indelebles; y de esta manera no puedo sin perder la vida aborrecer á Orontes, ni dejar de acordarme de Orontes. Si por arrepentimiento

¡ah! menos debo esperarlo, pues las ofensas que me ha hecho no son tales que se puedan reparar; y cuando él empezase á amarme con tanta vehemencia como en su primera pasion, nada perderia del aborrecimiento que le tengo, porque está tan endurecida mi alma contra este ingrato, que no se doblará ni con todas las muestras del mayor arrepentimiento. Resta, pues, decir que solo en su muerte debo fundar todas mis esperanzas, y esta es la que infaliblemente me prometen los dioses. Esta es la gracia mayor que puedo recibir de ellos; pues cuando esté vengada de este pérfido, volveré á mis estados, adonde pasaré el resto de mis dias con la mayor tranquilidad. Morirá el traidor, prosiguió ella, morirá el traidor que me ha tratado con tanta ingratitud, y tanta indignidad, y si mis injurias son sangrientas, tambien lo será la reparacion, y en esta misma sangre nadará mi vergüenza, y la memoria de mis faltas.

Halló la Reina alguna dulzura entre estos crueles pensamientos; pero poco despues empezó á temblar, porque habiéndola enternecido una reliquia de amor por un instante, parecia que su corazon se queria inclinar á la piedad; pero se opuso fuertemente á esta compasion, y violentando sus tiernos movimientos:

—¿Qué? decia ella, ¿tú vacilas aun, ó flaca Talestris? ¿La imagen de la falsa Oritias viene á tu memoria para desterrar tus legítimas quejas? ¿Eres todavía capaz de aquellos viles movimientos que han causado la mayor parte de tus desgracias, compadeciéndote de un cruel que te ha abandonado sin piedad? ¡Ah, alma baja, sufoca esos indignos pensamientos, y trae á la memoria los ultrages para desterrar tu flaqueza. Es preciso que muera este monstruo de perfidia, que tú le pases aquel corazon desleal con esta misma mano que tantas veces te ha besado, y que con la misma boca con que has protestado tantas veces que le amabas, pronuncies los últimos baldones que merece su infidelidad.

Con estos pensamientos llenos de violencia la bella y desconsolada Amazona prosiguió su camino hasta cerca de un pequeño valle que está algunos estadios distante de la casa de Polemon. Aquí oyó unos gritos que la obligaron primeramente á parar el caballo, y oyéndolos despues continuar con un eco muy lastimoso, se dispuso desde luego á socorrer generosamente á cualquiera que tuviese necesidad de su asistencia. Con este fin aplicando el oido hácia donde venian los ecos, corrió á rienda suelta seguida de Hipólita, y apenas habia entrado en

el valle, se halló con un espectáculo muy funesto. Vió unos cinco, ó seis hombres bien armados y montados á caballo, que habian atado á dos miserables á los troncos de los árboles, y dos ó tres de á pie los atormentaban de mil maneras, ya agarrotándoles con palos los dedos, ya apretándoles las frentes con cordeles, y ya haciéndoles sufrir todos aquellos tormentos que se acostumbran á los reos criminales cuando se les quiere hacer confesar una verdad. No podia Talestris distinguir muy bien todas sus acciones ; pero luego que estuvo cerca, oyó al que mandaba á los otros, que acercándose á los desgraciados, les dijo : — Puesto caso que estais tan obstinados, y tan resueltos á morir, moriréis pues : ahorcadles, prosiguió, y quédense pendientes en las ramas para que sirvan de pasto á los cuervos.

Ya empezaban los ministros de este hombre cruel á presentar á estos infelices los funestos lazos, cuando espantada de tanta crueldad la Reina, tomó un dardo de las manos de Hipólita, y arrojándose á ellos, los puso la punta en los ojos, amenazándoles con la muerte si pasaban á ejecutar tal comision. El temor los detuvo ; pero irritados los caballeros con semejante atrevimiento, echaron mano á las espadas, y encarándose el que parecia el principal á la

Reina; — Cualquiera que tú seas, la dijo, si tú no traes orden espreso de la Reina, eres muy temerario en oponerte á su voluntad.

—Si es una Reina, respondió Talestris, la que ha mandado esta ejecucion, tiene abiertos los caminos de la justicia para castigar á los reos; pero este modo de proceder contra estos pobres miserables, es una señal infalible de su inocencia, y será la causa de salvar su vida.

Irritado el caballero, así por las palabras, como por el impedimiento que ponia la Reina á su intencion, mirándola con ojos llenos de corage, la dijo: — Si te obstinas mas en retardar nuestro deseo, harás compañía á los mismos que pretendes salvar.

Al acabar de decir estas palabras, sacó la espada; pero Talestris, que ya habia perdido la paciencia, no esperó á que comenzase, sino que echándose sobre él con la mayor presteza, le pasó de parte á parte por la garganta el dardo, y cayó muerto á los pies de su caballo. No se detuvo en sacarle, sino que empuñando la espada, se arrojó contra los compañeros del muerto como un rayo; y viendo á uno con la espada levantada para herirla, le dió tal reves, que cortándole el brazo por encima del codo, le tiró á tierra juntamente con la espada. Siguió

Hipólita vigorosamente el ejemplo de su Señora; y de tres enemigos que quedaban todavía á caballo, embistió á uno con el mayor valor: los otros dos se encaminaron con mucha furia contra la Reina; pero habiendo llegado su cólera al estremo, les dió bien presto pruebas de su admirable valor, pues aunque habia recibido varios golpes sobre sus armas, dirigió contra el mas atrevido con tanta fortuna suya la espada, que encontrando la coyuntura entre el yelmo y la coraza, le arrojó la cabeza en el suelo. Espantado el último con un golpe tan grande, volvió la brida al caballo para salvarse con la fuga; y la Reina, que creyó se habia derramado ya bastante sangre, no quiso seguirle, y volviéndose á Hipólita, la vió victoriosa del suyo, que herido malamente mordia la tierra con sus compañeros.

Despues de esta ejecucion viendo la valiente Reina que ya no tenia con quien combatir, mandó á Hipólita desatase á los dos hombres, y los pusiese en libertad. Desmontóse Hipólita para obedecerla, y apenas habia roto las cuerdas con que estaban atados á los árboles, que se pusieron de rodillas delante de su libertadora con unas acciones llenas de respeto y de reconocimiento, y entonces esclamaron todos diciendo; — Cualquiera que seais, que en el valor

representais la imagen de nuestro amo, esperad del cielo la recompensa de una accion tan piadosa, y creed que jamas habeis empleado mejor vuestras armas que con estas personas inocentes.

Reconociendo la Reina en estos hombres un no sé qué de honrada cualidad, quiso saber los nombres y la causa de la persecucion que habian sufrido, y apenas les manifestó este deseo, despues de haberlos mandado levantar, tomando uno de ellos la palabra, dijo así: — Señor, nosotros hemos nacido en una tierra muy distante de aquí, y no tenemos mas honor que haber servido la mayor parte de nuestra vida al Príncipe mas grande y mas generoso de todos. Nuestro pais es la Escitia, nuestros nombres Toxario y Loncato: y puesto que una obligacion tan grande nos prohibe ocultar cosa alguna á nuestro generoso y valiente defensor, os confesamos y decimos que el Príncipe á quien hemos servido es el grande Oroondates, Príncipe de la Escitia.

Queria pasar adelante este hombre, cuando acordándose Talestris de haber oido hablar al Príncipe y á Araxes de estos dos fieles criados, miró á Hipólita, y alabando su destino que le habia proporcionado hacer este servicio á un Príncipe á quien tenia tanto afecto, quedó en

estremo satisfecha de este encuentro, y alargando á los dos la mano, les dijo : — Yo os conozco muy bien, y despues de haberos hecho este beneficio, os quiero restituir á vuestro Señor, que me ha dicho que sois de sus amigos, y que sentia mucho el haberos perdido.

Estos dos hombres, que no habian esperado en tan poco tiempo recobrar la vida, la libertad, y á su Señor, que lo estimaban mas que todo, quedaron llenos de gozo con esta promesa, y arrodillándose de nuevo delante de Talestris, la manifestaron con sus acciones de qué naturaleza era el afecto que tenian á su Señor. Habiéndoles confirmado la Reina su promesa, les mandó que la siguiesen, y montando los dos Escitas en dos caballos de los enemigos muertos, tomaron el camino de la casa de Polemon, adonde llegaron poco despues.

Lisimaco, Tolomeo, Eumeno, y Araxes estaban en el patio cuando entró Talestris, y luego que Lisimaco la vió, la salió al encuentro, y ayudándola á desmontar, la saludó con mucho respeto, y recibió con mucha humildad las caricias que ella le hizo. Acabados los regulares cumplimientos, Lisimaco la presentó sus compañeros, con quienes ya habia hablado de ella en unos términos que quedaron admirados de su valor. Eran tan afamados los nombres de

estos dos grandes Príncipes por el mundo, que la Reina luego que los acabó de pronunciar Lisimaco, supo la atencion que les debia guardar. Apenas vió Araxes á Loncato y Toxario, que se fué á ellos lleno de gozo, y los abrazó con muchísimo afecto.

Despues de haber gastado la bella Amazona un buen rato en conversacion con los Príncipes, quiso ver á Oroondates, para darle cuenta de lo acaecido, y para presentarle sus dos criados; pero Lisimaco con consejo de Amintas, la detuvo, suplicándola lo dejase para el dia siguiente, y representándola que el Príncipe habia hecho en el dia unos escesos capaces de alterar una salud aun menos delicada que la suya. Dificilmente se acomodó la Reina á esta dilacion, pero al fin las súplicas que la hicieron, y el respeto á la salud de Oroondates, que amaba mucho, la hicieron condescender; y para pasar el resto del dia con menos molestia, pidió Lisimaco á Hipólita le contase á él, y á sus compañeros los sucesos de su Señora; y habiéndola dado su permiso la Reina, les hizo la relacion casi en los mismos términos que á Oroondates; pero al tiempo que esta historia llenó de una grande admiracion á los Príncipes, despertó en Talestris unas memorias tan tristes, y la puso por algunos momentos en tal conster-

nacion, que casi se arrepintieron de su curiosidad.

Entre tanto Oroondates añadiendo á sus muchos disgustos la ausencia de su hermana, y viendo que se pasaba el dia sin saber cosa alguna, se inquietó infinito, y se desazonó de manera, que preguntando á Araxes, que entró solo en el cuarto, por ella, y viendo que llegaba la noche sin adquirir alguna noticia, se afligió con esceso. La mañana siguiente, habiendo dado su permiso el médico para que se le pudiera visitar, entró la Reina en su cuarto acompañada de los Príncipes, y de los dos fieles criados que queria presentar á su Señor. Luego que la vió Oroondates se incorporó como pudo, y la dió un recibimiento lleno de respeto y sumision, y lo mismo hizo despues con los Príncipes: mas cuando vió á sus criados, que los habia perdido, arrodillados al lado de la cama, quedó maravillado y enternecido de gozo: entonces les echó los brazos, que tenia fuera de la cama, y preguntando á la Reina, que se los presentaba, como habia sido este encuentro, le dijo en pocas palabras todo el caso.

Correspondió el Príncipe á esta nueva obligacion con darla muchas gracias, y la Reina las recibió con tanta modestia, que quedó tan pagado de su cortesía, como de los efectos de su

valor. Queria preguntarla por Berenice; pero ella sin darle lugar se adelantó contándole los sucesos de su corto viage, y repitiéndole las palabras que la habia pronunciado el Oráculo. Oroondates se consoló con las promesas que le hacian los dioses de cuidar de su hermana, y con la esperanza que daban á Talestris, cuyos intereses apreciaban tanto. Despues de haber hablado un rato sobre la respuesta del Oráculo, y de haberla dado un sentido mas dulce, y una esplicacion menos cruel que la de la Reina, pidió licencia á la compañía para saber en presencia de todos la causa de la detencion de sus fieles criados, que no podia menos de ser muy importante; y preguntándosela á Toxario, este no se atrevia á hablar delante de tantos Señores de los secretos de su amo; pero él conociendo el motivo de su silencio, y queriéndole quitar este empacho, le dijo así: —hablad, Toxario, y no oculteis nada delante de estos ilustres amigos, que ni son sospechosos, ni jamas les encubriré cosa alguna. Entonces Toxario habiendo oido este mandamiento tan espreso, comenzó así.

HISTORIA DE ROXANA.

Estábamos una jornada de aquí, cuando sabida la muerte de Alejandro me mandó vuestra Alteza marchase á Babilonia para saber alguna noticia da la Reina Estatira, y de otros amigos vuestros. Hice este camino con bastante diligencia, y llegué á esta ciudad al anochecer. Halléla llena de luto, de desorden, y de confusion, y tanto que apenas pude encontrar un pobre rincon para mí. Nada os diré del estado en que la muerte del Rey dejó las cosas en Babilonia : estais mas enterado que yo; y estos grandes Príncipes que estan aquí, cuyos intereses eran los mas considerables, y cuya parcialidad formaba una parte de los desórdenes, os habrán instruido por menor : os diré solamente que á la primera vez que pregunté por la Reina, me respondieron que estaba en el castillo de Calcis, adonde por alguna indisposicion se habia retirado con la Princesa su hermana por algun poco tiempo antes de la muerte del Rey.

No pudiendo adquirir noticias mas individuales, salí de mi alojamiento, y en medio de la

oscuridad y general turbacion quise servirme de toda la industria que podia tener para imponerme en todo lo que deseabais saber, y cuyo conocimiento podia servir mucho á nuestras intenciones. Por la mansion de cuatro ó cinco meses que hicisteis en Babilonia al lado del Rey Darío, yo habia aprendido muy bien las calles de esta ciudad, y en particular sabia los estilos de palacio de la otra parte de la laguna, donde ordinariamente moraba Darío, donde el Rey Alejandro habia muerto, y en donde la Reina Roxana tenia su cuarto. Me paseé bastante tiempo por las calles, en donde ví mil imágenes de desolacion, de turbacion, y de asombro universal. Las ventanas de las casas estaban llenas de antorchas encendidas, pero con una luz tan funesta y lúgubre, que entristecia sobremanera á toda la ciudad, como si participaran de una pérdida tan general: oíanse dentro de las casas unos gritos espantosos, como si se hallaran en una destruccion universal; las cadenas estaban todas puestas; habia infinitas hogueras por las calles, y muchos cuerpos de guardia en todas las plazas, y todas las encrucijadas estaban llenas de hombres armados, que se reunian segun los diferentes partidos, y de los cuales el mayor número parecia que se inclinaba á la sedicion y al desor-

den: no se veia otra cosa que pasar y volver á pasar Príncipes que solicitaban y deseaban con ansia los empleos y la autoridad soberana, escoltados diversamente segun el crédito, ó segun la condicion de cada uno, y en fin todas las cosas se resentian á vista de la nueva faz que habian tomado los negocios.

Yo solo consideré estas cosas en cuanto podian servir á vuestros intereses; y despues de haber rodado inútilmente una hora, me encaminé al palacio adonde habitaba Roxana, cuyos rincones sabia tan bien como si hubiera pasado en ellos mi vida. Hallé á la puerta un número tan escesivo de guardias, que perdí las esperanzas de poder entrar, y en efecto, ya queria volverme, cuando ví llegar á Perdicas acompañado de tanta tropa, que llenaba la calle. Luego que se oyó su nombre, las guardias se pusieron en fila para hacerle paso, y aunque se dió orden para que no se permitiese entrar sino á muy pocos con él, el tropel de la gente venció á los que guardaban las puertas, y puesto yo entre los demas, fuí uno de los que entraron.

Preguntando entónces Perdicas á donde estaba la Reina, le respondieron que en el jardin, adonde habia bajado á causa del escesivo calor que habia hecho aquel dia, y en donde tomaba

el fresco con sus damas á la orilla del rio. Habiendo Perdicas atravesado dos patios, llegó á la puerta del jardin, donde hallamos otras tantas guardias, y por consiguiente otro tanto trabajo como en la primera; pero al fin él entró, y otros infinitos entramos con él. Las hachas de viento se habian quedado en el patio, y la luna que daba bastante claridad para distinguir el paseo, sirvió mucho á la Reina para tener conversacion con Perdicas. No es del caso deciros la manera de vestido que tenia, pues no era bastante la luz para poderlo discernir; pero yo pude notar que ya estaba con la cofia de noche, y lo mas del vestido era negro segun la situacion en que se hallaba. Perdicas se acercó solo, y todos los demas que habiamos entrado nos quedamos al fin de una calle, y lo mismo hicieron las damas de Roxana, con lo que quedaron solos para poder hablar con satisfaccion.

No se podia entender nada de lo que decian; pero viendo despues que tomaban otra calle á la orilla del canal, donde yo sabia que habia una bastante oculta, desde donde les podia oir toda la conversacion; quise marchar tras ellos, y esponerme alguna cosa para poderos hacer este servicio. Lo que principalmente me movió á escucharles, y á esponerme al peligro, fué el

saber el odio mortal que Roxana tenia á Estatira, y el juicio que hice de que en esta revolucion de negocios, y en estas visitas nocturnas de Perdicas á Roxana se podia maquinar alguna cosa contra la Reina. Esta sospecha, que poco despues fué evidencia, me la habian inspirado los dioses, y con ánimo de estorbar si podia estas desgracias, fuí á espiarles, y metiéndome con este fin por una enramada sin que me viese nadie, que pudiese notar mi intencion, me puse en la oculta calle, por la cual se paseaban los dos. Salí con mi idea como lo habia pensado; pues como creian que nadie les oia hablaban de manera que no habiendo mas trecho entre ellos y yo que el que ocupaban las ramas, les podia oir con facilidad cuanto decian. Yo caminaba al paso que ellos andaban, y volvia de la misma manera, pero siempre sin hacer ruido, y con el mayor silencio posible.

A las primeras palabras se verificó mi sospecha, y poco despues oí á Perdicas que hablaba de esta suerte. — Aunque haya determinado, Señora, serviros y complaceros en un todo, tengo mucha repugnancia en ejecutar lo que me mandais. Yo no puedo sin temblar acordarme de que para obedeceros es preciso teñir mis manos en la sangre de dos grandes Princesas, de las cuales la una fué esposa de mi Rey, y la

otra es viuda de mi amigo. Su sexo, su condicion, y la memoria de unos maridos tan grandes y tan ilustres detienen mi brazo y mi corazon para semejante atentado; y me alegraria que os contentaseis còn otro arbitrio mas dulce y mas honesto, para establecer esta seguridad que me pedís. No es decir esto (y pongo á los dioses por testigos) que yo me niegue á obedeceros, aun en las ocasiones mas peligrosas, y que el honor que me ha hecho vuestra Magestad de unir sus intereses con los mios, no le estime mas que toda la fortuna que me puede venir por otros medios, y solo lo que dije fué porque no puedo reducirme á vencer las dificultades que algunas reliquias de virtud se oponen á esta empresa, y porque en esta ejecucion no se atreve mi mano á servir al deseo que tengo de obedeceros.

Mas hubiera dicho Perdicas, si la Reina no le hubiera interrumpido diciendo : — Es preciso, ó Pèrdicas, ser escrupuloso como lo sois cuando se trata de cosas que importan menos que el imperio del mundo : y yo os protesto, que siento tanta repugnancia como vos para ejecutar una crueldad, á que nos lleva la necesidad de nuestros intereses. Y si no decidme : ¿creeis acaso que puedan tener alguna seguridad los hijos, la viuda de Alejandro, y los Príncipes

Macedonios, mientras vivan las hijas de Darío? ¿Juzgais acaso que esta calma que Alejandro habia establecido con tanta sangre y tanto trabajo, dure despues de su muerte, y que los Persas que no vivian sino por fuerza bajo el yugo de los Macedonios, no se armen ahora por sus legítimas Princesas, y no hagan lo posible para poner en el trono la sangre de sus primeros Señores? Si la crueldad de esta empresa os horroriza, acordaos, Perdicas, que en todas las Monarquías tiene ejemplo, pues así entre nosotros como entre nuestros vecinos, apenas habrá siglo que no pueda presentar un buen número de hechos semejantes. Artajerjes, á quien ha tenido todo el mundo por gran Príncipe, y Ochon su sucesor, antecesores á Darío, ¿no aseguraron sus estados con la sangre de sus hijos y de sus hermanos? Y si quereis ejemplos mas recientes, entre vosotros mismos la Reina Olimpias, que todavía vive, madre de nuestro difunto Rey, ¿no hizo despues de la muerte de Filipo quitar la vida á su rival Cleopatra, habiendo hecho matar primero en su presencia á una hija que tenia, porque esta podia algun dia trastornar las cosas del estado? Y el grande Alejandro, mi esposo, y nuestro honradísimo Rey, cuya memoria es tan augusta, y cuyas acciones nos deben servir de regla, ¿no empezó á

reinar tan gloriosamente despues de la muerte de sus parientes mas cercanos? ¿Cuando partió de Macedonia quedó acaso uno solo que pudiese trastornar la tranquilidad en que él la habia dejado? Considerad ahora, ó Perdicas, si los motivos que esos tenian eran de tanta importancia como las de los nuestros, y si ellos no han ejecutado por sospechas ligeras, y con ocasiones menos fundadas lo que nosotros hacemos por pura necesidad, y por la conservacion de nuestras vidas, y del imperio del mundo.

— Estos motivos, respondió Perdicas, han dejado con estos hechos un gran lunar á su fama, y tan negro, que cuanto ha hecho despues digno de gloria, no ha bastado á borrarle; ni tiene comparacion con la infidelidad que me ordenais á mí, que no solo soy pariente y vasallo de Alejandro, sino el que entre todos los suyos ha recibido las últimas y mas gloriosas muestras de su afecto, y la preeminencia entre tantos Príncipes dignos todos ellos de los Imperios que ha dejado.

—Con esa accion, dijo Roxana, le dais las mejores pruebas de vuestra fidelidad en lugar de ofender su memoria; pues solo por asegurar el Imperio á su hijo quitais del mundo á quien puede disputarle : y si es lícito, ó Perdicas, aña-

dir á esto la consideracion de vuestros intereses, acordaos de lo que haceis por vos mismo, porque el menor premio que se os propone es la autoridad soberana que conservareis sobre este hijo, de quien sereis el tutor, y que sereis participante de ella con la madre que será establecida por vos.

Estuvo Perdicas sin responder un gran rato, y aun dieron un paseo por toda la calle sin hablar palabra; pero al fin prosiguió Perdicas diciendo: — Ojalá, Señora, que por otros caminos mas suaves os pudiera contentar y asegurar vuestros derechos; pero estos medios que proponeis son tan violentos, que no puedo disponer mi corazon á que los ejecute: no obstante yo estoy resuelto á obedeceros eternamente; pero os suplico me concedais lo que falta de la noche para acabar de vencer las dificultades que encuentra mi alma. Mañana al despertar os haré saber mi última resolucion; y antes moriré gustoso, que daros motivo de que os arrepintais de la confianza y de las gracias que me haceis.

— Bien, Perdicas, dijo la Reina; yo os concedo el tiempo que me pedís, y espero que con vuestra última resolucion quedaremos satisfechos.

Dicho esto se despidió Perdicas, y retirándose

con los suyos, se salió del jardin. Yo podia muy bien haberle seguido; pero quedé tan confuso y espantado con las cosas que habia oido, que no pensé en marcharme: y oyendo que Roxana sin dejar aquella calle llamaba á Hesione, una de aquellas damas á quien amaba mas, previniendo á las otras que no se moviesen del sitio en que estaban, quise escuchar esta segunda conversacion, con la que creí acabarme de enterar del detestable deseo que tenia contra las pobres Princesas. Sentóse Roxana encima de unos céspedes, y luego que se acercó Hesione, la dijo: — Mucho me cuesta disponer el ánimo de Perdicas á lo que deseo para nuestra comun seguridad, y él se detiene en unas consideraciones que el gusto de reinar las debia haber ahogado en su alma.

— Yo no lo estraño, respondió Hesione; porque lo que vuestra Magestad le manda tiene un no sé qué de cruel, de lo que no me puedo acordar sin horrorizarme, admirándome de que este solo deseo de reinar pueda remover de vuestro espíritu aquella piedad tan natural en las mugeres, y llevaros á una resolucion tan sangrienta con unas Princesas que son de vuestra estirpe, que amasteis tanto otras veces, y que jamas en cosa alguna os han ofendido. Perdonadme, Señora, si os hablo con tanta libertad:

estoy tan espantada de esta horrible mudanza de vuestro ánimo, que no hallo camino para aprobar esta inhumana razon de estado, de que os quereis valer para una ejecucion tan violenta.

Escuchó Roxana estas palabras de Hesione sin interrumpirla; y despues de haber permanecido un rato sin esplicarse sino con dos ó tres suspiros, la dijo al fin: — ¡Ah, Hesione! tu admiracion fuera justa si no estuvieras bien enterada de mis mas secretos pensamientos, y con alguna razon podrias maravillarte de la horrible mudanza de mi caracter, si yo no te hubiera mil veces confiado la causa. Tú sabes, ó disimulada Hesione, que mi corazon no está inclinado á la crueldad para dejarse llevar á unas tragedias tan sangrientas por sola la razon de estado, y por el deseo de reinar. Esto solo sirve de pretesto á unos movimientos mas poderosos, y de capa á una pasion mas violenta que la ambicion misma: pues yo no amo tanto la Corona, que quiera violar por ella los derechos divinos, y las leyes de la humanidad. ¡Ah, Hesione! tú no ignoras esta verdad, y sabes tambien que el amor ha desterrado de mi alma todo lo que otras veces tuvo de bueno y razonable; y en fin estás cierta al mismo tiempo que mis zelos armanmas poderosamente mi mano contra mi ri-

val, que mi ambicion contra mi competidora al Imperio. La memoria del ingrato Oroondates enciende mis resentimientos contra aquella que me le quitó, y jamas viene á mi memoria su imagen sin avivar mi cólera contra la orgullosa que triunfó de mí en el corazon de este inhumano. En tanto que la estaba prohibida durante la vida del Rey la esperanza de poseerle legítimamente he sufrido mi desgracia con paciencia; pero ahora que por la muerte de Alejandro tiene abiertas las puertas, y la veo encaminarse á aquella felicidad á la que vanamente me he opuesto, mas quiero que ella perezca, y el mundo entero con ella, que sujetarme á un dolor tan terrible. Yo sé por Arbates que ya ha vuelto de la Escitia, adonde le habia enviado, que Oroondates vive, y que ha abandonado sus estados por venir á los nuestros. Acaso él ve todos los dias á esta victoriosa enemiga de Roxana, y maquina con ella los últimos efectos de aquella ingratitud que siempre ha usado conmigo. Esta es, ó Hesione, mi fragilidad, y esto me estrecha á confesarte que el tiempo, el resentimiento y el deber no han podido hacer cosa alguna contra mi primera pasion; y no por mas viuda que sea yo del grande Alejandro, ni por mas ingrato que sea Oroondates, le deje de amar mas que á mí misma; y sábete que ó velando, ó dur-

miendo siempre se me presenta á mis ojos mas amable, y esta pasion envejecida ha echado ya tan profundas raices en mi alma, que solo podrá arrancarlas la muerte. Ahora, bien, ó Hesione, ¿crees tú que yo sufra en mi rival eterna una dicha que solo la puede fundar sobre las ruinas de mi quietud, y que permita que esta insolente, que durante la vida de mi esposo me quitó con tiranía la mejor parte de sus afectos, acabe de alegrarse de mi miserable destino? Ah, no, Hesione, no esperes de mi paciencia tan viles efectos: y cree que para desprenderme de este cruel enemigo de mi vida, pondré á mis pies todas las consideraciones de la sangre, del deber, y del respeto que debemos tener á los dioses. Muerta ella, persevere el ingrato en su dureza conmigo, sea insensible á las demostraciones de mi amor, y á las ventajas que le puedo ofrecer en el estado de mi fortuna; á lo menos tendré la satisfaccion que si no puedo hacer cesar sus desdenes, haré cesar la causa quitando la ocasion, y entonces Estatira no se podrá lisonjear de haber triunfado impunemente de Roxana.

Pronunció estas palabras con una vehemencia que manifestaba la violencia de la pasion que la animaba, y Hesione que la habia escuchado sin interrumpirla, la respondió: — Pero, Seño-

ra, ¿cual es vuestra última intencion? Y si permitís que mi celo os suplique la continuacion de esta confianza con que me ha honrado vuestra Magestad, ¿qué pretendeis con la muerte de las Princesas?

— Yo creo, dijo la Reina, que ya me he esplicado lo bastante para que no ignores mi intencion; pero una vez que quieres que te hable mas claro, sabe que primero quiero quitar del mundo á esta rival, que en el corazon de Oroondates y de Alejandro tuvo mas imperio que yo; y cuando Oroondates haya perdido con su muerte las últimas esperanzas, no pienso que sea tan ciego en menospreciar su fortuna, ni tan desdeñoso en despreciar la grandeza á que le puedo elevar. En el estado en que me hallo, no soy tan diforme que con una buena parte del mundo, la que le puedo ofrecer á su disposicion, no dejé tener alguna parte en mi afecto, y acaso no habrá Príncipe en el mundo que aun con peligro de su vida no quisiese aceptar esta condicion. A esto añado como de paso la de la razon de asegurar mis estados, y aseguro tambien la autoridad del hijo que nacerá, y la mia. Esta sola razon no era bastante por sí sola á una accion que reprobarán los buenos, pero soy muy desgraciada para dejarme defraudada por esa razon de mis primeras esperanzas; y si

intento vanamente mudar la inclinacion de Oroondates, tendré por lo menos el gusto de haber satisfecho mi aborrecimiento y mis zelos, matando á quien ha turbado mi quietud, y quitando al ingrato el objeto de sus esperanzas, y la causa de los desprecios que me ha hecho. Y puesto que es necesario derramar sangre para asegurar el trono de mi hijo y el mio; tendré el consuelo de haber sacrificado á esta idea unas personas á quienes por razones poderosas aborrezco.

Yo creo que Roxana hubiera dicho mas, y yo hubiera continuado en escucharla con la mayor atencion, si no me hubieran desgraciadamente sorprendido. Yo habia metido la cabeza entre el enramado de que estaba compuesta la calle; y atendia con tanta atencion á lo que hablaban, aunque habia mucho motivo para temer y desconfiar estando en un lugar enemigo, que algunas de las damas de Roxana se entraron en la misma calle, y se acercaron á mí antes que yo las viese: Luego que quise volver la vista á su lado, me ví cercado de ellas, y empezando á llamar las mas tímidas á las guardias que estaban en el jardin, y que no se apartaban de Roxana sino á pocos pasos sin espreso mandamiento suyo, vinieron á los gritos, y entrando por las dos bocacalles me impidieron enteramente la sa-

lida. Yo quise hacer alguna resistencia, pero fué en vano, pues entonces me tuvieron por sospechoso y reo. Inmediatamente me prendieron, me registraron, y me hicieron mil preguntas. Los que me registraron solo hallaron la espada, y á los que me preguntaron respondí que era un aventurero de las tropas de Perdicas que habia entrado con él en el jardin, y que habiéndome apartado por curiosidad á esta calle, no habia notado que se hubiese partido.

No quedaron satisfechos con estas respuestas, y sospechando que traia algun mal fin, me amenazaron con la muerte si no decia la verdad, y presentándome las puntas de los dardos me pusieron en estado de temer. Ya dudé de mi vida por verme entre una gente desconocida y estraña, y que con alguna apariencia me podian acusar de alguna malvada intencion, pues así lo daba á entender el color y mutacion de mi rostro, cuando Roxana que habia oido el rumor, y llegó á percibir la causa, mandó que me llevasen á su presencia. Inmediatamente trajeron hachas encendidas del patio vecino, y acercándomelas al rostro los que las tenian, movieron á la Reina, y á todos los presentes para que me miraran con mas cuidado.

Hízome la Reina las preguntas que ya me habian hecho los otros, y respondí lo mismo; pe-

ro como el estado de sus asuntos, y el de su conciencia misma la hacia vivir con temor, envió á saber de Perdicas si me conocia; pero viendo que titubeaba en mis respuestas, comenzó á hacer mal juicio, y á fulminar contra mí mil cosas funestas. Entonces uno de los que estaban á su lado, habiéndome reconocido á la luz de las antorchas, atravesó por en medio de todos, y acercándose á mí, me dijo: — ¡Oh Toxario! ¿sois vos?

A esta palabra alcé la cabeza, contentísimo de haber hallado quien me conociera, y mirando al que me habia hablado, ví que era Arbates, aquel infiel criado que os habia servido en otro tiempo, el cual corrompido con los presentes de Roxana, os habia robado en Damasco el lazo que os habia regalado Estatira, y que poco tiempo despues habia llevado con la carta que escribísteis á Roxana, y finalmente el que habia manejado esta traicion que ha causado tan sangrientos efectos, y por quien os ha venido toda vuestra ruina. Aunque su infidelidad me tuvo horrorizado, os confieso que recibí el mayor gozo con este encuentro, esperando que nuestro antiguo conocimiento mediaria por mi vida y mi libertad, y luego que acabé de asegurarme: — Sí, Arbates, le dije, yo soy Toxario.

Entonces observé que este infiel se acercó á la Reina, y habiéndola pedido un instante de audiencia, la habló por un poco tiempo, pero tan bajo, que nadie pudo oir lo que decia. Luego que acabaron, llamó Roxana á un Capitan de la guardia, y le dijo así: —Asegurad á este hombre, y tratadle como os dirá Arbates, que sabe mi voluntad.

Al instante me apartaron de la presencia de la Reina, que se salió del jardin al mismo tiempo; y sirviendo Arbates de guia á los que me llevaban, me condujeron fuera de palacio á una casa que destinaron para mi prision, y adonde me pusieron al cuidado de algunos centinelas, para que respondieran de mí, pena de la vida. Pasé la noche, y el dia siguiente con grandes temores, y mayores inquietudes, entre las cuales no fué el temor de la muerte el que me atormentó mas. Esto no es decir que no la recelase, ni dudase en que debia sufrir la pena impuesta á los espías, particularmente á los que quieren oir los secretos de los Soberanos, y de los que estan en aquella elevacion en que Roxana se hallaba por entonces; pues se podia sospechar que maquinaba algun atentado contra su persona, y á favor de los que seguian el partido contrario que podian interesar en su muerte; sino que á este temor se añadia

el disgusto, y el sentimiento que tenia de no poder valerme de la gracia que me habian hecho los dioses, para evitar con ella la muerte de estas dos grandes Princesas, avisándolas de lo que habia oido si hubiera tenido libertad. Esto me tenia afligidísimo, juntamente con no poder volver á veros para daros cuenta del encargo que me habiais confiado, considerando que mi tardanza os tendria con la mayor inquietud.

En aquel mismo dia me visitó Arbates, dándome á entender los buenos oficios que habia hecho por mí, asegurándome con juramento que sin el empeño que habia empleado con la Reina hubiera sido mi muerte inevitable: y á continuacion me prometió proseguir dichos buenos oficios, dándome esperanzas de un buen trato. En efecto lo cumplieron; pero al dia siguiente cuando menos lo esperaba, vi que me traian un compañero. Este era Loncates, á quien vuestra Alteza habia enviado á Babilonia, á causa de mi tardanza, y que habiendo caido desgraciadamente en las manos de Arbates, le reconoció al instante: y dando aviso á los guardias, le arrestaron, y le condujeron á mi prision.

En esto se mostró Arbates muy imprudente, porque si nos hubiera puesto en cuarto sepa-

rado, hubiera con mas facilidad sacado de nuestra boca todo cuanto deseaba saber Roxana; pero como nos pusieron juntos tuvimos ocasion de instruirnos y conformarnos en las respuestas que habiamos de dar para estar prevenidos en caso que nos preguntasen separados. Enterado Loncates del motivo de mi prision, y de lo que habia oido á Roxana, y á Perdicas sobre el atentado contra la Reina Estatira, y la Princesa su hermana, afligido en estremo, me dijo, que corria un eco sordo por la ciudad de que ya las habian quitado la vida, y que habiendo pasado él al palacio de la Reina Sisigambis habia oido, y visto á muchos que se lo confirmaron. Esta nueva me ocasionó una afliccion mortal, y considerando la conexion que tenia esta noticia con las palabras que habia oido, no dudé de la fatalidad deplorable de estas pobres Princesas.

Empleamos todo este dia y el siguiente en llorar una desgracia, en la cual sabiamos que tomariais mucha parte; pero aun apenas nos habiamos enjugado las lágrimas, que volvió Arbates con algunos soldados á nuestro cuarto, diciéndonos, que tenia orden de la Reina para llevarnos á su presencia, y que de esta vista podiamos esperar buen suceso. Estábamos nosotros tan penetrados de dolor, que recibi-

mos esta noticia con mucha indiferencia, y sin informarnos de la intencion de Roxana, seguimos á Arbates al palacio.

Ya estaba bastante adelantada la noche y Roxana en la cama, por cuyo motivo nos dejaron con los soldados á la puerta del aposento. Entró en fin Arbates solo, y despues algunas damas con nosotros, las que conduciéndonos al lado de la cama, nos hicieron ver á Roxana en un estado capaz de enamorar á quien no estuviese prevenido con el odio que la teniamos. Como la estacion era calurosa estaba medio desnuda sobre la cama, y los brazos y pecho descubiertos despedian una belleza, que otros diferentes de nosotros hubieran hallado pocas iguales en el mundo. Aunque tenia los cabellos como al descuido, no la hacian poca ventaja: y la blancura en un lugar en que todas las cosas eran negras, tenia un resplandor estraordinario. Quedó sola Hesione al pie de la cama, y habiéndose retirado Arbates con las damas, Roxana despues de habernos mirado algun rato, nos habló así: — Si yo no supiera que sois hombres de bien, y que habeis adquirido mucha virtud y discrecion al lado del Príncipe, á quien habeis servido, no os trataria con un modo tan diferente de las demas personas de mi condicion; visto igualmente que no po-

deis negar que sois reos, y especialmente uno de los dos, que ha sido cogido en un estado, en que todas las naciones del mundo le condenarian á muerte; pero la crianza que habeis tenido al lado de un Príncipe, enemigo declarado de todo vil pensamiento, justifica en parte vuestras intenciones, y aun cuando estas fueran criminales, el respeto de un Príncipe es bastante para que os remita las ofensas aun menos dignas de perdon, y para olvidar las ideas que habeis formado para acabar traidoramente con mi vida. Yo, pues, os quiero perdonar cualquiera cosa que hayais atentado contra mí, pero quiero tambien que vuestro Señor me lo agradezca; y despues de esta corta prueba de la continuacion de mi buena voluntad, reciba otras mayores y mas interesantes. Yo me veo en un estado que me da ocasion de poder hacer, que la grandeza de mi fortuna supla la falta de la cualidad de la persona que ha desdeñado, y en la cual un Alejandro halló alguna cosa de consideracion. Yo me avergüenzo de haberos hecho una confesion tan verdadera; pero ya se ha declarado mi flaqueza, y tengo hecho tan buen concepto de vosotros, que espero no abusareis de esta confianza, porque con esta y con otros muchos beneficios, que no serán despreciables, os quiero obligar para

que me deis alguna noticia de vuestro Príncipe, y me digais donde habita. Esto solo os pido en recompensa del perdon que os he concedido, y de los premios que os tengo preparados.

Así nos habló la artificiosa Reina; pero nosotros como desde luego entendimos su intencion, y ya estábamos dispuestos para darla la respuesta que debiamos, no tuve dificultad en decirla de esta suerte : — Señora, aunque el delito que yo he cometido está lleno de inocencia y sencillez, mi compañero y yo recibimos el perdon que V. M. nos concede, como una pura gracia y un efecto de vuestra conocida bondad; y ojalá que en agradecimiento para obedeceros mejor, nos mandaseis alguna otra cosa que estuviese en nuestras manos, y que pudiésemos hacer saber á nuestro Príncipe el honor que le haceis de tenerle todavía en vuestra memoria; pero nosotros ignoramos el lugar donde habita, y desde que partió de la Escitia, despues de la derrota de Zopirio hasta el presente, hemos andado errando de provincia en provincia para adquirir noticias de él : este solo deseo nos ha conducido á estos paises, en donde solia en otras ocasiones detenerse; y como no le hemos hallado, tenemos intencion de buscarle hasta los fines de la tierra.

No quedó Roxana satisfecha con esta respuesta, como lo dió á entender con el movimiento de cabeza que nos hizo, y nos habló de esta suerte. — Si yo no supiera que vosotros no ignorais el amor que he tenido á Oroondates, creeria sin duda que temiais por la seguridad de él el decirme su paradero; pero como por desgracia mia es bien público el afecto que le tuve, no podeis temer que el deseo que tengo de ver á vuestro Príncipe le sea perjudicial. Vosotros sabeis que le he amado bastante, y sabeis tambien que le amo todavía mas que á mí misma. Con la mayor vergüenza os hago esta confesion, y os aseguro al mismo tiempo de la desconfianza que podeis tener; pues no debeis ignorar que no deseo saber su paradero, sino para que sea participante de mi fortuna. No me negueis esta gracia, pues estoy tal vez mas bien instruida y mejor enterada de lo que vosotros pensais. Es cierto que Oroondates partió de Escitia despues de la derrota de Zopirio; pero tambien sé el equipage que llevó, y que solamente Araxes y vosotros dos le acompañabais en su marcha.

Quedamos admirados al ver lo bien informada que estaba la Reina de todo; pero no por eso desistimos de nuestra resolucion primera, y en ella nos mantuvimos con tanto empeño,

que no obstante las promesas y las amenazas que nos hizo, no pudo sacar de nosotros otra cosa. Vista nuestra constancia mandó que nos quitasen al instante de allí, contentándose con decir delante de Arbates estas palabras : — Vosotros sois indignos del buen tratamiento que os hago, y con vuestra obstinacion indiscreta haceis un mal servicio á vuestro Príncipe : mas sabed que no debeis abusar de mi bondad, ni de la consideracion en que le tengo. Yo os doy todavía algunos dias para que lo penseis mejor; andad, y acordaos que sois reos de quien tiene sobre vosotros toda la autoridad : — Y dicho esto mandó que nos sacasen de allí, y Arbates con la escolta nos volvió como antes á nuestra prision.

Luego que estuvimos en ella nos dió una dura reprension, diciéndonos que seria infalible nuestra muerte si perseverábamos en nuestra obstinacion ; pero ofreciéndonos montes de oro, si obedeciamos á la Reina, alegando los beneficios que él habia recibido en premio de su infidelidad. Mas este ejemplo en lugar de animarnos para cumplir lo que deseaba, nos horrorizó, y engendró en nosotros la mayor aversion á este traidor, con la que ni podiamos escuchar sus consejos, ni imitarle en su perfidia.

Los graves negocios de Roxana la obligaron á darnos algunos dias de quietud, durante los cuales estuvimos bien tratados, sin otras persecuciones que las de Arbates, que continuamente nos atormentaba sin darnos siquiera lugar de respirar; pero poco despues nos vino á buscar á la misma hora, y con la misma escolta que la primera vez, y nos llevó delante de la Reina, y en el mismo cuarto en que la habiamos visto. Como habia resuelto poner todos los medios que podian conducir á su asunto, nos recibió con mucha dulzura, y luego que estuvimos cerca de ella nos dijo: —Y bien Toxario, y bien Loncates, (de cuyos nombres estaba informada por Arbates) ¿sereis insensibles á las súplicas que os he hecho? y cuando la consideracion de las ofertas no pueda moveros, ¿no obligareis por generosidad á una Reina que os ha confiado sus mas secretos amores, y que nada os pide que no sea ventajoso á vuestro amo? porque al fin esta fidelidad de que tanto se gloría por la difunta Reina Estatira, ya es fuera de sazon; y puesto que la crueldad de los destinos ya nos la ha quitado, él la debe apartar de su memoria: él es muy juicioso para perseverar en el empeño de amar á quien ya no existe, y para desdeñar una fortuna que no despreciaria cualquiera otro Príncipe del mundo. Con-

siderad, amigos mios, lo que os represento, y no os obstineis en ocultarme el paradero de aquel que amo mas que á mi vida. Con este hecho os acreditais de crueles, y por mí os aseguro que no lo aprobará vuestro Príncipe. Por este corto servicio que os pido debeis esperar escesivas recompensas, y me hallareis tan adicta á esta obligacion, que sereis envidiados de las personas mas elevadas.

A estas lisonjeras palabras añadió la artificiosa Roxana otras muchas, pero sin efecto, pues tomando Loncates la palabra, la protestó con juramento que ignorábamos vuestro paradero: yo confirmé lo mismo; pues podiamos jurar sin ofender á los dioses y sin agravar la conciencia que no lo sabiamos, porque creiamos que despues de nuestra marcha, no esperariais en el lugar en que os habiamos dejado, y ademas no podiamos discurrir hácia donde os habiais conducido.

Tan mal satisfecha quedó Roxana esta segunda vez como la primera; pero como ella conocia por la opinion comun la naturaleza de los Escitas que no temen la muerte, ni esta les puede apartar de la determinacion que una vez han tomado, no quiso pasar tan presto al último estremo, sino que contentándose con decir que á fuerza del buen tratamiento nos obliga-

ria, mandó á Arbates que nos volviese á llevar, y que fuera de la libertad nos diese cuanto podiamos apetecer.

Durante algunos dias fuimos mas bien tratados y menos observados que antes; pero todas estas tentativas fueron inútiles, pues nada bastó á sacarnos de la boca lo que habiamos determinado callar con el corazon. Las razones que teniamos para mantenernos constantes eran muy poderosas: nosotros sabiamos que V. Alteza aborrecia con justicia á una muger que os habia hecho tan malos oficios, durante el tiempo de vuestro amor, y que la traicion que os habia hecho con quitaros á Estatira, habia turbado para siempre el reposo de vuestro espíritu: y para complemento de los motivos que podiais tener de detestarla, sabiamos por su propia confesion (aunque tuvo bastante cuidado de ocultarlo á todo el mundo) que ella habia sido el verdugo de esta bella Reina. Este conocimiento nos hizo creer que vos prefeririais mil géneros de muertes las mas crueles, antes que caer en las manos de esta enemiga muger: y entonces á vista de un testimonio tan horrible y sanguinario, hicimos juicio de que era una muger muy precipitada en sus resoluciones, capaz de aplicarse á cualquiera estremo, y facil á desahogar contra vos toda su rabia con

violencia, cuando no hubiese podido moveros con sus artificios. Estas razones nos pusieron en el empeño de sufrir cualquiera trabajo, antes que someteros á disgustos tan sensibles, y esponeros á peligros tan manifiestos.

Todos los dias nos visitaba Arbates, y este traidor por seducirnos nos hacia mil caricias, y fingió con nosotros una gran confianza, descubriéndonos los mas importantes negocios, y dándonos cuenta de las cosas que pasaban en la Corte y en el gabinete de Roxana. Al salir un dia de nuestro cuarto, dejó caer como al descuido una carta. Luego que estuvo fuera la alzó Loncates; y aunque estaba bien cerrada y sellada, haciamos tan poco caso de él, que no tuvimos dificultad en abrirla: la carta no tenia sobreescrito, pero decia así:

« Si el amaros y morir por vos son delitos dignos de aquellos rayos con que me amenazais continuamente, vibradlos, soberana mia, sobre este delincuente que no puede dejar de amaros, ni se puede arrepentir del deseo que tiene de morir por vos. Pero si este silencio que V. M. me ha impuesto, no está religiosamente observado, esperad en la pena de esta misma muerte, de la que yo espero mi remedio y mi recompensa. Este es el término que he prefijado á

mi mas gloriosa ambicion, ni tengo pensamiento alguno que no le sea digno, pues no tengo otro de quien vos no seais su único objeto. Servios, Señora, de mandarme que yo me sustraiga del doble imperio que teneis sobre mí, y os obedeceré con una resignacion entera, si acaso me habeis dejado algun arbitrio para obedecerme y mandarme á mí mismo. Pero no por esto gimo yo bajo el yugo que me habeis impuesto: yo le he aceptado sin contradiccion, y le he llevado sin quejarme de su peso. ¿Mas por que es insoportable para vos, si todo el trabajo es para mí? y si vos sois incapaz de piedad, este no os ha hecho sufrir cosa alguna que os le haya podido hacer molesto. Direis que os ha hecho sufrir mis lamentos. ¡Oh dioses! si una queja discreta como la mia es tan implacable, ¿donde hallaremos la inocencia? Y si vos no la quereis perdonar sino á los Alejandros, ó á otras personas dignas de vos, ¿adonde hallará vuestra clemencia materia para ejercitarse?»

La lectura de esta carta nos puso en la curiosidad y deseo de saber y adivinar quién seria el Autor. Bien conocimos que iba dirigida á Roxana, y que Arbates que solo la servia en semejantes negocios, sabria alguna cosa: pero nosotros no pudimos imaginar quien seria el Prín-

cipe tan resuelto, que se atreviese á hablarla de amor antes de las exequías de Alejandro. En esto estábamos, cuando Arbates, que habia echado la carta, volvió lleno de inquietud á nuestro cuarto. Quedó suspenso cuando la vió en nuestras manos, no sabiendo de qué manera recibiria este acto de familiaridad; pero acercándosele Loncates y presentándosela con un semblante risueño, le dijo así: — No os ofendais, Arbates, de nuestra curiosidad, porque queriamos enterarnos de vuestros amores, para hacernos con disimulo vuestros rivales, sin intento de estorbarlos. Pero si este deseo nos ha hecho caer en alguna descortesía, estad cierto que esta lectura no nos ha dado otra noticia que aquella que teniamos antes.

Con estas palabras se rehizo un poco Arbates, y tomando la carta de las manos de Loncates, despues de haber estado pensativo un rato, le dijo: — Yo hubiera sentido mucho que esta carta hubiera caido en las manos de otras personas menos discretas y prudentes; pero el conocimiento que tengo de vuestra fidelidad, y de la constancia que teneis en callar los secretos, me obligaria á declararos este, si me prometierais no abusar de la confianza que me debeis.

El deseo que teniamos de saberlo, nos obligó

á prometerle cuanto deseaba de nosotros, y cuando creyó estar bien asegurado, nos sentamos, y empezó así. — No me espongo tan poco en descubriros lo que deseais saber de mí, que no os deje muy obligados, porque ofendo á una persona de grande autoridad, revelando un secreto que jamas me lo perdonaria, si llegase á saber que le habia faltado: pero á mas de la seguridad que tengo en vuestra palabra, que creo inviolable, veo que este hombre pone sus negocios en tales términos, que ya no se podrán ocultar, y la Señora, á quien sirvo, condena sus locuras y llevaria muy á mal que yo me interesase. Ya habreis oido hablar de Casandro, hijo de Antipatro, á quien cuando Alejandro pasó al Asia dejó por Virey en Macedonia, y en todos los paises que habia conquistado en la Europa, en los cuales ha ganado tanto crédito y autoridad entre los Griegos y Macedonios, que aun el mismo Alejandro no fué jamas mas absoluto señor.

— Muy bien sabemos, respondimos, la fama y reputacion de Casandro y de Antipatro, y no ignoramos que entre los Príncipes de la Corte de Alejandro habia pocos que le igualasen.

— Pues este Casandro, dijo Arbates, es el que ha escrito á la Reina esta carta que habeis leido: él está ciegamente enamorado de ella, y la

ha dado tantas pruebas, que ella se ha ofendido mucho, y ha doblado el odio que naturalmente le tiene. Él me ha obligado casi por fuerza á tomar esta carta, y me imagino que tendré tan poca satisfaccion en este encargo, que no le he tomado con calor: pero por cuanto he sabido de Hesione algunas particularidades de este amor, y de las primeras noticias que dió él, os quiero hacer saber alguna cosa.

Arribó Casandro á la Corte de Alejandro un poco antes del viage de las Indias, habiendo sido criado en la Grécia al lado de su padre Antipatro, que, como ya os de dicho, tenia allí una autoridad absoluta. Las circunstancias del padre, que con ocasion de las muchas victorias que habia obtenido á favor de los Macedonios, le habian hecho como necesario al Rey, fueron causa de poner al hijo en los primeros honores, y desde luego fué tratado como el Príncipe mas cercano y el mas querido de Alejandro. Yo no sé si fué entonces cuando se enamoró de la Reina; pero sé que la primera noticia que ella tuvo fué en Pasagarda, en donde oprimida de una enfermedad se vió precisada á quedarse allí algunos dias, mientras Alejandro partió á Susa, en donde se casó con la Reina Estatira, en ausencia de su primera esposa.

El Rey al tiempo de marchar á Susa, en don-

de todas las cosas estaban pacificas, dejó para la guardia de la Reina Roxana á Casandro y á Seleuco con una parte del ejército, y estos dos Príncipes no la abandonaron hasta que Roxana volvió á Susa. Ya estaba yo en su servicio desde la toma de Tiro, y vosotros habiais partido de Sidon cinco ó seis meses antes de la batalla de Arbela; y esta gran Princesa habia estimado tanto este corto servicio que la habia hecho, que de una condicion mediana en que me hallaba, me elevó á un empleo de bastante consideracion en palacio.

Durante la indisposicion de la Reina, Casandro no se apartaba de su lado, sino cuando su presencia podia incomodar, y en todas sus acciones manifestaba tanta inquietud, que no podian venir de la fidelidad y del celo que tenia por su Rey. Cuando estaba cerca de la enferma tenia siempre puestos los ojos en su rostro, pero con tanta atencion, que le impedia la aplicacion á otro negocio; y si tenia que hablar con ella lo hacia con tanta confusion y desorden, que cualquiera advertia la pasion que le dominaba. Un dia que le preguntó la Reina si tenia alguna noticia de la Grecia desde la vuelta de las Indias, en vez de responder á esto, la dijo:

— Este es un decreto de los hados que no dispensan todas las cosas con justicia.

Con esta respuesta conoció la Reina la preocupacion de su espíritu, lo que ya habia notado en varias ocasiones; y no pudiendo entonces contener la risa; — Ved aquí una respuesta, le dijo, muy del caso, y con la que quedo enteramente satisfecha.

Vuelto Casandro en su acuerdo conoció la falta, buscando varias escusas; pero aunque tenia buen ingenio, no solo no pudo sincerarse, sino que se embarazó mucho mas, y con la última escusa manifestó mas que antes la confusion de su alma. Cuando la Reina descansaba, ó no estaba en disposicion de dejarse ver de nadie, estaba arrimado á la puerta de su sala, y si salia alguna dama ó cualquiera de los criados del cuarto, al instante se iba á ellos para informarse de la salud de la Reina, con tan estraño y grande cuidado, que daba á entender visiblemente el interés particular que se tomaba. La Reina, á quien se la daba parte de todo, y que ignoraba la verdadera causa lo llevaba á bien, y escribió al Rey, y aun á él mismo se lo hizo ver muchas veces con palabras de obsequio.

Cuando dejó la cama y empezó á salir de su aposento, jamas permitió que ninguno mas que él la sirviese de cerca, pues con este arbitrio tenia la ocasion de tocarla la mano, y la libertad de hablar con ella casi todo el dia. Estando

otro dia en su cuarto con ella y con algunas damas, la Reina se acercó al espejo para componer no sé qué cosa del peinado: entre tanto el ciego Casandro, viendo que tenia vuelta la espalda, sin considerar que con la reflexion del espejo veia todo lo que pasaba en la sala, no pudiendo contenerse, estendió las manos á manera de quien suplica, bajó la cabeza, y se puso de una manera tan estraña, que desde luego tuvieron todas sus acciones por ridículas. La Reina que lo vió todo, se volvió hácia él con tanta prontitud, que hallándole todavía en el mismo estado; — ¿Sois loco, le dijo, ó Casandro, y no os avergonzais de lo que haceis?

Quedó aturdido Casandro de un lance para el cual no estaba preparado; y viéndose necesitado á responder, la dijo — No soy á la verdad muy cuerdo, pero de todas mis locuras no ha visto V. M. sino las mas ligeras.

Estas palabras dieron mucho que entender á la Reina, que no le quiso estrechar mas, sino que reflexionando sobre otras muchas acciones de esta naturaleza que habia visto, comenzó á sospechar la verdad, ademas de que en el dia mismo habia tenido pruebas bastante poderosas. Entonces la Reina recibió de Susa algunas noticias melancólicas, porque volviendo de allí uno, á quien ella habia enviado, la hizo sa-

ber que enamorado el Rey mas que nunca de la Princesa Estatira, habia determinado casarse con ella, y que estaban las bodas tan adelantadas, que ya no habia medio alguno para impedirlas. Penetró tanto el corazon de la Reina esta noticia, que no lo pudo disimular ; ella pasó todo aquel dia llorando y quejándose de la ligereza del Rey, en tales términos, que se conocia muy bien cuánto la habia afligido esta nueva disposicion. Sabido esto por Casandro se fué á la Reina, y viendo que mientras se vestia, derramaba algunas lágrimas, no pudiendo ser señor de su afecto, la dijo en alta voz : — Estas precíosas lágrimas no se pueden pagar con toda la sangre de quien las ocasiona : pero si V. M. está agraviada ; ¿ por qué no se sirve del poder que tiene con Casandro ?

La Reina que no sabia cómo interpretar estas palabras, se volvió á él y le dijo : — ¿y qué hariais por mí en una desgracia en que solo los dioses me pueden dar consuelo.

— ¿Yo haria, respondió Casandro, todo aquello que se puede esperar de un hombre, á quien el poder, la vida y aun el mismo honor no es comparable con el precio de vuestros mandamientos ni con las ocasiones de serviros. Yo no tendré respeto alguno ni á la sangre, ni al sexo, ni á la dignidad, antes bien por obedeceros vio-

laré la fe que debo á los hombres, los derechos mas sagrados y todas las leyes de la naturaleza.

Dijo Casandro estas palabras con tal violencia, que hacia ver la pasion que le animaba : y confirmándose mas la Reina en sus sospechas, no le quiso dar ocasion para que se esplicase, y sólo se contentó con decirle : — Vos no podeis, ó Casandro, hacer nada por mí, pues en esta desgracia me ofende solo mi Señor y mi Rey, de quien no me debo quejar.

Ya se preparaba á responder Casandro, y acaso en términos que habrian declarado mas abiertamente su pasion, cuando la Reina que queria cortar esta conversacion, se levantó del sitio en que estaba, y comenzó otro discurso. Entre tanto conociéndose la Reina bastantemente fuerte, para emprender su viage á Susa, queriéndolo ejecutar al dia siguiente, mandó que que se preparase el equipage, y se dispuso á hacer una marcha que creia habia diferido demasiado. Por la noche bajó al jardin, en donde se puso á pasear por una calle cubierta, acompañada de Seleuco y Casandro : pero habiendo este hallado modo de apartar á Seleuco con un negocio que fingió allí mismo, quedó solo con la Reina ; y viendo que Hesione y las otras damas, estaban bastante lejos sin poder entender

lo que hablaban, creyó que esta era la ocasion mas oportuna para descubrir á la Reina sus amores, particularmente con el motivo de estar tan enojada con su esposo, juzgando con razon que no hay cosa que mas aparte á la muger del afecto del marido, que verse despreciada de él. Esta opinion le hizo mas atrevido, y sacando materia para la conversacion de los disgustos de la Reina, despues de haber estado un rato suspenso, la dijo al fin con una voz turbada:

— Señora, es preciso confesar que el Rey está ciego, puesto que abandona por otra belleza la hermosura mas halagüeña y mas perfecta que jamas han formado los dioses. ¡Ah! si estos hubieran concedido á otros hombres una fortuna como esta....

Aquí se detuvo: pero la Reina, á quien no agradó este principio, queriendo interrumpirle, le dijo: — El Rey, ó Casandro, me tiene por lo que soy, y no es del caso que tengais otra noticia.

— Ojalá, esclamó el apasionado Casandro, alzando los ojos al cielo, ojalá que jamas hubiese tenido yo este conocimiento, que me ha sacado del mio, que me ha quitado la razon, y el descanso y tranquilidad por todos los dias de mi vida.

No necesitó mas la Reina para hacerle ver que

la habia acabado de perder el respeto que la debia; y así no pudiendo sufrirle mas tiempo, apartando con desprecio el brazo sobre que se apoyaba, despues de haberle mirado con unos ojos llenos de indignacion; — Andad, insolente, le dijo: andad á morir para pagar con la muerte vuestro delito, y creed que solo el horror que os tengo, os salva de la pena que mereceis, y me detiene de hacer saber al Rey la osadía de un vasallo suyo.

Dicho esto, sin esperar respuesta, le dejó aturdido y confuso, y llamando á Hesione y á las demas doncellas, se fué al otro lado de la calle, tan sentida de la ofensa que habia recibido, que en todo el dia no pudo volver en sí.

A la mañana siguiente salió de Pasagarda; pero Casandro, ni en todo este dia ni durante todo el viage se acercó á la Reina, ni aun se dejó ver de ella: mas cuando llegó á Susa, aunque allí no tenia empleo ninguno á su lado, no perdia ocasion de verla, sin atreverse á hablarla ni á acercarse, contentándose solamente con la vista. En el Templo tomaba siempre un sitio, desde donde pudiese contemplarla á su gusto y ser visto de ella; y siempre que ella miraba, hallaba los ojos de Casandro clavados en los suyos, haciéndola ver con mil acciones el

afecto que la profesaba : cosa que tambien hubiera notado cualquiera que hubiera tenido algun interés.

La Reina, que en aquella sazon tenia sobradísimos motivos para estar desapacible, y que con el nuevo matrimonio del Rey la habia cogido una grande melancolía, se fastidió de esta perseverancia de Casandro, y estuvo varias veces á punto de romper su indignacion, pero se detuvo por muchas razones, y se contentó con desahogarse con Hesione, mandándola espresamente la librase de él, y diciéndola de esta suerte : — Haz saber á ese insolente que le vedo mi vista para siempre, que le perderé si no me obedece huyendo de encontrarse conmigo, si veo que no lo hace ; y que daré cuenta al Rey de su locura, al primer testimonio que dé de su continuacion.

Hesione se lo dijo todo á Casandro, y quedó reducido al último estremo. Temió á Alejandro, que en otra ocasion ya le habia puesto mala cara : temia á Roxana, de quien dependia su vida con una potestad absoluta, pero no podia disponerse sino con el mayor dolor á acomodarse á esta obediencia tiránica que deseaba de él. Entonces respondió á Hesione : — La Reina parece que no está satisfecha con prohibirme la palabra, sino que tambien quiere privarme de la

vista. Ah, Hesione, esta es una cosa muy estraña, y aunque yo no ignore lo que se debe á la esposa de Alejandro, no sé el poder que tengo sobre mí para obedecerla. Mas temo su enojo que el de Alejandro, y amo muy poco la vida para tener mas temor que el de desagradarla.

Desde entonces estuvo mas contenido que antes, y evitó cuanto pudo la ocasion de molestarla. Poco tiempo despues partió la Reina de Susa para ir á Babilonia, y Casandro, que no ignoraba la causa de su marcha, habiendo encontrado á Hesione, le dijo: — Decid á la Reina que siempre soy el mismo, que sus durezas no me harán ser diverso de lo que soy, y si en la desazon que la aparta de aquí, tiene necesidad, ó para vengarse ó para cualquiera otra cosa de un hombre atrevido y fiel, que se acuerde del poder que tiene sobre mí, y de los ofrecimientos que la hice en Pasagarda.

Llevó Hesione esta embajada á la Reina, pero ni sirvió por entonces ni ha servido despues, sino para confirmarla mas y mas en su primera aversion. Arribada la Reina á Babilonia, pasaba allí su vida llena de melancolía y dolor, viendo cuanto prevalecia la Reina Estatira con el Rey, de manera que no lo podia disimular. Yo no sé si este resentimiento dispertó la me-

moria de Oroondates, ó si despues de su partida la conservó siempre; pero fuese lo que fuese, lo cierto es que cuando menos pensaba, me hizo llamar á su gabinete y me habló de esta manera. — Yo no puedo, ó Arbates, ocultaros los pensamientos que tengo todavía por el ingrato Príncipe de la Escitia; y aunque tengo sobradísimos motivos de queja contra él, y no ignoro lo que debo al Rey mi esposo, con todo no puedo resistir á su amada memoria, pues la imagen de este hombre insensible se me representa en mi alma con mas poder que nunca. Esto no es decir que no esté determinada á contenerme en los límites mas rigorosos de mi obligacion, y que no quiera dar al Rey, por mas voluble é inconstante que sea, todo cuanto puede esperar de mi ardiente amor: ni tampoco tengo intencion alguna de hacer venir á este ingrato, ni solicitar con él que me ame; sino que quiero saber noticias suyas: pues no viviré satisfecha hasta que me averigueis si vive todavía, cuál es su fortuna, y en qué parte del mundo tiene su habitacion. Esta es la crueldad de mis hados, que á la corriente de las mayores prosperidades, han opuesto esta rigurosa memoria para moderar mi felicidad; y los dioses han querido contrapesar la grandeza en que me han puesto, y los bienes que otras veces me han da-

do, con una mala ventura que me ha estorbado gustar todo placer.

Dichas estas palabras y añadidas otras muchas cosas, me mandó la Reina pasase á la Escitia, para ver si podria averiguar alguna cosa de vuestro Príncipe, no deseando otro fruto de mi viage, que saber su paradero y el estado de su vida. Salí con esta intencion de Babilonia, y sin detenerme en contaros las particularidades de mi viage, solo os diré que llegué á la Escitia sin haberme sucedido cosa alguna digna de consideracion, y habiendo permanecido largo tiempo secretamente en la Corte, que la ví muy desconsolada por la ausencia de su Príncipe, y la de la Princesa su hermana, que habia sido robada algun tiempo antes, cuya pérdida fué muy sensible para el Rey; por lo que armó para buscarla cuantos hombres de honor se hallaron capaces de servir; las nuevas que pude adquirir del Príncipe fueron, que poco despues de la derrota de Zopirio habia partido secretamente del ejército que mandaba, y habia atravesado el paso de Bizancio, sin llevar consigo mas compañía que Araxes, vosotros dos, y un hombre que le habian presentado en el sitio de Orquilaquia.

No habiendo podido enterarme mas, me volví por el mismo camino, y llegué á esta ciudad

dos dias despues de la muerte del Rey. Aunque encontré á la Reina envuelta en el dolor que debia tener á vista de una pérdida tan grande, sin embargo quiso saber el suceso de mi viage; pero se aumentaron sus disgustos con las noticias que la traje. Desde que salió la Reina de Susa, Casandro no la habia vuelto á importunar; pero luego que murió Alejandro la hizo muy buenos oficios: y viéndose el mas poderoso entre los Príncipes, tanto por la consideracion de su padre Antipatro, como por la propia, se declaró abiertamente por ella en todas las juntas que se tuvieron para la eleccion de sucesor, hizo partidos á su favor, y abrazó sus intereses con mucho amor, y mucho fruto. La Reina, cuya ambicion no habia sido la memor de sus pasiones, y á quien la agrada con estremo el dominar, le ha quedado obligado á sus servicios; pero no creo le quiera recompensar con el afecto que él desea, pues juzgo los ha recibido con la intencion de no quedar obligada.

La multitud de negocios impidió á Casandro proseguir con su empeño; y si bien con la muerte del Rey, y por la mudanza de sus negocios podia esperar mejores sucesos que antes, de algunos dias acá la Reina y otras muchas personas con ella han formado un concepto, y

han tenido unas sospechas que por ahora no puedo descubrir, y que no solo doblan la aversion que le tenia, sino que la horroriza su nombre y le detesta. La cualidad y el estado en que se halla impiden hablar con claridad : pero por mas que se calle y disimule, hay ciertos indicios contra él, que empiezan á convencerle por el mas pérfido de todos los hombres. Él me habia hecho el honor de hablarme algunas veces viniendo al palacio de la Reina, mas no con tanta familiaridad que le creyese capaz de la comision que me ha dado. Estaba yo esta mañana á la puerta de palacio, cuando uno de los suyos me vino á buscar de su parte, y me llevó á su aposento. No os diré las caricias que me hizo, y las esperanzas que me dió de una buena fortuna : me precisó tambien á tomar un diamante de muchísimo valor; y en fin todos estos halagos y liberalidades vinieron á parar en que me encargase de entregar esta carta que habeis visto. Yo me he negado á esta comision cuanto he podido, representándole el peligro que corria de que me despidiese la Reina, y acaso que me castigase severamente por esta accion : pero por mas que he querido escusarme, no me dejó salir de su aposento sin darle palabra de servirle. Esto es todo lo que sé de sus amores, en los cuales no tengo intencion

de mezclarme. La gran dificultad que ha tenido en corromper á Hesione, ha sido causa de haberme buscado, sabiendo que la Reina confia de mí; pero yo me amo mucho para andar buscando mi pérdida con semejantes negocios, y de buena gana recibiria cualquiera medio para poderme descargar de ellos.

De esta manera nos contó el infiel Arbates los amores de Casandro, y despues de haber acabado su discurso con nuevos é inútiles esfuerzos para inducirnos á obedecer á la Reina, se retiró, y nos dejó en quietud lo que faltaba del dia. Los siguientes fuimos tambien solicitados de su parte con la misma dulzura; pero habiendo resistido siempre constantes, se irritó de tal suerte, que mandó nos pusiesen grillos, y que nos diesen tormento, para sacar de nuestras bocas, con la violencia del suplicio, lo que no habian podido por otros medios. Obedeciéronla los crueles ministros, y aunque el traidor Arbates nos manifestó una fingida compasion, nos dieron tormento con la mayor severidad; pero nos mantuvimos tan constantes, que desesperaron del suceso.

Pasado este cruel dia descansamos unos siete ú ocho; pero despues de estos comenzaron á atormentarnos de nuevo. Acusáronnos de espías, y de que habiamos atentado contra la

vida de la Reina, y á mí particularmente porque me habian hallado en el jardin del modo que os he dicho. Es verdad que con esta ocasion tenian bastante motivo para sospechar de mí, pero siempre juzgué que lo que me traeria mas daño, seria haber oido á la Reina la cruel intencion que habia maquinado contra las Princesas; pues creí que queriendo ocultar á todo el mundo la parte que ella tenia en su muerte, la habia publicado de muy diferente manera de lo que era en sí; por lo que para que yo no pudiese ser testigo de su intencion, me haria quitar infaliblemente la vida. Esto sin duda seria lo que habria determinado; pues despues de haber mandado que me estrechasen la prision por muchos dias, ayer finalmente el capitan que estaba de guardia entró en nuestro cuarto, y mandándonos quitar los grillos, diciendo que nos queria poner en libertad, nos hizo montar en la gurupa detrás de unos hombres armados, y nos sacó fuera de la ciudad. Yo no sé por qué razon no nos hizo quitar la vida en Babilonia; pues lo podia haber hecho con mucha facilidad; pero por cualquiera que fuese, nos paseó largo tiempo por la orilla del rio, sin que pudiésemos entender cosa alguna. Llegamos en fin á este valle, en donde nos encontró la Reina, y adonde los crueles ministros

nos ataron á los árboles, y despues de habernos vanamente atormentado para saber de nosotros lo que tanto deseaban, y nosotros supimos callar con la mayor constancia, ya habian determinado ejecutar la última resolucion, cuando los dioses nos enviaron á esta Reina valiente, que á fuerza de un valor admirable, nos salvó la vida, nos dió la libertad, y nos restituyó sobre todo á nuestro amado Príncipe.

Así acabó Toxario su relacion, y los Príncipes y la Reina Amazona que le habian escuchado atentamente, quedaron todos suspensos al fin de esta historia : pero el Príncipe Oroondates despues de haber guardado un rato un poco de silencio, dijo así : — Yo no sé por qué delitos se han movido los dioses á suscitar á esta cruel muger para mi tormento. Ya debia estar saciado su rigor de los males que me ha hecho sufrir ; y cuando creia estar al abrigo de sus persecuciones, la hallo muy dispierta para mortificarme mas que nunca.

— Ya es de creer, dijo Lisimaco, que con estas noticias no se sosegará ; y pues sabe que estais fuera de la Escitia, y que por tantos indicios puede juzgar que estais por estos paises, no omitirá cosa alguna para certificarse, y para prenderos. Yo era de parecer, si lo juzgais del

caso, que para quitarla todo conocimiento, y lo mismo á todos aquellos que os pueden ser sospechosos, mudaseis vuestro nombre, no declarándole sino á los que juzgueis dignos de vuestra amistad, y que pasaseis entre los demas por Arsacomes, ó por cualquiera otro Príncipe estrangero, cuyo nombre podrá engañar á los interesados.

Todos aprobaron el pensamiento de Lisimaco, y el mismo Oroondates consintió tambien en ello. Despues Lisimaco prosiguió diciendo :
— Yo no pienso que en el estado en que se halla Roxana la sea dificil descubriros, y daros un mal rato, por lo que no me parece que estais aquí muy seguro, no teniendo defensa alguna esta casa, y estando tan cerca de Babilonia ; por esta causa seria lo mejor, si vuestra salud lo permite, pasaros á alguna de las ciudades de nuestra devocion, ó en medio de nuestro ejército.

— Seria muy peligroso, dijo Tolomeo, conducir fuera de aquí al Príncipe en el estado en que se halla; yo sé otro medio mejor para asegurarle, y que nos es muy necesario. Hagamos, pues venir aquí á nuestro ejército, y formemos el campo al rededor de esta casa : de esta manera le serviremos de guardia hasta que esté curado, y sacaremos nuestras tropas de un pa-

rage donde apenas pueden mantenerse. Bien sabeis que por aquella parte empiezan á faltar los víveres y forrages: por aquí estan todas las cosas mejor. Una parte de las ciudades vecinas está á nuestra disposicion, y la llanura del pais no servirá de obstácule. La situacion es ventajosa, la inmediacion al rio es muy cómoda para el ejército; y pues somos todavía señores de la campaña, debemos aprovechar el tiempo para no perder tantas y tan conocidas ventajas. El campo no está tan distante, ni tan cortos los dias, que si se envia hoy el orden, la caballería, y mucha parte de la Infantería, dejen de estar aquí mañana.

Eumeno y Lisimaco confirmaron desde luego el parecer de Tolomeo; siendo solo Oroondates el que se queria oponer al cuidado que se tomaban por su persona; pero viendo por otra parte las ventajas, y conociendo cuan necesario era este orden, convino con ellos, aprobando la eleccion que habian hecho del sitio adonde habia de acampar el ejército. Con este fin se resolvió que Eumeno partiese al instante hácia el campo para traer las tropas y los víveres que tenian, y Tolomeo, cuya fama y virtud eran tan conocidas, montaria á caballo, acompañado de Araxes, Cleanto y otros muchos, para visitar entre este dia y el siguiente algunas plazas

cercanas, de las cuales esperaban su subsistencia.

Ejecutóse todo tan presto como se propuso ; y los dos Príncipes despidiéndose brevemente de los que se quedaban, tomaron diversos caminos, y Lisimaco y la bella Reina Amazona permanecieron solos con algunos criados para la asistencia y servicios de Oroondates. Entonces este Príncipe comenzó á acariciar á Lisimaco con mas libertad que antes, dándose mutuamente cuenta estos dos generosos amigos de los sucesos mas particulares, y de los pensamientos mas secretos. Preguntaron infinitas cosas á Toxario y á Loncates, pero nada pudieron averiguar de sus Princesas, afirmándoles con juramento que solo desde que estaban con libertad habian sabido que vivian, pero que en Babilonia las tenian todos por muertas : que su muerte habia irritado de tal manera al pueblo, que solo el temor de la fuerza de Roxana, de Perdicas, y de sus coligados le tenian sujeto á la obediencia : que Roxana publicaba que estaba inocente, negando todo lo que habia contado Tireo antes de morir.

Lisimaco preguntó á Loncates el orden que se observaba en la ciudad ; y él le respondió, que se hacia una guardia muy exacta, y que las heridas que habia recibido Perdicas poco antes

no impedian que Casandro, Seleuco, Alcetas, y los otros de su partido no tuviesen todas las cosas en buen estado, y no dejasen de llamar tropas de todas partes. Esto fué todo lo que pudieron saber los Príncipes de estos dos hombres á quienes la prision no habia dado lugar para enterarse de otras cosas mas particulares. En esta conversacion se pasó una parte de este dia, dejando el otro para que descansase el herido.

Apenas la mañana siguiente habia dispertado Oroondates, cuando vió entrar á Lisimaco en su aposento, trayendo unas yerbas en la mano, y manifestando en su semblante una estraordinaria alegría. Oroondates, despues de haber recibido y dado los buenos dias, le preguntó la causa, y sentándose Lisimaco cerca de la cama; — Yo creo, le dijo, daros muy presto la salud; pues, si no estoy el hombre mas engañado del mundo, en menos de ocho dias os tengo de ver perfectamente sano: y para que deis crédito á mis palabras, sabed que en nuestro viage á las Indias nuestro querido amigo Tolomeo, habiendo sido herido peligrosamente en un combate que tuvimos con los bárbaros, Alejandro que le amaba en estremo, tuvo el mayor dolor, sin que hubiese quien pudiera consolarle; llegó á tanto su sentimiento que se puso con él en la

cama para estar presente á la curacion, y hacer juicio de sus heridas. Ya desconfiaban los médicos de su vida, cuando los dioses que le favorecian mucho, dieron al Rey un sueño milagroso en gracia de Tolomeo. Apenas estuvo dormido, le pareció que veia un dragon con una yerba en la boca que debia servir en la curacion del herido. Dispertando el Rey contó luego este sueño á todos los que estaban presentes, pintándoles la figura de la yerba, de la cual habia conservado la especie: y habiéndole asegurado la gente del pais que por aquellos contornos habia mucha yerba de ese género, la mandó buscar por todas partes. Lo hicieron con tan feliz suceso los que con este fin fueron enviados, que le trajeron la yerba milagrosa que habia visto en sueños. Al instante se le aplicaron á la herida de Tolomeo, y por un prodigio inaudito inmediatamente cesaron los dolores, y á los tres dias quedó curada del todo la llaga. El efecto maravilloso de esta yerba nos hizo mirarla con la mayor reflexion para servirnos de ella en semejantes ocasiones: todavía no la habia yo visto en este pais; pero paseándome esta mañana por el bosque, me ha parecido haberla visto muy semejante á la orilla de un arroyuelo; arranquéla al instante con un esceso de gozo, y vuelvo á decir que vivo el hombre mas engaña-

do del mundo, si no es esta la que produce tan maravillosos efectos.

A este tiempo entró Amintas, y presentándosela Lisimaco quedó contentísimo, y confirmó á Oroondates la opinion de aquel. Tomó Amintas la yerba, y habiéndola preparado, la aplicó á las heridas de Oroondates. Este nuevo remedio le concilió el sueño, y retirándose Lisimaco se fué á dar cuenta á la Reina de su dichoso hallazgo, y de la esperanza que habia concebido. Talestris recibió igualmente mucha alegría: y pocas horas despues, volviendo al cuarto del Príncipe, que ya habia dispertado, les dijo, que habia esperimentado muchísimo alivio, y esperaba con este remedio el éxito feliz que le habia prometido. A poco rato llegó Tolomeo, y sabiendo por Lisimaco esta agradable noticia, confirmó al Príncipe como testigo en las esperanzas que le habian dado. El temor que habia tenido Oroondates de que las heridas le tuviesen imposibilitado mientras los otros estaban en el empeño, huyó de su corazon, con lo que esperaba con indecible contento la hora de su salud, para poder acompañar á sus generosos amigos en su propia queja.

Ya comenzaba á caer el sol cuando vió Lisimaco desde las ventanas de la Reina Talestris el polvo que levantaban los caballos que conducia

Eumeno, y poco despues todos distinguieron las tropas, y vieron arribar al mismo Eumeno acompañado de algunos Gefes del ejército. Talestris, Lisimaco, y Tolomeo salieron al encuentro ; y habiéndolos recibido conforme á la amistad que entre ellos habia, se avanzaron á los carros que venian detras, y conducian á las dos Princesas Apamia y Arsinoe, hijas de Artabazo, y mugeres de Tolomeo y Eumeno, con otras muchas damas cuyos maridos estaban en el ejército. Talestris, que estaba bien instruida de la condicion de estas Princesas, las recibió con mucha cortesía , y apenas las vió Cleone que habia salido con ella, corrió con los brazos abiertos, y abrazándolas con escesivo gozo, duplicó infinitamente su alegría. Ellas habian sabido por Eumeno de la salud de sus Princesas parientas muy amadas, y el gusto que recibieron con esta noticia se dejó ver al punto en todos sus semblantes.

En tanto que los Príncipes disponian el acampamento al ejército, las Princesas entraron en la casa conducidas de Talestris, y subieron al instante al cuarto de Oroondates. Avisado el Príncipe de su arribo, que le esperaba con ansia, no solo por su cualidad, sino por el amor de su hermana Barcina, y de todos sus ilustres esposos, las recibió con el mayor respeto, dán-

dolas muchas gracias por el honor que le hacian visitándole. Acabados los cumplimientos las habló al instante de Barcina, cuya bondad alabó el Príncipe en tales términos, que desde luego dió á conocer á sus hermanas no era ingrato á los muchos y grandes beneficios que habia recibido de ella. Dijéronle, despues que preguntó por ella, que se habia detenido en Susa, á causa de una ligera indisposicion, y por la fama de las crueles revoluciones que habia en Babilonia: que pocos dias despues las habia hecho saber que se pondria muy presto en camino para venir á verlas, en donde con el motivo del respeto de sus maridos ella estaria con mas seguridad.

Estaban en esta conversacion con Oroondates, cuando los otros Príncipes despues de haber dispuesto el campo, y dadas las órdenes necesarias entraron en el aposento, y todos juntos prosiguieron con una conversacion agradable. Al fin por consejo de Oroondates se resolvió que luego que estuviese curado, y hubiesen llegado las otras damas que se esperaban con sus maridos; los hombres dejasen la casa de Polemon á las damas, y se retirasen á los bellos y cómodos pabellones que habian hecho traer, visto que la casa no podia ser bastante espaciosa para tantos, y en las tiendas tenian los Prín-

cipes largos y buenos alojamientos. Despues de pasada una parte de la noche en esta conversacion, la compañía se retiró á sus respectivos aposentos, donde se acomodaron todos lo mejor que les fué posible, y donde los unos y los otros descansaron con bastante tranquilidad.



LIBRO TERCERO.

La casa de Polemon estaba situada al pie de una colina quinientos ó seiscientos pasos del Eufrates ; la cubria un bosque de una arboleda muy alta, que se estendia desde la cerca del jardin hasta las orillas del rio. Por la parte de la colina habia algunas viñas, y por la otra una llanura grandísima y muy espaciosa, que por un lado llegaba hasta las puertas de Babilonia, y por el otro hasta el templo de Apolo. Allí acamparon los Príncipes el ejército, defendiéndose por la parte de los enemigos con el bosque y la colina. Al amanecer estaban armadas ya todas las tiendas, y una parte de la campaña cubierta de los soldados que acababan de alo-

jarse con bastante comodidad: tambien se habian tirado las líneas, de las cuales no debian esceder, y reservado una parte del terreno para las tropas que se esperaban, y cuyo número era mucho mayor que las que habian venido.

Oroondates descansó muy bien toda la noche, y á la mañana siguiente se vió con las heridas curadas, admirándolo como prodigioso efecto de la yerba de Tolomeo. Apenas lo supieron los Príncipes entraron en su aposento, y se alegraron con él al ver tan manifiesta su mejoría. Despues de haber hablado sobre esta materia, para deliberar sobre los negocios comunes; y habiendo mandado salir del cuarto á los que no eran del consejo, pidió Tolomeo su parecer al Príncipe de Escitia tocante al principio de esta guerra. Recibió Oroondates con el mayor respeto este honor, escusándose, cuanto pudo, de decir su parecer delante de unos Capitanes tan valientes, y esperando con el beneficio del tiempo recobrar enteramente su salud. Pero cuando á instancias de los Príncipes se halló precisado á declararse, les dijo: —Que no le parecia regular tentar cosa alguna antes del arribo de los aliados, pues tenian pocas fuerzas para acometer á tantos Príncipes que estaban unidos con sus enemigos.

Pero á esta proposicion respondió Tolomeo

que era verdad tenian pocas fuerzas, mas que tambien sabian de cierto que no estaban los enemigos tan fuertes como ellos en el campo, y que las fuerzas que ellos esperaban no podian llegar antes que las suyas.

—A lo menos, respondió Oroondates, viéndose satisfecho con esta respuesta, es preciso hacer ver las razones que teneis para emprender una guerra contra unos hombres que otras veces han sido vuestros amigos, tanto por conservar la buena fama que os habeis adquirido, como para hacer saber á todo el mundo la justicia de vuestra queja. Este me parece que es el modo ordinario; y muchas personas que serian de la parte de vuestros enemigos, si la guerra fuese injusta, abrazarán el partido vuestro cuando vean la justicia de vuestra causa; y supuesto que todo esto se hace por la libertad de las Princesas, es preciso pedirlas primero á nuestros enemigos, y si ellos las niegan, ó lo rehusan, entonces es cuando se les ha de declarar la guerra. Así evitareis la reconvencion que os podrán hacer de que les habeis sorprendido bajo la sombra de vuestra antigua amistad, y con esta declaracion que les hareis, nada les mostrareis que no lo tengan bien conocido, y para lo que no deban estar preparados. Con esta precaucion que nos salva delante de los

dioses y de los hombres, entraremos en la guerra con mas confianza, y mas justificados; y si los dioses dan á esta empresa un feliz suceso, Lisimaco y yo con vuestro favor recobraremos nuestras Princesas; y de esta manera tantos valientes caballeros, que se interesan en nuestra fortuna, estenderán con las armas su dominio, y participarán de los estados que hayamos conquistado. Bien saben los dioses con cuanto disgusto quedaré, como una persona inutil entre vosotros, sin poder aumentar el número de vuestros soldados, sino como un hombre solo que acaso seria el menor de todo el ejército; y perdonad la imposibilidad á la distancia de nuestros paises, y al poco poder que tengo á causa de la severidad del Rey mi padre.

Lisimaco interrumpió al Príncipe diciendo:
—Mas esperamos ganar con vuestra sola persona, que con un ejército entero, y jamas dudaremos dela victoria siempre que peleeis á nuestro lado.

Acompañaron á estas palabras otras muchas que pronunciaron los Príncipes en alabanza de Oroondates, y desde luego se aprobó el parecer que habia dado de enviar á pedir las Princesas. Con este fin despues que lo hubieron pensado algun tiempo, pusieron los ojos en

Cleanto y Licasto, escuderos de Lisimaco y de Tolomeo, que los juzgaron muy á propósito para esta comision, por estar tenidos comunmente por hombres de espíritu, de corazon y de buen manejo en los negocios. Inmediatamente los llamaron, y despues de haberles dado las debidas instrucciones, montaron á caballo, y tomaron el camino de Babilonia. Poco despues entraron en el cuarto Apamia, Arsinoe, Cleone y las otras damas, y hallando á Oroondates en estado de tener conversacion sin incomodarle, se sentaron al lado de su cama, y la comenzaron sobre lo que ocurria. Talestris, que ya sabia que la Capadocia, parte de su reino, le habia tocado á Eumeno, y que tenia necesidad de su asistencia y amistad para la conservacion de sus estados, quiso valerse de la ocasion para asegurar lo uno y lo otro; y sentándose á su lado, despues de haberle preparado con una mirada llena de dulzura, por la alianza que deseaba tener con él, le dijo así: — Señor Eumeno, hasta aquí hemos conservado nuestra corta dominacion, ó con las armas, ó con la dulzura y afabilidad; y por uno y otro camino todos los que han sido Señores de la Capadocia, nos han dejado gozar de nuestros confines. Yo sé que la provincia, en donde mis mayores y yo han tenido y tenemos el reino, es parte de la

vuestra : pero Darío y Alejandro que tuvieron el mismo poder y derecho nos han dejado pacíficamente, aunque nuestras fuerzas eran muchísimo menores que las suyas; por lo que siendo vos digno sucesor de estos dos grandes hombres, no dudo conservareis la misma urbanidad con unas mugeres que lo sabrán estimar como deben, y que como vecinas jamas os darán motivo de queja.

Eumeno, que era muy generoso y muy atento, escuchó estas palabras con muchas muestras de cortesía y respeto, y con aquella gracia que le era muy natural, la respondió : — Ojalá, Señora, que me fuera tan facil imitar al grande Alejandro en sus gloriosas hazañas, como yo le escederé en todo el tiempo de mi vida en el afecto que os tuvo. El honor de ser vuestro vecino me hace estimar mas la parte que me ha tocado, que todas las otras de los demas sucesores de Alejandro; y si yo puedo merecer vuestra alianza, emplearé la intercesion de toda esta compañía ilustre, para que me hagan digno de obtener este favor.

La Reina respondió á estas palabras con mucha humildad, y tratando desde luego sobre la alianza, ofreció hacer levas en sus estados para aumentar el ejército de los Príncipes, á las cuales Eumeno daria el pase, haciéndoles venir

con las que esperaba de Capadocia. Con este fin rogó á Eumeno le diese alguno de los suyos para que acompañase á una de sus mugeres que queria enviar á Temiscita, con orden á Menalipe de hacer una leva de diez mil mugeres que debiesen venir con los suyos. Los Príncipes que no podian despreciar semejante socorro, dieron muchas gracias á Talestris; y no queriendo esta bella Reina diferir el efecto de esta resolucion, pasó inmediatamente á su cuarto á despachar las cartas con las que al dia siguiente habia de marchar la enviada.

Habiéndose empleado la mayor parte del dia en estos negocios, ya se acercaba la noche cuando Cleanto y Licasto volvieron de Babilonia. Luego que los vió Lisimaco, — ¿Y bien, amigos, les dijo, qué nos traeis de nuevo?

— La guerra, respondió Licasto, y para esta os debeis preparar.

— Bien, dijo Tolomeo : recibimos la guerra, y ya para ella estamos preparados.

Al decir esto se levantaron los Príncipes, y habiendo rodeado á los escuderos, les mandaron contasen por menor lo que les habia sucedido, y tomando Cleanto la palabra, dijo así.

— En cumplimiento de vuestra orden tomamos, Señores, el camino de Babilonia, adonde

llegamos sin alguna dificultad. Hallamos fuera de la puerta un cuerpo de guardia avanzada, cuyos soldados inmediatamente nos detuvieron: pedimos entonces al Capitan que los mandaba, nos hiciesen llevar delante de Roxana y de Perdicas, á quienes veniamos enviados con orden de los Príncipes unidos. El Capitan, que sabia muy bien el derecho de gentes, nos dió una escolta hasta la puerta, adonde hallamos á Peucestas, y le hicimos la misma relacion. — No podeis venir mas á tiempo, dijo él para hacer vuestra embajada: la Reina se halla en el palacio de Perdicas, donde se tiene hoy el consejo, á causa de las heridas que no le permiten pasar al palacio de la Reina: — Y diciendo esto nos hizo pasar por entre dos filas de soldados de que estaba guarnecida la calle, y él mismo nos condujo á la casa de Perdicas, donde hallamos una guardia poco menor que la que acostumbraba el difunto Rey Alejandro. Habiendo subido la escalera entramos en la sala de Perdicas, adonde ya se habia juntado el consejo. Primero habia entrado Peucestas, y habiendo enterado á todos de nuestra embajada, se levantaron los Príncipes, y deseosos de escucharnos, nos pusieron en medio, y formaron un medio círculo cerca de la cama de Perdicas, á cuya cabecera estaba sentada Roxana. Los Príncipes

que estaban presentes eran Seleuco, Casandro, Leonato, Alcetas, Peucestas, Neoptolemo y algunos otros que no pude discernir. Despues de haber presentado nuestras letras credenciales, y haber espuesto el poder que teniamos para hablar de vuestra parte, Licasto, volviéndose á Roxana, habló de esta manera : — Los Príncipes Lisimaco, Tolomeo, Eumeno y los demas compañeros armados por una misma razon (no hacemos mencion del Príncipe de los Escitas, porque nos lo habeis prohibido) protestan, y os dicen : que no han mantenido en pie los ejércitos que mandaban durante la vida del difunto Rey Alejandro, ni han pedido el socorro de sus amigos por alguna enemistad particular, ni con el fin de invadir los estados de aquellos que otras veces han sido compañeros, sino por satisfacer lo que se debe á la memoria de Alejandro, y por poner en libertad y en la autoridad correspondiente á la Reina Estatira su esposa, y á la Princesa Parisatides su hermana á quienes indigna y cruelmente habeis tratado, y teneis en prision contra toda justicia. Para pedirlas, pues, nos envian á nosotros, y para prometeros de su parte que luego que las hayais entregado partirán sus ejércitos de estos paises, y se retirará cada uno al estado que le ha tocado por

parte. — Despues de haber hablado Licasto, nos pasaron á una sala inmediata para poder consultar entre ellos la respuesta que se nos habia de dar. Mas de una hora estuvimos retirados, y habiéndonos llamado, y conducido al mismo parage en que habiamos hablado, Roxana con asenso de todos los Príncipes, dijo así : — Hemos oido la propuesta de vuestros Príncipes, la que nos ha parecido tan estraña, como que sabemos cuán diferente es el motivo de lo que nos habeis alegado. Las Princesas que nos pedís, ni estan, ni han estado jamas en nuestro poder, y no podemos dar otro título á este rompimiento que de una rebelion manifiesta contra aquellos á quienes debian obedecer, y como un resto de la sedicion de Meleagro. Con todo estamos prontos á perdonarles esta falta si salen inmediatamente de nuestros estados, sin dar lugar á que los echemos con la fuerza. — Estas palabras de Roxana fueron tácitamente aprobadas, como bien dichas, con un susurro de todo el consejo. Despues de esto preguntó Licasto á Roxana si tenia alguna cosa mas que decir : y ella respondió que nos retirásemos. — Entonces añadió Licasto, puesto que no quereis satisfacer de otra manera á los Príncipes que nos han enviado, yo os declaro la guerra de su parte. Apenas habia acabado de decir estas palabras, cuando todos

los asistentes en alta voz, y con un golpeo de manos mostraron que este anuncio de guerra no era capaz de poner terror á los que se habian criado en ella; y Perdicas, sacando un brazo de la cama, y dando con la mano un golpe sobre el muslo con un ademan colérico, dijo: — Nosotros la aceptamos con gusto de todos los que no queremos por amigos, y la haremos de tal suerte, que ellos serán los primeros que se cansen; — Y dicho esto pidió un dardo que rompió en nuestra presencia, y arrojó los pedazos á nuestros pies. Entonces Seleuco y Neoptolemo se acercaron á Licasto, y Seleuco habló así: — Decid á Tolomeo que presto tendremos una buena ocasion para decidir nuestra antigua querella: — Y á Eumeno, añadió Neoptolemo, que presto conocerá la diferencia que hay de un hombre de consejo como él, á un hombre de ejecucion como yo. Yo bien conocí que todos los que tenian noticia del valor de Eumeno se burlaron de las bravatas de Neoptolemo: y ya íbamos á responderle, pero en el mismo instante nos mandó Roxana retirar. Alcetas nos siguió hasta la escalera, y acercándose á mí, me dijo en voz baja, de modo que nadie pudo oirle: — Cleanto, yo no he echado ninguna amenaza en público; pero decid en particular á Lisimaco que al primer encuentro nos daremos

cuatro golpes por Parisatides : — No esperó mi respuesta, porque al instante nos sacaron fuera de la casa, acompañándonos hasta fuera de la ciudad, en donde sin embargo de que no nos dejaron detener un instante, vimos muchos preparativos de guerra.

De esta manera hizo Cleanto su relacion, y mirando Oroondates los semblantes de sus tres amigos, conoció en ellos que estaban encendidos en ira. Tolomeo, que no ignoraba el valor de Seleuco, y á quien estimaba mucho, sin embargo de que se habia declarado su enemigo, admitió su desafio con mucha modestia; pero Eumeno, que por el odio que tenia á Neoptolemo era de otra naturaleza, no pudo disimular su enojo, ni contenerse en los términos de su moderacion ordinaria, y así dijo : — Ya veremos si este hombre tan valiente en la ejecucion hará huir á este consejero en el campo, como se lisonjea cuando está dentro de las murallas.

Lisimaco, á quien las palabras de Alcetas habian dispertado los zelos, y que moria de penas, sabiendo que su Princesa estaba en poder de este rival indiscreto; — Yo juro, dijo, por todos los dioses que Alcetas tendrá toda la satisfaccion que desea, y que la muerte de uno de los dos asegurará al otro la posesion de Parisatides.

Oroondates añadió á estos discursos, dicien-

do: — Perdicas y yo no estamos en disposicion de desafiarnos, y yo estoy de tal manera empeñado en hacerle algunos buenos oficios, que apenas puede esperar que los reciba malos.

Hablaron todavía los Príncipes otras muchas cosas, y al fin resolvieron que convenia andar con mucho cuidado ya que estaba declarada la guerra, y contentarse con hacer algunas cortas correrías hasta el arribo de los aliados, sin emprender cosa mayor hasta que estuviesen unidas todas las fuerzas.

El dia siguiente le ocuparon en fortificar el campo, y tirar una linea desde el lado de la ciudad y colina hasta el rio. Lisimaco tomó este encargo en tanto que Eumeno con algunos Oficiales y quinientos caballos pasó á visitar las villas y pueblos vecinos para hacer contribuir amigablemente con los víveres y demas cosas necesarias para el ejército. Ellos no quisieron usar por entonces de un poder tiránico; pues aunque estos pueblos pertenecian á sus enemigos, no queriéndoles agravar como inocentes, les daban liberalmente su dinero, con lo que pagaban la mayor parte de las cosas que tomaban, y con este modo, y acaso tambien por el terror de las armas, atrajeron á su partido las plazas que estaban de esta parte del Eufrates, y las que estaban á la otra quedaron por sus

enemigos. Pusieron el mayor cuidado para que el buen Polemon no padeciese detrimento alguno en sus bienes, y en lugar de causarle gastos, para recompensarle le llenaron de presentes que podian haber satisfecho aun al hombre mas ambicioso.

Entre tanto seguia felizmente Oroondates con su curacion, y habiéndose Tolomeo tomado el cuidado de buscar su yerba (así habia tomado el nombre en la Corte de Alejandro) por fortuna la halló con esceso. Estaba, pues, al lado de la cama con la Reina Amazona, las dos hijas de Artabazo y Araxes, cuando algunos Caballeros, obtenido el permiso, entraron en su aposento con un hombre de muy buena presencia, á quien habian visto pasear al rededor del campo, teniéndole por espía por haber confesado él mismo que venia de Babilonia, y que era del partido de sus enemigos. Preguntóle Tolomeo con la mayor dulzura, quién era, y qué buscaba en el campo enemigo.

—Yo busco, dijo él, lo que hemos perdido en las orillas de este rio : y yo soy escudero del mas valiente de todos los hombres.

Talestris le suplicó se esplicase mas, y entonces añadió : — No sabreis lo que busco, porque me lo ha impedido descubrir un poder soberano, y os puedo asegurar que vos no teneis in-

terés; pero si deseais saber el nombre de mi Señor, él es muy glorioso para que yo os le oculte, y os confesaré en una palabra que tengo el honor de servir al grande Arsaces.

A este nombre Arsaces, se incorporó Oroondates en la cama, y queriendo saber mas noticias de este hombre, á quien su pais tenia tanta obligacion, y de quien habia oido contar tantas maravillas, dijo al escudero: — ¿Es posible, mi querido amigo, que el valeroso Arsaces esté entre nuestros enemigos?

— Así es, respondió el escudero, pero no está en disposicion de que se puedan aprovechar de su valor, ni que recibais el daño que os podria sobrevenir.

— Pero decidnos, replicó Oroondates, cómo está; y no temais nada de nosotros, pues no correis ningun peligro.

— Mi buen Señor, dijo él, está en la cama en casa de Seleuco, á causa de cinco ó seis grandes heridas, de las cuales todavía temen los médicos el suceso: las recibió estos dias pasados á la orilla del rio, en un sitio que no está lejos de aquí, en un combate particular que tuvo con un desconocido, cuyo valor era muy poco diferente del suyo. La ventaja fué igual; pues estos dos valientes enemigos, cayendo en el suelo al mismo tiempo, mi pobre Señor, ha-

biendo perdido con la sangre el sentido y el conocimiento, hubiera perdido tambien el alma entre mis brazos, si no hubiera tomado providencia en su socorro, y si por la bondad de los dioses no hubieran oido mis voces unos hombres que pasaron á caballo cerca de mí. Estos eran el grande Seleuco, Casandro y algunos de los suyos, que por piedad y á mis instancias le hicieron levantar y conducir á Babilonia, donde oyendo su nombre, y sabiendo la fama que tenia por todo el mundo, le han hecho servir con tanto cuidado, que agradecido se ha hecho de su partido, y no siente la pérdida de su salud, sino porque le hace perder esta ocasion que se va á presentar, para satisfacer una parte de sus buenos oficios.

Mientras el escudero hablaba de esta suerte, volvió Oroondates á su acuerdo; y juzgando segun las apariencias que habia combatido con Arsaces, sintió un temblor que le causó una convulsion estraordinaria. Conociéronlo Tolomeo y Talestris, pero queriendo el Príncipe acabarse de enterar de todo; — ¿Y cual fué, le dijo, el dia del combate, qué armas llevaba, y si antes habia peleado con Perdicas?

—Hoy hace ocho dias, respondió el escudero, que sucedió este fatal encuentro. Las armas de mi Señor eran oscuras, adornadas de oro por

los estremos, y la cota de malla y el penacho del mismo color. Antes de este combate ya habia tenido otros dos. En el primero quedó Perdicas en tierra muy mal herido : en el segundo combatió con una tropa de caballeros; pero aunque el honor y el compo quedaron por él, perdió una persona que habia robado á Perdicas, y cuya pérdida le fué mas sensible que su propia vida.

No necesitó saber mas Oroondates para conocer que Arsaces era su rival, y el mismo que tan injustamente le habia quitado el amor de su Princesa, por el cual habia combatido tan valerosamente. Este conocimiento le dió mucha pena ; y acordándose de lo mucho que este hombre habia hecho por los suyos, sintió en el alma que los dioses no le hubieran presentado otro enemigo, contra quien sin nota de ingrato pudiese desahogar sus resentimientos. Compareció desde luego en su rostro este dolor, que conocieron Tolomeo y la bella Amazona; porque quedó tan perplejo, como lo manifestó el silencio y el movimiento alterado de sus ojos. Consideró, cuanto le fué posible, lo que su pais debia á los servicios de Arsaces, y aquel amor que le habia tomado con la relacion de Lisimaco y de los otros que habian hablado de él, fué causa de un vivo dolor : pero tambien fué muy

corto para resistir á sus zelos, pues al primer ataque que le dieron estos huyeron de su ánimo aquellas poderosas memorias. — ¿Como esclamó él lleno de furia, Arsaces me arrebata el corazon de mi ingrata Princesa? ¿Y han permitido los dioses, que el que ha hecho tantos beneficios á mi patria haya sido el mas cruel conmigo, y sea hoy el injusto ladron de un bien que tan legítimamente he adquirido, y tan costosamente he comprado? Ah, morirá este inicuo usurpador de una alhaja que á mí solo se me debia: morirá este Arsaces, este fiero enemigo, por quien tenia mas dulces y mas reconocidos pensamientos: y puesto que me quita la vida con tanta injusticia y tanta inhumanidad, sepa que las murallas de nuestros enemigos no son capaces de defender la suya contra un rival, á quien ha puesto en estado de desesperacion.

Dijo con tanta cólera Oroondates estas palabras, que todos quedaron admirados, y tan aturdido el escudero de Arsaces, que ni menos tuvo valor para abrir la boca en defensa de su Señor. Mil pensamientos violentos se le pusieron de repente en su imaginacion, y despues que estos le tuvieron bastante rato en un profundo silencio; — amigo, le dijo, volviéndose al escudero: dirás á Arsaces que has visto á su

enemigo, á aquel enemigo que le ha reducido al estado en que le ves, y que ha recibido de él las heridas que le tienen en cama: que doy gracias á los dioses de que le hayan inspirado el pensamiento de unirse con nuestros enemigos, y que en cualquiera parte del mundo que se retire, ó le daré infaliblemente la muerte, ó la recibiré de sus manos: que sepa que nuestras dos vidas son incompatibles; que nuestros combates deben ser eternos, y que nuestra guerra no se acabará hasta que muera él para satisfacer mi justo resentimiento, ó caiga yo para que quede asegurada su conquista. Dile tambien que recobre su salud y sus fuerzas para acabar conmigo, y que aunque yo sea su enemigo irreconciliable, quiero contribuir á su salud para poderle ver mas presto en estado de darme satisfaccion: pues no es razon que yo me sirva de las ventajas que me han prestado el acaso y el cuidado de mis amigos: y puesto que nuestras heridas han sido iguales, es muy justo que los remedios lo sean, y que una yerba no ponga diferencia alguna en la condicion de dos hombres cuyo valor ha sido igual en el combate. Toma aquella yerba que está encima de esa mesa, aplícala á sus heridas, y ten por cierto que presto le verás en un estado semejante al mio. Si desconfias del presente de un enemi-

go, registra mis llagas, y hallarás otra del mismo modo, y acaso la conocerán todos los que estan á su lado, que no ignoran el efecto que causó en otra ocasion en las heridas mortales de Tolomeo: pero díle que no espero agradecimiento, ni menos le hago este servicio por reconciliarme con él, sino que lo hago por el deseo que tengo de empezar la guerra que han impedido hasta aquí nuestras heridas.

Dichas estas palabras mandó Oroondates á Araxes que le diese al escudero la mitad de aquella yerba que habian cogido para él, y rogó á Tolomeo le hiciese conducir con toda seguridad. Admirados todos de una accion tan estraña, no pudieron menos de celebrar tan grande corazon, y maravillado mas que todos Tolomeo, no se pudo contener sin esclamar de esta manera: — Oh, dioses, ¡para quién reservais el imperio del mundo, si no se le dais á este Príncipe, que con acciones semejantes hace ver que participa alguna cosa de vuestra naturaleza!

Entonces, vuelto al escudero, le confirmó la noticia que el Príncipe le habia dado de la virtud de la yerba: y el escudero queriéndose preciar como ellos de generoso, la tomó sobre su palabra, sin pedir otra prueba; y dando gracias con la mayor humildad á Oroondates, se

salió del aposento, y con la escolta que le hizo dar Tolomeo, tomó el camino de Babilonia. Como Araxes conocia bien la intencion de su Señor, no quiso dejar al escudero, temiendo que no llegase á saber que aquel Príncipe era Oroondates; y aunque hizo bastantes preguntas en el camino para informarse, lo habia dispuesto Araxes con tal orden, que no pudo averiguar cosa alguna. Poco despues entró Lisimaco en el cuarto de Oroondates, y habiendo oido todo lo que habia pasado, quedó muy disgustado de que Arsaces, con quien habia hecho amistad y estimaba mucho, se hubiese unido al partido de los enemigos pero particularmente de Oroondates; mas al fin los intereses de este Príncipe y los suyos ahogaron mucha parte de este sentimiento, y le hicieron llevar con paciencia las ventajas de sus enemigos. Desde este dia hicieron los Príncipes algunas pequeñas correrías hácia Babilonia, empezando la guerra con algunas escaramuzas; pero como los enemigos se mantenian quietos, esperando el socorro de sus aliados, y las tropas tenian orden de no emprender cosa alguna hasta que llegasen, no pasó cosa de consideracion.

Seria superfluo y enfadoso referir puntualmente los discursos y acciones de poca importancia, que pasaron mientras Oroondates per-

maneció en la cama á causa de sus heridas, y hasta que llegaron las tropas que los Príncipes esperaban : bastará que se sepa que se adelantó con tan prodigioso suceso su curacion, y que recobró con tanta prontitud la salud, que á los ocho dias despues del lance del escudero de Arsaces, se vió en estado de dejar la cama con licencia del médico. Al cabo de tres ó cuatro dias, viendo los Príncipes que se acercaba el dia de la revista general, y teniendo aviso de que todos los confederados se avanzaban con mucha prisa hácia la ciudad señalada ; Lisimaco y Eumeno partieron con mil caballos de la casa de Polemon, para unirse con ellos y guiarles adonde estaban acampados.

Oroondates, que los vió partir, y que ya se sentia recobradas sus fuerzas, comenzó á tomar su antiguo furor, y como el leoncillo irrita su cólera moviendo la cola, así el Príncipe de los Escitas traia á su memoria todas sus pérdidas para inflamarse, y determinar su corazon al fuego devorador de la guerra que empezaba á encenderse. Pero no por eso este objeto apagó en su alma el fuego de su amor, pues siempre que se hallaba solo con Cleone, renovaba la memoria con unos movimientos capaces de arruinar una salud poco segura. Esta, pues, para apartarle de unos pensamientos tan violentos,

justificaba á su Señora, de sus acusaciones, protestándole con mil juramentos que no conocia á Arsaces, y que habiendo acompañado continuamente á la Reina, podia jurar la poca conversacion que habia tenido con él; y no era verosimil que aquella Señora, que en el miserable estado de su fortuna, y cuando se creia mas abandonada, habia sabido resistir á las persecuciones de Alejandro, hubiese entregado su amor con tanta facilidad á un desconocido.

No le parecia mal este discurso á Oroondates, con lo que conocia cuán mal fundadas eran sus sospechas; pero cuando se acordaba de lo que habia visto con sus ojos conforme con lo que le habia dicho Perdicas, junto con el dicho de Cleone, y del mismo escudero de Arsaces, casi se vió precisado á confirmarse en su cruel y enemiga opinion que le desesperaba, y quitaba á la razon todo el imperio que tenia sobre él. Para afirmarse mas y mas alegaba á Cleone los maravillosos efectos de la inclinacion; decíala lo que habia oido contar á Lisimaco y á otros muchos de las bellas prendas, y de la buena presencia de Arsaces. A esta memoria se añadia la eleccion del partido á que se habia inclinado : — Por esta razon, decia, no es verosímil que despues de haberle combatido

con Perdicas, y despues de haberle dejado en un estado que le prometia poca seguridad en su vida, se declarase por él, si no hubiera tenido otro respeto que la amistad de Seleuco. Él sabe que Estatira, ó Casandra, ó como querais llamarla, está ahora en Babilonia, y por no apartarse de su lado olvida sus resentimientos, y el mismo peligro con que le amenaza su enemigo. Pero sea lo que sea, ó Cleone, despues de la guerra veremos el suceso; y si los dioses quieren que Arsaces viva, y yo muera, la Reina le gozará pacíficamente, lo que no podria esperar viviendo yo.

Estos eran sus ordinarios pensamientos, en los cuales comunmente se consolaba con la bella Reina Amazona, y con las dos queridas esposas de Tolomeo y Eumeno, que sabiendo la mayor parte de sus penas, buscaban con razones semejantes á las de Cleone, que él mismo no podia contradecir, el modo de consolarle.

En esta conversacion estaban asomados á una ventana del aposento, cuando poniendo los ojos en la campaña vecina, vieron á lo lejos un resplandor estraordinario, como lo vieron tambien todos los presentes: y cuando los objetos estuvieron mas eerca, se descubrió que los rayos del sol producian este efecto hiriendo en

las armas del ejército que se avanzaba, y poco despues se vieron marchar distintamente los primeros escuadrones, y batallones de este grande ejército que tanto se habia esperado, á la frente del cual se habian puesto Lisimaco y Eumeno. Vió tambien montar á caballo á Tolomeo, y á la Reina Talestris con varios de los oficiales de su campo, para salir al encuentro á sus ilustres amigos, que apartándose de sus cuerpos venian á galope á darles mil abrazos; con lo que en un instante se vieron juntos los hombres mas grandes que tenia el mundo. El mismo recibimiento se dieron los dos ejércitos, que con las voces y vivas hicieron resonar las orillas del rio Eufrates hasta las puertas de Babilonia.

Distinguia claramente Oroondates mil banderas volantes, mil estandartes desdoblados, y el brillante resplandor de las armas limpias: y hasta el sonido de las trompetas, y el relincho de los caballos llegaban á sus oidos. Estos objetos robaron el color de las mejillas de las Princesas que estaban á su lado, pero estos mismos acabaron de despertar en el Príncipe aquel genio marcial, y le hicieron acordar, con alguna especie de vergüenza, y de arrepentimiento, del glorioso aprendizage que habia tenido en este oficio, los buenos principios que tuvo y los progresos que podia haber hecho si su amor no

se lo hubiera estorbado. Esta reflexion le hizo despedir algunos suspiros, y le llenó el rostro de rubor. Deseaba entonces con las mayores ansias visitar á aquellos valientes campeones, cuya fama se habia estendido por el mundo, y entre los cuales no dudaba encontraria muchos amigos, y creo ciertamente, que desde este dia hubiera contentado á su deseo, si Lisimaco, que queria presentarlos al Príncipe en un estado mas brillante, y en el que tenian mas gracia, no les hubiera rogado que dilatasen esta visita, y descansasen el resto del dia en las tiendas preparadas, mientras Eumeno se ocupaba en distribuir los puestos y alojamientos á los soldados, cuyos cuarteles ya estaban ordenados y señalados los sitios. Las órdenes que se habian dado muchos dias antes facilitaron el campamento, y este número crecido de hombres se acomodó muy bien en pocas horas sin fatiga y sin confusion. Los víveres habian llegado ya, no solo los que traia el ejército consigo, sino tambien los que por el cuidado de Eumeno habian enviado de las plazas vecinas. Alojadas las tropas, recibieron las últimas, y las acomodaron lo mejor que pudieron; de manera que contra la costumbre ordinaria quedó todo el ejército alojado, y se pasó con mucha quietud la noche.

Tolomeo, Lisimaco y Eumeno, despues de haber empleado lo restante del dia y el principio de la noche en alojar á los amigos, y en acomodar á los soldados, volvieron á Oroondates, y despues de haberse escusado con la precision de sus negocios de la poca compañía que le habian hecho, le dieron cuenta de todo, y del orden en que habia quedado el campo.

Oroondates correspondió con términos muy corteses; y habiéndole preguntado Lisimaco si gustaria ver al otro dia el ejército en batalla, y todos los Gefes á la frente de sus compañías, en caso de que le permitiese su salud hacerse llevar en una litera, respondió que lo deseaba en el alma, y habiéndole asegurado el médico que podia ir sin peligro, se preparó para esta vista con el mayor júbilo. Pasó con impaciencia la noche, y habiéndose hecho vestir por la mañana, sabiendo que el ejército estaba en forma de batalla, salió de su cuarto con las damas, y hallando al fin de la escalera una litera que se le habia preparado, entró en ella con la Reina Talestris, que como buena y valiente guerrera le quiso acompañar. Las otras damas tomaron las carrozas que estaban dispuestas para ellas, y todos juntos precediéndoles Cleanto y Araxes, atravesaron el sitio adonde estaban acampados, y adonde los Gefes los habian man-

dado salir por la mañana para colocarlos en el llano, algunos estadios mas abajo. Al Príncipe le pareció todo muy bien, admirando desde luego la milicia de los Griegos, y los escuadrones Macedonios.

El motivo por qué llegaron tan presto tantos hombres fué, porque como los que mandaban por entonces las provincias que les habia caido en suerte, habian sido gobernadores de ellas en tiempo de Alejandro, y ademas habia muchos que vivian entre ellos; luego que recibieron la súplica de Lisimaco y Tolomeo, les fué muy fácil armar en su favor á todos aquellos, que despues de la muerte del Rey eran sus vasallos. Estos pueblos que ya estaban acostumbrados á obedecerlos, los reconocieron como Señores, y los siguieron con gusto y sin dificultad en esta espedicion. En las provincias que tenian sus Príncipes ausentes, como las de Lisimaco, Tolomeo, y otros muchos, los Tenientes que habian dejado en su lugar, mandaron armar á la primera orden á unos pueblos que obedecieron al instante, porque estimaban infinito á estos Príncipes por su virtud, y creian gozar de todas las dulzuras bajo su gobierno, conforme las habian gustado antes.

El ejército no estaba dispuesto en batallones

y escuadrones en forma de acometer, ni la caballería estaba puesta en fila, separada de la infantería; sino que estaban colocadas segun las naciones, y con sus propios Gefes al frente marchando sin orden de batalla á la vista de los que los miraban. Los primeros que se presentaron á los ojos de Oroondates, fueron los de la grande Frigia al mando de su Príncipe Antígono. Componíanse de cuatro mil caballos, y de ocho mil hombre de á pie. Estos manifestaban, segun la costumbre de su pais, bastante delicadeza; pero ya empezaban á adiestrarse al ejemplo de su Señor, que habia aprendido este ejercicio bajo el Rey Filipo, y se habia adquirido mucha fama con Alejandro. Montaba Antígono un caballo bayo, muy arrogante. Estaba aquel armado de una cota de acero muy lucido, perfilado de oro á los estremos, y los cabellos que ya empezaban á blanquear, estaban recogidos con un pequeño capacete á la griega, sombreado con plumages negros. Llevaba en la mano derecha dos dardos, y en la izquierda un escudo de un artificiosísimo trabajo griego.

La bella presencia de Antígono, y la grande fama que tenia hubieran obligado á Oroondates á mirarle con mas atencion, si no le hubiera estorbado la vista de su hijo el Príncipe Demetrio, que iba al lado de su padre con una gra-

cia capaz de atraer los ojos y los corazones de todo el mundo. Su belleza no cedia á las damas mas hermosas del Asia, y tenian sus ojos una dulzura tan halagüeña que se llevaba insensiblemente los afectos de todos. Pero si era hermoso, tambien era al mismo tiempo muy valiente, pues aunque no llegaba todavía á los diez y ocho años, habia dado tantas pruebas de su valor en las espediciones de Alejandro, que no cedia á los mas famosos de su tiempo. Pero si era hermoso y valiente, todavía era mucho mas enamorado. Jamas hubo alma mas capaz de las impresiones del amor, que la suya; pues en toda la carrera de su vida, que fué la mas ilustre y gloriosa, no hallaron los hombres mas severos otra mancha que la facilidad y propension á esta pasion. Montaba un caballo blanco mosqueteado de pequeños lunares negros, que con su bella marcha, y magestuosa andadura realzaba la magnificencia de su Señor. Su armadura resplandecia en estremo por el oro y pedrería de que abundaba: la cota de malla estaba cubierta de una bordadura que acompañaba muy bien á la riqueza de las armas; y para hacer ver á todos la pasion que le dominaba llevaba en su escudo la imagen de Cupido pintada por la mano del grande Apeles.

Esta hermosa vista contentó infinito al gran-

de Oroondates y á la generosa Talestris: pero poco despues no quedaron menos satisfechos con la de dos arrogantes Capitanes, cuya fama se habia estendido ya por todo el mundo. Estos eran Cratero y Poliperconte: Cratero, que por su admirable valor era digno de partir con Efestion el afecto de Alejandro, y que nada perdió de su inclinacion, que no lo ganase con ventajas de su estimacion particular: Cratero, que solo obligó á aquel gran Rey á unos respetos y distinciones que la grandeza de Alejandro no habia usado con otros: y Cratero en fin, que por sola su virtud conservó hasta la muerte la primera autoridad entre los Macedonios, y el primer puesto en los corazones de todos los soldados. No era menos estimado Poliperconte por su valor, que Cratero; pues conservó tambien su fama entre los sucesores de Alejandro, que mucho tiempo despues estuvo en la mayor estimacion en la opinion del gran Pirro. Estos dos grandes hombres unidos conducian la mitad de aquellos treinta mil Macedonios, que el difunto Rey Alejandro habia escogido para su guardia, y que poco antes de morir los habia llamado á todos delante de su presencia: pero los otros se habian escusado por acompañar á Perdicas. Eran todos de á pie con armas ligeras, hombres escogidos y tan bien disciplinados, que

los Príncipes fundaban en ellos las mayores esperanzas.

Despues de estos comparecieron los Asirios al mando de Laomedonte. Estaban pesadamente armados, y solo combatian á pie firme; pero aunque no molestaban al enemigo persiguiéndole, ni ejecutaban lo que las tropas ligeras, hacian profesion de combatir en sus puestos hasta el último aliento, y hasta dejarse hacer pedazos antes que permitir penetrasen sus batallones. Eran estos siete mil infantes, y tres mil caballos, cuyo Capitan bravo y valiente mostraba cien cicatrices de las heridas que habia recibido en tiempo de Alejandro en mil generosas hazañas con que se habia distinguido.

A estos se seguian los Cilicios, al mando de su Príncipe Filotas, que tenia dignamente el nombre del primer Filotas, el hijo desgraciado de Parmenon, que habia muerto en el suplicio por mandado de Alejandro, y de quien poco antes habia sido favorecido. Estos eran dos mil caballos, y seis mil infantes.

Siguióse despues el valeroso Eumeno á la frente de los de Capadocia y Paflagonia: habia este sacado de la Amasia, de las orillas del Iris, y del Termodoonta seis mil caballos, los mejores del ejército, porque la Capadocia cria los mas escelentes de toda el Asia: y de la Paflagonia seis

mil hombres de á pie, que no tenian mas armadura que un pequeño morrion, y un ligero corselete, y que al contrario de los Asirios, combatian poco á pie firme, bastando á cansar un ejército con sus continuas correrías, no hallando paso alguno dificultoso ni estrecho que no penetrasen con la mayor velocidad.

Despues de estos venia Menandro, seguido de seis mil Lidios, pueblos delicados, afeminados y pocos capaces para las fatigas de la guerra; pero muy dóciles y obedientes á las órdenes de sus Gefes á quienes servian con mucha dependencia y fidelidad.

Los que beben el agua del Nilo y estan medio abrasados en aquella parte del Africa, y de la Arabia, vecinos del Egipto, seguian á su valiente Príncipe Tolomeo; caminaban estos con mucho orgullo como soldados de su glorioso Príncipe, que en el paso y en la arrogancia con que marchaban se creian invencibles mientras tuviesen á su frente á su Príncipe Tolomeo: y á la verdad la presencia de este no respondia mal á la fiereza de aquellos, tanto que la Reina Talestris, que le mostró el Príncipe Oroondates, le comparó á la imagen del dios Marte, que ella habia visto muchas veces en los Templos de su pais; y si tenia la semejanza, tenia tambien el valor, pues habia pocos entre los mas valientes

del mundo que le escediesen en alientos, ni que con mas prudencia supiesen gobernar un ejército. Eran los suyos, tanto de los que habian comandado, viviendo Alejandro, cuanto de los que conducia Cleonemo, ocho mil caballos y doce mil hombres de á pie.

Apenas apartó Oroondates la vista de Tolomeo, que la puso en un objeto que disperló sus antiguas memorias con la mayor ternura. Este era el Príncipe Oxiarto, quien por la queja de sus sobrinas habia armado los Bactrios ; y marchaba con tanta gravedad á la frente, que hacia ver el afecto con que todavía miraba las reliquías de la casa de su hermano. Estaba en la flor de su edad, y en la magestad de su rostro se reconocia fácilmente la grandeza de su ánimo y de su corazon. Tenia á su lado al buen Artabazo, cuyas tropas estaban mezcladas con las suyas, y componian entre Bactrios y Zogdianos el número de seis mil caballos, y diez mil hombres de á pie, armados de cuero cocido, y llevando en los brazos izquierdos grandes rodelas, con las que se cubrian la mayor parte del cuerpo. Oxiarto iba á caballo, y Artabazo se hacia llevar en una litera. Este valiente anciano no habiendo querido escusarse, sin embargo de su vejez, de lo que debia á la sangre de Darío, y á los intereses de sus yernos, tenia á su lado á

sus dos hijos Cofeo y Ilioneo, resto de un grande número, que por la causa de Darío, y á consecuencia por la de Alejandro, habian quedado muertos entre las armas.

Oroondates miró á estos queridos y antiguos amigos con unos movimientos llenos de afecto, y aun se hubiera tirado á ellos, si la Reina Amazona no le hubiera representado que lo debia diferir hasta el fin, para no turbar el orden de lo que faltaba que ver. A instancia de la Reina se detuvo Oroondates, y vió pasar á Filipo con cuatro mil caballos de Ircania, á Fratafernes con otros tantos Armenios, y á Arquesilao con seis mil, sacados de los estremos de Mesopotamia.

El último de los que comparecieron en esta famosa revista fué el bravo Lisimaco; y á la verdad no podia acabar con una persona que llenase mas dignamente su lugar, ni que dejase á los presentes idea mas agradable de los últimos objetos de este dia, como Lisimaco. Entre tantos millares de hombres no habia uno que supiese manejar mejor que él la espada y el dardo, ni quien en medio de las armas manifestase una fiereza mas bella, ni un porte mas magestuoso. Montaba un soberbio caballo alazan, que le habia regalado Alejandro en la última batalla que habia dado á los Coseanos. Este noble animal, á

quien la vista de sus semejantes, y el son de los instrumentos bélicos habian llenado de espíritu, estaba todo cubierto de espuma en señal de que como glorioso y soberbio se lisonjeaba de no tener sobre sí sino á Príncipes grandes. Desde la nueva de la vida de su Princesa Parisatides habia dejado el color negro que manifestaba la tristeza de su alma y la pérdida de sus esperanzas; pero este dia cubrió sus armas de color verde, engastadas de esmeraldas de gran valor, que daban un resplandor estraordinario en el muñon del brazalete, en los borceguíes, y en otros sitios en donde parecia se habian puesto como por necesidad. En lo mas alto del casco llevaba por divisa una serpiente del mismo metal que las armas, que se enroscaba al rededor de la cabeza, y que vibrando una lengua con tres puntas, parecia segun la destreza del artífice, que arrojaba verdaderos silbidos. El escudo era de la misma materia; pero por espreso mandamientos de Alejandro le habia quitado sus primeras divisas para grabar en su lugar aquel formidable leon que habia destrozado con su valor admirable. Debajo de él habia hecho poner estas palabras en lengua griega: *Parisatides lo ha vencido*. La casaca, cuya manga se dejaba ver debajo del brazalete, y cuyo tonelete llegaba á las rodillas, era del mismo color que las armas,

cubierta de pequeñitos soles de oro, y de cuando en cuando algunas esmeraldas iguales á las de las armas. Llevaba en la mano derecha un dardo largo, y en el lado una rica espada pendiente de una banda, bordada por las manos de Parisatides, que por empeño del mismo Alejandro y mandato de Sisigambis habia recibido de esta Princesa cuando partió con el Rey á la batalla de los Coseanos. Así marchaba Lisimaco á la frente de los Tracios, de los habitadores del Ponto, y de los del Bósforo, naciones belicosas y guerreras, y de las que su nuevo Príncipe habia sacado seis mil caballos, y doce mil hombres de á pie.

Este era el número de las tropas, los nombres de las naciones, y de los que las comandaban; pero á mas de estos habia tambien un buen número de ilustres personages, que aunque sin tropas servian con su persona al lado de sus parientes, ó de sus amigos. Entre estos estaba el Príncipe Oxidato, Mitrano, el joven Farnabazo, Leostenes, hijo de Ariobarzano, Menelao, hermano de Tolomeo, Leocario y Dioxipo, hijos de Mentor, Calicrates, hijo de Filotas, Democario, hijo de Laomedonte, el joven Alejandro, hijo de Poliperconte, Trasilo, hermano de Menandro, el valiente Tiridates, Cambises y Araspes, hijos de Mazeo, Cleobulo, hijo

del malaventurado Orsino, Lisandro, hijo de Fratafernes, Pisistrato, hijo de Arquelao, y otros muchos, que en valor y corazon no cedian á aquellos que habian tenido mas fortuna que ellos en el favor del Rey, y en la division del Imperio.

Acabada esta famosa revista, todos los generosos Caballeros pusieron pie á tierra, y guiados de Lisimaco se acercaron á la litera de Oroondates. Este valiente Príncipe los recibió con una cortesía digna de ellos y de él, guardándoles aquellos respetos que solo se deben á las primeras y mas ilustres personas del mundo. Trató con el mayor obsequio á Antígono, y á su hijo, á Cratero, á Poliperconte, y á Laomedonte, como tambien á otros, cuya fama era muy conocida entre ellos. Mas cuando vió que se acercaba Oxiarto y Artabazo, quiso salir de la litera, pero no permitiéndoselo, los abrazó con mucha ternura y grandes sollozos que le detuvieron las palabras. El Príncipe Oxiarto, y el anciano Artabazo manifestaron la misma ternura con él, y renovando la amistad antigua, la memoria de la caida de la casa de Darío y de la mutacion de su fortuna, derramaron tantas lágrimas, que conmovieron á toda aquella ilustre compañía.

Eran tantos aquellos con quienes se debia

cumplir, que no pudo Oroondates con todos en particular; mas no por eso dejaron los Príncipes de mirarle con el mayor gusto, habiendo todos oido sus proezas. Cratero le trajo á la memoria el encuentro que habia tenido con él en la batalla de Isus, y la poca ventaja que le habian dado los dioses para haberse opuesto á un valor, á quien todo humano corage debia ceder. Oroondates oyó este discurso con la mayor humildad, y le escusó la caida con el embarazo de una escaramuza, en la que igualmente caen los valientes y los flacos. Estos discursos mantuvieron la conversacion entre tan ilustres personas; entre las cuales, la Reina Amazona (conocida casi de todos por la visita que habia hecho al Rey Alejandro en su Corte) recibió los honores debidos á su persona y á su mérito. Todas las personas de distincion que estaban en aquel grande ejército querian tener parte en esta vista; pero por cuanto iba creciendo la multitud, fué preciso que los Príncipes se retirasen.

Ya iban á despedirse cuando de boca en boca llegó á ellos la noticia de que á lo último del campo se notaba algun desorden. Lisimaco, Eumeno, Demetrio, Laomedonte, y otros muchos con ellos se hicieron lugar para ir á sosegar el tumulto, mientras los otros acompaña-

ban á Oroondates, y á Talestris á la casa de Polemon. La causa del tumulto era que cinco ó seis Caballeros, habiéndose apartado del cuerpo trescientos ó cuatrocientos pasos, y siguiendo la orilla del rio, ó por orden de sus Gefes, ó con alguna intencion particular, vieron venir hácia ellos un Caballero acompañado de su escudero paso á paso. El modo, y el sosiego con que venia daban á entender, ó que venia muy cansado, ó que estaba sepultado en algun profundo pensamiento. Pero como quiera que fuese, la presencia manifestaba un bello garbo; el color de las armas era ceniciento, con algunas manchas negras, y estrellas de fuego por parages; la cota de malla era de acero colado, y el casco cubierto de plumages del mismo color, y de una larga y negra cola de caballo que le colgaba por las espaldas. Del brazo izquierdo pendia un escudo en campo negro, y un corazon humano destrozado de muchos buitres, y estas palabras en idioma griego: *ó cesad de rasgarme, ó acabádme de matar*. En la mano derecha llevaba un fuerte dardo, que estribando en el pie, parecia que descansaba sobre él todo el cuerpo.

Habiéndole mirado algun tiempo los caballeros, y viendo que con esta especie de melancolía se acercaba al campo, ó fuese que le tuvie-

ron por espía, ó que tenian gana de conocerle, se avanzaron á él con bastante descortesía, preguntándole con aspereza quién era, y á donde iba. Levantó el incógnito la cabeza, y viéndose cercado, y preguntado, les respondió : — Amigos, yo sigo mi camino : yo no sé quienes sois vosotros, y no creo tengais ningun interés en saber quién soy yo.

El mas orgulloso de los caballeros, picado de esta respuesta desdeñosa, le replicó : — Cualquiera que seais, vos vendreis delante de nuestros Generales, y les dareis cuenta de lo que os he preguntado, y del motivo que os trae tan cerca de nuestro campo.

Dicho esto le tomó la brida del caballo, y presentándole la punta de la lanza, le mandó que le siguiese. El incógnito, que naturalmente no era de los mas pacíficos, no pudo sufrir esta violencia, y sin atender al número de sus enemigos, embistió contra él con ímpetu tan furioso, que le tiró á tierra con el caballo : enfurecidos los otros con la caida del compañero, corrieron á vengarle ; pero el incógnito, que ya se habia dispuesto á recibirlos, se arrojó contra el primero con tal rabia, que le atravesó la lanza por el pecho, y le derribó á los pies de los caballos. Hecho esto dejó la lanza, y tiran-

do de la espada, se metió entre ellos con una furia incomparable, que les hizo ver la poca esperanza que debian tener en el número. El tercero de sus enemigos ya habia mordido la tierra de una estocada que le pasó de parte á parte, y los que quedaron ya pensaban en huir, cuando el ruido del combate que se hacia tan cerca del campo fué oido de las tropas inmediatas. Algunos caballeros concurrieron allí, y viendo á sus compañeros muertos y heridos, se pusieron de la parte de aquellos, y sin atender á las leyes del honor, se arrojaron todos juntos sobre el desconocido, que los recibió con una entereza capaz de causar en ellos un temor que él no conocia. — Venid, cobardes, les decia, venid y creed que aunque amo poco la vida, os la venderé tan cara como si tuviera el mayor amor por ella.

Diciendo estas palabras pasaba entre ellos con mas velocidad que un rayo, y cubriéndose con el escudo con la mayor destreza, descargaba el brazo sobre los mas atrevidos con tanta fuerza, que sus golpes ó daban la muerte, ó causaban unas heridas incurables. El número iba creciendo mucho mas cada vez, y por valiente que fuese, como no era inmortal ni invulnerable, llegó á conocer el peligro en que se hallaba, y en el que seguramente hubiera

perecido si Menandro, Fratafernes, Oxidato, Ilioneo, Tiridates y otros muchos no hubieran llegado al mismo tiempo. Cuando vió Menandro que aquellos caballeros eran de los suyos, se dió á conocer con una voz á todos, y mandándoles que se retirasen, libró al incógnito valiente del peligro. Cuando se vió este algo desembarazado de tantos contrarios, alzó un poco la visera para respirar, y habiéndose acercado á él Menandro poco á poco, despues de haber visto los hombres que habia perdido, y notado en las terribles heridas la fuerza de las manos que las habian hecho, le miró con mucha atencion, y viendo por la abertura del casco un rostro verdaderamente admirable, le dijo: — Cualquiera que tú seas, yo no sé por qué motivo has muerto á mis soldados á mis ojos y á la vista de todo el campo. Yo estoy obligado á pedirte razon de su muerte, pero no quiero ventajas contigo; y aunque estas señas sangrientas sean capaces de atemorizar á cualquiera, no me obligarán á cometer una vileza, ni á servirme de mis compañeros sino como espectadores de nuestro combate.

Acababa de decir Menandro estas palabras á tiempo que llegaron al mismo sitio Lisimaco, Eumeno y los demas; y habiendo sabido en pocas palabras la causa del primer suceso, se dis-

pusieron á ser testigos, y á no permitir que se agraviase á este valeroso estrangero.

No respondió el incógnito á Menandro, sino tomando una lanza de las manos de su escudero, volvió la espalda para tornar á su ejemplo la carrera. Todos esperaban con impaciencia el suceso, y la belleza del incógnito no desmintió la opinion que habían concebido. Embistiéronse los dos guerreros con las lanzas, y chocaron con ímpetu furioso los escudos, pero eran desiguales las fuerzas : pues el incógnito apenas fué levantado de la silla, cuando Menandro dejó la suya cayendo por la gurupa del caballo. Este se levantó con mucho trabajo; pero como tenia mucho corazon, sacó la espada, y esperó á su contrario en la postura de un hombre valeroso. Entonces el incógnito considerándole maltratado de la caida, como estaba reconocido á su modo de proceder, se acercó á él, y le dijo : — Yo os ruego que este sea el fin de nuestra batalla : yo he sido mas afortunado, pero no mas valiente : mas si vuestros compañeros quieren correr la misma fortuna, yo les daré este gusto, y acaso hallareis en su destino vuestra venganza, ó vuestro consuelo.

Estaba tan maltratado Menandro con la caida, que se vió precisado á admitir el partido con un dolor que no pudo disimular; y de-

jando el campo á los otros, le dijo: — Yo te cedo, ó hombre valiente, pero con la esperanza de que tendré compañeros en mi rubor.

Estas palabras, y las del incógnito picaron en el honor de algunos de los presentes, y no pudiendo sufrir las bravatas del estrangero, todos de comun acuerdo pidieron el combate. El valiente Ilioneo, hijo de Artabazo, fué el primero que se puso en la línea, y partiendo con la mayor velocidad, le embistió con un valor invencible; pero no fué su suerte mejor que la de Menandro, pues habiendo chocado vanamente con él, cayó en tierra tan aturdido, que apenas pudo levantarse. Inmediatamente ocupó Tiridates su lugar, pero su fortuna fué igual á la de sus compañeros. Menandro se consoló con estas caidas, y mucho mas con los que sufrieron tambien Oxidato, Cambises, y Fratafernes. Con tantas caidas perdió Lisimaco la paciencia, y lo mismo sus compañeros; pero el valiente Laomedonte no pudiendo aguantar esta pública injuria, dirigió su caballo hácia el incógnito, y enviándole dos venablos para que escogiese, le dijo á voces: — Es preciso, ó que reparemos la vergüenza de los nuestros, ó que te lleves la gloria entera entre todos los compañeros de Menandro.

Dicho esto embrazó su venablo, y asegurándose en los estribos, arrancó hácia su enemigo con una maravillosa ligereza. El choque fué digno del valor de los dos, y el incógnito perdió los estribos, y se bamboleó bastantemente en la silla; pero rechazó con tanta fuerza á Laomedonte, que el caballo y él rodaron por el suelo. La caida de este, cuyo valor era tan conocido, espantó á todos los presentes; pero á Lisimaco le llenó de dolor, y de resentimiento. Al instante se puso delante de todos, y deteniendo al joven Demetrio, que ocupado de una generosa ambicion partia ya contra el desconocido, le saludó con mucha cortesía, y despues de haber mirado un rato su porte y sus armas, le dijo así : — Yo quisiera esperimentar vuestras fuerzas, si con la fatiga de tantos combates no se han disminuido, y aunque despues de las caidas de mis compañeros tendreis que ganar conmigo poco honor, me quiero poner en el empeño de vengarlos, ó de hacerles compañía, si todavía no necesitais de reposo.

Conoció el estrangero el ánimo de Lisimaco, y no queriendo perder contra él sus ventajas, le respondió : — Ciertamente creo tener necesidad de todas mis fuerzas para combatir contra vos : pero tales como son, os digo, que estan ahora tan vigorosas como estaban al principio,

y que ni tengo herida alguna, ni cansancio que me puedan impedir el daros gusto.

— Yo siento, replicó Lisimaco, abusar de vuestra generosidad; pero caigo en esta falta por vuestra palabra, y por el conocimiento que tengo de que necesito contra vos de esta ventaja. Tentaré, pues, ya que así os agrada, la fortuna de esta batalla, en la inteligencia de que será el último combate á que quedareis obligado.

— No espero, respondió el incógnito, salir de vuestras manos en estado de poder tener otro; y yo seré el hombre mas feliz del mundo, si puedo conservar la gloria que he adquirido contra los vuestros.

Acabadas estas cortesías se volvieron las espaldas para proporcionar la carrera, y partiendo á rienda suelta se encontraron con un ímpetu tan furioso, que su choque fué muy poco diferente al de dos naves arrojadas de la violencia de las olas. Rompiéronse las lanzas en mil piezas hasta la empuñadura, pero se embistieron despues con los escudos, con las cabezas, y con las espaldas con tanta fuerza, que un encuentro tal no podia menos de traer mucha ruina. El caballo del incógnito cansado de las carreras antecedentes, no pudiendo resistir á tan valiente ataque, cayó con su ginete en el

suelo : el de Lisimaco como mas descansado se mantuvo en pie, pero él vino á parar en el suelo con la silla entre las piernas. Avergonzados los dos valientes guerreros de su desgracia, se levantaron á un tiempo, y echando mano á las espadas, se dieron dos golpes tan pesados, que faltó poco para que los dos volviesen á besar segunda vez la tierra. Estos dos encuentros mudaron la cortesía en una cólera furiosa, y ya se disponian á seguir la batalla á todo trance, cuando deseando Laomedonte, Menandro, Eumeno y los otros apartar del peligro que amenazaba á estos dos valientes guerreros, se opusieron á su intencion, y les estorbaron proseguir.

— Si esto se ha de terminar, dijo Laomedonte, acabe el estrangero conmigo, pues todavía no estoy fuera de defensa aunque haya caido por falta del caballo.

— Lo mismo decian los demas; pero Eumeno, Demetrio y los otros desinteresados decidieron que el estrangero estaba libre, que la gloria habia quedado igual entre Lisimaco y él, y que no se le debia impedir el paso, ni detenerle sino por cortesía. Tomada esta resolucion, levantando Lisimaco la visera de su casco, corrió á abrazarle, y haciendo lo mismo el incógnito, presentó á toda la compañía un ros-

tro que acaso no le podria haber igual en el mundo. Glorioso Lisimaco así con esta vista, como con haber probado sus fuerzas con él, deseó con las mayores ansias atraerle á su partido; y con este fin, le dijo así: — Todos cuantos estamos aquí somos idólatras de vuestro valor, y bien presto vereis la estimacion y el afecto que ha producido entre nosotros, si no rehusais ser nuestro compañero en una causa justísima, y si no os negais á entrar en nuestro partido, en el que solo vuestra generosidad puede tomar la parte.

El estrangero sin detenerse en lo que debería responder, dijo así: — Yo no sé si estas tropas son las de Perdicas, de Casandro, y de los demas unidos en Babilonia.

— Somos, respondió Lisimaco, enemigos mortales de los que habeis nombrado, y de todo su partido, y contra estos hemos unido este ejército que cubre esta campaña.

— Pues no puedo ser vuestro amigo, replicó el incógnito; y aunque particularmente estimo vuestro valor, una obligacion mas antigua me llama á favor de vuestros enemigos, y para servirlos he tomado el camino de Babilonia: y si como tan generosos me permitís el paso, cada dia tendremos ocasion de acabar el combate que hemos empezado.

Lisimaco se alteró un poco con estas palabras, pero lo disimuló lo mejor que pudo, y respondió con mucha moderacion diciendo : — vos sois demasiado valiente para no encontrar el paso libre por todas partes ; y aunque vuestra asistencia sea tan relevante, no tememos tanto á nuestros enemigos, que pretendamos quitarles el socorro que les llevais. Nos veremos, pues así lo deseais, en los combates, y si vos os distinguís con la divisa de los buitres que llevais ; por la del leon conocereis quien es Lisimaco : — Y dicho esto sin querer saber mas de lo que habia declarado el incógnito, hizo entregarle su caballo, y le dió una escolta para que le acompañase por medio del ejército, y le condujese hasta la vista de las puertas de Babilonia.

Así marchó el estrangero dejando á Lisimaco y á todos en un alto concepto de su valor, y mucha materia para pasar en conversacion el resto del dia. Si nuestros enemigos, decia Lisimaco, tienen en su partido muchos hombres semejantes á este y á Arsaces, no faltará que hacer ; pero yo no sé por qué permiten los dioses que una causa tan injusta tenga tan valerosos defensores.

Despues de este discurso, y de haber dado las órdenes necesarias para que los soldados to-

masen sus lugares, pasaron á buscar á los demas compañeros que habian acompañado á Oroondates á casa de Polemon. Allí Oroondates con mas ocasion y libertad que en el campo, obsequió á sus antiguos amigos, y acabó de hacer amistad con los nuevos. Oxiarto y Artabazo no se cansaban de abrazarle; y los Príncipes Oxidato, Ilioneo, Cambises, y demas que otras veces le habian visto y admirado en la Corte de Darío, le besaban las manos con una humildad tan grande, que Oroondates se avergonzaba, y les correspondia con una confusion digna de su modestia. Artabazo le trajo á la memoria la primera guerra contra Darío, su arribo á la Corte, y la sangrienta batalla de Cilene, donde peleó en persona contra las armas del Rey su padre. Oxiarto y Cratero le hablaron de la batalla de Isus, Ilioneo de Damasco, y de los encuentros con Artabazo y Parmenon, Tolomeo y Antigono de las revueltas con Alejandro, Eumeno de la batalla de Arbela, Poliperconte de lo que habia hecho en Susa por la vida de Alejandro.

Entre estos tan ilustres compañeros habia pocos que aun sin conocerle, no hubiesen sido testigos de sus hechos maravillosos; pero con este compendio de su vida, tan lejos estaban de darle algun consuelo, que le afligian sensiblemente. Cuando se concluyó este discurso,

contó Laomedonte el encuentro del incógnito que habia derribado á tantos, y que solo habia encontrado en Lisímaco resistencia. Habló de su valor en unos términos que todos sintieron tuviesen los enemigos un hombre tan grande.

Llegada la noche todos se retiraron á sus pabellones, dejando á Oroondates en la casa con las damas, cuyo número se habia aumentado con el arribo de la esposa de Peliperconte y de algunas otras, de las cuales las de mas consideracion se alojaron en la misma casa con las primeras, y las demas se acomodaron en las tiendas con sus maridos. Los enamorados pasaron esta noche como las demas, con muy violentas inquietudes. Atormentado Oroondates de sus zelos, no estuvo capaz de reposo; Talestris quedó mortificada mas que nunca á la violencia de su amor, y Lisimaco libre de este tormento y de su primer dolor, tuvo mucho que sufrir por la ausencia y prision de su Princesa. Es verdad que al disgusto de esta separacion, que le privaba de una vista tan deseada, se añadian unos temores fundados en apariencias bastante razonables: temia por la vida y por el genio de su Princesa, y recelaba que Roxana esgrimiese contra ella los rigores de su crueldad; y si el amor de Alcetas, que por su propio interés debia ve-

lar sobre la conservacion de Parisatides, no le tuviera asegurado, este temor era capaz de quitarle toda suerte de quietud : á mas de esto temia tambien que su Princesa, de quien solo habia recibido algunas ligeras muestras de afecto, no se hubiese mudado con su fortuna, y no hubiese concebido una aversion general á los hombres, á causa de los accidentes que la podian haber exasperado contra ellos : esta era su desconfianza ; porque sospechar otra cosa conociendo la firmeza y las virtudes de su alma, esto no le podia caber en el pensamiento. Pero sin embargo de todo esto, lo que acrecentaba sus temores y le tenia poco satisfecho de su fortuna era el poco caso que habia hecho de él la Princesa en las desgracias que la habian acaecido, puesto que despues de tantas y tan grandes pruebas de su amor, no se habia dignado servirse de él, ni menos darle alguna noticia de los trabajos que habia pasado, y de los peligros en que se habia visto : y no pudiendo sufrir esta severidad, la tuvo por efecto de una ingratitud que le redujo á una afliccion acerbísima. Despues de haber hecho cuanto le fué posible para engañarse á sí mismo, y arrojar de su pecho esta enemiga opinion, se aplicó á pensar en algunos medios para verla, ó á lo menos para tener alguna noticia, no pudiendo esperar en

la disposicion en que se hallaba el fin de una guerra que podia ser larga, y de éxito muy dudoso.

Pasó una buena parte de la noche entre estas agitaciones de su espíritu, y por la mañana muy temprano se pasó al cuarto de Oroondates : y habiendo encontrado solo á Araxes, le comunicó sus inquietudes, y el deseo que tenia de tentar todos los medios posibles para ver á su Princesa, ó para saber alguna cosa. El Príncipe de Escitia, á quien los zelos tenian mas trastornado que nunca, declaró á Lisimaco, primeramente con algunos suspiros, y despues con unas espresiones todas llenas de fuego, que él estaba mortificado con el mismo deseo; y por mas desgraciado, vendido y abandonado que estaba, no sosegaba un punto á causa de ignorar el estado de su Princesa. — ¿Qué sabemos, decia él, si nuestras Princesas han vuelto á caer en las manos de la desapiadada Roxana, ó si nuestros enemigos se sirven con tiranía y con indignidad del poder que tienen sobre ellas? ¡Ah, si me viera en estado de poder hacerlo pasaria por en medio de mil espadas para tentar ver á mi ingrata!

— Lo mismo hubiera intentado yo, dijo Lisimaco, si lo pudiera emprender sin arruinar nuestros intereses : pero soy tan conocido en

Babilonia, que no podria estar incógnito ni un momento.

Acercóse Araxes mientras hacian estos discursos, y les dijo: — si me juzgais capaz de haceros este servicio; ¿por qué no me encargais esta comision? No podeis escoger persona mas fiel, ni que lo pueda hacer con mas facilidad que yo. Ninguno de vuestros enemigos me conoce, y como yo pueda ocultarme de Arbates y de la casa de Roxana, puedo pasearme entre ellos años enteros sin peligro.

— ¡Ah Araxes, respondió Oroondates, el suceso de Toxario me hace temer por tu vida, y no tendria un instante de quietud, si la espusiera á peligro tan manifiesto.

— Yo no soy digno, Señor, dijo Araxes, del cuidado que teneis por mi vida, y pues la estimais mucho mas de lo que he merecido, yo la guardaré de manera que no correrá riesgo alguno. La mala ventura de Toxario me servirá mucho para huir la vista de Arbates y de otras personas que pueden descubrirme; pero debeis estar asegurados de que yo os traeré noticias de las Princesas, si puedo adquirirlas, y al mismo tiempo os daré cuenta del estado de vuestros enemigos.

Supo Araxes añadir á estas palabras otras tan eficaces, que al fin obtuvo la licencia de su Se-

ñor: el mismo servicio prometió á Lisimaco; y este Príncipe, conociéndose obligado, se lo agradeció con estraordinaria cortesía. No quisieron los Príncipes darle instruccion alguna, sabiendo que era apto para cosas mas importantes, y poniéndose en sus manos para el desempeño de esta diligencia, Araxes los aconsejó que escribiesen dos cartas por si tenia la fortuna de encontrar á las princesas, prometiendo que él las volveria si tenia las desgracia de no verlas. Tuvo Oroondates algunas dificultades en poner su carta al ver el estado en que se hallaba con Estatira, y no sabiendo cual podria ser el ánimo de esta; pero al fin á persuasiones de Lisimaco, que suavizaba cuanto podia sus pesares, y que estaba tan poco satisfecho como él, tomó la pluma, y escribió á la Reina de esta manera.

EL PRINCIPE OROONDATES A LA REINA ESTATIRA.

« Os maravillareis de esta flaqueza puesto que no estoy acostumbrado á serlo ni á haberlo sido con vos. No os reprendo cosa alguna, ó Casandra, pues yo voy á morir por vos, ya que me habeis juzgado indigno de vivir por vos.

Haré lo posible para establecer vuestro reposo con mi sangre, pero con esta misma sangre grabaré en vuestra alma eternos remordimientos de la infidelidad que habeis usado conmigo. Desmayado y abandonado como estoy, daré por vos sin pesar alguno esta vida que teneis de costumbre sacrificar á la desesperacion: pero perdonadme, ó Estatira, si en el servicio que os hago en general os ofendo particularmente, y si en el número de nuestros contrarios comprendo mi mas cruel y mas desapiadado enemigo. Él morirá si los dioses favorecen la justicia de mi causa; y si soy capaz de ofenderos en su persona, os satisfaré con la mia, y no tendreis la pena de ver que sobrevive Oroondates á la ofensa que os habrá hecho. »

Esta era la carta de Oroondates, y la de Lisimaco la siguiente.

EL PRINCIPE LISIMACO A LA PRINCESA PARISATIDES.

« Aquel de quien os habeis ocultado con tanto empeño, no se puede esconder de vos, ó Parisatides, pues no podeis menos de conocerle segun las señas ordinarias. Él se presenta á vos,

mas para haceros un servicio que no desdeñareis recibir, que para quejarse de vuestros menosprecios. Yo debo reprimir este disgusto con el júbilo de vuestra vida : y puesto que permiten los dioses que esteis viva, yo sufriré sin quejarme que seais siempre insensible, y que siempre seais Parisatides. Esta inmutabilidad de vuestro ánimo solo se puede comparar con la mia, pues no teneis vos mas constancia en manteneros en vuestra insensibilidad ordinaria, que tengo yo en mantenerme en una fidelidad inviolable. »

Apenas los dos Príncipes habian acabado de escribir sus cartas, y se las habian entregado á Araxes, recomendándoselas con el mayor cuidado, cuando el cuarto de Oroondates se llenó de los Príncipes que venian á visitarle; y mientras ellos se acercaron á la cama, Araxes, que estaba ya despachado, salió del aposento para ir á cumplir su comision. Luego que los Príncipes saludaron á Oroondates, y quedaron enterados del estado de su salud, entraron en consejo para tratar de los negocios de la guerra. Entonces Antígono, obtenida la licencia para proponerles una cosa de importancia, les habló de esta suerte :

— Ademas de la noticia que se tiene de vuestro valor, la justicia de nuestra causa me da

buenas esperanzas del éxito feliz de nuestra empresa; por lo que yo creo que persiguiendo á nuestros enemigos, antes como matadores, y ahora como injustos retenedores de la viuda de nuestro difunto Rey, y su Reina legítima, tenemos un pretesto muy razonable para armar todas nuestras fuerzas contra ellos. Pero no obstante todo esto, como si los dioses hubieran creido que esta causa era muy leve para dividir á tantos Príncipes, que fueron en otro tiempo tan amigos, y para hacer volver contra ellos aquellas mismas armas de que se sirvieron para las conquistas de todo el Imperio; han querido ahora poner á la vista los delitos de nuestros enemigos, y acabar de armarnos contra ellos por unas razones capaces de convencer á todos los hombres virtuosos. Entre los falsos verdugos de Estatira y Parisatides hemos hallado los verdaderos de Alejandro. Nuestras sospechas estan ahora muy claras; y aunque yo no pueda asegurar que Roxana y Perdicas sean cómplices en este regicidio, siempre son reos detestados de los dioses y de los hombres, pues sostienen al pérfido Casandro, que ha quitado del mundo, no solamente á su Rey, sino al mas grande de todos los Reyes. No creais que descubro este atentado fundado en ligeras conjeturas, porque no me inclino á las sospechas, ni

al conocimiento que tenemos casi todos del amor que profesaba á Roxana; ni menos me fundo en la aversion que tuvo á Alejandro desde aquel dia que cogiéndole de los cabellos, le dió con la cabeza en la muralla á nuestra vista: no me fundo en todo esto, vuelvo á decir, sino en una ciencia cierta. Yo tengo conmigo dos hombres que inocentemente han sido el instrumento de esta deplorable traicion. Estos son dos Macedonios, criados en casa de Antipatro, que por orden de Casandro trajeron á la Corte el veneno que ha dado fin á la vida mas bella del mundo. Este veneno es el agua de la fuente de Nonacris, en Macedonia, cuya frialdad es tan grande, que apaga todo el calor natural, y rompe cualquiera vasija, menos la de uña de caballo. Habiéndola traido estos dos Macedonios á Casandro, este tuvo modo de colocarlos por coperos de la mesa del Rey, y descubriéndose poco tiempo despues á ellos como criados antiguos de la Casa Real, prometiéndoles unos regalos escesivos, los quiso obligar á poner dicha agua en la bebida del Rey. Espantados estos dos hombres con un atentado tan horrible, no quisieron obedecerle, antes bien procuraron apartarle de tan cruel resolucion. Despues de haberlo solicitado, aunque en vano, el desesperado Casandro, se valió de su herma-

no Jolao, que con este fin le hizo entrar en la plaza de copero mayor. Temiendo despues Casandro que estos dos hombres descubriesen su iniquidad, los puso en las manos de algunos suyos, que con cierta escusa los sacaron de la ciudad, con orden de quitarles la vida á puñaladas. Siguieron los asesinos el orden de su Señor, y habiendo conducido á estos infelices á un parage bastante retirado, los llenaron de heridas mortales; pero los dioses no permitieron que los acabasen de matar, porque viendo venir hácia ellos algunas personas, se pusieron en fuga, dejándolos medio muertos. Levantáronlos del suelo los paisanos, y habiéndolos llevado á sus casas, tuvieron tanto cuidado con ellos, que al fin recobraron la salud. Con este motivo viéndose ayer estos dos hombres en estado de poder salir de casa, vinieron á la mia, solicitando mi proteccion contra Casandro, y contándome muy á la larga esta historia, que os he referido yo en pocas palabras.

Apenas acabó Antígono este discurso envió á llamar á los Macedonios, quedando entre tanto los Príncipes detestando esta traicion de Casandro, y animándose unos á otros para añadir este nuevo motivo de odio al primero. Ya todos ellos lo habian sospechado de Jolao por muchas y grandes conjeturas; pero como los Príncipes

tenian un alma noble y generosa, no le creian capaz de un crimen de esta naturaleza. En este tiempo llegaron los Macedonios, y habiendo hecho una disposicion conforme en todo con la relacion de Antígono, y respondido al interrogatorio que les hicieron sobre la materia, quedó todo el consejo confirmado en el regicidio. Estos grandes Príncipes, en cuya alma tenia la memoria de Alejandro la mayor veneracion, se horrorizaron con este delito, y amenazaron á estos monstruos, llenándose de un verdadero celo y de una legítima indignacion. Aun el mismo Oroondates, que reverenciaba la memoria de este grande hombre como de una persona maravillosa, se interesó tan altamente en su resentimiento, que juró con ellos la venganza de este ilustre rival. No contentos los Príncipes con que la justicia de su causa le sirviese de satisfaccion, la quisieron manifestar á todo el mundo, y hacerle saber que no eran pequeños los motivos que los habian obligado á armarse contra sus compañeros y antiguos aliados. Con este fin, despues de haberlo consultado y concertado entre ellos, sacaron un manifiesto que Artabazo y Eumeno concibieron de esta manera.

LOS PRINCIPES CONFEDERADOS POR LA VENGANZA DE ALEJANDRO, Y POR LA LIBERTAD DE LA REINA, SU ESPOSA, Y DE LA PRINCESA, SU HERMANA.

« Como siempre hemos creido que sin razones muy poderosas no se podian romper con honor las leyes de la amistad, ni violar las alianzas antiguas, así hemos deseado que todos aquellos á quienes llegue la noticia de nuestras acciones entren en conocimiento de nuestra intencion, para que no tengan motivo alguno de interpretarla segun el sentido que nuestros enemigos la quieran dar. Protestamos, pues, delante de los dioses y de los hombres que no hemos tomado las armas por haber quedado mal contentos con las particiones que nos han tocado, ni con el fin de aumentar nuestros estados, contra los que en otro tiempo fueron nuestros amigos y compañeros; sino que ha habido otras causas mas justas, y tales que debian sublevar con nosotros á todo el mundo y á todas las personas generosas. Por Alejandro, pues, hemos tomado las armas, porque hemos descubierto que este grande hombre, que solo hallaba idólatras en la tierra, ha encontrado entre los suyos unos monstruos que por un horroroso regicidio han

robado á los hombres el mas grande que hubo jamas entre los hombres. Casandro, cuyo nombre deben aborrecer todos los Príncipes de la tierra, y de quien no se debe hablar sino con detestacion, emponzoñador infame de su mismo Rey y Señor, no solamente vive con seguridad entre aquellos que tuvieron el honor de ser sus parientes, y que recibieron de él su gloria y su fortuna, sino un apoyo contra aquellos que fueron sus fieles servidores, y una proteccion que se negaria á las personas mas enemigas de la memoria de aquel Rey. Roxana, á quien honró con su lecho é hizo partícipe de sus coronas, que de hija de Cohortano pasó á ser esposa de Alejandro, y que desde el cautiverio la elevó al grado mas alto del honor á que puede subir una muger : Perdicas, á quien amó tanto en vida, y á quien honró en su muerte con las primeras muestras de su afecto y de su estimacion; y otros muchos que no deben menos que ellos á las cenizas de su Rey; todos estos se arman para defender á los emponzoñadores y á los parricidas de Alejandro. Pero ¿ qué se debia esperar de aquellos que con unas acciones de la misma naturaleza han hecho conocer bastantemente que son del mismo sentir, queriendo todavía ofender á Alejandro en la persona de aquellas que amó como á su vida? Roxana, Perdi-

cas y sus cómplices ¿no han arrancado con una violencia que jamas tuvo ejemplo, de los brazos de los suyos á la grande Reina Estatira, y á la Princesa su hermana para degollarlas á los ojos de la desapiadada y cruel Roxana? ¿No las han puesto el cuchillo á la garganta? Y si por asunto particular las defendió Perdicas de la muerte, ¿no han mudado esta pena en un cruel é indigno cautiverio? Estas grandes Princesas, que fueron tan queridas de nuestro Rey, gimen esclavas de sus mismos vasallos que las imponen unas leyes vergonzosas, y desde la sangre de Dario y union con Alejandro las quieren hacer bajar á la de los menores de los suyos. Estas solas son las razones que nos han hecho tomar las armas con una firme deliberacion delante de los hombres y al pie de los altares, de no dejarlas hasta que Alejandro esté vengado, y las Princesas libres y satisfechas. Y si nuestros enemigos quieren persuadir á los hombres que nos servimos de estos pretestos para cubrir nuestra ambicion, ó de otras causas de division menos legítimas; hagan ellos mismos la justicia con los verdugos de Alejandro, y vuelvan á poner á nuestras Princesas en su libertad y en su primera autoridad, y nos hallarán dispuestos á salir de estos estados y á dejarlos en una entera tranquilidad.

Habiendo los Príncipes mandado hacer muchas copias de este manifiesto le estendieron por el ejército, y le enviaron á todos aquellos lugares adonde deseaban que llegase la justicia de su causa. Al dia siguiente quisieron proceder á la eleccion de un General, escogiendo entre ellos un Príncipe que diese las órdenes y mandase á sus compañeros con un imperio absoluto. Pero en este negocio no hubo poco trabajo, y su contestacion fué muy diferente de las ordinarias; porque todos se escusaban y huian de este empleo; y esta gloria que es y ha sido siempre envidiada de todos, halló en estos generosos compañeros mucha aversion y mucho menosprecio. Todos al fin de comun consentimiento hicieron este honor al Príncipe Oroondates, prometiéndole con la mayor humildad que jamas dejarian de obedecerle.

Tolomeo, Lisimaco, Oxiarto, Eumeno y otros muchos le rogaron con las mayores instancias; pero este se resistió con tanta modestia y constancia, que no fué posible moverle. —Vosotros, generosos Príncipes, les decia, me haceis demasiado honor en concederme la gracia de permanecer entre vosotros, y yo recibo esta con el mayor agradecimiento; yo que me considero inutil, y que me hallo sin tropas entre tantos Príncipes, de los cuales los menos han

puesto ejércitos enteros. Si yo me hallara con las fuerzas de la Escitia, me lisonjearia de obedecer á unos hombres dignos de mandarme, y estaria tan firme como lo estoy en rehusar un honor que no podeis presentarme sin hacerme acordar de mi inutilidad.

Con semejantes razones se escusó Oroondates del mando, pero ninguno de los Príncipes se pudo determinar á tomarlo; pues Tolomeo, Lisimaco y los otros tuvieron el mismo empeño en no admitirle. En fin con acuerdo comun de todos los oficiales del campo, se eligieron entre ellos seis para que mandase cada uno su dia. Estos fueron el Príncipe Oroondates, el Príncipe Oxiarto, Tolomeo, Lisimaco, Cratero y Antígono. Eumeno, Poliperconte, la Reina Talestris, el anciano Artabazo, y Laomedonte que podia con justicia pretender la misma dignidad, se defendieron con una entereza tan grande, que no les pudieron hacer entrar en este número. Artabazo se escusó con su vejez; Talestris con su sexo; Eumeno con su genio, que era poco amigo de mandar, y con la union que tenia con Tolomeo, á quien habia dejado el cuidado; Poliperconte y Laomedonte se escusaron por otras razones. Viéndose obligados los seis Príncipes á sujetarse á esta eleccion, condescendieron al fin, protestando á sus compa-

ñeros, que solo aceptaban este cargo con atencion al cuidado y á la fatiga, pues por la parte del honor lo dejarian á ellos todo entero. Pasado el dia en esta eleccion se retiraron á sus pabellones.

Al dia siguiente, algunos corredores que se habian enviado por la campaña, vinieron á avisar á Cratero (á quien por la esperiencia y por la autoridad que tenia en sus tropas, á continuacion de la que se habia adquirido al lado de Alejandro, y por indisposicion de Oroondates, todos sus compañeros habian cedido el primer dia), que habian visto salir de la ciudad un grueso de setecientos á ochocientos caballos que hacian cara á acercarse al campo, rodeando hácia la parte de la colina. El joven Demetrio, llevado de un ardor valiente y generoso, pidió licencia á Cratero para salir al encuentro de sus enemigos con igual número de hombres, ó para hacerlos volver á sus murallas, ó para atraerlos al combate.

Obtenida la licencia con alguna dificultad de Antígono su padre, que le amaba con ternura estraordinaria, y que no podia sin repugnancia verle poner en el peligro; montó á caballo con ochocientos de los suyos, glorioso de ser el primero que desenvainaba la espada en esta guerra. No quiso llevar mayor número de soldados,

receloso de que por la desigualdad de las partes rehusasen los enemigos el combate, y le robasen la gloria que buscaba; á mas de que el sitio era muy propio para su intencion, porque en una campaña descubierta no podia haber emboscadas, adonde con engaño le pudieran conducir los enemigos. Jamas salió tan gracioso el bello Páris con las armas como el joven Demetrio, pues respiraban sus ojos el amor y la guerra con tanta igualdad, que en este estado no podian verle los enemigos sin temerle, y sin amarle á un mismo tiempo. El joven Alejandro, el bravo Ilioneo, el valiente Tiridates, los dos valerosos hijos de Mazeo, y otros muchos Príncipes mozos, y que no tenian cargo alguno, quisieron acompañar á Demetrio en este primer lance.

Marcharon todos juntos y en buen orden, dirigidos por los mismos que habian traido la noticia : pero Cratero, que no los queria esponer fuera de tiempo, hizo poner dos mil hombres á caballo, para que se avanzasen fuera del campo, y los sostuviesen en caso necesario. La Reina Amazona, que estaba presente á esta orden, pidió á Cratero el mando de estos hombres, y se lo concedió con mucha cortesía. Esta nueva Belona, pomposa con tal ocasion, se hizo traer las armas, y cubriéndose con un

lucido acero, se puso á la frente de estos hombres, que se sujetaron con mucho gozo á su mando, y conocieron que se les doblaban las fuerzas en presencia de una bella guerrera, cuya fama se habia estendido por toda el Asia.

Ya estaba Demetrio bastante distante del Campo, marchando á la frente de los suyos con una alegría que se veia claramente en su rostro: pero ¡ah! ignoraba su designio, y no sabia que este dia le habia de costar muchas lágrimas y suspiros. No encontró á los enemigos tan presto como lo deseaba, porque solo habian salido de Babilonia, no para combatir, sino para saquear algunos pueblos, de los que los confederados recibian los víveres y alguna otra cosa; y habiendo cumplido la orden, se retiraban con mucha diligencia á la ciudad. Demetrio los descubrió en un altillo que habia en medio de la llanura, y encendido con esta vista en cólera juvenil, escitó á sus compañeros al combate con unas palabras llenas de fuego. — Amigos mios, les dijo, ¿qué gloria será la nuestra, si en medio de tantos millares de hombres valientes nos llevamos los primeros honores de esta guerra? Este principio servirá de agüero á los sucesos futuros, y todo nuestro Campo le mirará como un pronóstico infalible del éxito general.

Y dicho esto se avanzó á toda priesa para cortar el paso de la ciudad á los enemigos, y obligarles contra su voluntad al combate : pero no tenia necesidad de esta diligencia para empeñarles, pues iban mandados de un hombre, que aunque hubiera sido mucho mayor el número no hubiera dejado el campo sin dar la batalla. Este era Leonato, cuyo valor llegó á ser temeridad, y quien en la Corte de Alejandro pasó siempre por el hombre mas valiente y atrevido. Por esta razon no tomó el camino de Babilonia, sino que viendo avanzar á Demetrio, cuyas fuerzas creia poco diferentes de las suyas, volvió el rostro hácia él, y despues de haber mandado á dos corredores que le reconociesen, marchó en derechura á Demetrio, mandando á los trompetas que tocasen al arma.

Jamas habia llegado á los oidos del hijo de Antígono un sonido mas agradable. Él le hizo responder del mismo modo y al mismo tiempo por los suyos : y viendo á Leonato á la frente de su escuadron, se adelantó á todos, y enristrando su lanza, corrió derecho á él cubierto con el escudo, en que tenia grabado al dios del amor. Leonato le recibió con un valor igual al suyo, en cuyo encuentro volaron en piezas las lanzas por el aire. Acabaron su carrera sin

abandonar la silla, pero Leonato perdió los estribos, y bamboleó de tal manera, que estuvo á pique de caer. El tropel de los que se unieron á ellos impidió que no se acabase el combate, y mezclándose el uno y el otro en los escuadrones enemigos dieron las mayores pruebas de un valor estraordinario. En un instante se llenó la tierra de cuerpos muertos; y los unos y los otros combatieron con tanta obstinacion y corage, que estuvo la victoria mucho tiempo incierta: pero Demetrio, que en el primer encuentro de sus armas queria vencer ó morir, y sus valientes compañeros que pelcaban á su lado, animaron de tal suerte á su tropa con palabras y con ejemplos, que la de Leonato comenzó á desmayarse. Demetrio, que conoció su debilidad, prosiguió con tanto valor su empeño, que al fin hizo volver la espalda á los mas acalorados. Procuraba Leonato detenerlos con súplicas y amenazas; pero se habia apoderado tanto de ellos el temor, que fué imposible hacerles volver la cara. Cambises, Araspes, Tiridates, Ilioneo y Alejandro ayudaban tan vigorosamente á su Gefe, que los enemigos quedaron enteramente deshechos.

No pudiendo Leonato reunirlos, peleó como un hombre desesperado, y habiendo echado á tierra á Tiridates, embistió segunda vez á De-

metrio ; pero le fué muy contraria la fortuna en este último combate, pues habiendo recibido dos heridas, le arrancaron al fin los suyos de las manos de este joven guerrero, por quien ya se habia declarado la victoria. Leonato entonces fué conducido, aunque contra su voluntad, de los suyos, y el resto de la tropa huyó á la ciudad sin orden y sin resistencia. Prosiguian los vencedores con el mayor ardor la victoria, y ya estaban á la vista de las murallas de Babilonia, cuando salió un grueso de caballería de tres ó cuatro escuadrones. Demetrió se detuvo á esta vista, pero los suyos le aconsejaron se retirase ya que tenia el campo libre, mas como le hervia la sangre en las venas y en el corazon, no estuvo en disposicion de escuchar el consejo ; pues primero quiso morir, que volver la espalda á aquellos que huian de él.

En tanto, habiéndose asegurado las tropas de Leonato, comenzaron á hacerles cara para entretenerles ; pero el ardor juvenil hubiera sin duda conducido á Demetrio á un manifiesto peligro, si algunos de los suyos no hubieran visto venir por un lado del campo á la Reina Amazona, que con sus dos mil hombres se avanzaba con toda diligencia para tener su parte en la gloria de Demetrio. Viendo este joven guerrero que los suyos se animaban á vista de este so-

corro, ya no se pudo contener, y acabando de cargar contra los que de nuevo le hacian frente, con el fin de completar la victoria antes que arribase la Reina ; embistió ciegamente con los enemigos, á cuya frente estaba Casandro, y con él aquel valiente incógnito, que algunos dias antes habia hecho dejar la silla á tantos hombres valerosos en las orillas del Eufrates.

Reconoció Demetrio la formidable divisa de los buitres, y deseoso de buscar el honor adonde era mayor el peligro, tomó una lanza, y avistó su caballo hácia él: pero Casandro se opuso á su designio, y poniéndose delante, le obligó á emplear contra él las armas que habia dispuesto para el otro. La fortuna castigó su atrevimiento, pues no habiendo movido á Demetrio sino muy ligeramente, fué acometido con tanta fuerza, que cayó entre los pies de los caballos, de los cuales hubiera sido machacado, si la diligencia de los suyos no le hubiera sacado del peligro, poniéndole á caballo con bastante trabajo en fuerza de lo magullado que estaba con una caida tan terrible.

Entre tanto el fiero incógnito habia echado á tierra á Ilioneo y Tiridates, y mezclándose entre los otros llevaba el terror y la muerte por donde descargaba su espada. Demetrio con la suya en la mano le andaba buscando por las filas,

procurando sostener con su valor sus pocos soldados; pero eran inútiles sus esfuerzos, pues no era facil poder defenderse de un número de tan valientes enemigos, que era cuatro veces mayor que el suyo, si la Reina Amazona no hubiera llegado. Con este socorro se contuvo desde luego el orgullo de los enemigos, pues ya entonces eran iguales las fuerzas. Entre los que habian acompañado á Casandro estaba el joven Aristandro, hermano de Leonato, Cleofonte, hijo de Cenosio, Arsides, hijo de Nearco, Tigranes, hijo del valiente Erigio, Cleomedes, hermano de Egiloco, y otros muchos heroes famosos y de ilustre nacimiento.

La bella y valiente Talestris echó á tierra con dos golpes diferentes á Aristandro y Cleomedes, al primero con un golpe de lanza que le pasó la espalda, y al segundo con un tajo que le derribó la cabeza entre los pies de los caballos. Acompañó estos terribles golpes con otros muchos, con que se dió á conocer, y obligó á los mas atrevidos á volver las armas contra ella: pero la Reina se arrojó con tanta furia, que llegaron á creer los que la cercaban que era invulnerable. La noticia de este socorro, y la fama de su valor llegó bien presto á las orejas del incógnito, cuyo furor ejecutivo habia atacado ya por otro lado el de la Reina. Esta mu-

tura noticia animó á estas dos valientes personas al deseo de encontrarse; y abriéndose con la espada en la mano el camino, buscaron la ocasion de ponerse frente á frente.

Los dos hijos de Mazeo, que se habian señalado en este dia con mil bellas hazañas, y que cubiertos de sangre habian hecho prodigios, dignos verdaderamente de la memoria de su padre, se opusieron al paso del incógnito antes que pudiese encararse á la Reina; pero desafiándole á gritos Cambises, le descargó sobre el casco un golpe tan pesado, que le hizo bajar la cabeza hasta el arzon de la silla : pero apenas se rehizo que ayudando Araspes vigorosamente á su hermano le repitió el golpe en el mismo sitio con tanta fuerza, que encontrándole bastante movido, faltó poco para hacerle perder la silla. Gloriosos los dos hermanos con tan terribles golpes, ya se prometian un feliz suceso; pero no favoreció la fortuna sus esperanzas, pues la cólera del incógnito subió entonces á tal punto, que ni el hierro ni el acero eran capaces de resistir al ímpetu de sus golpes. El primero con quien tropezó fué el desgraciado Araspes, á quien dirigió la espada con tanta fuerza, que hallaba la coyuntura de la coraza, le pasó de parte á parte todo el cuerpo. El moribundo Araspes abrió los brazos, y llamando

á su hermano por su nombre se dejó caer entre el monton de muertos, de que estaba cubierta la campaña. ¿Qué haria el dolorido Cambises á vista de tan lastimoso espectáculo? La cólera y la piedad le penetraron igualmente: por una parte queria ayudar á su hermano moribundo que le pedia su socorro, por otra parte temia que se le escapase el matador, mientras estaba ocupado en este oficio. En esto estaba cuando le sacó de la duda y acabó sus irresoluciones la misma espada, que cortándole la cabeza le envió á acompañar el cuerpo de su hermano.

La Reina Amazona estaba muy cerca, y viendo tan lastimoso espectáculo quedó penetrada de dolor por la muerte de estos dos valientes hermanos, y del deseo de vengarlos. — ¡Ah cruel! dijo entonces, hablando con el incógnito, esta inhumanidad no quedará sin castigo, y volviéndose al mismo tiempo á él, le halló en disposicion de recibirla.

Los primeros golpes que se dieron hicieron conocer cual era el ánimo, y cuales eran las fuerzas de los dos; pues se redoblaron con tanta furia, que muchos guerreros de ambos partidos suspendieron las armas por mirar y esperar el fin de este combate. Entre tanto las tropas de uno y otro partido se habian disminuido

por mitad, y el joven Demetrio mientras el incógnito estaba por otra parte ocupado, encolerizaba tan animosamente á los suyos, y embestia á los enemigos con tanto valor y tan buena fortuna, que comenzaron á ceder alguna cosa el campo. Los de Babilonia no se descuidaban en hacer salir nuevos escuadrones : pero volviendo los ojos hácia la llanura, vieron venir de la parte de su campo otras tropas que enviaba Cratero para socorrer á los suyos ; y temiendo empeñarse insensiblemente en una batalla fuera de tiempo, mudaron de parecer, y mandando á Casandro que se retirase, se contentaron con mantenerse fuera de las puertas de la ciudad para favorecer la retirada.

Entre tanto en vano la Reina valiente y el incógnito habian solicitado ventajas con la espada ; pues hallándose en un parage, en donde no podian terminar con libertad la batalla, dejaron caer las espadas pendientes en las cadenas de los brazos, y asiéndose por el cuerpo, picaron al mismo tiempo á los caballos, y abrazados mutuamente cayeron de los arzones, y empezaron á rodar por el suelo. Las fuerzas del incógnito eran algo mayores que las de la Reina, por lo que era regular que esta no hubiera salido bien de la lucha ; pero como no estaban en parage de poder continuarla, y temian ser

atropellados por los caballos, se levantaron á un mismo tiempo, y echando mano á las espadas, iban á proseguir el combate á pie, cuando llegó Casandro, y reconociendo al incógnito embistió con el caballo á la Reina, que chocándola por las espaldas, la hizo caer á los pies de su enemigo. Todavía queria Casandro atropellarla; pero el incógnito, cogiéndole de la brida, le dió una sofrenada que le hizo retroceder, faltando poco para que no cayese al otro lado. Entonces cubriendo á la Reina con su escudo, le dijo así: — ¡Ah Casandro! ¿te quieres deshonrar hoy á tí mismo y al mejor de tus amigos?

Entre tanto se levantó la Reina tan furiosa, que si la hubiera esperado Casandro, sin duda alguna hubiera pagado la pena de su indiscrecion: pero recibió en aquel mismo instante la orden de la ciudad, y mandó tocar la retirada. Volviendo la Reina los ojos al incógnito, se vió separada de él por un tropel que no pudo atravesar; pero montando en un caballo sin amo, de que estaba el campo lleno, se inclinó hácia donde estaba el incógnito, y viendo que era dificil acercarse á él, le dijo de esta manera: — Yo me acordaré que eres muy generoso, pero tambien te acordarás que al primer encuentro tú debes acabar conmigo un combate en el

cual no ha habido otra ventaja que la vileza de tu amigo.

Era tanta la priesa con que marchaban, aun antes de haber acabado de hablar la Reina, que no pudo entender la respuesta del incógnito; y solo vió que alzó el brazo por su parte, y que lo mismo hizo Casandro por la suya. El socorro que venia del campo estaba ya muy cerca, con cuyo motivo precipitó Casandro la retirada. Querian la Reina y el joven Demetrio seguirlos hasta las puertas de la ciudad; pero los mas prudentes que se hallaban junto á ellos, los detuvieron: y mostrándoles las tropas que debian sostenerlos, y que se avanzaban poco á poco para recibirlos, les impidieron pasar adelante. El valiente incógnito iba muy despacio detras de la retaguardia, y siempre que volvia el rostro infundia terror á sus enemigos.

Ya estaba Demetrio inclinado á obedecer, y á tomar el consejo de los que le prohibian pasar adelante; cuando apartándose de las nuevas tropas que habian salido de la ciudad un caballero enemigo se encaminó á él con la espada levantada, y al tiempo de llegar á Demetrio; —Por mí, le dijo en alta voz, yo no quiero salvarme; —Y dichas estas palabras tiró ligeramente un golpe á Demetrio; pero no habiendo apenas señalado las armas, cayó sobre la cabe-

III. *Pág. 263*



za del caballo, haciéndole una pequeña herida: mas el golpe que recibió este desconocido de Demetrio fué muy diferente, pues metiéndose imprudentemente en la espada que este habia alargado para recibirle, se hizo en el cuerpo una herida muy profunda.

A este golpe dió un grito grande, y siendo á mas de esto de una complexion delicada, se dejó caer en la arena. — ¡Oh muerte, dijo él cuando caia, que dulce eres, y cuánto te he deseado!

Dijo estas palabras con una voz tan tierna, que al joven Demetrio le movieron á compasion, y haciendo desmontar á algunos de los suyos, mandó que le quitasen el yelmo, y se viese si estaba en disposicion de poderle dar algun socorro. Obedeciéronle los soldados, y al desarmarle la cabeza, apenas descubrieron el rostro, conocieron en la hermosura de sus cabellos y en la tez de su semblante que era una muger. Con esta noticia que le dieron, y con el conocimiento que tuvo Demetrio luego que se acercó, quedó enteramente maravillado. Apeóse del caballo, y corrió ligero á la bella herida, y con estraordinario sentimiento la dijo: — Cualquiera que seais; ¿por qué habeis sido tan cruel, que me habeis hecho teñir la espada en

la sangre del hermoso y amable sexo de quien soy esclavo?

Diciendo esto la miró con mas cuidado, y aunque aquel rostro comenzaba á perder el color con la mucha sangre que derramaba, halló sus facciones tan bellas y tan amables, que en un alma llena de amor como la suya, no fué sola la piedad la que le hizo compañía. Este joven Príncipe se afligió en estremo, se sentó á su lado, la aflojó la coraza, procurando cogerla la sangre, y haciendo con ella todos estos oficios con un rio de lágrimas y unos sollozos que manifestaban desde luego la afliccion de su corazon. — ¿Qué delito, decia él, ó grandes dioses, he cometido contra vosotros para merecer un castigo tan cruel? ¿Y por qué no habeis permitido que esta indigna espada atravesase primero mis entrañas que este bello y hermoso cuerpo?

Proferia estas palabras acompañadas de unas acciones como de un hombre desesperado, y esta muger, que las escuchaba y lo notaba todo, quedó tan sentida y compadecida como él, pues poniendo los ojos en el bello rostro de su enemigo, que vió bañado en lágrimas; — Cualquiera que tú seas, le respondió, ó piadoso vencedor, no me envidies la gloria que tengo de morir á tus manos; mis delitos no merecian

tan amable destino, pues soy indigna de las lágrimas que derramas por mí. Yo buscaba la muerte y la he hallado : y supuesto que tú eres demasiado compasivo para acelerarmela, aunque te lo suplique; déjala que venga sin oponerte á ella, ni al descanso que podria esperar durante mi vida.

Estas palabras pronunciadas con un tono triste y melancólico, pero mezcladas con un eco dulce y agradable, penetraron lo mas íntimo del corazon del afligido Demetrio. Este era de un natural muy escelente, por lo que inmediatamente ocupó esta piedad todas las partes de su alma, y la preparó aquella pasion dominante, á que tenia tan grande inclinacion. Iba á dar otras muestras de los nuevos efectos que comenzaba á producir en él, cuando la Reina Amazona, que estuvo presente á este espectáculo, y en quien habia obrado muy poderosamente la piedad, le aconsejó interrumpiese sus lágrimas, y mirase por la salud de esta muger herida : y habiendo mandado acercar al mismo tiempo á algunos soldados, la hizo levantar con mucho tiento, y poner en unas andas para poderla conducir al campo con menos incomodidad que á caballo.

Pareció que esta hermosa muger solo recibia este socorro por obligar á Demetrio, cuyo do-

lor la enternecia; pero al mismo tiempo daba tantas muestras de aborrecer la vida, que los que la acompañaban conocian que trabajaban en vano. Demetrio caminaba á pie sin apartarse de su lado, y aunque iba armado á escepcion de la cabeza, cuyo casco habia arrojado, y de la espada que la habia hecho mil pedazos, no fué posible hacerle montar á caballo, ni apartarse un paso de esta muger. En todo el camino no la permitió hablar para que no recibiera algun daño; pero siempre tuvo sus ojos, aunque bañados en lágrimas, clavados en su rostro, bebiendo con estas miradas el veneno que despues se apoderó insensiblemente de su corazon. No cuidó de hablar á Eumeno, que habia enviado el refuerzo, por el cual se retiraron los enemigos á la ciudad; pues luego que llegó al campo, apenas saludó el Príncipe Demetrio á su padre Antígono, y á muchos de sus amigos, que vinieron todos á darle el parabien por la gloria que se habia grangeado en aquel dia. Aunque este era mucho motivo para estar satisfecho de la felicidad de sus hazañas, no estaba capaz de gustar sus dulzuras á causa del dolor que le atormentaba: y sin escuchar á los que le hablaban, se fué derecho á su pabellon, y á las tiendas de su cargo, en donde haciendo poner en la cama en la mejor estancia á la bella

herida, llamó á los médicos, y les prometió unas recompensas muy escesivas si miraban por su salud, protestándoles, para que lo hiciesen con mas cuidado, que en la vida de esta pendia absolutamente la suya.



LIBRO CUARTO.

El combate que habian tenido la Reina Talestris y el joven Demetrio con Leonato y Casandro no habia sido tan ligero, que del partido de Roxana no hubiesen quedado muertos en el campo mil y quinientos ó mil y seiscientos hombres, y del de nuestros Príncipes mas de mil, quedando enteramente por estos el campo y la batalla; con cuyo glorioso principio pronosticaron buenos sucesos en la continuacion de la guerra. Con este fin quisieron dar gracias á los dioses de la Grecia y de la Persia con los sacrificios que les ofrecieron por todo el campo. Se vieron humear á un mismo tiempo cien altares, y sacrificar cien víctimas, cuyas entrañas

se observaron, y no hallaron en ellas los Sacrificadores motivo alguno de temor.

La bella guerrera recibió mil elogios de todos, y mil parabienes, particularmente de aquellos con quienes tenia mas familiaridad. Los que la habian visto aquel dia en la batalla, referian con gloria suya sus hazañas de tal manera, que apenas se podian creer, y cuando querian buscar alguna comparacion para mejor esplicarlas, no hallaban otra mas á propósito que la del rayo y la del relámpago. Oroondates, abrazándola armada como estaba, la dijo entonces:

—Perdonadme, Señora, si yo no puedo aborrecer á Orontes, puesto que su infidelidad nos ha traido tan poderoso socorro:

—Y yo no puedo, añadió Lisimaco, quejarme del sacrilegio que cometí empuñando la espada contra vos, pues mi delito nos ha traido inestimables ventajas.

La bella Reina respondió á estos cumplimientos con mucha gracia. Entonces los mismos Príncipes la desarmaron para ver las heridas que todavía arrojaban sangre, y la encontraron dos, aunque bastante leves, pues apenas la tuvieron en cama mas que dos ó tres dias. Oyendo, pues, el Príncipe Oroondates á la Reina la valentía del incógnito, le entró un ardiente deseo de probar sus fuerzas con él, y de vengar á

los dos valientes hijos de Mazeo, á los cuales por sí mismo, y por respetos á su padre, amaba mucho, y hacia de ellos una estimacion particular. Su muerte fué tan sentida y tan llorada en el campo, que se disminuyó infinito entre todos la alegría de la victoria. Si habian sido grandes las alabanzas que recibió la Reina, no fueron menos las aclamaciones y parabienes que dió todo el ejército á Demetrio; pues todo el mundo aplaudió unas hazañas tan grandes, ejecutadas en una tierna edad contra unos hombres aguerridos, en unos términos que le debian llenar de gozo, si hubiera estado capaz de él.

Hallábase el pobre Príncipe por entonces en tal estado, que nada gozaba de su victoria, y aunque su pabellon estaba lleno de Príncipes y Capitanes que habian venido á visitarle, habia olvidado su acostumbrada cortesía, y dejado al cuidado de su padre el recibir las visitas, por no desamparar el lado de aquella á quien habia herido, y de quien habia sido traspasado en una parte muy sensible. Cuando los médicos la registraban la herida, tenia los ojos clavados en sus semblantes para hacer juicio de lo que debia temer ó esperar; y cuando despues de haberla visitado, los vió suspensos, melancólicos, y que se miraban los unos á los otros;

— ¡ó, dioses! esclamó: ella es muerta, pues vuestros rostros nada me prometen de bueno.

Entonces, volviéndose á Felipe, que era el médico de su padre, le dijo: —¿y bien, Felipe, segun lo que observo, no hay vida ni salud para ella, ni para Demetrio?

— Señor, le respondió este, no podemos por ahora hacer juicio seguro: mañana despues de haberla levantado este primer apósito, hablaremos con mas certidumbre: dejadla descansar veinte y cuatro horas, si teneis tanto cuidado de su salud, y no entreis en este cuarto hasta que se haya pasado dicho tiempo.

Mas muerto que vivo el pobre Demetrio al oir estas razones se arrodilló al lado de la cama de la enferma, y tomándola una mano, que bañó con sus lágrimas, la dijo: — Señora, yo os protesto por todos los dioses que si vos morís, yo no puedo vivir mas, y que no podeis vengaros mas cruelmente de vuestro matador, que desdeñando vuestra curacion. Solo la vergüenza de haber herido mortalmente con mi mano á una muger de vuestra cualidad, es capaz de llevarme al sepulcro; mas puesto que á un dolor tan legítimo han añadido los dioses en castigo de mi delito el afecto que os tengo, sabed que vuestra vida es ahora la mia, y que no podré pagar con toda mi sangre la que he saca-

do de vuestro hermoso cuerpo; pues no habrá quien me vea sobrevivir al dolor que me atormenta de haber quitado del mundo la cosa que mas amo.

Proferia Demetrio estas apasionadas razones con tanta gracia, añadiendo su belleza tantas ventajas á sus discursos, que esta muger, por mas enemiga que se manifestaba de su vida, y por mas poseida que estaba de otra pasion, no pudo menos de quedar penetrada sensiblemente de su dolor; por lo que le respondió así: — Señor, vos me haceis recibir con pena una muerte, á la que estaba dispuesta con la mayor alegría; y os protesto tambien por los mismos dioses que habeis invocado, que vuestro disgusto agrava sensiblemente mi primera afliccion, y que si estuviera en mi mano, sufriria, por curaros de vuestro dolor, esta vida que mis desgracias y mis remordimientos me hacian huir. No os desconsoleis mas por mí, pues soy indigna de estas demostraciones de vuestra bondad, y permitid que yo muera sin mas tormento que el que me ha puesto en una justa desesperacion.

Demetrio queria responderla; pero los médicos le mandaron que se retirase, lo que ejecutó despues de haberla besado la mano con algunas acciones llenas de dolor y de afecto. Luego

que salió del aposento, dió orden para que se buscasen mugeres que la sirviesen, mandando que inmediatamente pasasen á la casa de Polemon, en donde se hallaron algunas, que desde luego se encargaron de hacer este servicio. Antígono, que conocia muy bien el natural de su hijo, y que segun la relacion que nos han dejado todos los que han hablado de su vida, le tenia un afecto muy tierno, y un amor cual no ha habido padre que le haya tenido igual; en lugar de reprehenderle y vituperarle los escesos que hacia, se afligia verdaderamente con él, y le daba los consuelos mas dulces que podia desear; y habiéndole convencido á que se dejase curar dos leves heridas que habia recibido, á instancias suyas le dejó para tomar algun descanso, y despidió á los amigos que venian de tropel á visitarle.

Luego que Demetrio se vió solo, y empezó á reflexionar sobre el estraño capricho de su fortuna, cayó en unos pensamientos tan violentos, que por poco no pierde los sentidos, y aun la vida. — Se han visto amantes, decia él, se han visto amantes que han perdido con la muerte lo que amaban; ¿pero quién ha visto amante alguno en un mismo dia empezar á amar, ver morir, y hacer morir con sus propias manos á la persona amada? esto solo ha sucedido á De-

metrio : solo Demetrio el primer dia que sacó la espada deshonró sus armas con la muerte de una muger : bastaba este deshonor á su vergüenza, sin añadir la sangrienta sobre carga de hacerle matar á una muger que debia amar, ó hacerle amar á una muger que habia muerto : mi delito ha precedido á mi amor, mi amor es la pena de mi delito, y mi amor y mi delito tendrán un destino igual. O, cielo, ¿ viste tú acaso una desgracia que se pueda igualar con la mia? ¿por qué no me la has presentado con un aspecto menos cruel y menos estraño? Si tú querias que yo amase á esta muger, ¿no la podia amar sin matarla? Y si querias que la quitase la vida, ¿no lo podia haber hecho sin amarla? Si alguno amó, no mató ; y si alguno mató, no amó; solo Demetrio mató y amó todo junto. El amor en cualquiera lugar y en toda persona comienza, y se declara con servicios, el mio solo se declara y comienza con la muerte, y esta misma muerte ha prevenido su declaracion y su principio. ¡Ah, Demetrio, qué crueles son las muestras de tu amor, y qué estraña revolucion ha sufrido tu condicion en tan poco tiempo! Esta mañana estabas exento del amor, é inocente de una muerte; esta noche eres reo de esta, y estás herido mortalmente de aquel. Solo resta, pues tu amor y tu delito son in-

separables, que lleves al fin uno y otro, y que en este corazon, donde tu amor está de asiento, dés los últimos golpes á aquella desgraciada imagen que ha grabado tu delito.

En estos inconsolables discursos pasó Demetrio toda la noche, y si los interrumpió algunas veces, solo fué para saltar de la cama, correr á la puerta del aposento de la herida, y preguntar á las que la servian como lo pasaba. Esta muger, á quien la relacion de estas inquietudes obligó á desear la vida, y á mirar por su salud, quedó tan sensiblemente penetrada, que hablando con las mismas que la habian dado estas noticias, respondió así : — decid á Demetrio que se sosiegue por mi amor ; y que si quiere que le perdone la muerte, que no doble sus tormentos á quien tiene sobrada materia para estar afligida.

Dichas estas palabras á Demetrio hicieron algun ligero efecto en su ánimo, pues conoció por lo menos que semejantes muestras de amor en una muger no podian ser indiferentes. Al instante que amaneció se quiso levantar de la cama para pasar al cuarto de la herida; pero no pudiendo los médicos estorbarlo en consideracion á sus heridas, le contuvieron al fin con la de la persona que amaba, forzándole á dilatar esta visita hasta la hora señalada en la que

se habia de levantar el apósito, y pronunciar la sentencia que esperaba con temores mortales.

Durante este molesto intervalo, la conversacion de su padre, la de Tolomeo y Lisimaco, y aun la del mismo Oroondates, que quiso esponer su salud por ir á visitarle, no fueron capaces de sosegarle ni un instante. Habian entendido los Príncipes de los médicos la poca esperanza que tenian en la salud de la joven herida, y aunque procuraban prepararle insensiblemente por lo que podia suceder, hallaron tan poca disposicion, que se vieron precisados á dejar la empresa. Llegada la hora deseada, mandó que le vistiesen, y pasando á la estancia en que estaba con todos sus amigos, se acercó con mucha pausa á la cama, y se arrodilló á la abertura de las cortinas sin poder articular una palabra.

La muger que le vió en este estado, y que no podia estar mas cierta de su amor, le dijo así:
—Demetrio, si mi vida fuera tan inocente como la vuestra, serian muy semejantes nuestras fortunas; y si me quereis amar despues de muerta, serán tambien nuestros destinos muy conformes.

— Yo os amaré despues de muerta, respondió Demetrio, si quedo capaz de sobreviviros;

pero seria indigno de la vida, si tenia un alma tan vil que se atreviese á conservarla.

Al oir estas palabras se estremeció su padre Antígono, y entre tanto se acercaron los cirujanos para empezar á trabajar en su oficio. Temblaba entonces el afligido Demetrio, y al ver los efectos tan funestos que habia producido su espada, esclamó, diciendo: — O, sacrílega mano, ¿por qué permitieron los dioses que antes de este fatal encuentro la espada de Casandro, ó la de Leonato no me quitasen la vida?

Al descubrir la herida Amintas y Felipe conocieron desde luego que era mortal; pero como ya estaban prevenidos de Antígono, no quisieron hacer la relecion delante de Demetrio, contentándose con decir, que todavía estaban dudosos del suceso, y que seria preciso esperar en los dioses y en la virtud de los remedios.

Viéndose en este estado la muger pidió permiso á los cirujanos para hablar un rato con Demetrio y con los demas que estaban presentes, y habiéndola respondido que lo podia hacer sin riesgo, con esta licencia conoció que desconfiaban de su vida; y si Demetrio no hubiera estado tan ciego, tambien podia haber entendido con todos los demas, que la concedian este permiso porque no se adelantaba nada con el silencio. Entonces hizo sentar á De-

metrio á su cabecera, y Oroondates, Antígono y los otros se sentaron al lado de la cama, y vuelta á Demetrio, dijo así.

HISTORIA DE HERMIONE.

Yo sé muy bien que debo morir; pero veo que todavía tengo fuerzas para poder vivir algunos dias, y poder hablar dos palabras. Esto me obliga, ó Demetrio, á haceros una relacion de mi vida, en la que podreis conocer la estimacion que hago de vos. Bien conozco que soy tan rea, que antes deberia callar que manifestar mis defectos: mas porque deseo que de esta noticia saqueis algun provecho, determino perjudicar mi nombre por servir á vuestros intereses. El primer beneficio será que, conociendo la culpa de esta desgraciada, á quien amais, podreis curar de una pasion de que me conozco indigna; el segundo será el saber que tengo de tal manera preocupada mi alma, que aun cuando los dioses hubieran alargado mi vida miserable, no me quedaria arbitrio alguno para corresponder al amor que me mostrais; y el tercero los infortunios que me hacen aborrecer la vida, y con los que conociendo vos con cuánta

razon la detesto, os consolareis conmigo aunque la pierda. A mas de estas consideraciones que miran á vos, ó Demetrio, tengo otras por mi interés capaces de obligarme á esta narracion delante de unos sugetos, que habiendo acaso conocido mi delito, han ignorado las escusas que puedo tener, y con esta sencilla confesion de mi vida tendrán noticia de uno y otro.

Aunque he recibido entre las armas esta favorable herida, que con una muerte sola me libra de muchas, yo no soy Amazona de nacimiento, ni de complexion mas guerrera, ni mas robusta que las demas mugeres : solo la desesperacion me puso la espada en la mano, y me hizo cubrir de una coraza, bajo la cual he recibido el golpe mortal. Los principios de mi vida fueron muy diferentes de esta última profesion, y si mis desgracias no me hubieran trasformado el rostro, acaso seria bien conocida de algunos de vosotros, pues para mi confusion y mi vergüenza he estado muchas veces en unos parages, en donde habeis pasado mucha parte de vuestra vida, y de donde, ó con el cuerpo, ó con el alma jamas me alejé desde esta fatal aficion de mi corazon, á quien debo la mayor parte de mis miserias.

El desgraciado Cradates, Príncipe de los Caspios, fué mi padre : bien sabeis la fama que

tuvo, y las hazañas que hizo en todas las batallas que Darío dió á Alejandro. Él era vasallo de Darío, y os puedo decir sin mentir que era muy estimado de su Rey, y de todos los Príncipes de la Corte: así sirvió á su Señor con una inviolable fidelidad hasta el fin de su vida, y solo en la muerte cedió á la fortuna de Alejandro. Digo mal, continuó esta muger despues de dos ó tres suspiros, cuando digo á la fortuna, debiendo decir que cedió al mérito de Alejandro. ¡Pero quién podria resistir á este vencedor de los hombres, á este señor de los cuerpos y de las almas, y á este árbitro soberano de nuestros destinos! ¡Ojalá, que hubieramos conocido menos aquel mérito fatal que me ha conducido por fuerza al colmo de las desgracias, y ya que el pobre Cradates habia de morir, hubiera muerto en la batalla de Arbeles, en donde dió tantas pruebas de su valor y de su amor al Rey, sin alargar sus dias para envolver á su miserable familia en las desgracias y trabajos que la han acompañado hasta el fin!

Despues de la muerte de Darío vino mi padre con toda su familia, y el resto de las tropas que habia mandado, á arrojarse á los pies del vencedor Alejandro. Este le recibió con mucha bondad, y con este acogimiento agradable suavizó en parte el sentimiento que habia tenido

con el fin lastimoso de su Señor; con lo que se dispuso á servirle con la misma fidelidad con que habia servido á su difunto Rey.

He comenzado por aquí mi historia sin haceros mencion de los años primeros de mi vida, en los cuales no hay cosa digna de consideracion; puesto caso que en el estado en que me hallo, estoy precisada á acelerar la relacion, antes que me falten las fuerzas para contaros los sucesos mas sobresalientes de mi vida, sin enredarme en los que son de menos importancia. Yo habia vivido hasta estos años en aquella provincia que gobernó mi padre con bastante tranquilidad; pero en la mudanza de nuestra fortuna yo tuve otra particular, pues por una fatal vista perdí aquel reposo que en medio de las turbaciones de la patria habia siempre conservado. Yo, Señores, os voy á confesar una cosa que antes creo os moverá á burla que á compasion; pero si mi locura os obliga á hacerme algun escarnio, entonces tambien sus tristes efectos os moverán á piedad, y os harán atribuir la demencia y la desgracia á la violencia de mi destino.

Os diré, pues, que la fama de Alejandro, que habia llegado hasta los últimos términos de nuestra provincia, habia empezado á causar alguna inquietud en mi espíritu, pues habiendo

nacido con un corazon grande, y pasado con fama de estremadamente hermosa, y de cierta cualidad, de que muchos se complacian; me habia formado unos altos pensamientos, pero tanto mas ciegos, cuanto parecian mas elevados. Las lisonjas de los que se llamaban mis adoradores me habian ensoberbecido tanto, que los despreciaba á todos, por aplicar toda mi estimacion á Alejandro, cuya persona, aunque no la conocia, tenia por la provincia estendida su fama. Yo oia contar con admiracion sus ilustres hazañas, la grandeza de su espíritu, el ardor con que entraba en las batallas, la moderacion con que se portaba en las victorias, la disposicion de su bella persona, la juventud y la mucha gracia que acompañaba á todas sus acciones; todo esto era materia que me ganaba insensiblemente el corazon, de manera que me hacia enemiga de mi patria, haciendo votos por él, en vez de hacerlos por la ruina de este amable enemigo, que ya triunfaba de mi corazon primero que de nuestros estados.

Este afecto se estableció en mi alma con bastante inquietud, y comenzó á mover unos deseos que, aunque inocentes, turbaban en estremo mi reposo. Yo no podia contenerme sin tomar el partido de este grande Rey delante de los que deseaban su pérdida, y de alabarle aun

en medio de sus mortales enemigos. Acuérdome que alguna vez me respondieron los que tenian alguna autoridad sobre mí; pero tan lejos estuvieron de ganar alguna cosa con violentar mi genio, que le enardecieron mucho mas.

En esta disposicion estaba mi alma, cuando me llamó mi padre, y nos comunicó á toda la familia el deseo que tenia de echarse á los pies del vencedor: entonces yo fuí la primera que cubriendo bajo un pretesto laudable el ardiente deseo que tenia de ver á este Príncipe, le abracé por las rodillas, y le dije todo aquello que mi pasion me pudo sugerir para confirmarle en su resolucion. Si los principios de mi locura fueron tan violentos, ya podeis considerar cuales serian los progresos con la vista de Alejandro. Yo le ví mas bello y mas amable de lo que me le habian pintado, y aun me pareció que la fama le habia hecho agravio, diciendo de él mucho menos de lo que era en realidad. ¡Oh dioses, con qué magestad recibió nuestras humillaciones, y con qué gracia nos levantó del suelo cuando nos postramos á sus pies!

Yo no sé si mi alma preocupada ya con su primera opinion recibió esta impresion en fuerza de las poderosas disposiciones que tenia, ó si

este fué un efecto del mérito de este grande héroe, ó un decreto de mi destino; pero cualquiera que fuese la causa, este momento fué el ultimo de mi libertad, y de adoradora que era de las bellas prendas de Alejandro, vine á parar en esclava verdadera de Alejandro. Las grandes ocupaciones que tenia este hombre no le dieron lugar á hablar mas largamente con nosotros; pero no fué tan corto, que no le oyese hablar bastante rato con mi padre, y que no sobrase tiempo para tragar el veneno que me ocupó insensiblemente el corazon, en el que no quedó ninguna parte sana.

Luego que nos retiramos de su presencia, aquella imagen estuvo siempre fija y presente en mi memoria, y cuando con la mano de la razon queria hacer algun esfuerzo para despedirla, se establecia con mas imperio, y me atormentaba con mas violencia y tiranía. — Loca Hermione, decia yo (pues este es el nombre de esta desgraciada que os habla): — loca y miserable Hermione, ¿qué cegüedad es la tuya para que te precipites con tan poca razon y menos conocimiento á una pasion tan desarreglada? ¿Qué debilidad es la tuya, en rendirte tan fácilmente, y sin resistencia alguna á un enemigo, de quien no puedes esperar ninguna gracia? Tú amas sin esperanza de consuelo, ni

de poder descubrir tu pasion: tú amas, hija simple de Cradates, tú amas á Alejandro, Señor de los Reyes, vencedor de todos los hombres, y terror del mundo; aquel de quien las Princesas mas grandes de la tierra son esclavas, y que no se dignaria poner el menor de sus pensamientos en las mas grandes y mas bellas Princesas del mundo: y confias acaso en considerar que Alejandro es hombre, que es joven, y que no es insensible: que tú has nacido de sangre ilustre, y que tu espejo y tus aduladores te dicen que eres hermosa. ¡Ah! si Alejandro es hombre, si es joven, tambien es guerrero, y está atento á sus conquistas, y si no es insensible, otra le llevará su atencion y no tú; pero tú serás mas loca de lo que eres, si engañada del espejo y de tus lisonjeros te persuades que tu hermosura es mayor que la de las Princesas de la Persia.

Con estas razones procuraba disuadirme de esta pasion; y aunque fácilmente conocia mi ceguedad, pero no tenia valor para retirarme. Yo juzgaba con aquella sencillez que lo puede hacer una persona desinteresada, que no debia esperar de la desigualdad de este amor cosa alguna; pero este juicio era corta medicina para curar tan fuerte enfermedad; por lo que me vi precisada á amar sin esperanza, y á no poder

dejar de amar, porque mi razon no tenia bastante poder en mi alma para impedirlo.

A la segunda vista de Alejandro se aumentó otro tanto mi pasion, y por la indulgencia que tuve con ella, se hizo tan fuerte, que al fin acabó de volverme loca. Seguimos algunos dias el ejército; pero queriendo el Rey ligar con beneficios á mi padre, y manifestarle la confianza que queria hacer de su persona, le envió á la ciudad de Maracanda, de la cual y de la provincia vecina le encargó el gobierno, con un poder igual al que tenian los Sátrapas en tiempo de Darío. Mi padre recibió esta gracia del Rey con mucha sumision, y con mayor deseo de sacrificarse por su servicio; pero yo la recibí como una sentencia mortal, pues me apartaba de mi amable vencedor; y luego que Cradates, despues de haber recibido sus órdenes, dispuso su marcha, por poco no muero de dolor.

Fué preciso, pues, obedecer sin contradiccion, y sin dar algun indicio á mi padre de un mal, que en lugar de moverle á compasion, le habria dado motivo de aversion y de menosprecio. Marché al fin en su compañía á la ciudad, que obedeció al Rey sin resistencia, y yo la miré como lugar de mi prision, ó como sitio de mi destierro. ¡Oh, cuantos dias pasé mas som-

bríos para mí que las noches mas oscuras, y que se debian borrar del número de los de mi vida, si todos los que siguieron despues no hubieran sido igualmente, ó acaso mas desgraciados! Unas veces se me presentaba á mi fantasía esta lisonjera idea con unos halagos contra los cuales tenia poquísimas fuerzas mi razon: otras me figuraba á Alejandro á la frente de sus tropas montado en su Bucéfalo, con la espada en la mano, la cabeza coronada de plumages, armado de un luciente acero, á escepcion de algunas partes en que el polvo y la sangre enemiga ofuscaban su resplandor: ya me le figuraba en lo alto de una escala, asiéndose á una almena, y arrojándose á la muralla de la ciudad, en la que infundia el horror y la ruina á todos los enemigos: ya me le ponia delante de los ojos, pasando á nado con su caballo un rio impetuoso con dos dardos en la mano derecha, y alzando la vista terrible hácia la ribera escabrosa y cubierta de un millon de enemigos que le esperaban en batalla; y en cualquiera de estas formas que se me presentase hallaba siempre un hombre lleno de halagos y dulzuras.

Pero cayendo de repente desde estos pensamientos á otros melancólicos y tristes. — Ah, decia yo suspirando: Alejandro es mas grande, y resplandece mas de lo que tú te figuras, y

por esta razon no es para tí, pues cuanto es mas alto, y está mas elevado de los hombres, te queda menos esperanza, y menos ocasion de consuelo. Jamas acababa de pronunciar estas palabras sin lágrimas, y cuando oia contar los progresos que hacia diariamente, de los cuales recibia mi padre muy á menudo las noticias, y los peligros á que continuamente se esponia, temblaba, y me estremecia con esta relacion, haciendo solemnes votos á los dioses para que librasen á mi amable vencedor de todos los dardos y espadas que le podian ofender. Oculté mucho tiempo dentro de mí misma estas terribles inquietudes, aunque cualquiera las pudiera haber conocido en mi rostro, y en la falta de mi salud; mas al fin las descubrí á la anciana Teane, mi nodriza, pues solo en ella podia tener alguna confianza. Desde luego esta buena muger vituperó mi locura, y no se descuidó en hacer cuanto pudo para curármela: mas cuando conoció que trabajaba en vano, y que cuanto eran mayores las reconvenciones, tanto mas se agravaba la enfermedad, resolvió seguir mi genio, y buscar algunos medios con que poder consolarme.

De esta manera viví hasta que llegó Espítamenes á Maracanda. Espítamenes, (prosiguió Hermione, arrojando un suspiro) es conocido

de vosotros; y todos los que han pasado su vida al lado de Alejandro y han vivido con Darío, le pueden haber visto muchas veces en una y otra Corte. Bien sabeis que habia sido amigo del infiel Beso, y que despues del detestable parricidio de su Rey, en que tambien puso su mano, habia seguido su fortuna en la Bactriana: mas cuando Alejandro llegó á este pais, y se hizo señor de él con las armas, Espítamenes, malvado amigo de este desleal, vendió al traidor por congraciarse con Alejandro; y por hacer las paces con él, despues de haber amotinado las tropas, acompañado de Catenes y de otros, prendió á Beso, y le llevó atado de pies y manos á Alejandro.

Agradeció el vencedor esta traicion, que la continuó algun tiempo despues; pero fastidiado del reposo que tenia al lado del Rey, y abusando de los favores que le habia hecho, sembró nuevas sediciones en el campo, y haciendo sublevar á los Daheses, y siete mil caballos Bactrianos, partió con ellos, tomando el camino de Maracanda, para obligar á mi padre á seguir su ejemplo, y á que se levantase contra su bienhechor y su Rey. Perdona, Espítamenes, si renuevo la memoria de tus perfidias, y cree que no es por ultrajarte, si te acuso, ni tampoco por justificarme, sino para hacer saber la ver-

dad á unas personas que no ignoran una parte de tu vida, como yo misma.

Arribado Espítamenes á Maracanda, y dádose á conocer en las puertas, fué recibido de mi padre, su antiguo amigo, con toda suerte de obsequio: y callando la rebelion que traia meditada, le hizo creer que por orden y servicio de Alejandro venia con aquellas tropas para cierta espedicion á que se le enviaba. Mi padre le recibió en la ciudad, y le hospedó en su propia casa con tanta cortesía, que le trató como hermano, y como hombre en quien habia puesto toda su confianza; pero él fué muy imprudente, pues alojó una parte del ejército dentro de la ciudad, y la otra en los lugares muy cercanos, adonde pudieron estar con la comodidad posible. El astuto Espítamenes habia puesto las cosas en buen orden, para que mi padre no entendiese la verdad, y rondas á caballo en los caminos para detener á todos aquellos que podian venir por orden del Rey, ó de cualquiera otra manera, á dar la noticia de su rebelion; y de esta manera se ocultó la verdad á mi padre, que jamas le manifestó la mas mínima desconfianza.

Entre tanto Espítamenes al segundo dia se enamoró de mí, ó lo fingió á lo menos para encaminar sus designios, y fiándose en la

amistad que tenia con mi padre, y en el concepto que habia formado este de la estimacion en que le tenia Alejandro, pues le daba mando en su ejército, descubrió á mi padre su deseo, y me pidió por esposa. El engañado Cradates dió oidos á esta proposicion, y creyendo en efecto, que Espítamenes estaba en una alta fortuna, y en un crédito grande con el Rey, supuso desde luego que no podia esperar partido mas ventajoso para mí : y sin otro consejo que el suyo, ni informarse de mi voluntad, le dió palabra de que seria su esposa.

Ya desde entonces comenzó Espítamenes á mirarme con mucha dulzura, y á descubrirme su amor. Mas, ¡ah! yo no estaba en disposicion de escucharle, y por esta razon recibí con la mayor indiferencia su propuesta. Aquella misma noche me declaró mi padre su intencion, mandándome que me resolviese á tomarle por marido. Saben los dioses como recibí yo esta declaracion y este mandamiento; cuantas lágrimas derramé á los pies de mi padre, y qué palabras le dije para apartarle de esta determinacion ; pero el pobre hombre, que se creia obligado á cumplir su palabra, y que con esta union se figuraba mil imaginarias ventajas, se mostró inexorable á mis ruegos, y ofendiéndose de la resistencia que hacia á su gusto, rei-

teró sus preceptos con unas amenazas llenas de severidad.

Pasé, pues, toda la noche entre dolores acerbísimos, y mil veces llamé á Alejandro, para que me defendiese de la violencia que me hacian, Teane no me podia dar algun consuelo, antes me aconsejaba, que respecto de que por lo regular no podia esperar la posesion de lo que amaba, recibiese á Espítamenes, y obedeciese á mi padre. Yo no tenia madre á quien comunicar mis trabajos, pues habiendo muerto algunos años antes, me dejaron al cuidado de dos hermanos mozos, los cuales condenaron mi resistencia, y me pusieron delante de los ojos lo que debia á mi padre. Ellos ignoraban los afectos de mi alma, y creyendo con Cradates que hallaba en Espítamenes la mas alta fortuna, no pudieron aprobar la dificultad que yo tenia en seguir su gusto.

Yo hasta entonces no habia tenido conocimiento del delito, y con esta inocencia llegué á creer, que sin hacerme rea, no podia desobedecer á mi padre, pues á mas del respeto filial me tuvo siempre tanto afecto, que de todas maneras me tenia obligada. Cualquiera, pues, que fuese la pena que yo tenia en haber de retirar mis pensamientos del objeto amado, y por muy ofendida que me hallase de este tirano pro-

ceder que me destinaba tal marido; me reconocia muy flaca para resistir á los que tenian un imperio absoluto sobre mí, con lo que quedé abandonada de todo socorro, y no estaba tan loca que no conociese el ningun suceso que debia esperar del amor que tenia á Alejandro. Con este conocimiento, despues de haber llorado, y de haberme atormentado infinito, resolví sufrir el yugo que me querian imponer, y rebatir con las armas de la necesidad mi primer afecto para introducir en mi alma el que la nueva obligacion debia establecer. ¿Pero por qué os detengo tanto en este molesto paso de mi vida? Cradates al fin me vió obediente, y Espítamenes sacó de mí, aunque con la mayor violencia, mi consentimiento, con lo que mi padre, que me amaba sobre manera, y que no violentaba mi gusto, sino en cuanto creia que este matrimonio me era muy ventajoso, se mostró infinitamente satisfecho.

Celebráronse las bodas con la mayor pompa y magnificencia; pero Lucina, diosa de los matrimonios, no presidió á las nuestras: las furias solas concurrieron á esta fatal union, y al rededor del lecho nupcial, adonde me condujeron como una víctima, y en donde solo se oyeron buhos, cornejas, y otros pájaros de mal agüero. En los primeros dias de nuestro matrimo-

nio procuró Espítamenes, á lo menos al parecer, manifestarme su amor con mil demostraciones cariñosas, para que aprobase por inclinacion lo que me habian hecho ejecutar por obediencia, ó por fuerza ; y aunque por entonces tenia bastante repugnancia, al fin me hubiera ganado el corazon, y me hubiera hecho despedir de mi alma aquella pasion enemiga de mi quietud y de mi deber, si con delitos horribles, en lugar de la indiferencia que yo tenia, no hubiera introducido en mi corazon un odio sangriento que ha producido despues efectos funestísimos. Ya veo que no hago mas que traeros á la memoria lo mismo que sabeis ; y porque lo considero así ; lo pasaré por alto.

Cradates vivia con Espítamenes como si fuera su hijo, le confiaba los pensamientos mas secretos, y descargaba en él el gobierno de la ciudad, y los mas importantes negocios ; no imaginando jamas una traicion tan grande en un ánimo noble, ni considerándole capaz de tanta disimulacion y perfidia. Apenas habian pasado ocho dias despues de nuestras bodas, que Espítamenes halló modo de introducir en la ciudad la mayor parte de sus tropas ; habiéndose hecho mas fuerte que la guarnicion de la plaza, despues de haber dado las órdenes que se habian de ejecutar, pasó acompañado de muchos

al cuarto de mi Padre (el dia antecedente le habia hablado y comunicado el pensamiento que tenia de marchar á poner en ejecucion el mandamiento de Alejandro, que habia retardado á causa de su matrimonio, y mi padre que consideraba angustiado el pais con el alojamiento del ejército, convino muy gustoso en su marcha, esperando que volveria presto).

Viéndole, pues, entrar en su aposento, creyó que venia á despedirse; pero Espítamenes le desengañó muy presto, pues habiéndole pedido audiencia, le dijo así : — hasta aquí, ó Crates, os he disimulado mi intencion, porque no era tiempo de declararla; pero ahora es preciso que os abra mi corazon, y que mi ejemplo os obligue á hacer lo que debeis, ya que nuestra antigua amistad, y la alianza que hemos hecho me abren la puerta, para deciros lo que acaso no comunicaria con otros. Sabed, pues, que yo soy enemigo de Alejandro, que las tropas que me siguen estan armadas contra él, y que si teneis algun amor á vuestro pais, y alguna atencion á vuestro yerno, os debeis armar á favor del primero, y seguir la fortuna del secundo.

Yo me hallaba presente á este discurso de Espítamenes, y ví á mi padre, que no pudiendo sufrir pasase adelante, le dijo : — ¿cómo es

esto, Espítamenes? ¿Con que me habeis vendido? ¿Y con esta traicion y esta intencion tan dañada me habeis pedido mi hija?

— Yo os he pedido vuestra hija, respondió Espítamenes, porque la amaba, y por la misma razon de que os amo, os suplico abraceis mi partido, y no hagais enemigos vuestros á aquellos que os atienden, y que tienen mas fuerzas que vos en Maracanda.

Al decir esto acabó de conocer mi pobre padre la traicion, y en lugar de responder á la proposicion de Espítamenes; — ah, traidor, esclamó : los dioses justos castigarán tu perfidia ; y si es preciso que yo caiga, me verán morir como un hombre que hasta el último suspiro guardó fidelidad á su Señor; — y diciendo esto echó mano á la espada; pero habiendo el cruel Espítamenes tirado antes de la suya, le pasó el cuerpo, y le hizo caer muerto á mis pies, revolcándose en un rio de sangre.

Corrieron mis dos hermanos á vengar á mi padre, pero fueron muertos al instante por los que acompañaban al traidor ; y dada la señal al mismo tiempo en la plaza, comenzaron á pasar á cuchillo á toda la guarnicion.

Juzgad, Señores, como quedaria yo entonces, viendo morir á mi padre entre mis brazos, y mezclarse la sangre de dos hermanos con la

suya, y yo inundada en medio de ella. Pero no duró mucho delante de mis ojos, este horrendo espectáculo; pues apenas tuve fuerzas para dar un grito, cuando caí medio muerta entre unos cuerpos tan amados. Yo no sé lo que pasó despues en el cuarto en donde se habia ejecutado tan bárbara crueldad; solo sé que volviendo de mi desmayo, me hallé en una cama rodeada de mugeres para mi custodia. Luego que abrí los ojos me acordé al instante de la inhumanidad que habia visto, y podeis creer con verdad que con una memoria tan dura no perdoné, ni á la voz, ni á los cabellos, ni al rostro, y que mostré en todas mis acciones, que en el estado en que me hallaba, ya no amaba la vida. Yo habia visto morir á mis ojos los mas cercanos, y los mas amados que tenia; y los habia visto morir á manos de aquel que á pesar de esta perfidia y de esta crueldad era mi marido. A mas de los intereses de la sangre, y la consideracion de la amistad, el estado en que me hallaba por la horrible revolucion de mi fortuna era el mas deplorable, pues habia perdido todo el apoyo, y toda la proteccion que debia tener en personas tan amadas, y habia quedado miserablemente espuesta y abandonada á la merced de un monstruo de quien debia esperar igual fortuna.

No hice entonces todas las reflexiones como incapaz en aquella tribulacion de otra cosa que de una superficial consideracion, y aplicada solamente á los objetos recientes y á las crueles y sangrientas ideas que todavía tenia delante de mis ojos, me dejé llevar de mi dolor y de mi aturdimiento. Así siempre que llamaba á mi pobre padre y á mis pobres hermanos detestaba al verdugo, y no creo derramé tantas lágrimas por ellos cuantas imprecaciones vomité contra él. Yo besaba la sangre que tenia todavía en mis vestidos, y rasgaba mi rostro con horribles demostraciones.

Temeria, Señores, molestaros, y acaso no tendria bastante vida para acabar mi historia, si os hubiera de contar las palabras que mi desesperacion me hizo proferir: basta que sepais que pasé este dia y toda la noche siguiente como una persona loca y encolerizada, y que si no me lo hubieran impedido las mugeres que me guardaban, infaliblemente me hubiera quitado la vida. Mas de treinta horas estuve sin tomar alimento alguno, hasta que mi ama Teane, derramando lágrimas, despidiendo suspiros, y abrazándome por las rodillas me movió á piedad, cuando yo estaba en la necesidad de que todo el mundo la tuviese de mí.

Este segundo dia le pasé como el primero, y

al siguiente el desvergonzado Espítamenes se presentó delante de mí. ¡O dioses! ¡con qué violencia se me exaltó la cólera á vista de este cruel! Sentí que se me doblaron las fuerzas, y arrojándome de la cama, tiréme á él para destrozarle entre mis brazos: y sin duda segun la furia con que iba, yo hubiera perecido entre los suyos, ó le hubiera puesto en peligro, pero con bastante dificultad me detuvieron las mugeres, y me volvieron á la cama. No se alteró por esto el cruel Espítamenes, y sentándose algo apartado de mí, escuchó largamente los improperios que le decia, y las maldiciones que contra él vomitaba; y despues de haberle dicho cuanto me suministró mi furor, al fin le añadí; — Acaba tu delito, ó verdugo cruel, teñido de una sangre ilustre, de una sangre por la cual debias haber derramado la tuya, haz que la infeliz Hermione siga el camino del padre y el de los hermanos, traspasa este corazon enemigo de esa mano parricida, que pocos dias há me alargaste en señal de tu amor, y que diste al buen Cradates en muestra de tu fidelidad, puesto que esta es la recompensa con que has pagado los beneficios que te ha hecho, y estos son los bellos caracteres que has grabado en la memoria de los hombres. No te detenga, pues, el parentesco que habias hecho con él, para acabar con

el resto que te falta, ni menos alimentes para tu ruina una serpiente que te devorará, si tú no la estingues y ahogas. Sabe que tu vida no estará segura mientras Hermione viva, pues esta solo conserva la suya para asaltar la tuya con los modos mas crueles.

Fingió el desleal Espítamenes estar arrepentido y pesaroso, y habiéndome mirado sin responder un largo rato, al fin me dijo: — Hermione, tan afligido estoy como tú de la pérdida que has tenido; mas para conservar mi vida y mi fortuna me debia asegurar de Maracanda; y aunque ya tenia noticia de que tu padre me habia vendido, y habia prometido ponerme en las manos de Alejandro, te juro que por solo tu respeto le hubiera perdonado, y que no hubiera tirado de la espada contra él, si primero no la hubiera sacado con intencion de matarme, puesto que no podia entregarme vivo en poder de mi enemigo inexorable: en cuanto á tus hermanos yo no he contribuido á su muerte, pues ellos se metieron entre las armas de los que me habian acompañado. Como quiera que sea, ó Hermione, si Cradates era tu padre, Espítamenes es tu marido, y te debes considerar mas estrechamente unida conmigo, que jamas lo has estado con él: desde hoy en adelante nuestra fortuna y nuestros intereses son inseparables, y tú

te debes declarar enemiga de todos los que lo sean de tu esposo.

Así me habló el infiel Espítamenes, y para justificarse en algun modo, procuró denigrar la memoria de mi padre con una horrible calumnia; yo conocia muy bien su inocencia, y no pudiendo sufrir una impostura tan cruel, le respondí: — Ah, traidor, y mil veces traidor Espítamenes, traidor á Darío, traidor á Beso, traidor á Alejandro, y aun mas traidor al desgraciado Cradates, y á su deplorable familia, perdona, á lo menos, al honor de aquellos que tan inhumanamente has degollado, y conténtate con haberles quitado la vida, sin manchar su fama hasta en el sepulcro. Jamas ha venido nuestra sangre de línea de traidores, y si ahora tiene alguna tacha, es desde que se ha mezclado con ella la del infiel Espítamenes; pero primero me sepulten viva los dioses con el resto de nuestra pobre familia, antes que Hermione te reconozca por marido: tú sí que la debes mirar como una furia vengadora y acechadora de una vida que con una resolucion irrevocable te la quitará en medio de mil guardias, ó la perderá ella misma al rigor de esas abominables manos teñidas todavía de la sangre de aquellos con quienes tan indignamente has emparentado.

Todavía le dije otras muchas cosas con la misma vehemencia; pero él cansado de oirme, se salió del aposento, diciéndome que el amor que me tenia le hacia disimular mis escesos, pero que el tiempo me pondria en razon y me consolaria. Así pasé algunos dias, no disponiendo de mi vida, sino por los incesantes ruegos de muchas personas que me amaban, y que se compadecian de mis infortunios. Ya Espítamenes era pacífico señor de Maracanda, en donde habia alojado la mayor parte de su ejército, y Alejandro, á causa de sus muchas ocupaciones, le habia dejado por entonces con alguna quietud; pero jamas fué señor de mi corazon, pues por mas que hizo para que depusiera mis furores, ni menos pudo disminuirlos, porque habia concebido un aborrecimiento tan violento contra él, que no le podia mirar sino como un verdugo, no solo de Cradates mi padre, y de mis hermanos, sino mio. Siempre me parecia que le veia teñido con aquella sangre que yo habia amado tanto, y formaba incesantemente unas ideas horribles y espantosas que velando y durmiendo se venian eternamente á mi memoria: en fin, todo cuanto la cólera y el furor pueden producir en un alma preocupada de la mayor aversion, se imprimió profundamente en la mia, haciendo entonces la firme resolu-

cion de no vivir sino para vengar las ofensas de los mios, y sacrificar á los manes de mi padre y de mis hermanos aquel bárbaro, que tan inhumanamente les habia quitado la vida delante de mis ojos.

Visitábame todos los dias, y yo le recibia siempre como un dragon que venia dispuesto á devorarme, y si me forzaba á que le hablase, no acertaba á responder sino con unos improperios, que ninguno sino un alma infame como la suya hubiera podido sufrir. Yo entonces ya estaba prisionera, aunque con apariencias de libre, y si no hubiera notado el cuidado con que me guardaban, hubiera procurado salir de Maracanda para librarme de las manos de este cruel. Saben los dioses, y los pongo por testigos, que aunque me desposé con Espítamenes sin amor, efectuado el matrimonio, hice cuanto pude para desterrar de mi alma el que tenia á Alejandro, y que hice cuanto debe hacer una muger honesta por conservarse entera para este desleal; y aunque no podia esperar con facilidad el suceso, pero á lo menos habia tomado una firme resolucion de morir primero, que sufrir al mas mínimo pensamiento de ofenderle.

Yo habia conservado este deseo, mientras Espítamenes se abstuvo de ser verdugo de los

mios, pero desde que borró con la sangre los caracteres de este enlace, me creí desobligada de todo lo que debia; y cuando mis pérdidas no se presentaban con tanta viveza, y el tiempo me concedió distraerme un poco de este pensamiento, al instante volvió á mí la imagen de Alejandro; pero volvió de manera que desde luego me hizo ver la diferencia que habia de él á Espítamenes. No me opuse á esta venida, antes sí procuré arrojar de mi alma todos aquellos pensamientos que podia haber tenido por un monstruo, para colocar en su lugar estos mas nobles y mas gloriosos. — ¡Oh dioses, me decia yo á mí misma, qué hermosa es la virtud en comparacion del vicio, y qué amable es Alejandro respecto de Espítamenes! apartaos de mí indignas memorias del mas indigno de los hombres, y volved á mí, ó queridas ideas de mi bello vencedor y Señor: bien podemos sujetarnos á este sin bajeza, pues toda la tierra se sujeta á él con nosotros, y encendernos en su amor tanto como nos hemos encendido en odio contra el desleal Espítamenes.

Mucho mas que todo esto dije yo á la vuelta de esta pasion, que la obligacion habia intentado estinguir, y el resentimiento habia duplicado. Entre tanto Espítamenes procuraba reconciliarse conmigo, haciéndome decir que pusiese

en olvido todas las cosas pasadas, y le diese como antes el lugar correspondiente en mi afecto y en mi cama, pero no lo pudo lograr, y un dia que me estrechó estraordinariamente: — Deja, le dije: deja, Espítamenes, de desear lo que me pides, y cree que si te recibo en mi cama, será solo para quitarte la vida cuando estés en lo mas profundo del sueño.

Picóse Espítamenes al oir esta amenaza, y mudando de color, me respondió: — Esta cruel obstinacion mereceria otro modo muy diferente del que recibís de mí, pues hallareis pocos hombres en el mundo que no aseguren su vida con la pérdida de la de una enemiga tan peligrosa.

— ¿Y por qué no la aseguras, le dije, ya que no te queda mas que esta?

— Quiero probar primero, respondió, si la razon y el conocimiento de mi amor os pueden reducir á vuestro deber, y jamas llegaré con vos á tal estremo que no se hayan apagado mis esperanzas, y que no tenga purgada la conciencia de todas las reconvenciones que me podais hacer; pero acordaos, Hermione, que no debeis llevar á estos últimos estremos á un marido que os ama demasiado, y que puede pasar de un estremo á otro en fuerza de una ingratitud como la vuestra.

Bien sabia este cruel que no me faltaba materia para responder á sus discursos; pero no quiso esperarse, y saliéndose del aposento me dejó en libertad para que rumiase sus amenazas; pero ni estas, ni sus adulaciones pudieron moverme, ni fueron capaces de hacerme mudar la resolucion que habia tomado.

Mientras vivia con él como un Ulises en la cueva del Ciclope, supo que Alejandro enviaba un ejército contra él, y que estaba dispuesto á venir él mismo en persona para castigar su perfidia, y hacerle servir de ejemplar á cuantos se atreviesen á abusar como él de su misericordia. Esta nueva produjo en nosotros efectos muy diferentes, pues á Espítamenes, aunque verdaderamente era valiente, y buen soldado, le dió temor, y á mí alguna luz de esperanza y de contento. Yo esperaba que Alejandro me vengaria y me pondria en libertad, y que de unas manos detestables pasaria á otras mas amadas, pues en esta revolucion de mi fortuna podria, huyendo de la vista de Espítamenes, gozar de la de Alejandro. Estos pensamientos renovaron alguna vivacidad en mi rostro, que observó el mismo Espítamenes; y aunque él no tenia noticia alguna del amor que yo profesaba á Alejandro, sacó por la alegría de mi rostro, que estaba contenta con el trabajo en que se

hallaba: y no pudiéndolo disimular, al fin me dijo: — Vos os alegrais, ó Hermione, pero no os precipiteis con este gozo, porque vuestra fortuna está poco segura.

— No puede estar sino mucho, le respondí yo, con tal que la vuestra sea funesta; y si Espítamenes perece, Hermione no podrá menos de ser afortunada.

Con semejantes discursos exasperé el ánimo de Espítamenes contra mí; y si en realidad no me hubiera tenido aquella pasion cuyo nombre no sabré deciros, ni cuya naturaleza sabré esplicaros, es cierto que siendo tan malo y tan cruel como era, no me la habria perdonado. Mi buena ama era solo mi consuelo, pues á ella sola la confiaba mi aborrecimiento y mi amor, y si aquel era público, este solo lo sabia la fiel Teane. Con este motivo Alejandro daba siempre materia á nuestra conversacion; y viéndola un dia sola en mi gabinete, me vino un pensamiento que no quise, ni pude callársele. — ¿Qué peligro hay, ó madre mia, la dije, en que supuesto que yo he entregado mi corazon á Alejandro, y que tengo mas derecho que los otros para llamarle en mi socorro, implore su asistencia, cuando vemos que la concede á todas las personas miserables? Él me escuchará sin duda cuando sepa que soy hija de Crada-

tes, que murió por su servicio, y cuya fidelidad ha causado mis desastres. Yo tengo por cierto que agradecerá esta memoria, y acaso no desdeñará mi afecto si llega á saberle. Él ha complacido á otras mugeres, cuyo nacimiento no es mas ilustre, ni cuyas personas son acaso tan amables como Hermione : ¿ qué sabemos nosotras, si despues de unos influjos tan malignos, nos quiere mirar el cielo con piedad, inspirándome este pensamiento para sacarme de una vez de tantas miserias ? Arriesguemos, pues, lo que el amor y la necesidad me dictan, y escribiendo á Alejandro el estado de nuestra condicion, démosle al mismo tiempo alguna noticia de lo que pasa por mi alma : él sin duda tendrá compasion por lo uno, y acaso en lo otro no será inexorable. Yo me siento violentada para esto de una fuerza á la que no puedo resistir ; y supuesto que en el estado en que me hallo no está segura mi vida, moriria disgustada si no pudiera dar á mi vencedor algun conocimiento de la victoria que ha ganado en mi corazon. Quiero que sepa que la menor de sus conquistas no tiene nada de vergonzosa, y que la hija de Cradates ha tenido mas noble ambicion, que la de ser esposa de Espítamenes. Escribiremos los conceptos que el amor nos dictará con tal modestia, que no tenga motivo de desdeñarlos,

y no haremos hablar á los renglones atrevidos sino en unos términos que no puedan acusar nuestra osadía. Solo falta, madre mia, que busqueis un hombre fiel que nos pueda servir en una comision tan importante : yo pondré mi vida y mi honor en sus manos, y en recompensa del servicio que me hace, le ofrezco una buena parte de la fortuna que los dioses se dignen enviarme. La salida de la ciudad no le será dificil, puesto que los enemigos de Espítamenes estan todavía muy distantes, y el hallar á Alejandro le será muy facil, pues la fama de sus conquistas le tiene en todas partes.

Habiendo hecho este discurso á Teane, me alegó algunas dificultades; pero las venció todas mi pasion, y reduje á esta buena muger á seguir mi voluntad, y á que buscase á aquella persona fiel que habia de servirme. Ella conocia muy bien la importancia del asunto para no confiarle sino á persona muy segura, y por esta razon despues de haberlo meditado mucho tiempo, se valió de un hijo único que tenia, hermano mio de leche, que se habia criado con mucho cuidado en la casa de mi padre, y que siempre nos habia querido mucho. Esta buena muger le quiso esponer para que me sirviera, y habiéndole hablado sobre el asunto, le aceptó con un ardentísimo celo. Apenas me

le presentó Teane, le hice mil agasajos dignos de su fidelidad, y habiéndole impuesto de nuevo en la importancia y naturaleza del servicio que me hacia, le rogué con las lágrimas en los ojos manejase con la mayor cautela lo que le confiaba. Volvíle á enterar á la larga de la comision, y habiéndole dado una buena parte de mis joyas, le dejé para que se fuese á preparar para su marcha, mientras yo me retiraba á mi gabinete para escribir la carta de la que había de ser mi depositario. Entonces sí que me ví pérdida y en el mayor trabajo del mundo para buscar los términos con que me habia de esplicar: cien veces me arrepentí de mi resolucion, y otras tantas volví á tomarla: apenas el amor me inspiraba algunas palabras, las borraba la vergüenza, y apenas el corazon formaba un pensamiento, luego le desvanecia el temor. En mi vida habia ocupado tanto tiempo en tan pocos renglones; pero al fin despues de mil borrones y consultas escribí así.

LA DESGRACIADA HERMIONE AL GRANDE ALEJANDRO.

No es la esposa del infiel Espítamenes, sino la hija del fiel Cradates la que os escribe. Si el

nombre del marido os es aborrecible, creo que la memoria del padre os será de alguna estimacion; y si el marido os ha hecho traicion, el padre ha muerto por vuestro servicio. La sangre de mi padre pide justicia conmigo contra mi marido, y puesto que el destino de la casa de Cradates es morir por Alejandro, haced que este resto que ha quedado muera libre de cualquiera otro yugo, fuera del que vos la habeis impuesto. Una esclava vuestra, Señor, es la que os pide la libertad, no la que vos la habeis quitado, sino la que el inexorable Espítamenes la niega. Cualquiera otra prision que no sea la vuestra la es insoportable; y si debe vivir entre cadenas, estas son las bellas cadenas y los bellos lazos que han atado mi alma. El cuerpo no puede vivir despues de la separacion de su espíritu, y esta es la mas cruel de mis penas; pues yo padezco menos inquietud á la vista de un monstruo teñido con mi sangre, que sufro por la ausencia del grande Alejandro. Ah, Señor, bien conozco que esta confesion es demasiado atrevida, y demasiado estraña; pero vuestra bondad la perdonará sin duda á un espíritu turbado con las desgracias y con las pasiones, y esta misma bondad armará vuestras manos con aquellos rayos que suele vibrar contra las cabezas rebeldes, y os hará arrancar á un bár-

baro lo que no es suyo, y lo que no puede ser sino vuestro. Estas armas victoriosas de todos los hombres, y particularmente de mí, jamas se emplearán con mas justicia, y el suceso infalible que las acompaña no puede huir de un pensamiento tan legítimo, ni negarse por los dioses á los votos de la desgraciada Hermione. »

Acabada la carta la encontré tan agena de aquella modestia que me habia propuesto, que estuve determinada á escribir otra, y borrar algunas palabras que me avergonzaba de leerlas: y aun acaso de ninguna manera me hubiera resuelto á enviarla, si Teane y su hijo no se hubieran presentado, y no hubieran acabado de vencer todos mis escrúpulos. Este buen joven, que ardia en deseos de servirme, me estrechó de tal suerte, que despues de haberle instruido de nuevo en la comision y en la relacion que debia hacer al Rey de los desastres de nuestra casa, puse la carta fatal en sus manos, y le despaché.

Partió, finalmente, prometiendo que me dejaria satisfecha, ó que moriria por servirme, y yo quedé enteramente confusa por el atrevimiento que habia tenido, y por la incertidumbre del suceso. Yo temblaba esperando el fin

de un caso tan dudoso, y la buena Teane procuraba disuadirme de este temor, desvaneciendo el que ella tenia por darme algun consuelo. Una parte del dia se habia pasado en esta ocupacion, cuando quedé sorprendida con un horrendo espectáculo. Ví entrar, ¡oh, dioses! toda tiemblo al pensarlo, ví entrar en mi cuarto al cruel Espítamenes con un rostro tan fiero, que aun ahora se me erizan los cabellos con la memoria: sus ojos y todo su semblante parecian de fuego, sus vestidos teñidos en sangre, en una mano traia la carta que pocas horas antes habia escrito, y en la otra la cabeza de mi desgraciado mensagero.

Considerad, Señores, como quedaria yo con una vista tan estraña, y suplid á la debilidad en que me hallo que os refiera todo lo sucedido. Quedé fria é inmovil como la triste Niobe con la pérdida de su deplorable familia, y ni en aquel instante fuí capaz de sentir el mal que habia causado, ni temer el peligro que me amenazaba. Entre tanto, acercándose el inhumano Espítamenes á mí, y poniéndome á los ojos para que la reconociera la cabeza que la tenia por los cabellos, la arrojó á los pies de Teane, y mostrándome la carta al mismo tiempo; — Mira, me dijo: mira, Hermione, la recompensa que das á los que te sirven, y conoce bien las

señas de la fidelidad que debes á tu marido. Así premio yo á los que se ocupan en los honestos empleos de la esposa de Espítamenes, y esta es una de las pruebas que yo sé hacer ver á las mugeres púdicas y leales como Hermione.

Estaba tan turbada con la presencia de unos objetos tan formidables, y con los gritos de Teane, que besando la cabeza de su hijo, llenaba al mismo tiempo el cuarto de gemidos lastimosos, que no tuve fuerzas ni voces para responder á las palabras de Espítamenes. — Considera, me decia él, si este marido á quien continuamente estás reconviniendo con sangrientos vituperios de crueldad, los debe temer ahora, castigando una doblada perfidia, cual es la tuya, y si podrás negar que quedas convencida de un deseo adúltero, y de una conspiracion contra la vida de tu marido. Advierte que por satisfacer á tu aborrecimiento, y por halagar una pasion vergonzosa, no solamente abandonas mi vida, y tu honor, sino que por sacrificar la una, y prostituir indignamente la otra, buscas, alma vil y baja, solicitas y ruegas á un enemigo que te desprecia. Sabe, sabe que Alejandro no emplea sus amores con mugeres impúdicas y desleales; y por mas enemigo que sea, no dejo de conocer en él una virtud que se opone enteramente á tus esperanzas. El que ha cas-

tigado á los matadores de Darío mas cruelmente que á los de Filipo, no alabará la traicion, aunque saque algun provecho, y el destino de Beso debia servir de ejemplo á la muger de Espítamenes.

Con tales razones agravaba mas Espítamenes mis pesares, y habiéndome dado todavía otras muchas, entre tanto me puse en estado de poder volver en mí, y cobrando alientos, mirándole con un rostro mas asegurado que antes, le respondí: — No pienses confundirme con tus reprensiones, ni atemorizarme con tus amenazas: los delitos de que me acusas no son nuevos, y no es de hoy el que tú sepas que la hija de Cradates es enemiga mortal de su matador, y el atentado con que me reconvienes no es contra mi marido, sino contra el verdugo de mi sangre. No permitan los dioses que yo te reconozca jamas por mi esposo : la sangre de los mios ha borrado todas las señales que tenias de tal, y cuando yo fuese culpable del amor que condenas, con los dioses, y no contigo me debo justificar. Yo no debo fe alguna á quien con horrorosos parricidios ha estinguido toda obligacion, y he dejado de ser esposa tuya desde que tú te has desnudado de las circunstancias y cualidades de marido. Despues de la desgracia de Cradates, que no era mas culpable, ni esta-

ba menos asegurado que yo, no te debe parecer estraño que yo desee salir de entre tus manos por cualquiera camino, y pida socorro á quien me le puede dar mejor que ninguno, y de quien, estando interesado en nuestros infortunios, le puedo legítimamente esperar. Si tú has derramado la sangre de un criado fiel, y de un mensagero inocente de mis intenciones, ni te lisonjees, ni estés tan satisfecho, 'antes bien debes creer que agravas tus ofensas para recibirlas mayores, y que si me dejas en el mundo, me vengaré de la muerte de mi padre y de la de mis hermanos.

Este torrente de palabras que pronuncié con el mayor ímpetu, y en las cuales Espítamenes, por mas furioso y colérico que estaba, reconoció mucha justicia, contuvo alguna parte de su violencia, y si no fué bastante á suavizarle ó á exasperarle mas, fueron muy poderosas por lo menos para confundirle ; y aunque lo disimuló cuanto pudo, buscando sin embargo aquellos primeros términos con que manifestó su severidad, me dijo así : — No creas, muger indigna, hallar tu justificacion en las razones que me alegas : estás demasiado convencida de tus delitos, de los cuales el menor es digno de muerte, y en medio del empeño en que perseveras de arruinarme, acaso no hallarás en el

mundo otro hombre de quien puedas esperar alguna gracia como la que recibes de este cruel y de este bárbaro que tú dices. Yo quiero que sobrevivas á tus delitos, para que no tengas sobre mí alguna ventaja, y que de aquí adelante sean nuestros improperios iguales, puesto que son iguales las ofensas. Cuando tú me hables de Cradates, yo te hablaré de Alejando; pero ten entendido que en vano esperas su socorro y su afecto. Yo sufriré que tú vivas, siempre que no puedas vivir sin mí; pero si yo caigo debajo de la fortuna de Alejandro, tú me acompañarás al sepulcro, pues no quedarás en estado de poderte reir con tu amante de la derrota de tu marido. Haz votos al cielo por mi prosperidad, si quieres que te puedan servir para tu vida. Yo te permito la de esta infame muger, prosiguió, señalándome á Teane, que aunque es digna de muerte, me contento con haber castigado en su hijo los consejos y auxilios que te da.

Dichas estas palabras se salió de mi aposento, dejándome poco amedrentada con sus amenazas, pero sí muy afligida por el sentimiento de no poder ver á Alejandro, y por el dolor de la pobre Teane, que en premio de los servicios que me habia hecho, y de la leche que me habia dado, la habia privado de su único hijo.

Tendida esta triste madre en el suelo, tenia la cabeza de este en las manos, y mezclando sus lágrimas amargas con la sangre que todavía goteaba, hacia un espectáculo horrible y doloroso á la vista. Yo, movida de compasion, la abracé, y juntando mis lágrimas con las suyas, la dije : — Madre mia, yo no puedo daros algun consuelo que iguale á la pérdida que os he ocasionado, y á menos de no volveros lo que os he quitado, no soy capaz de poder satisfaceros; pero os juro por todos los dioses que nos oyen, por el alma de Cradates, y por el tierno amor que siempre os he tenido, que de hoy en adelante harán vuestros intereses la mayor parte de los mios, que yo procuraré vuestra venganza como la mia propia, y que, ó moriré muy presto, ó aplacaré con la sangre de este verdugo los manes de mi padre y los de vuestro hijo.

Aunque estas palabras no fuesen bastantes para contener las angustias de esta infeliz muger, conocí no obstante que habian hecho alguna impresion en su ánimo, y habia tomado aliento con la promesa que la hice de la venganza. Lo restante del dia le empleamos en llorar juntas la desgracia de este pobre joven que yo habia sacrificado al infortunio, y el dia siguiente ya tuvimos otras ocupaciones de diferente naturaleza.

Estando ya avisado Espítamenes de que Alejandro habia enviado á Menedemo contra él, y que estaba en el camino de Maracanda con sus tropas, quiso salirle al encuentro con las suyas para esperarle en un estrecho ventajoso y propio para la emboscada que le queria preparar, pues necesariamente Menedemo debia pasar por allí.

Apenas estuvo puesta en orden la gente, me mandó salir Espítamenes de mi cuarto, y haciéndome tomar con otras mugeres un carro rodeado de guardias, me mandó que le siguiese. Tenia él cuatro mil caballos bactrianos que llevaban á la gurupa cuatro mil Daheses, ligeramente armados, y flecheros espertos que no cedian en velocidad á los caballos, y que tenian orden de poner pie á tierra al empezar el combate, y cercar á los enemigos por una y otra mano. Habiendo, pues, nosotros hecho una larga tirada, aquel dia llegamos al fin al sitio señalado al anochecer, y el imprudente Menedemo á la mañana siguiente.

Nada os diré, Señores, de las particularidades del combate : ya os he dicho que yo no he sido guerrera sino por acaso : á mas de que estas cosas las sabeis mejor que yo. Por esta razon bien creo no ignorais que las estratagemas de Espítamenes le salieron como lo habia proyec-

tado; que los Macedonios fueron cercados por tres partes, y que la sorpresa de los Daheses los impidió el modo de combatir; que viéndose cogido Menedemo, y avergonzado de haber caido en las manos de un enemigo mas astuto que él, pagó valerosamente la pena de su inadvertencia, pues sin embargo de haber muerto á muchos de sus enemigos, perdió la vida entre ellos á la violencia de las heridas y golpes que recibió; que despues de esta derrota, habiendo ganado un corto número de los vuestros un puesto bastante fuerte, capituló con Espítamenes, y que este infiel despues de la capitulacion, faltando á la palabra dada, los pasó todos á cuchillo.

Aquí Antígono, deseando ayudar á la delicada Hermione, la interrumpió diciendo: —Pocos dias despues vimos nosotros los sangrientos vestigios de lo que sucintamente nos habeis contado, y hallamos á todos los Macedonios y á su valiente capitan Menedemo, que habia sido nuestro compañero y amigo, traspasados de mil honrosas heridas; y el Rey, que visitó en persona el parage de la batalla, despues de haber llorado el miserable fin, y jurado santamente la venganza, les dió sepultura, y les hizo los últimos honores con la mayor magnificencia.

Despues de esta batalla, prosiguió Hermione, tomó Espítamenes el camino de Maracanda; pero conociendo sus pocas fuerzas, no quiso esperar á Alejandro en este pais, en donde tenia tan poco crédito y tan poca autoridad; y habiendo dado orden para que le siguiesen las tropas que habia dejado allí, marchó á la Bactriana, que á persuasiones suyas y de Catenes se habia rebelado, y en donde sabia hallaria una buena retirada con todas las ciudades y gente á su devocion.

Entre tanto él me conducia como á una esclava, aunque tenia bastante cuidado de mi persona, y unas veces con adulaciones, y otras con amenazas procuraba hacerme mudar de inclinacion; pero esta cada dia estaba mas firme, y en lugar de ablandarme, siempre me endurecia mas con las persuasiones de la afligida Teane, que me solicitaba á la venganza que la habia prometido y de la que tenia yo tantos deseos que eran por demas sus recuerdos. Este pensamiento y el de Alejandro estaban siempre presentes á mi memoria, y cualquiera que pudiese ser mi fortuna despues de la ruina de Espítamenes, solo pedia á los dioses el arribo de sus enemigos, de cuya lentitud blasfemaba cada dia, y me quejaba de Alejandro por el poco cuidado que tenia en vengar sus injurias, sin

considerar que tendria otros negocios capaces de causarle esta tardanza.

Anduvimos errando largo tiempo entre los Bactrios, en donde Espítamenes fortificó su ejército, y cuando se creyó en estado de poder defenderse, hizo alto en Nicea que era la mejor ciudad de aquel pais, y alrededor de ella acampó sus tropas. No habia mucho tiempo que estaba, cuando supo que Alejandro venia á toda prisa. No se espantó por esto, y no queriendo volverle la cara, resolvió esperarle á pie firme, sepultándose entre las ruinas de la ciudad. Para esto la hizo fortificar con mucho cuidado, la proveyó de armas y de víveres, atrincheró muy bien el campo, y no olvidó cosa alguna como buen capitan. Esta notícia me llenó de gozo, y Espítamenes, en quien los zelos empezaban á obrar terriblemente, conociéndolo en mi semblante, me mortificaba cada dia mas con sus oprobios, diciéndome : — Tú no sabes de qué te alegras, pues si previeras tu destino, detestarias la venida de Alejandro.

Continuamente me hacia estas amenazas; pero poco despues volvia en sí, y dejándose vencer de alguna reliquia de amor, me lisonjeaba, y mudando de rostro y de voz : — Hermione, me decia, nuestras injurias son iguales, olvidémoslas mutuamente. No te acuerdes de que

yo he muerto á Cradates, y yo olvidaré que amas á Alejandro.

Algunas veces callaba, pero otras le respondia con tanta aspereza, que volvia á su cólera y á su humor furioso. Entre tanto llegó aquel tiempo que Hermione habia deseado, compareciendo ya aquellas armas victoriosas de todo el mundo. Queriendo el furioso Espítamenes salir al encuentro á las primeras tropas con un cuerpo de caballería, entró armado en mi cuarto, y volviendo los ojos, que solo respiraban sangre y muertes, me dijo así : — Hermione, ya te voy á dar un rato de diversion, y acaso hoy es el dia en que conocerás si me sé defender de los enemigos estraños y domésticos : forma tus votos á favor de quien mas amas, y mira, si te parece, desde lo alto de la muralla el sacrificio que yo te preparo.

Dichas estas palabras, se salió del aposento, y yo no tuve dificultad en hacer lo que me habia mandado. Estaba nuestra casa á lo último de la ciudad, y desde las ventanas mas altas se descubria la campaña cuanto se podia estender la vista. Apenas partió Espítamenes, nos subimos Teane y yo, y poniendo los ojos en la llanura, ví salir á mi cruel á la frente de los suyos, marchando con buen orden hácia sur ene-

migos. Entonces le dije, como si lo oyera : — Anda, pérfido, anda, y ve á encontrar una muerte gloriosa entre las armas de mi vencedor, que se avergonzará de esta victoria : demasiado feliz será tu destino si mueres en esta ocasion, pues Hermione envidiará esta misma muerte.

No estaba todavía muy distante, cuando Teane me hizo ver el polvo que levantaban vuestros caballos, y poco despues el resplandor de las armas, pues por lo demas estabais todavía tan lejos de nosotras, que nada se podia distinguir sino en confuso. Con esta vista empezó á palpitar mi corazon con unos movimientos que indicaban la alteracion de mi alma, y los suspiros con que celebraba vuestro arribo. Entonces, — ¡O Teane! esclamé : mira allí al que tanto hemos deseado : el señor de mi corazon, y el amable objeto de todos mis votos y de todos mis pensamientos está sin duda á la frente del ejército, que ya empezamos á descubrir, pues allí se pone ordinariamente, y en este mismo sitio es en donde gana las victorias. Mira como el sol, para que resplandezcan mas sus armas triunfantes, está hoy dia mas claro y mas brillante que lo que acostumbra. Todo contribuye á su gloria y á sus ventajas, y aun la misma fortuna, que para todos los demas se precia de

inconstante, se ha mudado en su favor, y se ha hecho esclava de su virtud.

Entre tanto Espítamenes se acercaba á vosotros, y poco despues vimos que el polvo se espesaba mas que antes, y el cielo se oscurecia de manera que perdimos de vista uno y otro ejército; con cuyo motivo, creyendo que peleaba con los Macedonios, renovamos nuestros votos con mas ardor. Una hora despues notamos que esta oscuridad se acercaba á nosotras, y en consecuencia de esto cuando pudimos conocer distintamente los objetos, vimos huir á Espítamenes y á los Macedonios detras prosiguiendo su victoria.

Esta vista me dió una alegría imperfecta, viendo al infame monstruo tan cerca de las murallas; y aunque su vergüenza me daba el mayor contento, me hubiera alegrado mas si un dardo Macedonio le hubiera atravesado el cuerpo, y hubiera mordido aquel terreno en que habia perdido tantos de los suyos. Viéndole, pues, entrar por las puertas, — Ve allí, la dije á Teane, ve allí aquel valiente que me preparaba tan sangrientos sacrificios. ¡Ah, y qué agradable hubiera sido para mí este sacrificio, si él hubiera sido la víctima!

Entre tanto él se habia retirado á la ciudad con unos pocos de los suyos, y los Macedonios,

que sin duda la hubieran entonces forzado, se vieron precisados á detenerse á causa de las trincheras de los enemigos. Este impedimento los detuvo en la llanura, creyendo que no era tan facil violentar aquellas defensas, y entre tanto podian esperar las tropas hasta que los capitanes diesen orden para el acampamento.

En medio de estas cosas yo busqué con mis ojos á mi Alejandro, y me pareció que le ví entre el resplandor de las armas y entre la multitud de Macedonios que le seguian en los ejercicios de su cargo. Yo veia ondear las plumas blancas sobre su cimera, cuyo esplendor opuesto á los rayos del sol, debia deslumbrar á los que le rodeaban : yo le ví venir entre una nube de saetas hasta la trinchera, adonde sé de cierto que rindió mil corazones, y que con su presencia espantó á millares de hombres, á quienes los fosos mas profundos no eran capaces de defenderlos de tan valiente enemigo. ¡Oh, dioses, cuanto renovó las heridas del corazon esta vista! ¡Y qué hermoso me pareció en este estado, sin embargo de que estaba demasiado distante para observarle mas particularmente! Yo suspiré, temblé, y mudé en un instante mil veces de color, haciendo ver á Teane en todas mis acciones que yo no estaba en mí. — Ah,

madre mia, la dije: él es sin duda, y cuando en medio de tantas señas yo no le hubiera conocido, me lo muestra mejor el corazon que los ojos: este esclavo de un ilustre Señor ha sentido desde luego su cercanía, y con un instinto milagroso le ha encontrado en medio de su ejército: considerad el porte del hijo de Júpiter Ammon, mirad aquella frente orgullosa con tantos laureles que alza hácia nosotras con una fiereza tan amable; ved como levanta la diestra hácia el terraplen de las murallas; con cuya accion amenazadora pone mortales espantos en las almas de los revoltosos. No se presentó mejor el bello Aquiles en el alcázar de las naves griegas, cuando con sola su presencia arrebató los corazones y la victoria á los Troyanos, y los hizo abandonar el fuego que ya devoraba sus bajeles. ¡Ah! vencedor mio, continuaba yo, tú ignoras una parte de tus victorias, pues no sabes que las ventajas que ganas fuera son mucho menores que las que has ganado dentro de nuestros muros: ninguno he tenido yo que me haya podido defender de tí, pues me he rendido á tí sin que hayas tenido trabajo alguno en combatirme. ¡Ah! pluguiese á los dioses, que te se abrieran estas puertas como mi corazon, y que sin esponerte á algun peligro fueses Señor de esta ciudad como lo eres de mi alma.


UNIV.
OF
MICH.

Proferia yo estas palabras con tanta vehemencia, y los ojos de Teane y los mios acompañaban estos pensamientos con tanta aplicacion, que no advertimos que Espítamenes habia entrado en el aposento. Ya habia oido él estas últimas palabras, y no pudiendo con esta confirmacion de mi amor, y en fuerza del mal humor que traia por la desgracia que le acababa de suceder, refrenar los furiosos movimientos de su cólera, se tiró á mí con la espada en la mano, y preparándose para darme la muerte; —Ahora, me dijo con una voz espantosa, ahora, ingrata, recibirás el galardon de tu infidelidad, y entregarás á Alejandro esa alma impura, que ya le has cedido.

Os confieso con verdad que quedé mas sorprendida con este lance, que lo que se puede decir: y aunque tambien es cierto que hasta entonces no habia temido mucho mi muerte; pero me la hizo tan horrible su presencia, que me quedé sin valor y sin saber qué responderle. Cogióme, pues, por los cabellos con la mano izquierda, y levantando la derecha con la espada, ya iba á cortarme la cabeza, cuando le detuvieron por detras. Volvióse furioso hácia quien le habia impedido el efecto de su resolucion, y vió detras de sí á Timocrates, uno de aquellos capitanes en quien tenia la mayor con-

fianza. — ¿Qué quereis hacer, Señor, le dijo entonces Timocrates?

— Déjame, respondió Espítamenes mas furioso que antes, déjame dar la muerte á esta infiel, antes que ella se alegre de mis pérdidas, y de la deshonra que me prepara: — Y dicho esto se desprendió de las manos de Timocrates, y sin duda hubiera ejecutado su deseo, si otros muchos amigos no hubieran entrado al mismo tiempo en el cuarto, y aunque con bastante trabajo no le hubieran detenido, pues me tenia ya mas muerta que viva, y tan asida de los cabellos, que no habia fuerzas humanas que pudiesen contener su obstinacion.

Entonces el apasionado Demetrio interrumpió la narracion, diciendo: — O cielo, ¿en donde estaban por entonces tus rayos? Y si te faltaban rayos, ¿adonde estaba Demetrio?

No dijo mas el enamorado joven que estas pocas palabras, acompañadas con un semblante de fuego, y Hermione prosiguió diciendo: — Y cuanto mas los amigos de Espítamenes le pedian por mí, tanto mas estaba inexorable; mas cuando le llegaron á estrechar, pidiéndole que no se precipitase á una cosa que se podia ejecutar de otra suerte, entonces le respondió; — Yo os concedo una parte de lo que deseais, no la vida de esta infiel, que morirá para espiar

sus delitos, sino la dilacion que pedís, y la cualidad de la muerte. Mi venganza no seria honrosa ni entera, si bañase mis manos con una sangre tan impura : quiero que muera á la violencia de las manos que mas ama : mañana haré una salida contra los enemigos, y quiero que ella marche á la frente de los nuestros, y reciba los primeros golpes : ella misma pondrá fuego á la tienda de su Alejandro, donde caerá bajo las armas de los Macedonios : si retrocede ó rehusa avanzarse, tengo la espada dispuesta para ejecutar lo que á vuestras instancias he diferido. Prepárate, prosiguió, á este género de muerte, y entrega sin pesar á la espada de Alejandro ese corazon que ya le has dado. No te puedo hacer mas agradable servicio que ponerte en las manos de tu amante, quedando á mi cuidado conducirte yo mismo hasta su pabellon.

Esta fué su última resolucion; y por mas que hicieron sus amigos para apartarle de ella, no pudieron lograr cosa alguna. Antes de salir de mi aposento me puso en las manos de Estraton. Era este un eunuco valiente, capitan de su guardia, á quien ordenó pena de la vida, que me guardase toda la noche con cien hombres de los que estaban á su mando. Hasta este lance de mi vida jamas habia temido la muerte;

pero es preciso que os confiese mi flaqueza, ni creo que esta confesion sea vergonzosa para una muger: tuve por entonces mucho terror, pues formé en el ánimo una idea tan fiera, cuanto la pueden tener los que aman la vida.

Luego que salió Espítamenes me llevó Estraton á mi cuarto, en donde desde luego todos los objetos me parecieron funestos. Ya por mandato de Espítamenes me habian abandonado todas las mugeres, y apenas aquellas á quienes habia amado mas, se les permitió hacer la última despedida, llenándome de dolor y de sentimiento, cuando todas las cosas tomaron un aspecto lúgubre, quedando mi cuarto como la prision de un reo condenado al suplicio. Solo Teane permaneció conmigo, porque habia de sufrir la misma pena, y habia de perder conmigo una vida, cuya mejor parte habia dedicado á mi servicio.

Uno de los tormentos mas sensibles que tuve fué el haber de morir sin ver á Alejandro, y sin hacerle saber que moria por él. — A lo menos, decia yo, si él tuviese alguna noticia de la causa de mi muerte, y llegase á saber con qué constancia y con qué firmeza muero suya, yo no seria tan desgraciada; y derramaria mucha sangre enemiga para vengarme, y acaso algunas lágrimas de compasion. ¡ O, Alejandro, qué

glorioso seria mi destino si te pudiese hacer derramar siquiera una, y si con la noticia de esta nueva llegases á decir : lloro la fortuna de esta muger! ¡Pero, ay de mí, cuan diferentes son nuestros pensamientos! Tú sin duda tienes por pérfida á toda la familia de Espítamenes, y llevarás indiferentemente la destruccion de los que te han vendido, como la de los que te han amado.

Sepultada estaba en estos pensamientos disponiéndome á una muerte que creia inevitable con lo poco que me habia quedado de constancia, cuando Estraton, cuyas guardias habian quedado á la puerta de mi cuarto, se acercó á mí, y viendo que solo podia escucharnos Teane, que no nos era de sospecha, me dijo así : — Señora, es preciso salvarse, pero tambien es forzoso tener ánimo para emprender una accion atrevida.

No habia yo dejado de conocer que este hombre me tenia buena voluntad, y al mismo tiempo tambien me acordaba que habia recibido de Cradates muchos beneficios, y que todavía los conservaba en la memoria, y con este motivo no tuve razon de sospechar fuese fingida la prueba que queria hacer ; por lo que le respondí : — No habrá cosa, ó Estraton, que yo no haga, por quitar á Espítamenes la satisfaccion

de haber muerto á toda la familia de Cradates.

—Pues es preciso, dijo Estraton, dar la muerte á Espítamenes : yo no veo otro camino abierto para que salveis vuestra vida, y con esto hallareis la venganza que tantas veces habeis deseado.

Quedé sobrecogida y admirada con semejante propuesta, y aunque yo la debia recibir con alegría, me quedé helada, cuando oí que debia quitar la vida á aquel que al fin era mi marido, por mas que le aborreciese. Yo no tenia alientos para derramar la sangre por la ternura de mi corazon, y aunque le deseaba la muerte, no tenia atrevimiento para ejecutarla. Viéndome Teane en esta confusion, lo sintió infinito, y acercándose á mí medio furiosa, — ¿Qué es esto, Señora? me dijo : ¿ahora consultais sobre esta propuesta? Y teniendo tantas razones para vengaros, uniendo á estas la de vuestra vida, ¿dejareis perder tan buena ocasion?

— Ah, Teane, la dije : no soy ahora menos enemiga de Espítamenes, que lo he sido hasta aquí ; pero yo quisiera que ya no estuviese en el mundo, sin que me quedaran los remordimientos de haberlo hecho yo misma. Él es el verdugo de mi padre y de mis hermanos ; pero

es mi marido, y no puedo resolverme á teñir mis manos con su sangre, sin una grandísima violencia.

— ¡Ah, Señora! respondió Teane, arrojad de vuestro corazon esta quimera, y no temais los remordimientos de una accion generosa y de virtud. Vos estais obligada á la venganza de vuestro padre y de vuestros hermanos, y aun de mí misma, que he sacrificado por vuestros intereses á mi único hijo, y que llevo todavía en mi corazon las gotas de sangre que derramó por vos: y sobre todo acordaos que habeis de morir mañana como una infame, y una adúltera á la frente de dos ejércitos.

Me dijo tantas cosas Teane, y exageró de tal manera la ocasion que tenia para acabar con este cruel, que al fin consentí á todo, y preguntando á Estraton el modo que se habia de observar, nos instruyó de la manera siguiente.

Luego que Espítamenes se retiró á su cama para tomar aquel descanso que le podian permitir sus negocios, Estraton, que comandaba á toda su guardia, se fué á buscar á aquellos que acostumbraban hacerla en su aposento, y como tenia entre ellos un poder absoluto, les dijo que Espítamenes le habia ordenado los enviase á un cuartel de la ciudad, para cierta comision que

él inventó, mandándoles que marchasen al instante, y esperasen allí sus órdenes, fingiendo al mismo tiempo, que en lugar de esta guardia iba á poner una parte de la que estaba para mi custodia. Todos le obedecieron sin réplica, y dejaron el cuarto de Espítamenes sin persona alguna que pudiera defenderle.

Poco despues pasó á los otros, y reservando cuatro ó cinco de quienes estaba asegurado, y á los cuales habia comunicado una parte de su designio, envió á los otros con la misma ficcion á otro puesto, y desembarazado así de todos los que nos podian estorbar, me vino á buscar á mi aposento acompañado nada mas que de los que habian de asistir. Temblé tanto luego que se acercó, y sentia tanta repugnancia en haber de ejecutar la empresa, que sin las persuasiones de la vengativa Teane, jamas me hubiera resuelto. Entonces me dijo Estraton: — Señora, ahora es menester tener corazon, y serviros de él para no perder una ocasion que nunca recobrareis si la dejais escapar.

— Ay Estraton, le respondí: no le tengo para esta ejecucion: busquemos, os suplico, otro camino para huir de las manos de Espítamenes.

— Si hubiera mas tiempo, dijo Estraton, acaso se podria pensar otro medio; pero no hay

mas que lo que falta de la noche : todas las puertas estan llenas de centinelas, las murallas guarnecidas de soldados; no hay por ahora ningun camino abierto. Cuando Espítamenes ya no esté en el mundo, y su muerte esté oculta, saliendo yo á la frente de mis guardias, os facilitaré el paso que querais, pues tengo tanto crédito con los que guardan las puertas, que les puedo persuadir fácilmente que no hago nada sin orden de Espítamenes : pero no perdais un instante de tiempo, y considerad, os ruego, que si dejais pasar la noche, no hay esperanza alguna de vida para vos.

Despues de estas palabras y otras muchas que añadió Teane, me hizo levantar de una silla en que estaba sentada, y haciéndome salir del cuarto á la luz de algunas hachas, me condujo pálida y temblando al cuarto de Espítamenes. ¡ O dioses, qué pensamientos eran por entonces los mios, y qué agitaciones combatian á mi alma!

En medio de los deseos de mi venganza y de mi vida, tenia tanta lástima, que no podia menos de considerar el infortunio de un hombre vendido de los suyos, y la ocasion de poderme vengar tan cruelmente de las injurias que me habia hecho. Muchas veces le dije á Estraton, que supuesto me tenia tanta voluntad,

él podia ejecutarlo sin que yo estuviese presente á un espectáculo tan funesto; pero no quiso ir sin mí, y conduciéndome por una galería á la puerta de una antecámara, adonde dormia un criado, abrió con mucho silencio la puerta. Levantóse el criado, y preguntándole quién era, la abrió : pero cubriéndole inmediatamente Estraton la cabeza con una capa, le dió tres puñaladas, y cayó muerto á sus pies, sin que pudiese dar un grito. Desde allí pasamos al cuarto de Espítamenes, el cual dormia profundamente. Yo estaba tan aturdida, que apenas me podia tener en pie, por lo que vanamente pedia socorro á mi corazon.

La primera cosa que hizo Estraton fué asegurarse de la espada de Espítamenes, el cual al ruido que hicimos, dispertó, pero tan sorprendido, que ni siquiera pudo dar una voz : es verdad que no se le dió tiempo, pues habiéndole cubierto la cabeza como al criado, se le quitó la vida á fuerza de puñaladas. —Moriste, ó Espítamenes, dije yo entonces, con una muerte que tenias bien merecida; pero confieso que fuí una cruel en haber prestado mi consentimiento para semejante ejecucion, y que por mas perverso que fueses yo debia haberme sometido á la pena que me tenias preparada, y olvidar la destruccion de los mios, antes que

deshonrar mi sexo con una crueldad de esta naturaleza.

Retiréme á un rincon del aposento, apartando la vista de tan horrible espectáculo; mas Teane no lo hizo así, pues apenas rindió el alma, tomó la espada de Estraton, y con la ayuda de uno de los soldados le cortó la cabeza, y la tomó de los cabellos de la misma manera que él habia hecho antes con la de su hijo, y la guardó en un saco con el fin de servirse de ella alguna vez en mi favor. Hecha esta sangrienta ejecucion, corrió Estraton las cortinas de la cama, y saliendo del cuarto, cerró tambien las puertas, y por la misma galería nos retiramos á mi aposento. Segun la opinion de Teane ya me debia dar por satisfecha; pero no era este mi pensamiento, pues sentia tales remordimientos por el hecho á que habia consentido, que me quitaban todo el gusto que podia tener con la venganza, y con la seguridad de mi vida.

Era tal mi turbacion que no podia articular una palabra, quedando ademas enteramente sorda para poder responder á las que me decia Estraton, y la gloriosa Teane. El único gozo que tenia por entonces fué el considerar que Alejandro habria hecho algun buen concepto de mí por este servicio, y que no podia haber

hecho mas que acabar la guerra, entregándole las llaves de toda la Bactriana con la cabeza de su enemigo. Confieso, Señores, con vergüenza mia, que este pensamiento me dió espíritu y sentido, y que esta esperanza disipó mucha parte de mi turbacion y de mi temor. Estraton mandó á dos de los suyos que habian estado presentes, que buscasen á los demas compañeros, y que estuviesen armados antes de amanecer á la puerta de la casa, y á otro que tuviese á punto una carroza bien dispuesta. Teane y él ocuparon el resto de la noche en preparar nuestra marcha, y yo en meditar el discurso que habia de hacer á Alejandro : y no estaba menos tímida para este lance, que lo habia estado para el otro la noche antecedente, por lo que temia mucho el emprenderlo, porque ya empezaba á dudar parte de lo que me habia predicho Espítamenes.

Entre tanto llegó el dia, y apenas vimos la primera luz, bajamos á la puerta adonde nos esperaban las guardias y la carroza. Luego que me vieron, todos se compadecieron de mí, y siguiendo Estraton con el mismo fingimiento, tomó la carroza con Teane y conmigo, y detras de él aquellos de quienes se habia confiado. Todos los soldados y demas que me veian pasar por las calles seguida de tanta tropa, y que te-

nian noticia del cruel designio que Espítamenes tenia contra mí, me miraban llenos de compasion; y luego que llegamos á las puertas, diciendo Estraton á las centinelas que tenia orden de Espítamenes para sacarme fuera de la ciudad, las abrieron sin dificultad alguna. De la misma manera pasamos por en medio de nuestro campo, y habiendo salido ya fuera de las trincheras, mandó Estraton á los soldados que se volviesen á la cíudad, y apretando á los caballos, marchamos á toda prisa hácia las tiendas de Alejandro sin mas escolta que los que íbamos dentro de la carroza.

Al primer cuerpo de guardia que encontramos le pedí nos condujesen al pabellon del Rey, con quien debia tratar proposiciones de paz. Los que comandaban el cuerpo tuvieron este cuidado, y habiendo sabido por los que me acompañaban, que yo era la muger de Espítamenes, corrió esta noticia por todo el campo, y llegó á los oidos de Alejandro antes de acercarnos á su tienda. ¡Ah, Señores, cuales fueron entonces las conmociones de mi alma! ¡Y con qué turbacion me preparé á esta vista tan deseada, y al mismo tiempo tan temida! La alegría y el temor igualaron mis pensamientos, y cuando me figuraba que iba á ver al único objeto de mi amor, me representaba tambien, que

iba á comparecer delante de mi Señor, y delante de un Señor que aborrecia unas acciones semejantes á la mia.

Apenas llegué á las tiendas Reales, y puse pie á tierra, me salió al encuentro Leonato, y preguntándome si era yo la muger de Espítamenes, me dió con esto á entender que ya sabia mi venida. Despues de haberle dicho que sí, me tomó por la mano, y entre dos largas filas de soldados me condujo á la estancia del Rey. Desde luego que le ví se dispertaron con mas violencia mis pasiones, y dándome el amor aliento, se disipó mucha parte de mi temor y de mi flaqueza. Estaba el Rey acompañado de un buen número de Príncipes, y acaso, Señores, habria alguno de vosotros; por lo que no os contaré cosa nueva, ni os molestaré con lo mismo que no ignorais.

Entonces Tolomeo la interrumpió diciendo:
— Es cierto, Señora, que yo estaba al lado del Rey, y presencié vuestra llegada. Vuestra hermosura admiró á todos, y comenzamos á rodearos, cuando Alejandro que os queria escuchar aparte, nos mandó retirar. Con este motivo no pudimos oir vuestra embajada, y la mayor parte de los que estamos presentes no han oido cosa alguna.

Digo, pues, prosiguió Hermione, que tuve á

buen agüero esta amable y particular audiencia que el Rey se dignó concederme ; y viendo que le podia hablar con toda satisfaccion, recobré mucha parte de aliento. Lo primero que hice fué echarme á sus pies ; pero él me levantó al instante con la mayor cortesía, y con unas palabras llenas de la mayor dulzura me rogó le dijese la causa de mi venida. Yo bien sabia que él no tenia idea alguna de mi rostro, y que ignoraba que yo fuese hija de Cradates ; pero asegurada con este buen recibimiento, le dije : — Señor, aquí teneis una esclava que viene á poner á vuestros pies su fortuna y su vida. No es de hoy el que yo esté sujeta á vuestro Imperio, pues hago vanidad de ser vuestra desde que fuí capaz de conocimiento. La tiranía de Espítamenes no ha podido arrancar mi amor de aquel lugar sublime adonde yo le habia elevado; y si fuí suya por la violencia de los mios, fuí siempre de Alejandro por un justo conocimiento, y por una inclinacion muy poderosa. Por esta noble preocupacion de mi alma yo no pude sufrir los vicios de Espítamenes, y esta diversidad de costumbres formó en nosotros una incompatibilidad que no nos permitió pensar en otra cosa que en destruirnos. Al fin, Señor, Espítamenes está sacrificado á vuestra justa indignacion, y vuestra esclava no ha querido pre-

sentarse á vos sino con un presente de esta naturaleza. Con este, pues, con el de sus votos y homenages, os trae la victoria, la Bactriana entera, y con ella la cabeza del infiel Espítamenes.

Al decir esto la sacó Teane de un saco en donde la habia metido, y la presentó al Rey fea y asquerosa con la sangre. Hasta este punto me habia oido el Rey con la mayor dulzura; pero apenas oyó las últimas palabras, y vió el presente que le ofrecia, que apartó de repente los ojos de mi rostro y de la cabeza de Espítamenes, y huyendo de mí hasta lo último de la estancia, dió á entender en todas sus acciones que no me podia mirar sin horror. Entonces enfurecido me dijo: — ¿Cómo es esto? ¿Vos sois la muger de Espítamenes, y la que me traeis su cabeza?

Pronunció tres ó cuatro veces estas palabras sin mirarme, con lo que con esta cruel revolucion de mi fortuna me dejó en la mayor confusion. Yo con todo eso procuraba rehacerme, y ya me preparaba para hacerle saber los motivos que habia tenido para aborrecer á Espítamenes, en los cuales acaso hubiera hallado mi justificacion; pero no solo no me dió lugar, sino que volviéndose contra mí con unas miradas llenas de furor; — Anda, me dijo: infame

y detestable muger, y no inficiones mas con tus parricidios las orejas de Alejandro. Hasta aquí he sabido defenderme de una vergüenza semejante á esta con la que has pretendido manchar mi reputacion, y he vencido á los enemigos en guerra abierta, y no con la traicion de sus mugeres. Lleva á otra parte tus horribles amores, y no esperes hallar entre nosotros monstruo alguno capaz de aprobar deslealtad semejante. Da gracias á tu sexo que te conceda la vida; pero pásala tan lejos de mí, que la gloria de la mia no se perturbe con tu detestable memoria.

Acabadas estas palabras que me parecieron mas terribles que un trueno, mandó que me sacasen de su pabellon y fuera del campo, sin que pudiera detenerme ni un instante. Ejecutó Leonato esta orden, y haciéndome tomar la carroza, mandó me condujesen fuera de las trincheras de los Macedonios. Considerad, Señores, como me veria yo en esta última de mis desgracias, y suplid á mi flaqueza que me impide os lo cuente por estenso. Entonces fué cuando me ví en el colmo de todos mis infortunios, y caí en mi última desesperacion.

Hasta entonces sí habia vivido miserable, pero á lo menos habia vivido inocente; y si tuve persecuciones, tambien conservé mis manos y

mi conciencia limpias; pero despues las veia ensuciadas con la sangre de la muerte de mi marido, y mi vergüenza divulgada entre aquellas personas, á quienes mas cuidadosamente debia ocultarla. Yo me ví deshonrada con un delito, que aunque podia tener alguna escusa, era siempre muy grande á los ojos de los dioses y de los hombres, y me veia arrojada con ignominia de aquel, en cuyo favor le habia cometido, y en quien habia fundado todas mis esperanzas. Veíame sin solar y sin apoyo de aquellos hombres, en los cuales por la última prueba de infidelidad que habia dado contra mi Señor, no debia tener confianza alguna.

Con estas consideraciones por poco no me quito la vida, y si Estraton y Teane no lo hubieran impedido, hubiera cortado con mis manos el hilo de mis miserias. Luego que estuve un poco alejada del ejército, me hice bajar de la carroza á tierra, y entonces hice y dije tales cosas, que solo las podia decir y hacer una desesperada. Uniéronse mis remordimientos y mi amor para hacerme una guerra desapiadada. En aquel instante me vinieron á la memoria las predicciones de Espítamenes, y la noticia que me habia dado del genio de Alejandro. El horror de la muerte se me puso delante de los

ojos, y aunque no podia sentirlo, tampoco me podia consolar por haber atentado yo misma contra su vida. — ¡Ah, Espítamenes, esclamaba yo, tú habias merecido la muerte por tus delitos, pero la debias haber recibido de la justicia de los dioses, y no de las manos de tu muger; y ella debia haber sufrido la que la tenias preparada antes que haberse armado contra la de su marido: pero no te quejes de tu destino, pues yo tampoco me reiré con este amante que tantas veces me has vituperado, y el mio será tan infeliz, que aun en el mismo infierno no le envidiarás. Esta belleza, en la que alguna vez hallaste aquellos halagos que suavizaban tu natural fiereza, no ha encontrado en tu soberbio rival sino desprecios: él se toma el cuidado de vengarte de quien te ha vendido, y lo ejecuta de modo, que mas vengado quedas con tu muerte, que yo con la de Cradates.

A continuacion de estos discursos siempre me venian á la memoria las crueles palabras de Alejandro, con las que tenia tanto motivo de buscar la muerte, que Estraton y Teane jamas me pudieron apartar de este pensamiento. Yo amaba con tanto respeto á Alejandro, que nunca me atreví á pronunciar una palabra ofensiva contra él, y aunque lo sentia con el mayor dolor, siempre creí que habia obrado justa-

mente enviando á los monstruos mis horribles afectos. A fuerza de las instancias que me hicieron los que iban conmigo, volví á tomar la carroza, en la que quisieron me volviese á una ciudad en que comandaba todavía un pariente muy cercano de mi padre. Yo me dejé llevar á su voluntad, pues ya no tenia otro gusto que el de llorar mi desgraciada fortuna. Caminaban los caballos á buen paso, cuando permitieron los dioses que al anochecer nos encontraron, y detuvieron unos correos de Catenes. Era este íntimo amigo de Espítamenes, y compañero en la sublevacion. Haustenes y él tenian un cuerpo de ejército dos dias distante del de Espítamenes, en donde hacian algunas correrías hasta el campo de Alejandro.

Conociendo Estraton y Teane en las manos que habiamos caido, comenzaron á temblar, y á hacerles las mayores ofertas por nuestra libertad, pero fué imposible obtenerla; y habiéndonos guardado con el mayor cuidado toda la noche, al fin del dia siguiente nos pusieron delante de Catenes. Él me conocia muy bien; y si yo hubiera tenido entonces algun amor á la vida, esta era la ocasion de temer el perderla. Cuando me presentaron delante de él acababa de saber la muerte de su querido amigo, y apenas habia derramado por él algunas lágrimas,

cuando tuvo á sus matadores en sus manos: con lo que despues de haberse alegrado infinito determinó que perdiésemos la vida en un suplicio. Yo me hallaba indiferente para todo lo que me podia suceder; pero Estraton viendo el castigo á que estaba destinado, tomó una espada de los que le conducian, y atravesándosela por el pecho, cayó muerto á los pies de Catenes. Con esta venganza tan pronta de la muerte de Espítamenes, conocí que los dioses no podian aprobar las traiciones de cualquiera manera que fueran, y que aun los hombres mas perversos no creen digna de perdon la infidelidad: pero yo hallé nuevo motivo de aborrecer una vida, en la cual habia visto derramar lastimosamente tanta sangre.

Despues de esta desgracia de Estraton, mandó Catenes que sus compañeros fuesen desollados vivos, y ya iba á pronunciar contra mí otra sentencia mas cruel, cuando sin temor alguno le dije: — Venga la muerte de tu amigo, ó Catenes, como yo he vengado la de mi padre, y la de mis hermanos.

Catenes halló en estas palabras mucho espíritu, y en mi rostro alguna cosa que le paró su indignacion, de manera que se contentó con hacerme custodiar cuidadosamente, y á Teane por mis respetos lo mismo. Pocos dias despues me

habló de amor, diciéndome que me queria por esposa; pero halló en mí tanta repugnancia á esta propuesta, que desesperó llegar al fin por el camino de la suavidad. Él me hacia cuidar por unas mugeres que habia dedicado á mi servicio, y de esta suerte viví tres meses sin poder olvidar ni un instante la memoria de Alejandro. Esta tirana pasion se habia arraigado tan profundamente en mi alma, que no me dejaba pensar en las demas miserias; y habiendo quedado como insensible para las demas cosas, pasé tres ó cuatro meses como una persona insensata privada de todo conocimiento. Entre tanto comenzó Catenes á solicitarme, y á amenazarme con el poder que tenia sobre mí: pero un dia que me representó la violencia que podia hacerme, — Venga, le dije, á tu amigo si puedes; pero aprende en su ejemplo á no desear á Hermione por muger.

Estas palabras le resfriaron por algunos dias; pero yo creo que al fin hubiera llegado al estremo de su rigor, si no hubiera estado prevenido de su destino. Bien sabeis, Señores, que Alejandro envió un campo volante contra Haustenes al mando de Cratero y de Lisimaco, y que en la batalla que se dió, Haustenes quedó prisionero, y Catenes muerto por las manos de Lisimaco.

Todos los compañeros volvieron inmediatamente los ojos á Lisimaco el cual se sonrojó por su gran modestia; pero no por eso se interrumpió la relacion de Hermione, la cual prosiguió así.

Os cuento sucintamente los últimos sucesos de mi vida, porque ni la narracion es gustosa, ni las fuerzas me permiten que me estienda á mas. Diré, pues, que despues de la muerte de Catenes, mudé de condicion, y habiendo mandado Alejandro que le condujesen á su presencia todos los prisioneros, una del número fué la desconsolada Hermione. ¡Oh, y con cuánto gusto recibí yo esta ocasion de volver á ver á mi desapiadado Señor, para justificarme de una parte de mi delito! — Puede ser, decia yo, que los dioses hayan enternecido su corazon, y que con la noticia de los ultrajes que recibí de Espítamenes haya perdido aquel horror que me tenia. No siempre conserva el cielo las iras contra nosotros, y acaso no es sola Hermione en el mundo, cuya fortuna no pueda ser mudable.

En medio de estas esperanzas me pusieron entre los prisioneros, y nos presentaron á Alejandro al tiempo que queria pasar á las Indias. Yo no observé el tratamiento que hizo á los otros, sino que arrojándome á sus pies le tomé

la mano, y mirándole con unos ojos anegados en lágrimas, le dije : — Señor, ó escuchadme, ó mandad que me quiten la vida.

Miróme el Rey sin pestañear, y habiéndome reconocido, para mas certificarse, preguntó á los que estaban á su lado : — ¿No es esta la muger de Espítamenes? — Y habiéndole respondido que sí, añadió : — Que se la dé libertad, se la aleje de nosotros, no sea que en fuerza del trato con los Macedonios les enseñe unos delitos que todavía estos no conocen.

Esta fué toda la satisfaccion que yo recibí en la última vista de Alejandro, y quedé tan abatida con este encadenamiento de miserias, que acabé de perder la esperanza y el valor. — ¡Ah, cruel, le dije entonces mirando á Alejandro, que ya me habia vuelto la espalda, y se retiraba á otra parte, espera un instante, y mira á lo menos la muerte que me das. Aunque yo he sido muger de tu enemigo, jamas lo he sido de tí : todos los mios han muerto en tu servicio, y toda la ofensa que te he hecho, ha sido quitar del mundo al hombre mas infiel y mas traidor. Si quieres huir de mí con tanta inhumanidad, huye de mi corazon que me has usurpado tan tiranamente, y vuélveme esta libertad que me has quitado, y no la que me presentas. No son contagiosos mis delitos como piensas; y si los

Macedonios han de aprender alguna cosa con mi ejemplo, será preferir la muerte á una vida desgraciada, y amar á Alejandro mil veces mas que á su vida, ó no saber amar otra cosa que á Alejandro.

Acabadas estas palabras, que escucharon los que estaban presentes, caí desmayada en los brazos de Teane, creyendo todos que sin duda estaba loca, cuando decia tales cosas, y con tan poca discrecion. Estábamos cerca de la ciudad de Edesa, á la orilla del Ganges, adonde viéndome Teane en tal mal estado, halló medio de llevarme y alojarme con bastante comodidad. Allí fuí asaltada de una calentura violenta, y caí en una enfermedad bastante grande, mientras Alejandro partió á las Indias.

Teane habia cosido en los vestidos algunas joyas de mucho valor que yo la habia entregado al salir de Nisa, y que por fortuna, ó por temor de los Capitanes, no nos habian quitado los soldados de Catenes. Valióse por entonces de algunas, y para despues de otras, haciendo sumas considerables para subvenir á las necesidades; con cuyo motivo me sirvió en mi enfermedad con tanto cuidado, y con tan tierno amor por mirar por mi vida, que sola esta consideracion me impidió acabarla, y me hizo admitir los remedios que se me habian ordenado para mi

curacion. Yo digo que sus ruegos, acompañados de lágrimas, á las cuales, á mas de la obligacion que la tenia, no podia resistir, contribuyeron á mi vida; pero cuando creia que me daria la muerte la enfermedad, hallaba en este juicio el mayor consuelo. — Moriremos, la decia yo, y con este dulce remedio saldremos de la tiranía de Alejandro. Este cruel, que nos tiene puesto el pie en la garganta, no tendrá mas poder sobre nosotras, y la muerte nos librará de su inhumanidad. Despues de muerta yo volveré al mundo para verle otra vez, y mi espíritu ansioso de un justo deseo de venganza, le perseguirá con los remordimientos.

Estas eran mis esperanzas durante mi enfermedad, pero despues que salí de ella tuve unos disgustos intolerables. Acabada mi curacion hice amistad con muchas mugeres de la ciudad, que vivian separadas del comercio del mundo, por estar dedicadas al servicio de la diosa Cibeles, y hallé tanta dulzura en su conversacion, y tanta inocencia en su vida, que creí hallar entre ellas alguna tranquilidad de espíritu, y dar treguas á las persecuciones de mi amor y de mis remordimientos, que por todas partes me hacian una guerra cruel. Con esta esperanza entramos Teane y yo, y tomamos el mismo hábito y forma de vivir : y á la verdad yo no

quedé engañada; porque la dulce conversacion de aquellas buenas mugeres divertia gran parte de mis disgustos, y ademas recibí de la diosa á quien servia visibles beneficios.

Permanecí allí un año entero, no sin inquietud, ni sin amor, sino con una firmeza de espíritu, que me daba fuerzas para resistir con mas valor que en el tiempo pasado. Esta poca calma me duró hasta que corrió la voz de que Alejandro, victorioso de las Indias, volvia á Susa, en donde como en todo el mundo le rendian vasallage. Estas nuevas me anunciaron aquel odio irreconciliable que tenian los dioses contra mí por mi delito, y dispertaron con mas crueldad aquellas pasiones que ya estaban medio dormidas. Con la ausencia habia sufrido mis desgracias con bastante paciencia, pero á su retorno mis esperanzas que eran dignas de risa, me trajeron á la memoria los ejemplos de todos aquellos, á quienes una larga perseverancia habia dado victoria en sus desgracias.

Dos ó tres meses resistí á estos pensamientos importunos, é hice todos los esfuerzos imaginables para desterrar á Alejandro de mi alma; pero cuando conocí que era en vano, y que por una cruel necesidad me habia sometido á mi destino fatal, cedí á mi desventura, y me despedí de mis amables compañeras, á quienes

ya empezaban á turbar mis inquietudes, y en donde no me habia obligado á permanecer con voto alguno. Antes de salir fuera de la ciudad quise disfrazar mi sexo por huir de aquellos lances á que me podia esponer en un viage largo; y haciendo comprar á Teane vestidos de hombres, y caballos, nos pusimos en camino. En los primeros dias tuve mucha pena para sufrir la fatiga del caballo, pero poco á poco me hice, y el estado del alma acabó de vencer la delicadeza del cuerpo. No creo necesario, ni es facil poderos contar los sucesos de nuestro viage, pues aunque fué largo, no hubo cosa de consideracion; pero cuando estuvimos poco distantes de Susa, supimos que el Rey habia partido, y que despues de la derrota de los Coseanos se habia vuelto á Babilonia. Dirigímonos por esta parte, pero pocos dias despues recibimos la noticia (la que solo me faltaba para conclusion de mis desgracias) que Alejandro habia muerto.

Dicho esto, no es necesario que os refiera mi afliccion: los discursos serian importunos: solo os diré, que estuve muchos dias privada de razon, y de conocimiento, y que cuando volví en mí, solo pudo lograr Teane que alargaria mi vida hasta que estuviese al lado del sepulcro de Alejandro, sobre el cual hice voto de acabar

mis desgraciados dias. Con esta resolucion me sosegué alguna cosa, y habiéndome vuelto á poner en camino, despues de algunos dias arribé á Babilonia. Estuve en esta ciudad bastante tiempo sin poder lograr el gusto de ver el cuerpo de mi Señor, que tienen cerrado en un sitio de palacio, adonde nadie puede acercarse por los muchos soldados que le guardan. Viendo que en este cúmulo de miserias se me negaba este consuelo, y que Teane se obstinaba en impedirme que me quitase la vida con mis propias manos, determiné buscar la muerte entre las armas, y la misma Teane se ha dispuesto á acompañarme en esta resolucion, no empeñándose ya mas en hacerme arrastrar tan miserable vida.

Dos dias há que nos hemos alistado en las tropas de Perdicas, en donde por disimular nuestro sexo, hemos estado apartadas, cuanto hemos podido, de toda compañía : y Teane, aunque tan vieja, se armó tambien como yo. La noche precedente se me apareció en sueños el desgraciado Espítamenes, sangriento y horroroso á la vista : y mirándome con ojos amenazadores, me dijo : — Ya te aguardo, Hermione, y bien presto vendrás á terminar tus querellas conmigo.

Como yo amaba poco la vida, no temí sus

amenazas, antes bien alargándole la mano, le respondí : — Sí, Espítamenes, espérame : nosotros iremos juntos á terminar nuestras diferencias delante de Alejandro.

Despues de esta vision me levanté de repente, y la mañana siguiente, que fué ayer, salimos de la ciudad con los que venian á socorrer á Casandro; pero la pobre Teane queriendo sacar su caballo de entre los otros, cayó á los pies de los que marchaban junto á ella, los cuales la atropellaron de manera que murió delante de mis ojos. Esta muerte la hubiera yo sentido en el alma, si no hubiera estado en ánimo de seguirla; pero en lugar de llorar por ella, cuyo afecto merecia muy bien mis lágrimas; esclamé : — ¡ O Teane, aguárdame, muy presto te haré compañía, y sacando el caballo delante de todos mis compañeros, que tenian orden de no moverse de las puertas, me fuí á vos, ó Demetrio, de quien he recibido el favor de esta herida, que á vos os causa tanto sentimiento, y á la desgraciada Hermione la satisfaccion que podia esperar.

Ved aquí, ó Demetrio, la vida de esta desdichada muger, á quien tan ciegamente habeis entregado vuestro amor. Ahora que ya la habeis conocido, estareis libre de aquellas inquietudes que manifestais tener por su muerte. Los

dioses son testigos de que esta es la mayor de las causas que me han obligado á haceros esta narracion, y el fruto que espero, es que con esta noticia que os he dado de tantas miserias, queac aso en cualquiera otra vida no han sido tan continuas, no sentireis tanto el fin de la mia, y confesareis conmigo que en el estado á que me habian reducido mis infortunios, solo la muerte era el único bien que ahora podia desear.

De esta manera acabó Hermione su historia, dejando á todos los que la habian escuchado atónitos, y llenos de compasion.

Ya empezaba cada uno á decir su sentir, y todos juntos á escusarla de la muerte de Espítamenes por las poderosas razones que tenia para librarse de él, cuando el enamorado Demetrio, que la habia oido con la mayor impaciencia, interrumpió la conversacion, y tomando las últimas palabras de Hermione, la dijo:
— Nada me habeis dicho que pueda disminuir la pasion que os tengo, y estais muy engañada si habeis creido que por lo que habeis contado sois rea en mi opinion. Aquel monstruo, á quien tan malamente os habian asociado los dioses, aquel bárbaro y traidor Espítamenes, no solamente era digno de la muerte que ha sufrido, sino de mil muertes juntas: y si se os debe vi-

tuperar alguna cosa, es el haber diferido tanto tiempo la venganza que debiais á vuestro padre, y de haberos obstinado en amar á un hombre que reconocia tan mal vuestro amor. Por grande que fuese Alejandro entre todos los hombres, era demasiado afortunado por vuestro afecto; y si él os hubiera conocido como yo, sin duda hubiera olvidado sus conquistas por entregarse todo á vos: y ojalá que una partecita de este amor tan mal recibido, se hubiera reservado para el desgraciado Demetrio, que moriria de amor sin la mezcla de dolores y remordimientos, que le hacen su destino horroroso.

Diciendo esto el apasionado Príncipe notó que Hermione se demudaba, y poco despues que se la cerraban los ojos de flaqueza. Afligido su amante al verla en este estremo, y teniéndola por muerta ó por moribunda, se puso al lado de la cama, y la tomó las manos con mil muestras de amor. Esto hizo algun efecto, pues volviendo en sí Hermione, le dijo: — ¡Ah, Demetrio, ya he conocido vuestro amor, pero ya no es tiempo de poder corresponder.

El tímido Demetrio se volvió entonces á su puesto, pero tan triste y afligido, que parecia haber perdido todo conocimiento. Iba visible-

mente Hermione perdiendo sus fuerzas, y los cirujanos y mugeres que la servian, viendo que se acercaba la noche rogaron á todos que se retirasen. Obedecia Demetrio con tanta repugnancia, que fué necesaria toda la autoridad de su padre para hacerle consentir: él no tomó alimento; y metiéndose en la cama por el mandamiento de su padre, pasó la noche con mas inquietud que la antecedente.

La mañana siguiente pasando á la estancia de donde no se habia apartado su corazon, halló á Hermione tan flaca y debil, que no dudó de su muerte: y sin embargo de que los cirujanos no le quisieron descubrir la verdad, conoció muy bien que su estrella estaba á punto de eclipsarse, y de traer á su alma una noche sombría, llena de dolores mortales, y de tinieblas eternas. ¡Oh, con qué escesos de dolor conoció esta verdad, y manifestó su desesperacion! Él se paseaba por la sala con ojos espantados, mesaba los cabellos, rasgaba los vestidos, sin hacer cosa alguna que no fuese furiosa. Antígono su padre empleaba vanamente sus palabras, y aun sus mismas lágrimas para ponerle en su acuerdo, pero él estaba sordo á las unas, y ciego á las otras. Acercándose entonces Tiridates, que estaba en el cuarto, y queriendo servirse de una libertad muy fuera del caso; le

dijo : — Demetrio, ¿qué es esto? ¿Quereis morir por una muger, y á mas de esto, por una muger enemiga, y por una muger indigna de las lágrimas que derramais?

No tuvo paciencia Demetrio para acabar de oirle, y echando mano á una espada que encontró, ya iba á vengar á Hermione con la sangre del indiscreto Tiridates, si por sí mismo, y á instancia de los presentes, no hubiera huido del peligro, saliéndose con la mayor prontitud de la estancia. — ¿Piensas tú, le dijo Demetrio viéndole salir del cuarto, que yo sufro las injurias que me haces? ¿No estás todavía satisfecho con la muerte de Hermione, y con la mia sin ultrajarnos con tus palabras? ¡Ah, pluguiera á los dioses que con mil vidas como la tuya y como la mia propia pudiera yo volverla la que la he quitado!

Dichas estas palabras se acercó á la cama de Hermione, y la abrazó por las rodillas con unos movimientos tan tiernos, y al mismo tiempo tan violentos, que todos los que estaban presentes le acompañaron en el llanto y en los sollozos, — ¡Oh, dioses, esclamaba él, ¿con que Hermione muere, y no dareis á mis lágrimas y á mis ruegos un poco de aquella vida que yo la he quitado con mis armas? ¿Triunfará la muerte de aquella que habeis puesto en

el mundo mas amable para mí, y no concedereis un poco de dilacion á los ruegos ardientes de un amante desesperado? ¿No podreis renovar á mi favor la fatalidad de Alcestes? ¿Ni estareis satisfechos si por la vida de Hermione os hago un sacrificio de Demetrio?

Mientras hablaba de esta manera, Hermione debil y moribunda como estaba se compadecia vivamente de sus pesares, y mirándole con unos ojos que ya empezaban á turbarse y á perder mucha parte de su resplandor por la cercanía de la muerte, le dijo: — Demetrio, vos me precisais á que os confiese que no muero tan esclava de Alejandro, que no admita vuestro afecto; pues en este último estremo de mi vida tengo unos movimientos que jamas habia conocido. Escusad á mi boca moribunda mas grande confesion; y si es verdad que me amais, moderad vuestros disgustos con la razon y á mis ruegos en esta necesidad que nos separa. Esta es sola la prueba que puedo y os debo pedir en recompensa de la última atestacion que os hago; esto es, que os doy de mi alma toda la parte que puedo daros ahora.

Esto fué cuanto pudo decir distintamente Hermione; pues poco despues habló tan bajo que apenas se la podia entender. Combatió algunas horas mas con la muerte, pero al aca-

bar el dia rindió su alma, quedando fria y pálida en los brazos de Demetrio, que en lance semejante padeció poco menos que ella, y perdiendo el sentido y el conocimiento le llevaron á la cama, quedando dudosos los médicos si este síncope era desmayo, ó verdadera muerte.



LIBRO QUINTO.

Entre tanto volvió Araxes de Babilonia cuatro dias despues de haber partido. Luego que le vió Oroondates le abrazó: Lisimaco hizo lo mismo, y ambos á dos con igual impaciencia le preguntaron por las Princesas. — Tan ignorante vuelvo, respondió Araxes, como cuando salí de aquí; y os puedo protestar con toda verdad que no he perdonado á fatiga alguna para saber de ellas. Todos creen en Babilonia que estan muertas, ó á lo menos si tienen alguna noticia de su vida, es en fuerza de vuestro desafio, y de vuestro manifiesto.

Quedaron los Príncipes muy afligidos con esta respuesta, y mirándose mutuamente con una

confusion que se dejó ver fácilmente en sus semblantes; — O Lisimaco, dijo entonces Oroondates, no se han acabado todavía nuestras aflicciones, y vos fuisteis muy desgraciado cuando os interesasteis en la fortuna de Oroondates: esta compañía os perjudicará mucho, y yo sin duda os conduciré á aquellas miserias eternas á que me han condenado los dioses.

— La fortuna, respondió Lisimaco, no está acostumbrada á tratarme mas dulcemente que á vos; y si nuestros males son contagiosos, no ganareis mas que yo en esta union de intereses.

— ¡Ah! añadió Oroondates, acaso nuestras Princesas no viven, y no nos han lisonjeado los dioses sino para hacernos mas sensible la pérdida despues de las esperanzas que nos habian dado.

— El amor de nuestros rivales, replicó Lisimaco, nos debe hacer creer que viven, pues sin duda antes moririan ellos que consentir en su pérdida, y yo no dudo que harán cuanto puedan para ocultarlas á la penetracion de Roxana.

En esto estaban cuando entraron en el cuarto Tolomeo, Cratero, Oxiarto, Poliperconte, Artabazo, Eumeno y la Reina Talestris. La noticia de la vuelta de Araxes los trajo al aposento, y

queriendo todos juntos saber el suceso de su viage, él lo contó en estos términos.

Luego que partí de aquí me puse en un instante en Babilonia, donde habiendo llegado dije á los soldados de la puerta que queria tomar partido, con lo que al instante me dejaron libre la entrada en la ciudad. En el camino me acordé que en otro tiempo habia tenido una estrecha amistad con Democles, ciudadano principal de Babilonia, que á ruegos mios habia obtenido por gracia y empeño de mi Señor un empleo en la casa de Darío durante el tiempo que permanecimos en Babilonia. Este beneficio que habia recibido de mi Príncipe, y en parte de mí, le habia hecho muy amigo nuestro, y ya habiamos recibido algunas pruebas de su afecto, por las que creí me podria fiar de él sin temor de que me vendiese. Luego que estuve en la ciudad, me fuí derecho á su casa, adonde ya habia estado otras muchas veces, y habiéndole por fortuna hallado solo, me dí á conocer.

Recibióme con mucho afecto acompañado con lágrimas de dolor y de alegría, y luego que le hice saber el motivo de mi viage, se ofreció á servirme con todo el empeño que se podia esperar de un hombre apasionado. No le dije ni en qué parage ni en qué estado se hallaba el

Príncipe mi Señor, antes fingiendo que lo ignoraba, me contenté con decirle que habia venido á Babilonia con deseos de saber de la Princesa Estatira, para poderlo referir á mi Señor en caso de tener la dicha de encontrarle. Democles entonces me aseguró que no habia sabido nada desde que se divulgó su muerte, en cuya noticia funesta ninguno tenia duda. Despues de esto le supliqué me permitiese permanecer oculto en su casa algunos dias hasta ver si podia averiguar alguna cosa, dándole á entender que peligraba mi vida si estaba descubierto, con lo que le obligué á que lo callase. Detenido, pues, en su casa todo lo que faltaba del dia, luego que fué de noche me salí por las calles, anduve largo rato al rededor de palacio, y de la casa de Perdicas, pero todo fué en vano, pues por mas que me acercaba á todos los corrillos, y por mas que aplicaba el oido para escuchar con la mayor atencion, y sin ser notado, lo que hablaban, perdia el tiempo sin sacar nada en limpio,

Con este motivo al dia siguiente le rogué á Democles en memoria de nuestra antigua amistad, y de la obligacion que tenia á mí Príncipe, que hiciese alguna cosa para llenar mi deseo, pasando á palacio, á las casas de los Príncipes, y á cualquiera otro sitio, en donde se pudiese

informar de mi pretension. Democles se empeñó en hacerlo con mucho cuidado, pero con tan poco suceso como yo, pues habiéndose hallado en todas las tertulias y casas de los Grandes, volvió tan ignorante como fué. Él me dijo que la muerte de las Princesas la confirmaban todos, que desde la muerte del Rey no habian parecido mas en Babilonia, y que todos se burlaban del error de vuestro manifiesto, del cual se habian hecho muchas copias en la ciudad.

Dos dias, y casi dos noches enteras se ocuparon en esto, y viéndome tan poco dichoso en la comision que se me habia dado, pasé á preguntar á Democles sobre las cosas de la guerra. Díjome francamente todo cuanto sabia, y luego que fué un poco tarde me llevó á ver los almacenes y las fortificaciones. Las hallé todas en el mejor estado que ellos pueden desear: grande provision de armas y de víveres, y la ciudad muy bien guarnecida de las tropas necesarias para la defensa. Las que esperaban de los aliados iban llegando cada dia, y las acampaban cerca de la ciudad á la otra parte del rio. Era el número tan grande que ya estaba cubierta la campaña, y habiendo oido ayer que ya habian arribado las últimas, y que Perdicas amenazaba con la batalla, me pasé con Democles al campo. Allí ví un número infinito de soldados, de tien-

das y de carros: pero segun el juicio que se podia formar á ojo, no son menores sus fuerzas que las vuestras.

Mas deseando yo saberlo todo por menor, me salió tan bien, que Demoeles me trajo esta mañana una lista; y como ahora tengo fresca la especie, ved aquí los nombres de los Capitanes, y el número de tropas de que está compuesto el ejército. Seleuco ha traido á su mando quince mil Macedonios, compañeros de los de Cratero y de Poliperconte. Alcetas ha hecho venir de la Media menor cuatro mil caballos, y cinco mil soldados, y Acropato de la Media mayor tres mil caballos, y ocho mil infantes. De la Licia, y de la Panfilia ha traido Nearco cuatro mil caballos, y seis mil infantes, y Casandro ocho mil hombres, y cuatro mil caballos de la Caria. Leonato ha conducido tres mil caballos, y siete mil soldados de la Frigia menor. Neoptolemo igual número de Persas, y Peucestas seis mil Babilonios. Sino ha traido de Susa mil caballos, y tres mil infantes. Axiareo dos mil caballos de la falda del monte Caucaso. Esciteo y Amintas de la Bactriana y Zogdiana, que los dos han mandado, ocho mil hombres. Estanor cuatro mil caballos Dracos y Argenios. Arteo tres mil caballos Pelasgos. Nicanor y Andiagoras cuatro mil caballos, y ocho mil hombres de

la Parthia, y Antíjenes y Teutamo seis mil Argiruspidas, tropas famosas que se adquirieron tanta fama bajo el Rey Alejandro.

Este es todo el número de los que componen el ejército, cuyos Capitanes han elegido de comun consentimiento por General á Perdicas, quien por atencion y cortesía queria ceder el mando, y hacer este honor á Seleuco, á Casandro y algunos otros, pero ellos se han escusado; y habiendo confirmado Roxana esta eleccion, le ha obligado á aceptar. Esta eleccion se ha hecho esta mañana segun me dijo Democles, á quien tambien he preguntado por Arsaces. Solo me ha dicho que creia permanecia todavía en casa de Seleuco, en donde se acababa de curar de sus heridas: que la ciudad estaba llena de la fama de su valor, y que tenian en él muy grandes esperanzas: que no se espera menos de un valeroso incógnito, que hace pocos dias se halla en Babilonia, y que ha hecho maravillas en una batalla que se ha dado. Díjome tambien que Casandro habia llevado muy á mal la acusacion que se le hacia en el manifiesto, y se habia obligado delante de todos los Príncipes á justificarse, jurando que habia de perseguir á sus calumniadores á sangre y fuego: que muchos del partido le tenian por inocente, pero que entre todos los demas era muy

sospechoso : que esto no le impedia para declararse abiertamente enamorado de Roxana, y que no obstante el resentimiento de esta por semejante atrevimiento, la confianza que tenia con ella le habia llenado de tal manera el corazon que no ocultaba el amor que la tenia.

Despues de estas noticias que me contó Democles, tambien he sabido por él mismo que Neoptolemo salia por esta parte con alguna caballería, y deseando aprovechar la ocasion de retirarme, le dije á Democles que queria ser de su partido, y montando poco despues á caballo, llegué á las puertas con las tropas de Neoptolemo. Salí entre los otros sin dificultad, y viéndoles tomar un camino muy diferente de nuestro campo, me desmonté fingiendo acomodar la silla del caballo ; y habiéndoles dado con esta escusa tiempo de alejarse, he vuelto aquí felizmente.

Así dijo Araxes ; y todos los Príncipes, despues de haberle escuchado con la mayor atencion, comenzaron á hablar sobre las noticias que habia traido : despues de varios computos vinieron á sacar que el ejército enemigo estaba compuesto de cerca de cuarenta mil caballos ; y mas de ochenta mil infantes ; y aunque el número de los suyos era poco diferente, estando los enemigos fortificados en una ciudad como

Babilonia, vecina á un rio como el Eufrates, y con un gran número de Capitanes que no cedian á ellos, los podian con razon hacer dudar del suceso de la guerra: pero no por eso perdieron nada de su valor, ni de la confianza que tenian en su tropa y en la justicia de la causa. Con este motivo llamaron á todos los Príncipes y Capitanes para tener un consejo, al cual concurrieron todos los acostumbrados, menos Antígono que se hallaba muy ocupado con su hijo Demetrio, á quien no podia abandonar.

Este joven Príncipe despues de haber hecho los esfuerzos imaginables para morir siguiendo á Hermione, y dejado los otros que se hallaban presentes, cuyas fuerzas apenas podian detenerle, se redujo al fin á unos términos menos violentos por la autoridad y por las lágrimas de su padre. Ya habia pasado toda la noche entera, y mucha parte del dia siguiente al lado de su cama, sin poderle arrancar el deseo de morir en que estaba obstinado, y cuando Antígono reconoció que sus ruegos no le hacian impresion alguna, le presentó el pecho desnudo, y poniéndole la espada en la mano; — Toma, le dijo, esa espada que te ofrezco, ó ingrato y cruel Demetrio, pero es preciso que antes la pases por el pecho de tu padre.

Estas palabras proferidas con una voz estra-

ordinaria, y la autoridad paterna hicieron efecto en Demetrio, y le redujeron en gran parte á su deber: con esto templó su desesperacion, pero no el dolor; y temiendo abreviar los dias de un padre á quien ademas del nacimiento tenia otras obligaciones particulares por lo que le amaba tiernamente, se quedó mas obediente, y mudó sus primeras violencias en lágrimas, en sollozos, y en llantos capaces de ablandar los mas duros corasones. Todo cuanto puede producir la aspereza y el rigor de los dolores se vió en este Príncipe: los ojos anegados en lágrimas no miraban á nadie, su boca no articulaba una palabra, y el rostro que con el dolor parecia mas hermoso no mostraba cosa que no fuese digna de compasion.

Antígono en fin, mirando por su hijo hizo enterrar á Hermione con mucha pompa; pero cuando Demetrio vió que sacaban el cuerpo de la tienda, cayó en otro desmayo mas largo y mas peligroso que el primero; y si el respeto que tenia á su padre le impedia ponerse las manos con violencia en sí mismo, el dolor que no conocia poder alguno, le puso muy cerca del sepulcro.

Los Príncipes que sabian mucha parte de su pena, le vinieron á visitar despues de tenido

el consejo, y pasando el resto del dia al lado de su cama, procuraron consolarle con ejemplos, y con razones. En el principio sacaron poco fruto, pero como tenia el espíritu naturalmente dulce, no desesperó Antígono de traerle á sí con el tiempo, y con el poder de padre.

El dia siguiente estando todos juntos en el pabellon de Lisimaco, que comandaba aquel dia, les hicieron saber que cinco ó seis hombres de los enemigos habian salido de la ciudad, y acercándose al campo, pedian salvo conducto para hablar al General de parte de los enemigos. Desde luego se les envió lo que pedían, con cuyo motivo entraron poco despues en la tienda. Al instante fué conocido de muchos de la compañía Clitofonte, escudero de Perdicas, y habiéndose adelantado á sus compañeros, y obtenida la licencia de los Príncipes, dijo así: — Venimos aquí de parte de la Reina Roxana, y del Príncipe Perdicas mi Señor, á quien todos los demas han cedido la autoridad soberana: hasta aquí ha estado esperando el recobro de su salud, y el arrivo de nuestras tropas: ahora que los dioses y los amigos le han concedido uno y otro, no quiere retardar el deseo que podeis tener de terminar esta guerra, cuya dilacion seria molesta á todos,

por lo que nos envian á presentaros la batalla.

Todos los que estaban en la tienda se alegraron infinito, y con las palmadas que dieron les hicieron conocer el gusto con que habian recibido el convite. Pero por cuanto manifestó Clitofonte que todavía tenia que decir, hicieron señal de silencio para escucharle, y prosiguió así: — No hay duda, Señores, en que recibís con mucho gusto esta propuesta, pero para la ejecucion conviene facilitaros los modos. El Eufrates separa los dos ejércitos, con que es forzoso que uno de los dos le pase para venir á las manos. Si deseais que sea el vuestro, Perdicas os dará toda la seguridad que pidais para el pasage, en cuyo tiempo no recibiréis incomodidad alguna de los nuestros, ni mientras pongais los vuestros en batalla en el sitio que hayais escogido hasta el dia determinado á la decision de nuestra guerra. Si esta condicion os agrada, se os enviarán los rehenes; y si hallais algunas dificultades que nosotros no tenemos á causa de los puentes que conservamos en la ciudad, concedednos salir libremente de ella, y acampar entre nuestras puertas y vuestras trincheras, y os prometo la batalla en el término de diez dias. Este es el tiempo necesario para la preparacion de una y otra parte, y para

lograr la perfecta curacion de algunas personas que quieren tener parte en la gloria con sus compañeros.

Despues de haber hablado Clitofonte le pasaron á otra estancia, en tanto que los Príncipes determinaban la respuesta que se le debia dar. Desde luego tuvieron la propuesta por franca y razonable, y muchos de ellos pensaron que esta idea se la habria inspirado á Perdicas, ó Seleuco, ó Arsaces, ó el valiente incógnito. Juzgaron, pues, de comun acuerdo que era mejor permitir la salida á los enemigos que pasar á la otra parte, tanto por la dificultad que tendrian para hacer los puentes de barcas, cuanto por no dejar un puesto en que estaban provistos de todo lo necesario, y en donde todas las plazas circunvecinas estaban á su devocion, sin la precision de pasar á otra parte en que todo el pais era enemigo.

Deliberada la respuesta, volvieron á llamar á Clitofonte, y Lisimaco con el consentimiento de sus compañeros habló así: — Todos estos Príncipes con quienes tengo el honor de estar unido, hallan muy justa la propuesta de Perdicas, y le alaban el deseo que tiene de terminar nuestras diferencias con una batalla: y para facilitar los medios permiten que hagan salir sus tropas con toda seguridad, y las disponga en

la vecina campaña, prometiendo abstenerse de toda suerte de hostilidad, durante el tiempo que nos habeis pedido. Con esta condicion vuestras ventajas son por lo menos tan grandes como las nuestras; pues si nosotros tenemos algunas plazas por nuestro lado, vosotros teneis á Babilonia, y libre el paso del rio. Perdicas ha olvidado solamente una condicion en su tratado para que estuviese lleno de generosidad: y pues sabe que toda esta guerra es por la libertad de las Princesas, debia haberlas dejado libres, ó ponerlas en personas neutrales para consignarlas al vencedor despues de la batalla ó finalizada la guerra.

Habiendo hablado así Lisimaco, Clitofonte respondió que á esto no se estendia su comision, y que Perdicas no podia entregar las Princesas, porque ni estaban, ni jamas habian estado en su poder: y que él y sus amigos creian que si vivian estaban en poder de Lisimaco y de sus compañeros, sirviéndose de este pretesto para cubrir otros que los movian á la declaracion de la guerra.

—En esto, replicó Lisimaco airado, manifiesta Perdicas que no puede desmentir su condicion, y que mas bien sigue sus movimientos propios que los de sus generosos amigos que le han inspirado el deseo de la batalla; para la

cual, si él confesase la verdad, le aconsejarian sin duda lo mismo que ha pedido: pero por cuanto seria muy dificil disminuir sus particulares intereses ni aun la consideracion de la virtud, esta dificultad no romperá nuestro tratado, y para dar ó tener la batalla recurriremos á condiciones mas injustas con la esperanza que tenemos de que los vencedores impondrán la ley á los vencidos, y que despues de la guerra, si nosotros tenemos la ventaja, les haremos dar cuenta de las Princesas que ahora nos niegan.

Esta fué la respuesta de Lisimaco que ofreció en rehenes á Alejandro, hijo de Poliperconte, y á Ilioneo y Cofas, hijo de Artabazo. Apenas acabaron de terminar el tratado, se adelantó uno de los compañeros de Clitofonte, que luego fué conocido de Oroondates, Tolomeo y otros muchos por el escudero de Arsaces, que pocos dias antes habia estado con ellos, y habia llevado á su Señor de parte de Oroondates la yerba de Tolomeo: y buscando entre todos al Príncipe de Escitia, vuelto á él con un continente atrevido, le dijo: — Señor, Arsaces ha recibido vuestro remedio, y ha recobrado la salud con el presente que le habeis enviado; se ha servido de él sin sospecha alguna, y sin otro sentimiento que el de haberos quedado en

obligacion á su pesar: si vuestras diferencias fueran de otra naturaleza, desde luego seria vuestro amigo: mas respecto de que esta mudanza es imposible, en vez de la amistad os franqueará su estimacion: y para no ser ingrato al beneficio que ha recibido de vos, os dará muy presto las gracias con la punta de la espada.

Habiendo este atrevido criado de un Señor tan grande hablado de esta manera, toda la compañía le miró con alguna atencion, y acercándose Oroondates á él con ojos enfurecidos: — Amigo, le dijo: tú dirás á Arsaces que no espero de él agradecimiento alguno, y que la intencion que he tenido le dispensa de toda obligacion; que no puedo despreciar la estimacion de un caballero tan valiente; que estoy tan pagado con ella como con su amistad, la que no puedo recibir de él; que á la primera vista terminaremos las diferencias, que hasta la muerte se opondrán á nuestra reconciliacion, y que para defenderme de la espada con que me amenaza, traigo otra que no debe despreciar.

Esta fué la respuesta que dió Oroondates al escudero de Arsaces, y al instante despacharon á Clitofonte, y se volvió á Babilonia.

Estendida esta noticia por el campo, todo el ejército se preparó de veras para la batalla. Los

capitanes no se descuidaron en poner sus tropas en buen estado, y los soldados, guerreros por sí mismos, despertaron el ánimo para pelear con aquel valor, que durante la vida de Alejandro los tenia incesantemente ocupados. Con este fin unos se entretenian en los ejercicios necesarios para el combate, otros limpiaban las armas, y todos juntos se preparaban con indecible gozo para este dia grande que debia decidir sus diferencias.

Los Príncipes no se descuidaban en buscar todo cuanto les podia servir de ventaja: visitaron con la mayor diligencia los almacenes, y proveyeron de armas á los que no las tenian, ó no eran buenas. Laomedonte y Menandro tuvieron el cuidado de preparar los carros de guerra, armados de guadañas y hojas de espadas, semejantes á las que se acostumbró servir Darío en sus ejércitos, y Poliperconte como capitan mas esperimentado tuvo el de instruir á los oficiales, y escuadronar y amaestrar á los soldados en el modo de combatir. Aun no habia llegado el tercer dia, ya se vieron salir escuadrones de Babilonia, los que continuaron saliendo por dos dias enteros : acamparon treinta estadios distantes de sus enemigos, los que cubrieron una gran parte de la llanura con tantos hombres, armas y caballos. La distancia de los

ejércitos no era tanta de una parte á otra, que no se pudiesen distinguir, y la seguridad que se habian prometido, permitió á los unos y á los otros acercarse á tiro de arco.

Ya Oroondates habia recobrado sus fuerzas, sintiéndose cada vez mas vigoroso para disputar sus legítimas pretensiones contra Arsaces, contra Perdicas y contra todo el mundo: por esta razon esperaba con impaciencia este dia, para hacer ver á sus nuevos compañeros, que solo le habia faltado la fortuna para superar la fama de Alejandro. Ya estaban ellos en este juicio, y en su conversacion descubrian todos los dias en él mil cosas grandes que les obligaba á mirarle como un hombre sin igual. No estaba menos impaciente Lisimaco, esperando el combate que tanto habia deseado; pero su gozo se minoraba en parte, con cierta inquietud que se dejaba ver en su rostro. Estaba afligido en estremo por Arsaces, cuya persona estimaba mucho y de quien era muy amigo, disgustándole que fuese del partido contrarío; y despues de haber pensado largamente cómo les quitaria un socorro tan considerable, resolvió al fin verse con él, hablarle, atraerle á los suyos, y reconciliarle con Oroondates. Las dificultades que él previó en esta materia, no fueron bastantes á hacerle mudar de pensamiento, y mientras me-

ditaba en esta idea, acercándosele la bella Reina Amazona, la comunicó su proyecto.

Talestris, que conocia muy bien el valor y la persona de Arsaces, y que hacia grande estimacion de uno y otro, desde que combatió en su compañía en la batalla que dió contra Arimbas en los confines de la Escitia, aprobó la resolucion de Lisimaco, y procuró confirmarle en ella con muchas razones que le alegó. Entre otras le decia la Reina; — No hareis poco servicio á nuestro partido, si debilitais el de los enemigos, quitándoles una persona como Arsaces, y no será menor nuestra satisfaccion, si le podeis hacer amigo de Oroondates. Ello es fuerza que haya alguna cosa entre los dos que yo no puedo comprender, ni llego á acabar de entender como Arsaces, que nunca ha estado en estos paises, le haya podido robar en un instante los afectos de Estatira.

— Yo estoy tan confuso, respondió Lisimaco, que jamas he podido imaginar la causa; pero yo procuraré averiguarlo, y mañana iré cerca del campo enemigo, adonde haré llamar á Arsaces por un Trompeta, y si tengo tiempo de hablarle, acaso sacaré de la conversacion alguna noticia que no sea inutil.

— Yo os acompañaré, dijo Talestris, y con esto tendré el gusto de volver á ver el rostro de

quien en otro tiempo fué mi General, aunque él no me conozca, ni por esta ocasion quiera yo dejarme conocer.

Aceptó Lisimaco la oferta de la Reina con mucha cortesía, y se preparó con ella para esta vista, escribiendo á Arsaces un billete que decia así:

LISIMACO AL GRANDE ARSACES.

« Aquel, á quien prometisteis el honor de vuestra amistad en el Templo de Apolo, y despues en la ribera del Eufrates, nunca hubiera creido que debieseis estar en el número de sus enemigos; y no puede serlo vuestro, cualquiera que sea la eleccion de partido que habeis hecho. Si os agrada esta verdad, no le negueis vuestra vista, puesto que él no la desea sino para aseguraros que sus intereses no impiden el afecto que os ha jurado, y que por ser amigo de Seleuco, no debeis aborrecer á Lisimaco. »

Al dia siguiente, que era el octavo de los diez que habia pedido Clitofonte; Lisimaco y la valiente Talestris montaron armados á caballo, sin comunicar á nadie su intencion, y llevando un Trompeta con ellos, marcharon hácia

el campo de los enemigos, y se detuvieron trescientos ó cuatrocientos pasos distantes del primer cuerpo de guardia, y habiendo instruido al Trompeta en lo que debia hacer, esperaron su vuelta.

No tardaron mucho en esperar, pues en menos de media hora vieron venir al grande Arsaces, acompañado de otro caballero, que habiendo sabido por el Trompeta el estado de Lisimaco, no habia querido dejarle venir solo, y tenia el gusto de volver á ver á Lisimaco, con quien habia tenido alguna diferencia. Luego que los dos amigos se reconocieron, se avanzaron á galope, y los que los habian acompañado se retiraron por cortesía, dándoles lugar para que hablasen antes á su gusto.

Acercáronse Arsaces y Lisimaco, y desmontados de los caballos, que dejaron al cuidado del trompeta, despues de haberse alzado las viseras, se abrazaron cariñosamente muchas veces. Entonces Arsaces con un rostro magestuoso y una voz agradable y llena de dulzura, le dijo así: — ¿Con que aquel hombre, en quien, sin otro conocimiento que una simple vista y un breve razonamiento, puse todo mi afecto, era el Príncipe Lisimaco? ¿y aquel que hacia tanto mérito de algunas cortas hazañas de Arsaces, era el mismo que por otras mil mas

bellas ha estendido su fama por todo el mundo?

Lisimaco se sonrojo con estas palabras, y no permitiéndole la continuacion de ellas, le respondió : — Es propio del grande Arsaces dispensar sus glorias á los demas, y los que tienen la fortuna de ser amados de él, deben esperar de su afecto lo que no pueden conseguir con sus acciones. Yo habia pretendido alguna parte, ó Arsaces, en este afecto que solo he merecido por vuestra bondad, y las esperanzas que me habeis dado, me hacian aguardar de vos aquella asistencia que ahora dais á nuestros enemigos. Yo no pretendo vituperar las acciones y la justicia de su causa delante de quien se declara su amigo, y lo mucho que os debo me hace callar lo mismo que publico por todas partes; pero no puedo disimular el pesar que tengo al ver contra nosotros aquellas armas, á quienes ordinariamente acompaña la victoria : y aunque Seléuco y otros muchos que estan á vuestro lado, sean dignos de vuestra amistad, no puedo menos de envidiarla, y doblar el odio que les tengo por esta conocida ventaja.

Entonces Arsaces le abrazó de nuevo, y dando paso á algunos suspiros que salian de su pecho; — Os agradezco infinito, le respondió, el caso que haceis de mi amistad, y este testimo-

nio de la vuestra es el mayor consuelo que puedo recibir en mi desgraciada fortuna : pero os juro por los mismos dioses, que me colman de tantos infortunios, que jamas seré vuestro enemigo. Tengo motivos poderosos y razones particulares para amaros : y si ahora veis que tengo empeñada mi palabra con los que no son vuestros amigos, no acuseis, ó Lisimaco, sino á la crueldad de mi hado. Es verdad que debo la vida á Seleuco y á Casandro, y que debo muchas obligaciones de bastante consideracion á Perdicas; pero otra razon mas poderosa es causa de que yo me haya puesto de este partido, y en cualquiera parte del mundo que yo encuentre al cruel verdugo de mis dias, emplearé alli mis armas vengadoras, hasta que derrame la última gota de mi sangre. Mas digo todavía, si entre los brazos de mis padres me le hubieran dejado los dioses, allí le daria la muerte si fuera posible, y atravesaria lo que mas estimo en este mundo, para destruir á quien me ha quitado con crueldad y con la mayor injusticia lo que con unos servicios que no tienen precio, con la mejor parte de mi sangre y con mi propio honor creia haber comprado. No, no, Lisimaco, en el estado miserable en que me hallo, yo no soy señor, ni de mis sentidos, ni de mis acciones, y esta ingrata, que

tan indignamente me ha abandonado, me ha quitado con las esperanzas el poner disponer de mí mismo. Es preciso que sea impolítico, es fuerza que sea ingrato, porque estoy desesperado, y los dioses me ofrecen cada dia nuevas ocasiones de manifestar que cuanto tenia de bueno, todo lo he perdido con la inhumanidad de mi destino : ellos todavía quieren que sea deudor de la vida á mi implacable enemigo, porque conocian que no puedo menos de serle ingrato, y que el sangriento ultrage que de él he recibido, sofoque en el alma todo el reconocimiento que le debo. Otras veces hubiera atravesado los mares por satisfacer á una corta obligacion, y ahora bajaria á los infiernos para sacrificar á mi justa cólera á aquel de quien he recibido el beneficio. Vos, ó Lisimaco, debeis tener compasion de estas miserias de mi vida, y perdonarme aquella eleccion que mi amor, mis zelos y mi rabia han hecho contra mis primeros sentimientos, y contra el afecto que os profeso.

Dijo Arsaces estas palabras de manera, que sacaron las lágrimas á Lisimaco : pero fué mayor su admiracion, considerando que Arsaces no se podia quejar con justicia de Oroondates, que habia merecido mejor que ninguno la posesion de Estatira, á quien no habia podido

Arsaces servir sino algunos momentos: entonces se halló en la mayor confusion, y queriendo tener de él mas seguros indicios para certificarse, le dijo así: — Yo siento vivamente vuestros disgustos como si fuesen mios; pero ó no comprendo la causa, ó conozco en vos muy poca justicia. Este rival, de quien os quejais tan agriamente, se queja de vos con mas razon que vos de él, si no hay equivocacion en el asunto, pues hay pocos que ignoren que él ha pasado toda su vida en el servicio de esta Princesa, que vos le habeis robado en una hora. Mas bien fundada está su desesperacion que la vuestra, cuando se acuerda de lo que ha hecho por ella; y cuando estaba á tiempo de recibir la recompensa que le era tan debida, en fuerza de una ligereza prodigiosa la vió en vuestros brazos, y se conoció abandonado con la mayor ingratitud por vos, que apenas la habiais servido y muy poco conocido.

— ¿Yo, respondió entonces el impaciente Arsaces, yo apenas he servido á mi Princesa, y apenas la he conocido?

Iba Lisimaco á satisfacerle, y sin duda se hubieran aclarado muchas cosas, si un accidente impensado no hubiera cortado la conversacion: el caso fué de esta manera.

La Reina Amazona, despues de haber oido

aun á lo lejos mucha parte de lo que habian hablado, se quiso al fin acercar á ellos, y á su ejemplo el compañero de Arsaces dejó el puesto en el que se habia detenido, y luego que estuvieron mas cerca de lo que habian estado hasta entonces, poniendo los ojos Talestris en este caballero, vió en el escudo la formidable seña de los buitres, cuya fama era tan conocida por el valor de quien la traia, como era incógnito su nombre. La Reina se acordó de la batalla que habia tenido con él, y de la generosidad con que la habia defendido de la supercheria de Casandro, y alegre con este encuentro quiso hacer con él conocimiento mas particular. Con este fin dirigió hácia él su caballo, y alargándole la mano al llegar, le dijo ella: — Valiente caballero, puesto que he probado tus fuerzas en combate, es preciso que te dejes conocer, y que yo haga amistad, si es posible, con un tan bravo y tan generoso enemigo.

El incógnito, que no cedia á ninguna persona de este mundo en cortesía, se acercó á la Reina, y viendo que ella tenia la mano en la visera para descubrir el rostro, levantó el incógnito la suya, y al mismo tiempo se dejaron ver sus semblantes. La cabeza de la formidable Medusa no produjo jamas efectos mas estraños, como lo que mutuamente causó esta vista en

estas dos personas, pues si el incógnito quedó sorprendido con el encuentro de la Reina, la Reina perdió el sentido luego que reconoció en el incógnito á su infiel Orontes. Inmediatamente cayeron los dos en tal confusion, que parecian dos estatuas de marmol, quedando incapaces de articular una palabra, ni de ejecutar cosa alguna.

Estuvieron mirándose largo tiempo con unas agitaciones muy diferentes de aquellas antiguas ternuras, y con unas ojeadas llenas de fuego se daban á entender mutuamente los violentos deseos de que estaban conmovidos. Ellos todavía no daban entero crédito á sus ojos, y esta incertidumbre les tuvo largo rato en la irresolucion, en el silencio, y al mismo tiempo insensibles. Al fin ya no dudaron de la verdad, y la Reina menos señora que Orontes de sus furiosos resentimientos, echó mano á la espada, y mirando al cielo con una accion terrible; — ¡Oh dioses! esclamó: vosotros me habeis puesto delante á aquel desleal, que os ha invocado tan indignamente en la falsedad de sus juramentos; — Y sacando la espada, despues de haber llamado traidor infinitas veces á Orontes, se arrojó á él con una furia igual á la tigre á quien han robado sus cachorrillos. Vuelto en sí Orontes, y huyendo de las miradas y proxi-

midad de Talestris; — Ojos mios, esclamó: ¿es posible que volveis á ver á esta desleal?

Con todo aunque Orontes no estaba menos indignado que ella, estuvo mas detenido, pues teniendo respeto al sexo, y á la persona á quien habia amado tanto, dejó su espada en la vaina, y se contentó con retroceder oponiendo su escudo á los golpes que ella le tiraba. — Déjame, decia él entonces, déjame, muger ingrata, muger infiel, y no desahogues tu cólera contra un hombre inocente de la pérdida que hiciste.

— No respondió la Reina á estas palabras, sino arrojándose á él con voces confusas, y con injurias redobladas, le dió á entender ó que le queria dar la muerte, ó queria morir ella.

Volviendo Arsaces y Lisimaco el rostro á este ruido, quedaron admirados de un suceso tan poco previsto, y viendo Arsaces la forma de este combate, tuvo alguna vergüenza, y mucho disgusto al ver retroceder, ó por mejor decir, al ver huir de su enemigo á este valiente compañero, cuya fama era tan grande. Con este motivo se arrojó al caballo, y se avanzó á él, al ejemplo de Lisimaco, que se inclinó hácia la Reina; y entonces Orontes buscando el asilo de Arsaces; — Libradme, le dijo, libradme de esta pérfida muger, pues tengo por mas cruel su vista que la muerte que quiere darme.

—¡Ah, monstruo de infidelidad, respondió Talestris, toda fuera de sí, no creas que la asistencia de Arsaces, ni la de todos los hombres del mundo te puedan librar de mi justa indignacion:

Y diciendo esto atravesó por entre Arsaces y Lisimaco con tanto ímpetu, que estos dos hombres valientes no pudieron detenerla. Y porque ya habian empezado con semejante suceso á sospechar de la verdad, procuraron los dos aplicar los remedios á un mal tan pronto y tan violento, empleando todas sus fuerzas y todas sus persuasiones para detener y mitigar el ánimo de la Reina: pero si las fuerzas obraron alguna cosa, las palabras se dijeron al aire, pues de tal manera se encendió la cólera de Talestris, por el estorbo que oponian á su gusto, que apenas se pudo contener, sin descargar contra ellos mucha parte de su corage.

Acaeció este suceso tan cerca del campo de Perdicas, que al instante se pusieron en armas, y Casandro que no estaba muy distante de Orontes, creyendo que se hacia á su amigo alguna superchería, y hallándose armado para cualquiera cosa que ocurriese, montó prontamente á caballo, y seguido de algunos de los suyos, corrió á rienda suelta hácia Tales-

tris y Lisimaco, diciendo á voces, que rompian el tratado, y que eran dignos de muerte. Orontes, que por medio de Arsaces y Lisimaco procuraba retirarse á su campo, quiso detenerle, pero fué en vano, porque Casandro viendo á la Reina que con espada en mano intentaba librarse de aquellos que la detenian, y que todavía llamaba á Orontes traidor y cobarde, se avanzó á ella, y sin considerar la desigualdad de las partes, la dió un golpe sobre el casco con tanta fuerza que la hizo bambolear : ya se preparaba Casandro á segundar el golpe, cuando Arsaces, que la detenia, temiendo no la matase entre sus brazos, la dejó marchar.

Entonces la impaciente Talestris, cuya cólera no tenia necesidad de este nuevo motivo para inflamarse mas, apenas sè vió libre, se tiró á Casandro con una accion tan furiosa, que le hizo mudar de color : y ya estaba este meditando retirarse entre los suyos, cuando la Reina asegurándose en los estribos, le descargó sobre el yelmo un golpe tan pesado, que le tiró en el suelo. Hecho esto volvió los ojos y las voces hácia Orontes con mas fiereza que antes ; pero los que habian acompañado á Casandro, ya empezaban á volver las armas contra ella y contra Lisimaco, que empuñada la espada se habia puesto á su lado para defenderla, cuando

Arsaces, se opuso con todas sus fuerzas, y el mismo Orontes que ya se habia alejado, volvió el rostro y tiró de la espada para defender á su enemigo del peligro en que se hallaba. Al mismo tiempo llegó Seleuco, y como tenia tanta estimacion y poder, á ruegos de Arsaces contuvo aquella gente, y en tanto que levantaban á Casandro todo aturdido, rogó á Lisimaco detuviese á la Reina Amazona.

Todo el buen concepto que tenia formado Talestris de Lisimaco, fué necesario para obligarla á la retirada; pero ella al fin obedeció, viéndose imposibilitada para poder satisfacerse: y entonces buscando todavía con los ojos á su infiel Orontes, le dijo en alta voz: — En vano piensas alargar tu destino, pues aunque te me escapes de la batalla, te sabré buscar en el rincon mas oculto de la tierra.

Lisimaco al fin la apartó de aquel sitio, y se vió precisado á retirarse con ella, sin poder acabar su conversacion con Arsaces. Retiráronse al campo estos dos valientes, y durante el poco camino que habia, no pudo sacar Lisimaco á la Reina una palabra razonable. Con esta repentina mutacion de su genio apenas se la conocia: su rostro era todo de fuego, sus ojos parecian que arrojaban vivas centellas, sus movimientos la misma rabia y furor, y su modera-

cual [illegible]
tu an[illegible]
Er[illegible]
antes [illegible]
no p[illegible]
y solo [illegible]
lo mi[illegible]
que [illegible]
cuyo [illegible]
Queri[illegible]
hasta [illegible]
prud[illegible]
detu[illegible]
bian [illegible]
co p[illegible]
lante[illegible]
detr[illegible]
el ro[illegible]
Ya [illegible]
á to[illegible]
adel[illegible]
trop[illegible]
llero [illegible]
leva[illegible]
—[illegible]
var [illegible]
me[illegible]
ap[illegible]

to, le dijo así : — Aquel valiente incógnito, ó Oroondates, que en las orillas del Eufrates hizo cosas tan maravillosas, en el combate que tuvo contra Lisimaco y sus compañeros, y contra mí, no es otro que el desleal Orontes, á quien la justicia de los dioses ha traido al pie de los altares en donde será sacrificado.

Sorprendióse Oroondates, y habiéndole confirmado Lisimaco lo mismo que decia Talestris, admiró los efectos de la fortuna, y los estraños acasos con que juega con los mortales. — Con Perdicas está, prosiguió la Reina, y en el número de vuestros enemigos este enemigo mio particular : pero este monstruo de perfidia no estaba todavía bastante manchado con la que me habia hecho, sino agravaba sus delitos abrazando causas injustas y armándose contra el partido de su Señor natural. El cielo no ha querido que me halle en esta guerra, con solo el fin de servir á los vuestros, sino tambien para que el odio y el resentimiento ejecuten una parte de lo que el deber y la amistad me habian hecho emprender por serviros.

En tanto que Oroondates se preparaba para responder á Talestris, esta vomitó injurias y amenazas contra Orontes ; pero Oroondates conociendo que su genio impetuoso era dificil de aplacar, no quiso justificarle con ella, y ponién-

dose de su parte, solo la dijo que con este lance esperaba algun buen suceso para su tranquilidad.

Mientras se hablaban estas cosas, el triste Demetrio estaba á la orilla del rio llorando sobre el sepulcro de la difunta Hermione. Desde que dejó la cama era esta su ordinaria ocupacion, pasando allí los dias enteros, pues apenas se dejaba ver el sol, este afligido Príncipe, á quien sus pesares habian dejado inconsolable, salia de la tienda, y acercándose con una marcha debil y abatida al sitio de sus amadas cenizas, las rendia su homenage, sin buscar otro consuelo que el lúgubre ejercicio de su llanto. Este formaba arroyos que casi se mezclaban con el rio, y abrazaba con tanto ardor á los frios mármoles, que fué milagro no se animase la vida de Hermione; pues la ternura con que se lamentaba, era bastante para alcanzar de los dioses cualquiera otra gracia, cuanto mas la vuelta del espíritu á aquellos miembros frios. Se habia erigido el sepulcro con una magnífica estructura, en donde sobre una plancha de bronce el afligido Demetrio habia hecho grabar este epitafio.

PASAGERO,
TU SERAS CRUEL, SI EXAMINAS ESTA VIDA
PARA CONDENARLA. HERMIONE FUE SIEMPRE BELLA,
HERMIONE FUE SIEMPRE INOCENTE.
Y SI ESPITAMENES MURIO POR SUS DELITOS,
HERMIONE MURIO POR LOS DE DEMETRIO,
QUE FUE AMANTE Y MATADOR DE HERMIONE.
LLORA SU DESTINO, O PASAGERO,
Y NO BUSQUES EN ESTE SEPULCRO SUS PRECIOSAS CENIZAS
SINO EN EL ALMA DE DEMETRIO.

Como estas eran siempre sus tristes ocupaciones, contrajo este joven Príncipe un humor tan melancólico, que le dejó en el aspecto muy poco diferente de los muertos. La compañía de los amigos, en la que en otras ocasiones hallaba mucha dulzura, no podia consolarle, y como todas las cosas eran negras en su alma, así quiso que fuesen negros los vestidos, los adornos y las armas: y si llevaba grabado en el escudo al dios del amor, le hizo poner en una postura muy diferente de la primera; pues si antes estaba pintado como triunfante, ahora se le veia postrado sobre un sepulcro, rotas sus flechas, rasgada su venda, y el carcax trastornado á sus pies con el mayor descuido.

Antígono, que amaba tan tiernamente á Demetrio, se sentia traspasar el alma con esta

afliccion, de manera que quedó como incapaz de poder cumplir las obligaciones de su cargo; y habiendo llegado el dia que debia preceder á la batalla, apenas se pudo conducir con los otros á la tienda de Oxiarto, para recibir y dar las órdenes necesarias en un caso tan importante. Reunidos, pues, los Príncipes, para disponer aquellas cosas que habian de hacer la sangrienta decision de la fortuna, cuyo término estaba tan inmediato, despues de haber recibido de todos los Oficiales una cuenta muy exacta del estado de sus tropas, comenzaron á determinar el orden que habian de tener en la batalla, dejándolo todo en tal disposicion, que al otro dia no tuviesen mas que pelear.

Todo este dia le ocuparon con el mayor cuidado y utilidad : visitaron el campo ambos partidos, y habiéndose encontrado en el mismo ejercicio muchos Capitanes, se vieron y se hablaron sin la menor señal de enemistad. Hiciéronse despues en el campo varios sacrificios, en los que se hallaron los Príncipes movidos de celo y devocion, haciendo ver á los soldados que debian esperar el buen éxito del cielo, pues mas bien dependia el suceso de la voluntad de los dioses, que de las armas. Se observó con gran cuidado y con mayor inquietud las entrañas de las víctimas sacrificadas, el humo y el

vuelo de los pájaros; mas aunque por estas señales conocieron los Adivinos la sangre que se habia de derramar, ignoraban el suceso, sin poder penetrar á cual de los dos partidos darian los dioses la victoria de un dia tan sangriento. Los soldados ocupaban la noche en cosas diversas : unos descansaban con el fin de hallarse fuertes para el combate que se les preparaba, otros limpiaban las armas, alimentaban los caballos, y todos juntos se animaban á una accion memorable, decisiva de tantas querellas.

Todavía no empezaba á despuntar el dia cuando ya sonaba por todas partes el ruido de las trompetas, despertando aun á los que estaban mas dormidos : ya el alba se dejaba ver clara y hermosa, cuando el sonido de los instrumentos bélicos, hiriendo las concavidades del bosque y las orillas del rio, despedian un eco redoblado, que en medio de una confusion tan terrible tenian alguna cosa de agradable. Los primeros que salieron de las tiendas vieron sobre el pabellon de Tolomeo un estandarte desdoblado, que reconocieron como señal de la batalla, y entre tantos millares de hombres no se halló uno á quien no agradase esta vista. El Príncipe Oroondates despertó de los primeros, y saludó este dia con una voz llena de gozo : y

despues de haber pedido los vestidos, dijo así:
— Hoy pelearemos por vos, ó Casandra, y seréis arrancada de las manos de Perdicas ó por Arsaces, ó por Oroondates: pero esto no será, prosiguió poco despues, ni por Arsaces ni por Oroondates: vos habeis abandonado á Oroondates por Arsaces, y vos vereis morir á Arsaces por las manos de Oroondates.

Dicho esto se arrojó de la cama, y apenas le comenzaron á vestir pidió sus armas diciendo:
— Veamos si con tantos dias de ociosidad, se me habrá olvidado el modo de armarme, y si habré puesto en olvido el oficio á que estuve destinado.

Así hablaba él cuando la Reina Talestris, á quien sus crueles pasiones habian dispertado de las primeras, entró en su cuarto, y despues de ella el Príncipe Lisimaco, Eumeno, Ilioneo, Tiridates y otros muchos. Oroondates alabó su diligencia, y especialmente la de la Reina, diciendo: — Me avergonzaria, Señora, de verme precedido y escitado de las damas, cuando principalmente se va á pelear por mi causa, si vos no fueseis la gran Talestris que en paz y en guerra nos precedeis á todos.

— Los que me juzgan, respondió la Reina, tan diligente, no deben envidiar á nadie, pues tengo la venganza demasiado sentada en el co-

razon, para esperar de ella ni un instante de reposo.

Entonces respondió Lisimaco diciendo : — Yo he visto á vuestro enemigo, y por las señas de su rostro y de sus bellas acciones le he cobrado tanto afecto, que desearia, ó que vos fueseis menos vengativa, ó que él se preparara á daros satisfaccion.

— Mi satisfaccion, dijo la Reina, está en la punta de la espada y en la sangre de mi infiel.

— Pluguiese á los dioses, Señora, respondió Oroondates, que se hallase inocente, y que con el poco reposo que me ha quedado, pudiese contribuir al vuestro.

La Reina, á quien desagradó este discurso, no dejó de responder con mucha cortesía : y entre tanto le trajeron las armas á Oroondates. Estas que eran obra del famoso Hiperion, se las habia presentado Lisimaco. En otro tiempo habian sido de Efestion, y habiéndolas recibido de él despues que se reconciliaron, le pareció que no las podia poner en mejores manos que en las del Príncipe de Escitia. Era la coraza de acero de Damasco, tan bien templado, que resistia á las armas mas cortantes, y adornada con una grabadura digna de su famoso artífice, y sobrecargada de oro con una industria maravillosa,

enlazada con follages con bella y conocida confusion. Del cuerpo de la coraza pendian sobre un tonelete de tela de oro unas planchas del mismo acero cubiertas con la misma grabadura rematando mas abajo de las rodillas con unos flecos de hilo de oro entrelazados con algunas perlas; las que salian de un hocico de leon en la espalda, y caian en las mangas de la casaca, eran de la misma hechura, materia y riqueza, y las de los botines que le cubrian de media pierna abajo eran semejantes, y brillaban igualmente así por el relieve del oro, como por el bruñido del acero. Pendia su fina espada de una pequeña cadena de oro, que parecia que la vomitaban dos muñones tambien de oro por detras y por delante de la coraza, y cuando ya estaba enteramente armado, le cubrió Toxario la cabeza con el yelmo, en el que el maestro habia echado todo el resto de su ciencia. Ademas de que el grabado era delicadísimo y mas relucientes las molduras, estaba la delantera cubierta de un águila, cuyas alas estendidas y plumage estaba dorado, y por detras se elevaba un cañon de oro, del cual se veia salir una larga cimera, rodeada de veinte plumas negras y blancas entresembradas de panecitos de oro.

Adornado y armado de esta manera salió de

su pabellon, acompañado de sus valerosos amigos, respirando por todos sus costados alientos mortales. A la puerta encontró un caballo que le habia enviado Eumeno, tan bien formado, que despues de Bucéfalo no se habia visto otro mejor. Era de pelo negro, atabanado de moscas blancas, con orden tan maravilloso, que parecia artificio lo que era solo entretenimiento de la naturaleza : la cola le arrastraba, y la clin confusa y graciosamente estendida le pasaba las rodillas. Oroondates le montó con la mayor ligereza, y le probó delante de sus compañeros con tanta destreza, tanto vigor y tanta gracia, que quedaron admirados de esta habilidad tan particular. Tomó despues con la mano derecha un fuerte dardo, y puso en el brazo siniestro un escudo muy poco diferente del del hijo de Telamon, y que acaso hubiera agoviado con su pesadez otro brazo que no fuera el de Oroondates. En medio del escudo se habia hecho pintar un amor fulminante, que pisaba algunos trofeos de armas amontonadas, y estaba rodeado de claras y negras nubes, teniendo en su mano derecha aquellos rayos que Júpiter acostumbra vibrar sobre los impíos, con el mote que en lengua escitia decia : *Nada contra el amor.*

Adornado así Oroondates hubiera parecido

muy poco diferente del dios de las batallas, si en medio de lo que tenia de terrible, no se hubiera presentado mas bello que lo que figuran las pinturas de este dios, á quien nada fué desemejante en la ruina de aquellos que se quisieron oponer á sus fuerzas, porque cada golpe suyo era un ministro de la muerte, quitando su mano la virtud á las yerbas mas soberanas. Marchó, pues, en medio de sus valientes amigos hácia el lugar adonde las tropas comenzaban á disponerse en forma de batalla, con atencion á las órdenes que se habian dado el dia antes. Allí encontró á Tolomeo, á Cratero, á Antígono y á todos los demas, empleados en las funciones de su cargo: pero aunque este era el dia en que tocaba el mando á Tolomeo, se descargó de él dividiéndole igualmente entre sus amigos, deseando que todos participasen de la gloria de esta empresa. Comenzó pues el dia con los sacrificios acostumbrados, celebrados con grandísima devocion, y reiterados ardientemente: y pasando desde aquí á tomar un corto alimento, se retiraron los capitanes á sus respectivos cargos, y se pusieron á la frente de las tropas que debian mandar.

El ejército se dividió en cuatro cuerpos, de los cuales el mas debil se componia de diez mil caballos y veinte mil infantes. El primero se

encomendó al Príncipe Oroondates, compuesto de Egipcios, bajo la direccion de Cleonemo, teniente de Tolomeo; de Sirios, bajo el mando del valiente Príncipe Licomedonte; de Lidios bajo el gobierno del bravo Menandro su Señor Soberano, y de Cilicios á la obediencia de Filotas. A la frente de estos y á los lados de Oroondates se puso la valiente Amazona cubierta con las mismas armas con que antecedentemente habia peleado, y respirando tan visiblemente su venganza, que parecia que arrojaba fuego por las aberturas de la visera. Aquel dia quiso ella pelear al lado del Príncipe de Escitia, siguiéndola con este mismo fin Oxidato, Tiridates, Ilioneo y Tornabazo.

El Príncipe Oxiarto comandó el segundo cuerpo, y debian combatir con él los Bactrios y los Zogdianos, bajo la direccion de Cofes, hijo de Artabazo: al padre le dispensaron los Príncipes asistiese al combate á causa de su vejez, pero que estuviese á la mira para dar consejo á los que respecto de la edad le podian poner en ejecucion: los de la Armenia, bajo el gobierno de Fratafernes, los de la Hircania, al mando de Filipo, y los de la Mesopotamia al de Arquesilao. Cerca de Oxiarto se colocaron Mitrano, Leostino, hijo de Ariobarzano, Lisandro, y Pisistrato, hijos de Fratafernes, y de Arquesilao.

El tercero fué conducido por el bravo y valiente Eumeno, á quien fueron señalados los suyos de Capadocia y Paflagonia, los de la Tracia, los del Ponto y los del Bosforo, nuevos vasallos de Lisimaco, y los Arabes y los Africanos que obedecian á Tolomeo. A Eumeno, que mandaba estas tropas, siguieron Menelao, hermano de Tolomeo, Leocario y Dioxipo hijos de Mentor, y Trasilo, hermano de Menandro.

El cuarto y ultimo cuerpo marchó bajo el cuidado del grande Poliperconte, compuesto de quince mil Macedonios, que habian conducido él y Cratero, de los Frigios, súbditos de Antígono, y de los Ilirios al mando de Calicrates, hijo de Filotas. Tenia cerca de sí Poliperconte á su hijo Alejandro, á Democrates, á Cleobulo y al mas valiente, mas bello y mas desconsolado Demetrio. Pálido y flaco como estaba, todavía ansiaba por el combate, y si andaba melancólico, no estaba menos asegurado, pues juntando á su valor ordinario el deseo que por entonces tenia de morir, no podia menos de hacer cosas maravillosas. Sus armas, su caballo y todos sus adornos eran negros, y aquel dios de amor lloroso que llevaba en el escudo, acompañaba de tal manera su tristeza, que movia á compasion á cuantos le miraban.

Cada uno de estos cuerpos llevaba cincuenta

carros cargados de guadañas, y bien provistos de flecheros que debian marchar á la frente de los batallones. Los de Oroondates estaban comandados por Oxidato, los de Oxiarto por Mitrano, los de Eumeno por Menelao y los de Poliperconte por Cleobulo. Esta era la disposicion del ejército, en el que Lisimaco, Tolomeo, Cratero y Antígono no quisieron mando alguno, para poder acudir libremente adonde lo pidiese la necesidad. Antes que el ejército comenzase su marcha, los esploradores que ya habian vuelto del campo enemigo hicieron relacion á los Príncipes del orden y disposicion que tenian, y segun ellos se esplicaron era de esta suerte.

Perdicas, ó porque tuvo alguna noticia de la disposicion de los Príncipes, ó movido de alguna otra razon, dividió tambien su ejército en cuatro cuerpos, de treinta y cuatro á treinta y cinco mil hombres el menor, á cada uno de los cuales asignó dos capitanes con igual autoridad. Perdicas y su hermano Alcetas comandaban el primero, compuesto de los habitadores de la una y otra Media, sujetos á Alcetas y á Acropato, de la Susiana á Sino, y de los Babilonios á Peucestas. El segundo era dirigido por el valiente Seleuco y por el grande Arsaces, y en este estaban los quince mil Macedonios que lleva-

ban la bandera de Seleuco, y los Bactrios y Zogdianos que obedecian á Esciteo y á Amintas, y los Partos bajo Andiagoras y Nicanor. El tercero obedecia á Casandro y al valeroso Orontes, compuesto de seis mil Argiraspidas, bajo los capitanes Antigenes y Teutamo, de los Carios, vasallos de Casandro, y de los Licios y Panfilios al mando del Príncipe Nearco. El último le comandaban Leonato y Neoptolemo, á quienes servian los habitadores de la Persia y de la Frigia menor vasallos suyos, los del monte Caucaso, bajo la direccion de Axíarco, los Pelasgos al mando de Artoo, y los Daheses y Arginos al de Estatanor. Tenian trescientos carros de guerra comandados por Piton y por Amintas, y escuadronados como los de los Príncipes.

Dispuestos así estos dos poderosos ejércitos salieron al mismo tiempo de sus trincheras, y se avanzaron igualmente á la espaciosa llanura que mediaba entre uno y otro campo. Tan presto como se avistaron, se saludaron con voces horribles, y con unos gestos tan estraños, que manifestaban desde luego el igual deseo que tenian de combatir; y cuanto mas se iban acercando, crecia de tal manera el valor de los soldados y se inflamaba de tal suerte la cólera, que apenas podian impedir los capitanes las embestidas desordenadas á que se querian pre-

cipitar. Puestos ya á una proporcionada distancia, se les hizo detener para recibir las últimas órdenes, y entonces dejándose ver los generales á la cabeza de todos los batallones, animaban á los soldados, y aun á aquellos mas tímidos con unas palabras que vomitaban valor.

Oroondates manifestándose en tan buena ocasion con aquella gracia y magestad que le era inseparable en todas sus acciones, derramó toda aquella elocuencia que le habian concedido los dioses para inspirarles alientos, y corriendo de una parte á otra con admirable velocidad, parecia un rayo que abrasaba con su presencia y palabras aun á los menos valerosos. Jamas le habia visto Áraxes ni tan bello ni tan grande como le parecia entonces, y la Reina Amazona que le aliviaba todo lo posible en las funciones de su cargo, no le podia mirar en este estado sino con la mayor admiracion.

Lisimaco y sus generosos compañeros no estaban ociosos, pues luego que estuvieron las cosas en la última disposicion, y que ni quisieron ni pudieron contener el ardor de los soldados, escogieron el sitio en donde habian de pelear en persona: y acordándose del orden que habian puesto sus enemigos, se fueron á colocar separadamente á la frente de los cuatro cuerpos. Lisimaco se puso al lado de Oroonda-

tes, que le recibió con una alegría digna de su amistad: Antígono cerca de Oxiarto, Tolomeo junto á Eumeno y Cratero inmediato á Poliperconte.

Puestos todos en sus sitios mandaron hacer á los trompetas la última señal. Este sonido horrible igualmente que agradable de tantos instrumentos, resonó muchos estadios por lo largo del Eufrates, y repentinamente se vió desaparecer el espacio que dividia los ejércitos, y llenarse el aire de tantas saetas que unas á otras se impedian el paso. En este primer género de combate fueron muchos los soldados que cayeron á tierra, y tambien muchos caballos debajo de su Señor: pero poco despues mudó de semblante, tomando otro mas diforme y sangriento. Los batallones y escuadrones se fueron á encontrar para combatir á mano sin armas; pero queriendo ser los valientes capitanes los primeros se avanzaron delante de sus respectivas tropas, y corrieron los unos y los otros con tanta animosidad, que ne parecian Gefes, sino soldados.

Oroondates y Lisimaco, que por la noticia que tenian de la disposicion del campo contrario, y por otras muchas señales, conocieron á Perdicas y á Alcetas, se arrojaron á ellos con un ímpetu tan grande, que no hay otro con quien

se pueda comparar; y la Reina Amazona acudió á Peucestas. — Vuélveme, decia Oroondates á Perdicas, vuélveme esa vida que te he salvado dos veces. — Peleemos, decia Lisimaco á Alcetas, peleemos por Parisatides.

Estas palabras no tuvieron respuesta, y acaso no se oyeron á causa del ruido y del rumor de la batalla; pero bien presto se vieron los efectos, pues los seis valientes caballeros se encontraron con los dardos, y chocaron con los escudos con un valor igual, pero con muy diferente suceso. Oroondates bamboleó en la silla al golpe que le dió Perdicas; pero este y su caballo cayeron en el suelo. Lisimaco perdió los estribos al encuentro de Alcetas; pero este, arrancado del arzon, midió la arena enteramente aturdido, y la famosa Talestris tiró á Peucestas por la gurupa del caballo entre los pies de los que le acompañaban. Aclamóse este primer encuentro por el partido de los Príncipes, cuyo glorioso principio lo tuvieron por feliz agüero de la victoria. Los Príncipes caidos fueron desde luego rodeados por los suyos, los cuales oponiéndose á la furia de los enemigos, los pusieron en las sillas á pesar de los vencedores, que no pudiendo impedirlo, se volvieron hácia otra parte, y á su ejemplo precisaron á sus escuadrones á mezclarse entre los enemigos.

Entonces se cubrió la tierra de cadáveres, y todas las cosas tomaron un aspecto horroroso. Los carros armados se arruinaron mutuamente, cayendo con igual confusion los Egipcios, los Medos, los Asirios, y los Babilonios. Habiendo las primeras filas bosquejado la batalla, las segundas se chocaron con igual valor. Arsaces se arrojó á Antígono, y Seleuco al Príncipe Oxiarto; pero este perdió mucho con Seleuco, y Antígono fué derribado al suelo por las manos del furibundo Arsaces, el cual inmediatamente envolvió entre la arena á Listandro, y Piristrato hijos de Arquesilao, y de Fratafernes; Piristrato atravesado de parte á parte con la espada, y Listandro abierto desde la espalda al pecho. Los desconsolados padres estuvieron presentes á tan lastimoso espectáculo, y enfurecidos los dos á un tiempo contra los matadores de sus hijos, los acometieron llenos de rabia y de resentimiento; pero les fué muy contraria la fortuna, y la suerte muy inferior á la de Arsaces, porque este cortó á Arquesilao la mano por el puño, y Fratafernes empujado con tanta violencia, que cayó en el suelo sin sentido, y sin conocimiento.

En tanto que Arsaces procuraba por su parte resarcir con unas hazañas tan gloriosas las pérdidas que habian ocasionado Oroondates, y Li-

simaco, los terceros y los últimos entraron en batalla, y se acometieron con un furor igual al de sus compañeros. El encuentro de Tolomeo, y Eumeno contra Casandro, y el valiente Orontes no tuvo ventaja alguna, y si Tolomeo perdió un estribo á la violencia de Orontes, Casandro perdió los dos, y estuvo á pique de caer á la de Eumeno. Cratero y Poliperconte pelearon mas igualmente con Neoptolemo y Leonato; pero todos los que se opusieron al joven Demetrio, que se habia puesto en este último cuerpo, probaron la valentía de su brazo, y los efectos de su dolor.

En esta mezcla general de escuadrones y batallones se introdujo bien presto el desorden y la confusion, pues súbitamente condujeron el horror, y mudaron en formas espantosas aquellos objetos que antes habian parecido tan agradables. Fué tan general la matanza, que en todas las batallas que se habian dado entre Alejandro y Darío jamas habia reinado la muerte con tanto imperio. Si el Parto cae á la violencia de una lanza Asiria, el Asirio cae al golpe de la espada de un Licio, y muriendo un Ircano, se lleva consigo un Panfilio. La sangre derramada fué tanta, que no solo mudó el color natural á la tierra bajo los pies de los combatientes, sino que inundó muchos estadios en contorno.

Los carros habian hecho al principio grandísimo daño; pero al fin los capitanes de uno y otro partido determinaron contener sus ímpetus, cortando al paso las corvas á los caballos, y dejándolos inútiles. Desde que se mezclaron las tropas, como los capitanes no podian atender á ningun ataque particular con los batallones, pues apenas obedecian, corrian de una parte á otra segun el ardor que los conducia. Oroondates y Talestris buscaban por todas partes á Arsaces y á Orontes, y el furioso Príncipe Escita no hacia otra cosa que llamar á Arsaces: este, impaciente por encontrarle, hacia las mismas diligencias; pero los obstáculos que se oponian al paso, retardaban la ejecucion y cumplimiento de sus deseos, y llevados de un esceso de cólera atropellaban por todo, haciendo cosas que espantaban á los que las veian, y cuya relacion apenas se podria creer. Por cuantas partes habia pasado Oroondates ya habia dejado sangrientas señales de su valor, cuando los dos hermanos de Casandro, Jolao y Filipo se presentaron delante de él, intentando oponerse á sus furores, como un dique á la violencia de un torrente impetuoso, y descargaron los dos á un mismo tiempo dos golpes que apenas hicieron mella alguna en sus armas; pero el fiero Príncipe de los Escitas correspondió con

otros dos golpes, que como tirados por un brazo harto mas fuerte que los suyos, produjeron diferentes efectos. Jolao cayó en tierra atravesada la espalda con una estocada, y con un reves que le tiró á Filipo, el yelmo y la cabeza pararon en el suelo. Los que vieron caer á estos dos Príncipes, cuya cualidad no ignoraban, corrieron á vengarles con voces espantosas; pero Oroondates los cortó el paso con la misma furia, quitando á sus ojos la vida á Teagenes, hijo de Piton, á Aristocles, hermano de Peucestas, y arrojó entre los pies de los caballos á Antigenes, y á Teutamo, Gefes de los Argiraspidas.

A fuerza, pues, de estas grandes hazañas, se abrió paso para encontrarse con Arsaces, á quien llamó con una voz terrible á tiempo que acababa de quitar la vida á Trasilo, y al malaventurado Tiridatès. Conociéronse estos dos valientes guerreros en los gritos, y en los gestos que uno á otro se hacian; pero antes que llegasen á juntarse, Oroondates dividió en dos partes la cabeza al hijo de Ergivio, y tropezando en el camino con el valiente Neoptolemo, le embistió con tanto ímpetu, que le tiró aturdido á los pies del caballo de Arsaces. Con hechos semejantes no pudo menos Arsaces de reconocer á su enemigo, y manifestándolo con una voz horrosa, se enderezó á él con la espada

levantada, y con un acto de embestir tan arrogante, que á cualquiera otro que no fuera Oroondates le hubiera atemorizado. Primero quisieron ambos hablar alguna cosa, pero lo impidió mutuamente la cólera; y el ruido confuso de tantas voces diferentes estorbó tambien que pudiesen entenderse. Tolomeo, Cratero, y Demetrio de una parte, y de la otra Seleuco, Nearco, y Leonato, con otros muchos cabos de uno y otro partido se hallaron presentes al ataque, y unos y otros como de comun consentimiento suspendieron su enemistad por un rato, para ser espectadores de este furioso encuentro. No fué de mucha duracion este espectáculo; pues los dos famosos guerreros, que no atendian á la defensiva, se echaron á las espaldas los escudos, y tomando con las dos manos las espadas, las levantaron con el mayor valor, y las descargaron sobre los yelmos con una inimitable valentía. A la fuerza de este golpe se hicieron mil pedazos las espadas, cayeron los timbres, los yelmos abollados ya no podian resistir, y por grande que fuese la fuerza de estos dos valientes, no fué bastante para que uno y otro pudiesen sostenerse. Arsaces arrojando sangre por boca y por narices cayó desmayado á los pies de Seleuco, y acudiendo Tolómeo á Oroondates, le vió abrir los brazos, y des-

lizarse sin sentido desde el arzon al suelo.

Con esta caida alzaron el grito los de uno y otro partido, y se encendió entre ellos una furiosa batalla. Tolomeo, Cratero, y Demetrio cubrieron á Oroondates con sus escudos, y su fiel Araxes, que jamas se apartó de él, le levantó, y quitó de allí, asistido de Ilioneo, de Menelao, y de otros muchos. Lo mismo hicieron los amigos de Arsaces; y entonces entre aquellos seis valerosos guerreros se comenzó una batalla digna de la mayor atencion, y de mucho mas tiempo para esplicar el valor de cada uno. Conociendo entonces Tolomeo en fuerza de varias señales á Seleuco, se abalanzó á él con un grito de alegría, y adelantándose á Demetrio, que queria pelear con él; — Seleuco, le dijo, ve aquí á tu antiguo enemigo, y ve aquí una buena ocasion para ejecutar tus amenazas.

Seleuco no respondió sino descargando con la espada un fiero golpe, al que correspondió tan presto como él Tolomeo. Cratero tambien acometió á Leonato, y Nearco al joven Demetrio. Esta batalla quedó con bastante igualdad entre los cuatro primeros; pero el desesperado Demetrio, á quien el dolor parecia habia doblado las fuerzas, despues de varios golpes que se dieron con mucha violencia, derribó á sus pies á Nearco, y volviendo el rostro hácia sus ami-

gos, ya iba á declarar la victoria por su parte, cuando á este tiempo llegó el valiente Orontes. Habíase distinguido este en este dia con mil hazañas de admirable valor, como lo manifestaban sus armas bañadas en sangre, siendo poco conocido sino por la famosa divisa del corazon rasgado por los buitres, que todavía conservaba una parte de su figura. Entre otros muchos ya habia muerto al joven Farnabazo, y á los dos desgraciados hijos de Mentor, y habia tirado á tierra medio muertos al grande Polipercontc, y á su hijo el animoso Alejandro.

Al llegar cerca de estos bravos guerreros, vió caer á Nearco, y queriendo vengar su caida, atropelló impetuosamente contra los que se le oponian al paso, y cerró contra Demetrio. Este joven Príncipe que le conoció en el escudo, y con quien no habia podido medir sus fuerzas en las orillas del Eufrates, le recibió con mucha alegría, y se anticipó á sus compañeros para pelear con él.

Ya empezaban á dar á conocer recíprocamente su valor por algunos golpes que se descargaron con bastante igualdad, cuando abriéndose Lisimaco camino con la espada, se acercó á ellos. Todavía estaba teñido con la sangre de Nicanor, cabo de un escuadron de los Partos, de Apiarco, de Criton, hijo de Acropato, de Ti-

deo, sobrino de Perdicas, y de otros muchos á quienes habia tirado por el suelo, y deseando añadir á esta gloria otras nuevas proezas, apenas reconoció por el escudo á Orontes, se acercó á Demetrio, diciéndole: — Dejadme esta batalla, ó Demetrio: ya la habiamos empezado nosotros, y cuando fué preciso separarnos, quedé desafiado por Orontes.

Apenas habia acabado estas palabras, cuando se oyó una voz que decia á gritos: — A mí me toca dar la muerte á este infiel, y ninguno de vosotros me la debe disputar.

No se espantó el atrevido Orontes á vista de tantos enemigos, antes bien desafiándolos á todos, decia: — Venid, ó valerosos, venid todos juntos contra uno, que yo bien sabré defenderme, y si la desigualdad á vista de la tropa os avergüenza, salgamos fuera de la batalla, y acabaremos nuestras diferencias.

Dichas estas palabras se arrojó contra ellos como un leon, cuando al instante reconoció entre sus enemigos á la vengativa Talestris, que mas acalorada que todos habia logrado la gracia de ser ella la primera. Helóse con esta vista el corazon de Orontes, y perdiendo en un momento todo su valor, esclamó, diciendo: — ¡Oh muger! ¿cuando te cansarás de atormentarme?

Y echándose entonces á las espaldas el escudo, buscaba entre los amigos un asilo que le defendiese de aquella furia y de aquella vista que no podia sufrir. — ¿Tú huyes, traidor, le decia furiosa la Reina, tú huyes de una muger? Pues sabe que esta fuga no te será tan vergonzosa como la traicion que la has hecho.

Proferia estas palabras sin dejar de acosarle, y llevándose de calles á cuantos se oponian á su paso. Acropate por desgracia suya se presentó delante, y la desesperada Reina, á quien la rabia habia doblado las fuerzas, le partió el cuerpo por en medio, quedando una parte en la silla, y cayendo la otra á los pies de los caballos. Por las mismas manos perdió tambien la vida Cleonte, hijo de Estatanor, y Lisandro, hermano de Andiagoras, le sucedió lo mismo.

Apenas Perdicas y su hermano Alcetas pudieron contener su furia. Habia hecho Perdicas en aquel dia muchas hazañas, obrando como buen capitan y valeroso caballero; y aunque le superaban pocos en valentía, habia menos que le pudiesen igualar en saber mandar un ejército. Con las órdenes dadas á tiempo, y con su prudente diligencia pudo sostener muchas veces su partido, manteniendo dudosa todo el dia la victoria. Los Medos, los Panfilios y los Carios cedieron muy poco á los Egipcios, á los

Tracios y á los Capadocios; pero los valientes Argiraspidas habian sostenido y derrotado con proezas maravillosas los esfuerzos de los mas belícosos escuadrones. Ellos pisaron y atropellaron á los Lidios, á los Arabes y á los Frigios, y justamente tuvieron aquel dia la gloria de haber conservado su partido.

Ya habian vuelto en su acuerdo Oroondates y Arsaces, y aunque se pusieron todos los medios posibles para que se retirasen á sus pabellones, no se les pudo reducir. Cada uno de ellos ya habia preguntado á donde estaba su enemigo, y no habiendo podido adquirir alguna noticia, tomaron nuevas espadas de las de los muertos, y se internaron en lo mas peligroso de la batalla mucho mas fieros y mas terribles que antes. Desgracia fué para muchos que volviesen al combate, pues la rabia que los agitó fué muy fatal para varios valerosos guerreros que eran dignos de mejor fortuna.

Tu valor, ó bravo Amintas, no fué bastante á resistir al de Oroondates, y la bondad de tus armas, ó valiente Filotas, no te pudo librar de la espada de Arsaces. Estos dos formidables guerreros quitaron todavía la vida á muchos famosos capitanes, y buscándose entre la sangre y los muertos, al fin se hubieran hallado, si el dia lo hubiera permitido. Todo el campo pre-

sentaba un aspecto formidable : el número de los muertos escedia al de los vivos, y solo se veian montes de cadaveres, cuya sangre formaba arroyos que corrian hasta el rio : los soldados ni obedecian, ni reconocian á los capitanes que mandaban, pues estaban tan encarnizados contra aquellos que otras veces habian sido sus compañeros, que no bastó la noche para refrenar su furor. Si esta no hubiera llegado tan presto, los dos ejércitos hubieran perecido, pues solo las sombras, y no la señal de las trompetas les pudo reducir á la retirada.

El Príncipe de Escitia y el valeroso Arsáces contribuyeron no poco á este servicio, pues su animosidad particular se dejó conducir á sus compañeros. Con esto cesó al fin la mortandad, los soldados se acogieron á sus banderas, y el campo quedó casí igual por ambos partidos. Esta victoria tan obstinadamente disputada, no se declaró por ninguno, ni menos se reconocieron los daños, ni en todo el dia se supo el número de los muertos, y los dos ejércitos se retiraron lo mejor que pudieron á sus trincheras. Hubieran causado la mayor lástima estos objetos, si la oscuridad de la noche no lo hubiera impedido : porque entre los que se retiraron con sus Gefes, muchos iban heridos, y

otros mas maltratados los seguian á paso lento y sin orden, ó por mejor decir, iban arrastrados hácia sus compañeros, y entre los muertos no faltaban algunos que estaban medio vivos, y pedian socorro á sus queridos amigos de quienes se veian abandonados en el mayor estremo.

Apenas arrivaron nuestros Príncipes al campo, que les salieron las damas enteramente turbadas al encuentro. Apamia, Arsinoe, y las compañeras, despues de haber pasado el dia en inquietudes mortales, recibieron á sus maridos con los brazos abiertos, sin darles lugar de llegar á los pabellones para desarmarlos y registrarles las heridas : y por fortuna no se halló en todos los Príncipes alguna que fuese mortal. Oroondates, Lisimaco, Tolomeo y Demetrio recibieron algunas, pero tan leves que ni menos quisieron hacer cama el dia siguiente. A Antígono le atravesaron la espalda, y á Cratero un muslo : Poliperconte fué herido en la cabeza y en el brazo derecho : la reina amazona, Oxiarto y Eumeno quedaron ilesos, y entre todos los demas capitanes hubo pocos que volviesen sanos. Una parte de la noche la ocuparon en curarlos, y la otra la dedicaron al descanso ; pero en muchos parages del ejército solo se oian gritos y llantos de los que habian per-

dido en la batalla sus parientes y amigos.

Al dia siguiente comparecieron en el campo unos enviados de Perdicas, pidiendo á los Príncipes unas treguas de seis dias para enterrar á los muertos, y curar á los heridos de ambas partes. Desde luego se concedió lo que pedía, y al instante, para ponerlo en ejecucion, se envió al campo de batalla, en donde se hallaron espectáculos dignos de la mayor compasion, y se conoció claramente el destrozo que se habia hecho. Por el cómputo que se hizo de los muertos, y por el número de los vivos, se vió que los Príncipes habian perdido mas de cincuenta mil hombres, y el partido de Perdicas cerca de setenta mil; entre los cuales de una y otra parte los habia de mucha cualidad. De la de los Príncipes faltaron Filotas, Arquesilao y su hijo, Pisistrato, Farnabazo, Trasilo, Tiridates, los dos hijos de Mentor, y otros muchos, que, por su nacimiento y valor, fueron llorados de todo el ejército. De la de los Babilonios perecieron Amintas, Nicanor, Axiarco, Filipo, hermano de Casandro, Acropato con su hijo, el de Ergivio, el de Estatanor, el de Piton, el hermano de Peucestas, el de Andiagoras, el sobrino de Perdicas, y otros mas cuya muerte afligió con estremo á su partido.

Todo este dia le emplearon en sacarlos del

campo de batalla, lo que hicieron sus amigos con grandes lamentos, y los cuerpos de los demas soldados fueron amontonados con sus armas para quemarlos, puesto caso que por ser de un número tan crecido no se podian hacer á cada uno en particular los últimos honores. El dia siguiente se ejecutó esta orden con asistencia de muchos gefes: y viendo los otros cuanto se habian disminuido sus fuerzas, fortificaron el campo, profundizaron los fosos, alzaron las trincheras, é hicieron otras de nuevo en los parages que antes habian despreciado.

Estas eran en general las ocupaciones de todos; pero las de Oroondates, las de Lisimaco y Talestris eran muy diferentes; pues no solo se afligian con los demas por la muerte de los suyos, y por verse defraudados de la esperanza que habian concebido de una entera victoria; sino que Lisimaco veia que se atrasaba la suya, y su Princesa quedaba prisionera hasta el fin de una guerra que habia creido se acabaria en este mismo dia. A este género de dolor añadia Oroondates otros que le atormentaban con violencia, no estando menos afligido por el cautiverio, ó por la incertidumbre del estado de la Reina, que por no haberse vengado de Arsaces, que habia quedado triunfante de su

mala fortuna. Habia oido decir á muchos que venian muy señalados, que Arsaces despues de haberlos separado, habia tornado al campo de batalla, en donde habia hecho mil hazañas maravillosas.

Esta noticia añadió á sus primeros zelos una emulacion, que no solo acrecentaba sus disgustos, sino que á tiempos le precipitaba á unas resoluciones tan estrañas, que si Araxes, Lisimaco y otros no le hubieran detenido, hubiera ido á buscar á Arsaces, ó á la muerte en medio del campo. — ¡Ah, mano mia, decia él, tú, que en otras ocasiones de menos consideracion me has desempeñado con tan feliz suceso! ¿debias abandonarme en tanta necesidad, y perder tus acostumbradas fuerzas contra un mortal enemigo? Otras veces hubieras atravesado con la espada aquel corazon atrevido, adonde se ha colocado Estatira, y si acaso tenias respeto á su imagen, le hubieras á lo menos penetrado en cualquiera otra parte adonde pudieras darle muerte.

Dijo todavía otras muchas cosas, y despues de haber revuelto en su fantasía mil imaginaciones diferentes, resolvió últimamente desafiar á Arsaces luego que se hubiesen terminado las treguas, y decidir por última vez sus diferencias á vista de los dos ejércitos.

Si Oroondates vivia atormentado de esta suerte, Talestris estaba agitada de violencias mayores, y la continuacion con que Orontes la ofendia, la tenia tan enfurecida, que no se hallaba capaz de alguna tranquilidad. Todo cuanto antes habia pensado y dicho contra él era moderacion y dulzura en comparacion de estos últimos movimientos de su furor, de los que se dejaba llevar su alma con el mayor ímpetu. — Yo iré, decia ella, yo iré, monstruo de ingratitud, á buscarte en medio de cien mil espadas, y cualquiera obstáculo que se quiera oponer á mi justa indignacion, no será bastante á impedir que te pase á puñaladas ese infame, negro y pérfido corazon. En vano te defenderán las trincheras y las guardias de una amante desesperada, pues la pasion que me conduce me abrirá el paso, aun contra todos aquellos que te quieran salvar.

Estos furiosos pensamientos la dejaron tan feroz, que no podia sufrir la compañía, aun de aquellos que mas amaba; y viendo que no lo podia evitar, si perseveraba y permanecia en su aposento, se armó inmediatamente, y prohibiendo á Hipólita que la siguiese, montó á caballo para desvanecer sus delirios lejos de toda sociedad, sin volver al campo hasta que viniese la noche. Poco rato despues de haber

partido, Oroondates, que se interesaba mucho en los disgustos de la Reina, vino á su cuarto para visitarla, y para unir sus pesares con los suyos : lo mismo hicieron al instante Lisimaco y Tolomeo; y habiéndoles dicho Hipólita de la manera que habia marchado, temieron que la violencia de sus resentimientos la habrian determinado á alguna estraña resolucion ; y deseando impedirlo del modo que pudiesen, mandaron traer armas y caballos, y marcharon con Hipólita en su seguimiento.

En este mismo tiempo el afligido Demetrio, que no menos que Talestris huia del trato de los hombres, habia montado á caballo con el mismo fin, y entre los parages mas oscuros y retirados buscaba otros semejantes á los de su triste corazon ; porque como enemigo de todo consuelo humano, huia de quien intentaba dársele, hallándole solo en la memoria de su Hermione, cuyo nombre ocupaba sus pensamientos, y pronunciaba cada instante, ejecutándolo con tantas lágrimas y con lamentos tan funestos, que movia á compasion aun á las cosas insensibles. — Hermione, decia: ¿te acuerdas ahora de mí? Y si te acuerdas, ¿es como á tu matador, ó como á tu amante? Y la memoria de mi delito, ¿es acaso mas poderosa que la de mi amor? Yo te maté y te amé ; pero si no me

he olvidado de tus últimas palabras, veo en ellas el perdon de tu muerte, y la confesion de mi amor. Bien conocí tu bondad en el último estremo de tu vida; pero, ó Hermione, yo no debo abusar del perdon, pues Demetrio no deja de ser reo por mas que Hermione sea indulgente. Estas lágrimas que derramo por tí, deberian ser seguidas de toda la sangre que una piedad paternal conserva todavía en mis venas: pero ya que está prohibido á mis manos corresponder á los movimientos de mi amor, recibe de mi amor solo todo aquello que puedo darte.

Así andaba discurriendo Demetrio, cuando acercándose á un camino, que desde algunas plazas vecinas conduce á Babilonia, se le desvanecieron estas ideas por un encuentro que tuvo. Vió tres hombres armados montados á caballo, que con la espada en la mano combatian contra un hombre solo, y á pie, que generosamente se defendia. A mas de los tres que tenia en frente, habia otro muerto á sus pies; y para impedir que le asaltasen por las espaldas se resguardaba con el tronco de una encina. Dos mugeres que estaban presentes á esta batalla mostraban mucho interés en la vida de este hombre que peleaba por ellas; pero se hallaba ya tan herido y tan debil, que al arribo de De-

metrio estaba su vida en un manifiesto peligro.

Demetrio, que era la misma generosidad, no dudó lo que debia hacer en esta ocasion, y provocando á estos tres hombres con una voz horrible, los obligó á volver hácia él la cabeza; pero volvieron sus armas á mal·punto, pues el primero que vino al encuentro con la espada levantada, cayó muerto al primer golpe que le descargó Demetrio con la suya. Ejecutada esta gloriosa hazaña, la descargó sobre el yelmo de uno de los otros y habiéndole cortado las correas, le dejó la cabeza desnuda y desarmada. Apenas el incógnito que peleaba á pie vió descubierto el rostro de su enemigo, cuando levantando los ojos al cielo, esclamó diciendo: — ¡Qué justos sois, grandes dioses! Yo os doy las gracias de que reserveis para mí la muerte del infiel Astiajes: — Y diciendo esto, sin acordarse de sus heridas, ni considerar la ventaja que tenia su enemigo con estar á caballo, abandonó su encina, y se tiró á él como un leon. Astiajes le descargó algunos golpes, y procuró atropellarle con el caballo; pero él los recibió en el escudo, y hurtando la suerte al caballo, le embistió con tan feliz suceso, que atravesándole la espada por la juntura de la coraza, le arrojó al suelo. Revolcábase Astiajes en un rio de san-

gre, y viéndole caer su enemigo, se iba hácia Demetrio con el resto de las pocas fuerzas que le habian quedado, para volverle una parte del beneficio recibido; pero no fué necesario, porque su enemigo no pudiendo resistir á golpes tan pesados, se entregó á la huida.

Lleno el incógnito de reconocimiento, se le quiso acercar, pero le rodearon las damas, por las cuales habia combatido. Dejó por entonces á la que parecia mas principal, y á quien los dioses habian dado una admirable hermosura, y encarándose á la otra que la acompañaba; — Querida Alcione, la dijo, ya he vivido bastante, pues antes de morir os he servido en alguna cosa, y he sacrificado al desleal Astiajes á los manes del pobre Teandro.

Diciendo esto se quiso acercar á ella, pero lo estorbó la flaqueza que tenia, y la que poco despues le derribó al pie de un arbol. Conmovida Alcione quiso socorrerle (entre tanto ya se habia acercado Demetrio á la Princesa Berenice, procurando asegurarla, y deseando nuevas ocasiones de servirla): mas, ó dioses, ¡qué admiracion fué la suya, cuando despues de haberle descubierto la cabeza, reconoció el rostro de Cleónimo! Habia conservado tan bien las ideas en todo el tiempo que habia estado ausente, que al instante se presentaron á su memoria;

pues ni la sangre, ni la palidez de sus facciones la impidieron discernir á quien antes habia tenido en su corazon. Fué tan grande la admiracion de esta muger con tan estraño suceso, que seria muy dificil describirla, y las primeras señas que dió fueron unos gritos que atrajeron á Berenice y á Demetrio. Pronunció dos ó tres veces el nombre de Cleónimo con una voz llena de ternura, y no atreviéndose en presencia de las personas que la miraban á manifestar los movimientos de su afecto, dejó el cuidado á sus ojos para que se esplicasen por ella, y ejecutasen lo que no podia permitir la buena crianza. En este silencio mudó muchas veces su rostro de color, y estaban tan manifiestas sus pasiones que en vano procuraba ocultarlas la lengua.

La Princesa Berenice, que no ignoraba la vida de esta muger, y que por la bondad natural que acompañaba á sus virtudes se la habia aficionado, conoció por el nombre de Cleónimo la causa de sus afectos; y olvidando la grandeza de su nacimiento por seguir su caritativa inclinacion, se sentó á su lado, y la hizo todos aquellos buenos oficios que ella podia desear en semejante lance. En tanto Cleónimo, despues de haber dado un poco tiempo á la admiracion de Alcione, y hablado con ella con aquel mudo lenguage que manifestaba sencillamente sus

pensamientos, rompió el silencio, y alargándola la mano con mucha modestia, la dijo : — Prima mia, al fin volveis á ver á Cleónimo, á quien su malaventura habia desterrado de vos, y su buena fortuna le conduce á morir en vuestra presencia : por mucha que fuese la distancia que nos tenia separados, siempre os tuve presente, y esta memoria que á pesar de mis primeras resoluciones me ha traido aquí, es un efecto de mi destino y de la justicia de los dioses. No han alargado estos mi vida en medio de las persecuciones que he sufrido con otro fin, que ó para serviros, ó para vengar la muerte de Teandro; y su último estremo no puede ser mas dulce para mí, como lo es el morir á los pies de Alcione, despues de haber sacrificado á sus ojos al cruel autor de nuestras comunes miserias. Ahora, oh dioses, continuó él, levantando las manos al cielo, disponed de mi destino, y si no puedo morir inocente de la pérdida de Teandro, y de los disgustos de Alcione, haced á lo menos que esta sangre que gustosamente derramo, sirva para purgar alguna parte de mis delitos.

Así decia Cleónimo en tanto que Alcione se animaba todo lo posible, y pedia socorro á su espíritu para sostener el estado de su condicion. Los primeros sentimientos que habia te-

nido con la nueva vista de Cleónimo comenzaban á dar lugar al dolor que tenia por el estado de su salud, y apenas habia empezado á concebir en su alma algun principio de alegría por haber visto una persona tan amada, cuando por un cruel capricho de la fortuna la vió reducida al último estremo de su vida. Con este motivo no pudo contener su modestia en los límites que dictaba una justa severidad, y pidiendo con ojos humildes perdon á la Princesa de la libertad que se tomaba en su presencia, abrazó á su primo Cleónimo con un afecto, que aunque inocente, habia tenido tan funestas consecuencias, y derramando un diluvio de lágrimas de sus ojos, que ya habia algunos años eran fuentes ordinarias, le dió á conocer que ni el tiempo, ni los accidentes de su vida habian podido borrar aquel puro amor que siempre le habia tenido. — ¡ Querido Cleónimo, le decia con una voz interrumpida con sollozos, vos volveis al fin despues de un siglo de ausencia que nos ha costado tantas lágrimas, pero venís á morir. ¡O Cleónimo, qué cruel es vuestra vuelta para la miserable Alcione! Si ya estabais cansado de vivir, debiais haber muerto lejos de sus ojos, sin agravar con este cruel espectáculo sus terribles dolores, los que desde su ruina y vuestra ausencia la han hecho una guerra inhuma-

na. Ya no se debia derramar la sangre de Cleónimo por la venganza de Teandro, ni por la tranquilidad de Alcione; bastaba la de Astiajes, y vos satisfaceis muy mal estas faltas inocentes de que os acusais, perdiendo por Teandro y por Alcione una vida que estimaron mas que la suya propia. Estas heridas, continuaba ella registrándolas, y procurando coger la sangre, estas crueles heridas pasan desde vuestro cuerpo á mi corazon, y si conservais todavía alguna reliquia de aquel amor que en otro tiempo me tuvisteis, no debeis poner el mio á una esperiencia tan cruel, ni precisarme á confesar que es tan grande, que me llevará al sepulcro.

El efecto que causaron estas palabras en el alma de Cleónimo, se dejó ver en su semblante, y no pudiendo disimular el consuelo que recibia, la dijo así : — Querida Alcione, cuando permitan los dioses que yo viva, no les pediré la muerte, pues aunque mis desgracias me hayan hecho desearla, ya no la sabré aborrecer, si Alcione me ama todavía. El cielo sabe que siempre he puesto mi felicidad en esta esperanza, y aunque mis pensamientos por mas inocentes que hayan sido, hayan atraido sobre mí su cólera, jamas me arrepentiré de haberos amado. Yo todo se lo debia á Teandro; pero

tambien creo haber correspondido á su memoria con todo lo que podia esperar de un amigo como Cleónimo. Por él he resistido severamente á mis violentas inclinaciones, me retiré con la mayor constancia de un lugar en donde dejaba la mejor parte de mi alma, y si por mi mala ventura he contribuido á su muerte, puedo jurar delante de los dioses, que en el dolor que he sentido, no he tenido otro consuelo que el que me dais ahora : pero este no me hará mudar de idea, pues aunque los dioses me conserven la vida, esta noticia con el conocimiento de vuestra amistad no escitarán en mí deseo alguno que pueda ofender á Teandro : él merece muy bien vuestro amor entero, y yo seria mas culpable que Astiajes y Bagistano si intentase violarle : pues le basta á Cleónimo que le perdoneis ser la causa de vuestros infortunios, sin pretender de vuestra bondad otra cosa.

En tanto que Cleónimo hablaba en estos términos, Demetrio, que en medio de estas tristes ocupaciones hallaba mucha conformidad con su fortuna, y que por esta semejanza se creia obligado á amar á los infelices, habia ayudado á Alcione con mucha caridad á vendar las heridas de Cleónimo, y deseando llevarle de aquel sitio en que estaba, se levantó de su lado para ver si hallaria alguno que le ayudase : mas ape-

nas se habia apartado un poco, que pasando junto á Astiajes, conoció por algunos suspiros que le oia, que todavía no habia espirado; con este motivo se acercó mucho mas, y Astiajes que ya estaba en los últimos, alzando con bastante trabajo los ojos, con una voz debilísima, le dijo : — Cualquiera que seas, ó amigo, ó enemigo, yo te suplico por los dioses me hagas ver una vez á estas damas á quienes he ofendido tanto, y que antes de morir las pueda pedir perdon de las injurias que las he hecho.

Demetrio, que era inclinadísimo á la compasion, quedó movido á piedad con las palabras de Astiajes, y volviéndose á la Princesa Berenice, la suplicó le concediese la gracia que pedia. Llena de bondad la Princesa, y que aun en cualquiera otro estado no habria negado el perdon al mas cruel enemigo, se levantó de su sitio, y Alcione enternecida con el arrepentimiento de Astiajes tambien quiso seguirla, pero no se atrevia á desamparar á Cleónimo, cuyo estado no era mejor que el de Astiajes. Lo conoció Cleónimo, y deseando que su enemigo tuviese esta última satisfaccion; — Andad, Señora, os ruego, dijo él, id allá, y sed generosa hasta el fin, y concediendo á Astiajes el perdon que os pide, obtened de él el de Cleónimo, pues si los dioses hubieran querido dar á sus delitos

una pena menor que la muerte, yo hubiera quedado muy contento; y por cuanto está arrepentido, y fué hermano de Teandro, quisiera ahora que en castigo de su delito hubiese recibido la muerte de otra mano y no de la mia.

Movida de estas palabras Alcione dejó por un instante á Cleónimo recostado al pie de una encina, y acercándose á Astiajes con Berenice le encontraron en el último estremo. Tuvo no obstante tiempo de pedirlas perdon de cuanto habia hecho contra ellas, con tantas muestras de arrepentimiento, que estas generosas personas perdieron la memoria, y se afligieron de su desgracia; pero cuando él supo que por las manos de Cleónimo habian castigado los dioses sus delitos, levantó las manos y los ojos al cielo, y animando á su flaqueza cuanto le fué posible; — ¡Oh, dijo: y qué justos son vuestros juicios, divinidad vengadora de los delitos, y como haceis ver á los mortales con mi ejemplo la imposibilidad de salvarse sin vos! Cleónimo, cuya vida tantas veces he asechado, y cuya virtud he perseguido con mis traiciones y calumnias, no ha vuelto al mundo sino para ejecutar vuestros equitativos mandatos, y habeis reservado á él solo el cuidado de castigar al infiel Astiajes, á quien pudierais haber quitado la vida por otros infinitos caminos.

Dichas estas palabras, volviendo los ojos á Alcione, la dijo así: — Alcione, pues no me atrevo á llamaros hermana desde que tan indignamente violé con mis traiciones nuestra parentela; si mi arrepentimiento hubiese sido primero que la pena, á lo menos por algunos instantes, os le ofreceria en satisfaccion de lo que deboá la sangre de Teandro: pero respecto de que ya es tarde, y que no puedo esperar de los manes de mi hermano, ni de vos, ni aun de los dioses el perdon de mis delitos, muero á lo menos con el conocimiento de que no lo merezco, y que fuí el hombre mas malvado en perseguir á unas personas tan virtuosas y tan inocentes como Cleónimo y Alcione. Yo dejo esta vida por satisfacer á los dos, y por reparar lo que les debo: y si con derramar toda mi sangre pudiera borrar de mi memoria alguna de las muchas faltas que he cometido contra Teandro, entonces moriria gustoso y sin quejarme de mi destino.

Al acabar estas palabras fué acometido de un accidente convulsivo que al instante le quitó la vida, en ocasion que fué tristemente llorado por unas personas de quienes con justa razon debia ser aborrecido. Alcione sin duda se hubiera mantenido á su lado, si no se hubiera acordado de Cleónimo; pero apenas se acercó á él, vió

venir á algunos soldados que habia llamado Demetrio, los que sabiendo la necesidad que tenia de su ayuda, se ofrecieron gustosos á llevar á Cleónimo á la casa de Polemon. Empleados en este oficio le levantaron de donde estaba con mucha facilidad, y tomaron el camino que sabia bien Alcione. Mientras le andaban, iba esta al lado de Cleónimo con un cuidado tan afectuoso y tan tierno, que en esto conoció la princesa Berenice ser cierto lo mucho que en otro tiempo le habia amado.

Demetrio caminaba al lado de la Princesa Berenice, pero ni los unos ni los otros quisieron montar á caballo, á causa del corto camino que tenian que andar. Observaba Demetrio la hermosura de Berenice con tanta admiracion, que se conocia muy bien en su rostro, y aunque habia visto otras damas perfectamente bellas, no se podia acordar de alguna que la igualase. Él habló algunos ratos con ella en términos muy corteses, y con aquella atencion con que trataba al bello sexo; pero luego que le dijo Alcione que era la Princesa de Escitia, y la hermana del grande Oroondates, se postró á sus pies, y la pidió perdon con la mayor humildad de las faltas que por ignorancia habia cometido. No abusó Berenice de esta sumision, antes bien con una gracia llena de aquella dulzura, que jamas se

separaba de sus palabras y de sus acciones, le correspondió, haciéndole conocer que era digna hermana de un Príncipe como Oroondates.

Con estos cumplimientos llegaron á la casa de Polemon, en donde mientras Alcione tiene el cuidado de que Cleónimo se acueste para que le curen las heridas, y la familia se alegra infinito con su vuelta, llegando á noticia de las damas que estaban en la casa que habia arribado la Princesa de Escitia, inmediatamente pasaron á visitarla; y mirando con admiracion la hermana de aquel Príncipe, cuya persona y valor habian estimado infinitamente, creyeron que la persona de Berenice no era de menor estimacion y aprecio que Oroondates. Apamia, Arsinoe, Cleone y las demas la besaron con mucha reverencia la mano; y ella las correspondió con palabras tan amables, que podian esclavizar las personas mas austeras. Despues de estos cumplimientos preguntó por el Príncipe su hermano, y sabiendo que lo pasaba bien, y que se creia estaria en su pabellon, gozosa con esta noticia, rogó á las Princesas le perdonasen si con ocasion de ver á su querido hermano las dejaba por poco tiempo; pero ellas se ofrecieron á acompañarla, y saliendo todas juntas de la casa de Polemon, se fueron á la tienda del Príncipe Oroondates.



LIBRO SESTO.

En tanto la Reina Talestris habia salido del campo con el fin de apartarse en cuanto la fuese posible de toda suerte de compañía; y dejándose llevar de sus crueles pensamientos, buscaba para su consuelo los parages mas sombrios y retirados. Jamas se habia visto un alma mas oprimida de cólera y de despecho que la suya; y nunca se meditó mas fiera venganza, ni el resentimiento tomó jamas resoluciones semejantes. Toda la firmeza de su espíritu, y toda su moderacion ordinaria se habian desvanecido delante de los crueles enemigos de su descanso; y jamas los Menadios impelidos del furor de sus dioses aparecieron

en sus banquetes, ni mas fieros ni mas enagenados.

Si otras veces habia buscado á Orontes para castigarle como un amante infiel, ahora desea perseguirle para matarle como á un malvado obstinado en su traicion; y entre los movimientos impetuosos de su cólera juzga las muertes mas crueles muy dulces y ligeras para satisfacerla. La cruel Medéa no estuvo tan agitada de las furias vengadoras despues de la ingratitud de su desleal esposo; y todo lo que ejecutó contra él, le parecia poco á la vengadora Amazona. — Yo inventaré, decia ella, penas y castigos tan estraños como tu perfidia, y el furor á que me has conducido me inspirará nuevos suplicios para atormentarte. Poco haré aunque te arranque el corazon despues de habértele atravesado con mil puñaladas, y echar á los buitres por alimento un cuerpo en donde habita un alma tan infiel. Yo te preparo, ó cruel, ó tigre, yo te preparo todavía una cosa mas terrible, y tú conocerás al último estremo de tu vida que á las almas mas blandas puede la desesperacion inspirar la inhumanidad.

Así hablaba la Reina, cuando su caballo que se hallaba sin gobierno en el freno la llevó á un valle bastante delicioso á la vista. Siguió ella por un rato la ribera de un pequeño ar-

royuelo que corria por entre algunos guijarros con un dulce murmullo, y insensiblemente fué guiada á una fuente en donde tenia su origen. Aun no habia llegado cuando levantando la cabeza vió un caballo negro atado á un arbol, y un largo y grande escudo que pendia de sus ramas. La Amazona era poco curiosa; pero pasando cerca del arbol, no pudo menos de poner los ojos en el escudo. A primera vista creyó que la imaginacion la engañaba; pero mirando con mas atencion, reconoció la formidable seña ó divisa del corazon rasgado por los buitres, y se aseguró de que era el mismo que habia visto llevar otras veces á su infiel Orontes. Con esta vista quedó inmovil, como suele quedarlo el pastorcillo, cuando al pasar por la yerba conoce que ha pisado un aspid; y volviendo los ojos á todas partes, vió al señor del caballo y del escudo dormido á la orilla de la fuente.

Entonces repentinamente la asaltaron un sudor frio, y un temblor universal, dejándola este encuentro con tan poco sentido y conocimiento, que se la cayeron las bridas de la mano, y ni menos podia mantenerse en la silla. Este hombre para tener mas libre la respiracion mientras dormia, se habia levantado la visera del casco, y la distancia de Talestris no era tanta que no conociese su semblante, cuyas fac-

ciones tenia muy presentes en su alma. ¡ O qué pensamientos fueron entonces los suyos, y qué movimientos se agitaron en su corazon con un encuentro tan inesperado, y tan ardientemente deseado! Aun ella misma no hubiera podido esplicarlos, porque el espanto la puso en tales términos, que ni el cuerpo ni el alma podian ejercer sus funciones ordinarias.

Disipóse al fin esta flaqueza con la valentía de su corazon, y sucedió la ira en lugar de aquella turbacion que se habia apoderado de su alma. Miraba á Orontes con unos ojos que despedian rabia y furor, y no dudando que los dioses, en cumplimiento de sus promesas, se le habian puesto en sus manos, y que con este abandono de su vida daban á entender que le destinaban á la muerte; alzando con este pensamiento los ojos al cielo : — injusta seria yo, ó grandes dioses, dijo ella, si me quejase de vosotros, y si no reconociese ahora cuán bien satisfaceis vuestras palabras. Júpiter Filieno, presidente de la hospitalidad, y tú, dios del amor, de quien este traidor ha abusado tan indignamente, recibid ahora esta víctima que os ofrezco.

Proferir estas palabras, echar mano á la espada, y desmontarse del caballo todo fué una misma cosa en Talestris : en aquel mismo instante desterró de su corazon toda ternura y todo

afecto amoroso, y con paso atrevido, y rostro que manifestaba lo mismo que iba á ejecutar, se acercó al pobre Orontes, que sepultado profundamente en el sueño esperaba su destino sin resistencia alguna. — Vete aquí, dijo ella entonces mirándole con unos ojos de fuego, vete aquí, ó hombre generoso, espuesto al arbitrio de una muger, á quien desprecias; — y alzando el brazo, ya iba á descargar el golpe mortal, cuando un buen genio la detuvo la mano, y la representó en un instante, que sin una eterna vergüenza no podia dar la muerte á una persona dormida. ¿Quieres tú, ó Talestris, la decia este genio caritativo, quieres tú deshonrarte con una vileza que jamas ha tenido ejemplo? ¿No puedes tú dar la muerte á tu enemigo sin añadir la infamia á la venganza? Despierta, despierta á este desleal; tú tienes segura la victoria, pues no son tus fuerzas tan inferiores á las suyas que con la justicia que tienes por tu parte no puedas esperar un favorable suceso.

Ya iba con este pensamiento á despertarle, pero otro la hizo mudar de parecer. — Si le despiertas, decia, y si le das tiempo para que se defienda, huirá como ha hecho dos veces, y perderás esta ocasion que acaso no volverá jamas: á mas que estas consideraciones de honor no son ahora del caso, pues este enemigo no es

de aquellos con quienes se debe usar de esta cortesanía. Este traidor ha borrado con su perfidia todas las reglas del honor, y en las ofensas que te ha hecho ha violado todos los derechos y las leyes mas santas y sagradas: no despiertes, ó Talestris, sino á tu justo enojo, y haz que duerma este traidor en un eterno sueño.

Ya iba á descargar el golpe, cuando al mismo tiempo oyó suspirar á Orontes, y poniendo los ojos en su rostro, advirtió que le caian algunas lágrimas de los suyos todavía cerrados, y deteniendo el golpe oyó que decia: — Déjame, infiel muger, déjame.

Al oir la Reina estas voces lastimosas se la cayó la espada de la mano, y se desvaneció de su alma mucha parte de su resolucion. Miró entonces el rostro con mas atencion que antes, y en él reconoció aquellas amables facciones de su querida Oritias. Esta memoria hizo una estraña violencia á sus resentimientos, y quitó muchas fuerzas á su animosidad. Cuanto Oritias habia hecho mas amable á su vida, aquellas tiernas muestras de amor antes y despues de haberle conocido por Orontes, la suavidad de sus palabras, la gracia con que las acompañaba, y de que no podia defenderse, y todos los servicios que la habia hecho, se la vinieron en un instante á la memoria. Ella consideró á su

engañadora amable en las murallas de Frinea, y en el cuarto en donde habia quitado la vida á Neobarzano; se la figuró verle en aquellos discursos llenos de amor y dulzura, y en aquellas conversaciones que habia tenido con ella, y cuando se acordaba de todas estas cosas, se decia á sí misma: —Si esta es mi amada y querida Oritias, ¿podré yo darla la muerte? ¡Ah! mano mia, atraviesa primero mi corazon que el pecho de mi querida Oritias; allí hallarás tu infidelidad, y allí solamente debes dirigir tus golpes mortales. No se diga jamas que Talestris mató á Oritias, y si esta es rea de alguna infidelidad, Talestris es sola digna de castigo, por no haberla amado lo bastante para obligarla á mantenerse fiel. Viva, pues, mi Oritias, puesto caso que Talestris es incapaz de darla la muerte, y muera sola Talestris, pues no ha sabido merecer la fidelidad de Oritias.

Mantúvose así un rato en estos compasivos pensamientos; y si acordándose de las primeras acciones de Orontes se habia ablandado y enternecido, las últimas enfurecieron su cólera con mas violencia, y desterraron de su alma todas las ideas de amor y de compasion. —¡Ah vil Talestris, decia, qué bajos pensamientos te llevan, y qué indignas memorias te hablan á favor de este monstruo de perfidia! Esta Ori-

tias que tú escusas, y que te figuras todavía tan amable, es la misma Oritias que despues de haberte dajado en las manos de la desesperacion, te desprecia y huye de tí con ultrage y con indignidad, y que aun en el mismo sueño te reprehende y te injuria. Este es, pues, el mismo Orontes, y este es el que debe morir: pero yo no quiero que el sueño me robe una parte de mi venganza: quiero que sienta la muerte que le quiero dar, y que al tiempo de morir escuche los últimos improperios que le quiero hacer.

Al fin esta fué su última resolucion; y temiendo que no huyese Orontes como habia hecho otras veces, se acercó á su caballo, y cortándole las bridas, le dejó en libertad, quitándosela con esto á su amo para que se escapase. Impedida de esta manera la fuga, se acercó á él, y alzando la voz para despertarle: — Levántate, Orontes, le dijo, levántate; pero será para morir.

Articuló estas palabras con tanta fuerza, que súbitamente despertó Orontes, y abriendo los ojos, la vió á su lado con la espada en la mano, y en acto de amenazarle. El susto que recibió con este espectáculo tan imprevisto ni esperado, le precisó á levantarse con la mayor diligencia, y echando mano á la espada para de-

fenderse de este enemigo; — cualquiera que tú seas, le dijo, acaso me habrás despertado para daño tuyo: mas apenas puso los ojos en el rostro de Talestris, cuya visera tenia medio alzada, la reconoció. Este importuno encuentro le causó un disgusto muy sensible, y bajando la espada, retrocediendo algunos pasos con ligereza, esclamó: — ¡Hasta cuándo me atormentarás, ó muger, á quien aborrezco mil veces mas que la muerte!

— Dejaré de atormentarte, replicó la Reina, cuando dejes de vivir, y ya ha llegado ahora el fin de tus tormentos y de tu vida: — Y diciendo esto le tiró un golpe con la espada, el cual reparó Orontes con la suya; y arrojándose á él con un ímpetu ciego, le precisó á retirarse entre algunos árboles.

— Defiéndete, vil, le decia ella, y no creas que yo estime tu fuga como una reliquia del amor que me tienes: la traicion, y el modo indigno con que me has tratado son mil veces mas crueles que la resistencia que me puedes hacer; y cuando los filos de tu espada me quiten del mundo, no harás mas que acabar lo que vergonzosamente ha comenzado tu perfidia: — Y diciendo esto se precipitó entre los árboles con tanta furia y velocidad, que le obligó á defenderse, ó á dejarse matar.

Por mas odio que tenia á Talestris jamas pudo resolverse á levantar las armas contra ella; y cansándose de huir por salvar una vida que ya no amaba, salió de entre los árboles, y arrojando la espada, se paró á pie firme, y presentó su pecho á la furiosa Talestris, diciéndola : — Hiere, cruel muger, atraviesa este corazon que tan ciegamente te habia entregado; y pues estás tan ansiosa de esta sangre que tantas veces se ha derramado por tí, quítame esta vida que tu flaqueza y tu infidelidad me han hecho mas odiosa que la muerte que quieres darme. No es nueva en tí esta crueldad, ni menos me parece estraño quieras quitar del mundo á quien has sabido abandonar con tanta bajeza, y con tanta infamia. Esta alma que tan obstinadamente quieres desterrar de mi cuerpo saldrá cándida, inocente, y limpia de la infidelidad que la imputas; y la tuya, despues de quedar manchada con la mas fea vileza, no quedará mas diforme con este asesinato. No te acuerdes de que soy aquel Orontes que te se ofreció con tanto obsequio, y á quien te prometiste con tantos juramentos y protestas; sino mírame como un Orontes mudado, y como un Orontes que no pudiendo arrojarte de su memoria, te conserva solo para aborrecerte y detestarte. Bien podia defender mi vida contra tí, si

me hubiese quedado algun amor por ella; y este acto con que la desprecio no viene del amor que en otro tiempo te tuve, ni del respeto que profeso á tu sexo, sino del menosprecio con que me la quieres quitar.

Tenia Orontes toda la libertad que podia desear para proseguir su materia, porque la Reina desde el punto en que comenzó á hablar, quedó como aturdida, y escuchó sus palabras sin hacer movimiento alguno. En este discurso tan áspero y tan duro oia la Reina con alguna ternura la voz de su Oritias, y sin embargo de que era tan agrio y tan picante, escuchaba un eco tan dulce y lastimoso, que no podia resistir á la piedad que combatia en su pecho contra sus resoluciones crueles: ella empero conocia con dolor suyo la perseverancia de Orontes en aborrecerla y despreciarla con ultrajes llenos de indignidad, y estas injurias encendieron su ira un poco amortiguada, y la despertaron los deseos de su venganza con tanta violencia como antes.

Todavía permanecia en sus irresoluciones, que acaso hubieran sido funestas al pobre Orontes; cuando oyeron un ruido de caballos, y volviendo el rostro, se vieron rodeados del Príncipe Oroondates, de Lisimaco, de Tolomeo, y de Hipólita. Desde luego se echó Oroondates

sobre la espada de la Reina, y quitándosela fácilmente de la mano á causa de la turbacion en que se hallaba, puso los ojos en Orontes, á quien á pesar de una ausencia de diez años, reconoció al instante : no porque en parte no le hubiesen demudado los accidentes pasados, sino que sabiendo que estaba en aquel pais, las armas de que estaba informado, y esta nueva aventura le dieron á conocer. Al encuentro de este Príncipe, á quien tan tiernamente habia amado, se llenó de afectos, y no pudiéndolo disimular, volviéndose á la Reina, la dijo así :
— Perdonad, Señora, si yo no me puedo contener sin abrazar á vuestro enemigo, pues yo creo que los dioses le han traido aquí para que le haga perder este nombre tan odioso.

Diciendo esto, se descubrió el rostro, y corriendo á Orontes, le abrazó con grandes demostraciones de amistad. Correspondióle Orontes al principio sorprendido ; mas cuando puso los ojos en su semblante, y renovó poco á poco las ideas que el tiempo habia borrado algo de su memoria, fué su admiracion sin igual, y retrocediendo algunos pasos para mas asegurarse :
— Señor, le dijo, ¿sois vos?

— Sí, primo mio, le respondió el Príncipe : no dudeis mas, pues yo soy Oroondates.

Antes de acabar de pronunciar estas palabras se quiso Orontes postrar á sus pies; pero el Príncipe le detuvo, y reiteró sus caricias con el mayor afecto. Orontes las recibió con un profundo respeto; y luego que se desembarazó de sus brazos, y le queria manifestar el gozo que tenia con tal feliz encuentro: Oroondates, muy sobre sí, y tomando un aspecto serio, le dijo así: — Primo mio, dejemos una conversacion que no es del caso en el estado en que os veo, y en presencia de esta Reina con quien teneis asuntos de mayor importancia. Yo he dado estas primeras muestras de mi amistad á vuestro mérito, á nuestro parentesco, y á la circunstancia de habernos criado juntos: ahora os voy á hablar como estoy obligado por mi deber, por mi palabra, y por el cuidado que tengo de vuestra quietud, y de vuestro mismo honor. Esta bella Reina suspenderá, á mis humildes ruegos, por un rato, los justos resentimientos que tiene contra vos, y yo la aseguraré en vuestra presencia que si en la infidelidad de que habeis usado no estais engañado vos mismo, no puedo menos de declararme enemigo vuestro. En efecto, Orontes, vuestra perfidia debe armar contra vos á todos vuestros parientes y mayores amigos, y á no declararme á favor de este delito, no me puedo conser-

var en los términos de nuestra antigua amistad.

— Si yo pierdo la vuestra, respondió secamente Orontes, me será su pérdida mucho mas sensible que cualquiera otra que pueda hacer despues de la de esta ingrata : mas aunque perdiera con ella la vida, á lo que aspira con tanto aborrecimiento, no me arrepentiré de haberla abandonado despues que ella se abandonó á sí misma. Pero yo estraño que reprobeis mis legítimos sentimientos, pues amando, como habeis acostumbrado, á la virtud, es imposible que aprobeis la causa, y conserveis alguna estimacion á una persona á quien defendeis contra aquellos que tienen el honor de tocaros. Yo solo la he amado fiel y religiosamente; y ojalá que el primer instante de mi amor hubiera sido el último de mi vida. Por ella abandoné la memoria de todo lo que habia amado antes, y aun la de mí mismo. Ella me debe la libertad, la vida y el honor, y no ofenderé la modestia aunque diga que merecí su afecto : así á lo menos lo aparentaba, y cuando lleno de justicia esperaba las últimas señales de su amor, esta ingrata á pesar de mis servicios se ha vendido á sí misma por venderme, y se ha precipitado en la deshonra por precipitarme á mí en la desesperacion. ¿Qué quiere, pues, es-

ta muger de mí? ¿De donde viene que ella me aborrezca hasta verme muerto? ¿La he perturbado yo en sus nuevos amores? ¿Me he opuesto á las satisfacciones que ella ha recibido? ¿Tan gravemente la he ofendido para que busque en mi muerte el reposo que tan injustamente me ha quitado para siempre? Ella quiere mi sangre : ¡ah, plugiese á los dioses, continuó volviéndose á Talestris, plugiese á los dioses, ó inhumana, que hubieses derramado hasta la última gota, y que esta fuese la mas sensible ofensa que he recibido de tí, pues despues de la pérdida de mí mismo, esta es la menor para mí; y ya, ingrata, te puedes entregar á las últimas crueldades despues de las que has ejecutado conmigo!

No tuvo Orontes bastante constancia para proferir estas razones sin formar un arroyo de lágrimas, ni la Reina bastante paciencia para escucharle sin interrumpirle. Con este motivo esclamó : — Dínos, traidor, dínos, ¿qué crueldad es esa? ¿Cuál es la infidelidad que he usado contigo? Cuenta á estos Príncipes que nos escuchan, y á quienes los dioses han puesto por jueces de nuestras quejas, ¿qué acciones son las mias para merecer el tratamiento indigno que haces á una Reina, que solo ha faltado y delinquido en haberte entregado con dema-

siada ligereza su corazon? Descubre á la faz de los cielos esas deshonras y esas infamias con que me zahieres y baldonas con cartas y discursos, y no ocultes los defectos de esta muger que á costa de su honor propio se ha hecho indigna de tus afectos, y que no quiere vivir mas, despues de publicadas tus calumnias.

— Si tu desesperacion, la reconvino Orontes, viene de la muerte de Alejandro, te protesto por todos los dioses que no he tenido culpa alguna; y que aun cuando hubieras estado siglos enteros en los brazos de aquel heroe, no te habria apartado jamas de ellos. Ese gran viage que hiciste para verle y renovarle la infame costumbre que debiais abolir en mi favor, pidiéndole, antes que le amases, una heredera á tu corona; ese gran viage, digo, que fué la sepultura de tu fama, se hizo con mucha pompa para que se escapase á la noticia de un amante tan interesado como Orontes; y cualquiera que fuese aquel Alejandro, á quien hiciste ese glorioso presente, y esa súplica vergonzosa, la grandeza de su fortuna no se debia anteponer en tu corazon á Orontes. Si él te hubiese servido, si te hubiera amado, ó á lo menos te hubiera conocido, seria tu ligereza mas digna de escusa. Si hubiera entrado en tus estados, pidiéndote con ruegos lo que ha alcan-

zado de tí, seria menos horrible tu delito; pero sin que haya pensado en tí, atravesar provincias enteras para ir á buscarle, suplicarle, y echarte á sus pies para ofrecerle, lo que aunque te hubiera servido, le podias negar con justicia, ¿crees tú, ó Talestris, que estas no son causas legítimas para que Orontes esté ofendido?

Mucho mas se hubiera dilatado exagerando estas cosas, si desde el principio no hubiera visto demudado el rostro de Talestris, y poco despues caer desmayada en los brazos de Lisimaco. La ofendieron tanto estas palabras tan crueles, que no pudo escucharlas sin quedar oprimida de accidente semejante, y el pésar que recibieron los Príncipes fué tan grande, que no pudieron menos de mirarle con enojo. En tanto que Hipólita la desarmaba corrieron algunos á la fuente para rociarla el rostro con agua, y Orontes por mas zeloso y alterado que estaba, y por mas que se sentia de una herida, de la que jamas esperaba curar, quedó tan penetrado de este accidente, que ni se atrevió, ni tuvo fuerzas para acercarse; y volviendo los ojos á otro lado, se recostó á un arbol, cuya corteza bañó hasta la raiz con infinitas lágrimas.

Tornó en fin la Reina en su acuerdo, y fortalecida alguna cosa con el cuidado de Hipólita,

buscó á Orontes con los ojos, y hablándole con una voz mas sosegada que antes, le dijo así : — Habeis tenido razon, Orontes, y sobrados motivos para abandonarme, si vuestras sospechas son justas, y en atencion á la infamia que me habeis imputado, verdaderamente soy indigna de vuestro afecto y de vuestra estimacion; pero si me habeis amado, y si en la comunicacion que hemos tenido no me habeis conocido dispuesta á flaquezas semejantes, debierais haber buscado mayores motivos antes que pasar á tan cruel estremo. No me empeñaré en apartaros de la mala opinion y juicio que habeis formado de mí. Vos como el mas ingrato y el mas vil de todos los hombres sois indigno de que me justifique ; y por esta razon no llamaré delante de vos ni á los hombres ni á los dioses para sincerarme, sino que para descanso de mi conciencia y conservacion de mi honor me basta el decir, que no hay testigo alguno de la calumnia que me imputais, y que mi inocencia tiene tantos y tan ilustres, que á la sombra de su autoridad lo creerá todo el mundo.

Ya Orontes estaba medio persuadido de la inocencia de la Reina, y escuchaba con toda reflexion sus palabras, cuando los interrumpió Tolomeo, que dijo así : — Si las quejas que teneis, ó Orontes, contra esta virtuosa Reina no

tienen otras razones mas que las que habeis alegadas, son injustas, y malísimamente fundadas: pues yo puedo con mil testigos, acaso mas dignos de fe que yo mismo lo puedo ser para con vos, protestar delante de los dioses, que ella está inocente de los delitos de que la acusais. Si su arribo á nuestro ejército se interpretó siniestramente por los soldados y por aquellos que no tenian la fortuna de estar cerca de la persona del Rey, los Príncipes y los Capitanes de mas consideracion estan mas bien informados de la verdadera causa, y pueden asegurar que esta gran Reina no estuvo jamas sola con Alejandro. Entre dia nunca hablaban sino á la vista de mas de mil personas, y por la noche os puedo probar fácilmente que teniendo el Rey por entonces algunas sospechas de algunos de los suyos, Efestion, Perdicas, Cratero, Leonato y yo dormiamos todas las noches en su cuarto. Esta verdad la saben todos aquellos que estaban por entonces cerca de Alejandro; y por cuanto podriais dudar si yo miento á favor de Talestris, preguntadlo á Perdicas, preguntadlo á Leonato, que son de vuestro partido, y cuyo testimonio no puede seros sospechoso.

—No, Orontes, dijo entonces la Reina, no pregunteis una cosa en la que estais poco interesado: vivid en vuestra opinion, y dejadme en

la mia de que sois el hombre mas indigno de los favores que habeis recibido de mí : yo quisiera recuperarlos todos á costa de mi sangre, y aunque no hayan pasado los límites de la honestidad, soy digna de castigo por habérselos concedido á un hombre tan ingrato y tan perverso. Perded la memoria, como yo pierdo el pensamiento de ofender una vida, que para mayor confusion mia, amé otras veces mas que la mia propia. Vos no mereceis ahora ni mi aborrecimiento ni mi amor, pues mi alma solo atenderá á miraros con indiferencia ó con desprecio : vivireis lejos de mí en un descanso que no he venido á turbar en vuestros estados, y con tal que no os vea en mi vida, os olvidaré de manera, que me quedaré como si jamás os hubiera conocido.

Esta mudanza de estilo y del genio de la Reina, que desde la mayor violencia pasó al estremo de la mayor frialdad penetró vivamente el corazon del Príncipe de los Masagetas, haciendo en su alma un efecto mas pronto de lo que se podia esperar. Ya por el desmayo de la Reina habia conocido cuanto la habia ofendido en su honor, y por la relacion de Tolomeo, de que se podia informar fácilmente con Perdicas y Leonato, se persuadió de su inocencia, y con esta pronta tranquilidad de su espíritu, que pa-

só en un momento del ímpetu á la moderacion, conjeturó la tranquilidad de su conciencia. Estas cosas le desengañaron, y no le dejaron sospecha alguna de la virtud y de la fidelidad de Talestris. Entonces empezó á abrir los ojos como quien ha estado largo tiempo en una oscuridad, y á conocer con cuanta injusticia y crueldad habia calumniado á esta Princesa : pero este conocimiento no se estableció con quietud en aquel ánimo, porque fué acompañado de un dolor que sucedió á los zelos, y le llenó de pensamientos funestos. — Como es esto, dijo él despues de un largo silencio : ¿ con que es verdad que Talestris es inocente, y que Orontes es un calumniador y un traidor?

Aquí calló pasándole por la cabeza mil furiosas agitaciones. Talestris se habia levantado de su asiento despues que le declaró su úlima intencion, y acercándose á su caballo con el fin de retirarse, él se puso delante con los brazos cruzados, bañados de lágrimas los ojos, que no osaba levantar de la tierra, ni menos ponerlos en su rostro, y despues de haber suplicado al Príncipe Oroondates se empeñase con ella para que le oyese un rato, la dijo así : — Señora, yo recibí estas noticias enemigas de mi tranquilidad y de vuestra reputacion en el ejército de vuestras Amazonas que mandaba en Capadocia,

y que me dieron estas fatales nuevas como un suceso y una cosa que queriais llegase á noticia de todo el mundo : despues me lo confirmaron todas las provincias enteras, y si no me acabé de informar de personas mejor instruidas, fué por no oir la confirmacion de mis desgracias, de las que no tenia duda alguna. Esta fe en que vivia me ha hecho cometer mil faltas, que no podré lavar con toda mi sangre. Ahora conozco bien que soy mil veces mas ingrato y mas reo de lo que podeis imaginar : por esta causa no pretendo sincerarme con vos, sino que como veo que mis ofensas son mayores que toda clemencia y bondad, así conozco que para repararlas es menester mas que palabras y arrepentimiento. Solo, Señora, si la memoria de Oritias puede merecer con vos alguna cosa, os suplico me hagais la gracia de creer que Orontes jamas ha dejado de amaros, y que por mas ciego y perdido que estaba, ha sentido siempre en su alma aquel fuego amoroso que ni la ira ni los zelos han podido disminuir. Esta es una verdad que la confirmaré con toda mi sangre, y con la que haré ver que toda mi alma ha sido siempre vuestra. Yo soy digno y muy digno del destierro que me habeis ordenado, y de los desprecios que me habeis hecho, y yo sufriré con gusto uno y otro antes que turbar vuestra quie-

tud. Pero por cuanto mis aflicciones pasadas han debilitado mi valor, permitid que por el mismo camino me liberte de aquellas que me restan que sufrir para satisfacer las ofensas que os he hecho. Mas facil me será pediros perdon muriendo, que si mi dolor se esplicase con palabras; y puesto que no es posible recobrar con vos la inocencia que he perdido, acaso obtendrá mi sangre de vos lo que no se debe á ningun otro efecto de mi arrepentimiento. Recibid, pues, esta satisfaccion, y cesad de aborrecerme: seria injusto si os pidiese otra cosa, pues ahora no pretendo de vos ni lágrimas de amor, ni de piedad, así como en esta vida, que os sacrifico, no recibís cosa alguna de nuevo, y en su pérdida no hallo otra diferencia, que lo que otras veces hubiera hecho por un esceso de amor, lo haré ahora para reparar mis delitos.

Dicho esto echó mano á la espada, y sin duda se la hubiera atravesado, si Oroondates, que estaba muy cerca de él, no le hubiera detenido con tanta fuerza, que le fué imposible ejecutar su deseo. Orontes hacia cuanto podia para desprenderse de sus manos, y Talestris, que ya empezaba á conmoverse con estas muestras de arrepentimiento, le quiso apartar de esta desesperacion, pero sin obligarse á perdonarle. Con este motivo le dijo: — Si yo hubiera deseado

vuestra muerte, no hubiera perdido la ocasion de darosla con mi propia mano; pero este castigo era poco para satisfacer tantas ofensas : vivid, pues, para informaros de mi vida, mejor que lo habeis hecho hasta aquí ; pero alejaos de esta deshonrada Talestris, que no es digna de vos por sus vilezas y por sus infamias.

Acabadas estas palabras montó en su caballo, y sin escuchar los ruegos de Oroondates y de Lisimaco, le picó y alargó las riendas hácia el campo, y se alejó en un instante de ellos. El desconsolado Orontes la miró cuanto le fué posible, y luego que la perdió de vista, se volvió á Oroondates pidiéndole su permiso. Oroondates, que le amaba en estremo, y no le habia visto en tantos años, no quiso concedérsele, prometiéndole que mediaria en estas paces si se venia con él á su campo. Orontes, incrédulo á sus promesas, y religioso observador de la voluntad de la Reina, no quiso condescender á su instancia, y persistió en su empeño con tanta obstinacion, que no pudiendo contenerle Oroondates, le dejó en libertad, habiéndole dado antes palabra y juramento de que no atentaria contra su vida.

Entonces Orontes, sin quererse detener ni un instante, ni sufrir un minuto mas la conversacion, se despidió, manifestando en su rostro las

señales de su desesperacion, y tomando el caballo que pacia libremente, acomodó lo mejor que pudo las riendas, montó en él, y marchando con una velocidad maravillosa, se desapareció de los ojos de los Príncipes como un relámpago. Viendo Oroondates terminar de esta manera un negocio que creia finalizaria con mejor suceso, se quedó muy disgustado. Mil veces estuvo determinado á seguir á Orontes; pero la memoria de sus propias desgracias suspendió los movimientos de su caridad, y la violencia de sus pasiones junta con la necesidad de atender á sus intereses, no le permitió desamparar los de su amor, de su honor y de su venganza. Hizo ánimo de practicar todo cuanto pudiese para reconciliarle con la Reina Talestris, sin dejarla sosegar hasta que lograse el perdon.

Lisimaco y Tolomeo aprobaron su idea, empeñándose en favorecerle en cuanto sus fuerzas alcanzasen; y habiendo montado todos tres á caballo, tomaron el camino del campo, y como estaban cerca, llegaron presto, y se fueron á apear al pabellon de Oroondates. Ya estaba en él la Princesa Berenice acompañada de algunas damas, y Talestris, que supo su vuelta, vino tambien, pero con tanta alegría, que parecia habia desterrado de su alma mucha parte de sus desazones. Estaban estas dos Princesas en

sus cariñosos cumplimientos, con demostraciones de su ardiente amistad, á tiempo que llegaron los Príncipes.

No fué menor el gozo de Oroondates con este encuentro, que la alegría de su hermana, cuyo amor se manifestó por cuantas señales se podian desear : él la tuvo mucho tiempo entre sus brazos, y todo cuanto tiene de dulce y agradable un afecto de esta naturaleza, lo manifestó con el mayor esceso. Entonces teniéndola abrazada, y bañando sus mejillas con lágrimas de gozo, la dijo así : —Hermana mia, ya os hemos recobrado, y los dioses son tan exactos en cumplir sus promesas, como vos fuisteis cruel en dejarme en un estado en que no podia seguiros.

— Señor, respondió la Princesa, cuando me alejé de vos, no creí desampararos sino por algunos instantes, y si no hubiera perdido la libertad, me hubierais vuelto á ver una hora despues de mi ausencia ; pero fué tan justo el motivo que tuve para irme, que sin duda me perdonareis luego que le sepais.

— Yo no sentia vuestra marcha, dijo el Príncipe, sino por el temor y el disgusto que tuve, y esta bella Reina, prosiguió mostrando á Talestris, tomó tambien mucha parte en mi desconsuelo, y os siguió con mucho afecto para

daros la asistencia que no podia vuestro hermano.

Estas palabras renovaron en las dos Princesas los amorosos cumplimientos; pero Lisimaco y Tolomeo los interrumpieron, los cuales despues de haber admirado la hermosura de Berenice, se acercaron á ella, y la saludaron con mucho respeto. Significó Oroondates á su hermana quienes eran estos dos Príncipes, y ella correspondió á su atencion con una gracia que nada tenia de comun; y poco despues se retiraron á sus pabellones para dejarles la libertad de que pudiesen hablar los dos hermanos. Las damas que la habian acompañado tomaron con el mismo fin el camino de la casa de Polemon, quedando sola Talestris con Hipólita en el pabellon de Oroondates.

Desarmado el Príncipe, la abrazó de nuevo, y la suplicó les contase lo que la habia sucedido desde que se alejó de ellos. Entonces dijo así:

—No juzgo del caso que sepais mis últimos sucesos antes que los primeros, porque estos dependen de aquellos en gran parte: y supuesto que es preciso daros cuenta de mi vida en algunos acasos que ignorais, y que son de otra importancia, es muy justo que os los cuente segun el orden del tiempo en que me han sucedido: y de aquí es que omitiré deciros algunas

cosas que os admirarán ; pero no será menos bella esta admiracion cuando la comprendais por la narracion de mi vida.

Oroondates y la Reina Amazona quedaron igualmente satisfechos de este razonamiento ; y como habian quedado con ganas de oir la continuacion de la historia de Berenice, que se interrumpió en el principio, determinaron escucharla con grande atencion.

— Vos anticipais, ó hermana mia, dijo el Príncipe, lo mismo que yo queria suplicaros, y aseguro que esta bella Reina lo oirá con gusto, y yo estoy tan interesado en vuestros sucesos, que no es razon los ignore mucho tiempo.

Dicho esto se sentaron todos tres en una cama, y la Princesa de Escitia, despues de haber pensado un rato en el discurso que debia hacerles, cubriendo con su bella mano un poco de rubor en que se encendia su semblante, dijo así :

CONTINUACION DE LA

HISTORIA DE BERENICE.

En las primeras acciones de mi vida que os conté al principio de mi historia, acaso no ha-

breis hallado cosa alguna culpable; pero en las que voy á deciros me vereis algo menos inocente. Esta confesion no deja de causarme algun empacho, y aun de llenarme verdaderamente de vergüenza, pero un poco de indulgencia las puede escusar, pues no son mis faltas tan criminales, que os puedan dar ocasion, hermano mio, para desaprobarlas, ni á vos, ó bella Reina, motivo de arrepentiros del afecto que me habeis manifestado.

Ya os dije al principio los amores del Rey mi padre con Estratónica, y las persecuciones del importuno Arsacomes : ni habreis olvidado el estado en que las dejé, como en el que yo misma me hallaba por los disgustos que recibia cada dia del temerario Príncipe de los Isedonios. El hermano y la hermana habian hecho en su intencion unos progresos muy desiguales, y el predominio que Estratónica tenia con el Rey no era menor que la aversion con que yo miraba á su hermano.

En estos términos viviamos los unos y los otros con deseos y esperanzas bien diferentes, cuando los Nomadios y los Hilenios con leves pretestos tomaron las armas sublevándose contra su Rey : degollaron á sus Gobernadores, y armando todas sus fuerzas, se entregaron á una guerra abierta y á las últimas resoluciones. El

Rey que queria ahogar este desorden en su orígen, envió contra ellos á Teodato, príncipe de los Sarmatas, con un ejército de treinta mil hombres, creyendo eran bastantes para reprimir y castigar á los rebeldes, y teniendo por otra parte satisfaccion en el valor, prudencia y fidelidad de Teodato. No se engañó en su juicio, pues poco despues de su marcha recibió nuevas del principio de sus progresos, en que supo que en varios encuentros habian padecido mucho los revoltosos, y poco despues que habian quedado derrotados en una batalla, y que el ejército victorioso tenia sitiadas algunas de sus ciudades; pero entre estas nuevas que venian á la Corte, se mezclaban las alabanzas de un estrangero, que habiéndose unido por aficion á Teodato, habia dado unas pruebas admirables de su valor, y que solo él habia hecho mas por nuestro partido que los escuadrones enteros.

Teodato escribia al Rey dándole tales elogios, que le elevaban sobremanera; y confirmado todo esto con muchas atestaciones, se grangeó con el Rey una maravillosa estimacion. Ellos contaban que habia salvado dos veces la vida á Teodato en medio de la batalla, y que habiendo visto flaquear á algunos de nuestros escuadrones, y á su ejemplo acobardarse los otros, lo

que atraeria una derrota general, él se puso á la frente de todos, y arrancando el primer estandarte de las manos de quien le llevaba, habia arengado á estas tropas intimidadas con tanta elocuencia y eficacia, que los obligó á hacer alto; y habiéndoles asegurado un poco, cerró contra sus enemigos con tanto valor y tan feliz suceso, que los rompió y cortó su fortuna, y él solo por aquella parte habia ganado la victoria: que despues de tan importantes acciones, y hazañas, conociendo Teodato lo mucho que le debia, y lo que merecia este héroe en el servicio del Rey, le habia dado el mando de una parte del ejército, por haber muerto uno de los Comandantes: que pocos dias despues habiendo ido con estos hombres á reconocer una plaza, la habia encontrado en mal estado de defensa, y valiéndose de la ocasion con igual prudencia que valor, la asaltó y ganó con pérdida de muy poca gente: que con estas, y semejantes proezas se habia grangeado entre los soldados tanta fama, que todos los dias pedian nuevas empresas con tal que los comandase Arsaces.

A este nombre Arsaces, suspiró Oroondates y mudó de color; pero no quiso interrumpir á la Princesa, que prosiguió diciendo:

En breve tiempo se terminó esta guerra con una cumplida gloria de Teodato, y de todos los

que le habian seguido; pero el valor de Arsaces habia dado el fin á la empresa con todo el suceso que se podia desear, porque supimos que habiendo recibido este valiente incógnito de Teodato ocho mil caballos, habia atacado el resto del ejército enemigo, y cerca del lago de Buga le habia desbaratado enteramente con poca pérdida de los suyos. Estas grandes hazañas pusieron al Rey en ganas de verle para recompensarle largamente sus servicios. No tenia menos ganas de conocerle toda la Corte, y bien presto quedamos satisfechos, porque Teodato, despues de haber ordenado las cosas de las Provincias, volvió á Isedon por mandamiento del Rey, y trajo consigo á este hombre tan deseado, y cuya fama habia producido en la Corte efectos muy diferentes.

Yo estaba con el Rey cuando Teodato vino á besarle la mano, y despues de haberle acariciado mi padre como merecia su valor, y los servicios que le habia hecho, le presentó á Arsaces. Al instante que entró en la sala puse los ojos en él, hallando en su persona muchos motivos para no volverlos á otros objetos. Yo confieso que quedé maravillada de su buena presencia, y si no hubiera tenido en la memoria la del Príncipe mi hermano, hubiera dicho que hasta entonces no habia visto en el mundo

quien le igualase. Su estatura era poco diferente de la vuestra, hermano mio, y en los movimientos y desembarazo del cuerpo habia muy poca diferencia : el color mas moreno que el de nuestros Escitas, que á causa de la frialdad del paìs son mas blancos que los demas hombres; tenia muy viva y muy lisa la tez del rostro, cuyas facciones formaban una bella y maravillosa proporcion ; los ojos brillantes, pero llenos de dulzuras; los cabellos negros naturalmente risados, cuyos bucles le llegaban á la espalda ; su aire era noble y magestuoso, y todos los movimientos del cuerpo tenian una gracia estraordinaria; su edad era de veinte años, lo que admiró mucho mas á todos los que conocian su prudencia, y el valor y modo con que se conducia en los combates era el espanto de los esperimentados y veteranos capitanes.

Yo no sé si sospechareis alguna cosa de esta corta pintura; pero sí sé que antes de acabar mi historia confesareis que lo que he dicho de Arsaces lo puede decir todo el mundo. El Rey, que habia hecho de él un gran concepto, le miró con admiracion, y habiendo tenido largo rato ocupados sus ojos en una persona tan perfecta, mientras Arsaces le besaba la mano con el mayor respeto, le abrazó y acarició mucho mas de lo que un incógnito podia esperar. Des-

pues de haber manifestado el Rey la atencion que tenia á su valor, le preguntó por su pais y por otras circunstancias de su condicion y fortuna, y entonces Arsaces, consultando un rato con su modestia, le respondió: — Señor, yo he nacido en la Bactriana, que está el dia de hoy sujeta á los Persas: fueron mis padres muy nobles, pero luego que pude montar á caballo los dejé; y buscando la gloria entre las armas y paises estrangeros, han sido hasta aquí mi patria aquellos lugares en donde mejor he podido encontrarla. La bondad del Príncipe Teodato me detuvo en servicio de vuestra magestad; y habiendo conocido despues el honor que tiene en serviros, me ha detenido mas poderosamente.

— En ninguna parte, respondió el Rey, lo podiais hacer mejor que en este pais, en donde se estima vuestro valor, y en donde habeis hallado la gloria que buscais, y con ella un Príncipe que reconoce lo que valeis, y los relevantes servicios que le habeis hecho.

A este discurso del Rey respondió Arsaces con otro lleno de humildad y modestia, y dándole ocasion de hablar, le dió igualmente materia para hacer conocer á los circunstantes la gentileza de su espíritu, y la gracia con que se esplicaba. No hablaba perfectamente el idioma

del pais, pero sabia lo bastante para no ofender con la pronunciacion, y como poseia muy bien el griego, y otros muchos que se usan entre nosotros, tenia una conversacion muy gustosa.

Desde este dia comenzó el Rey á hacerle muchos beneficios, asignándole rentas bastantes para su manutencion: él las recibió sin apego y sin desden, y si su naciente fortuna halló desde luego algunos envidiosos, no pasó mucho tiempo que no los venciese su virtud. En efecto, apenas estuvo algunos meses en la Corte, que fué la admiracion y las delicias de todos, ganando sus escelentes prendas en poco tiempo aun el corazon de las personas mas austeras. Todo el mundo estaba admirado de su bella presencia, de la dulzura de su conversacion, y de la viveza de su espíritu: todos escuchaban como un milagro la narracion que se hacia de él en las maravillosas proezas que hacia en los combates, y estaban universalmente admirados los que veian en él la grandeza de su valor, de su bondad, y de su natural bizarría. Bien presto se puso en estado de darlo á conocer, y el Rey que le miraba y admiraba como los otros, se enamoró de su virtud, y á fuerza de favores y de gracias le quiso aficionar á su servicio.

Conoció el Rey en su semblante y en sus ac-

ciones un no sé qué de grande y elevado, que se vió precisado por motivos ocultos á hacer de su persona una estimacion estraordinaria: con este motivo en poco tiempo le elevó á unos empleos, que otros ni por nacimiento, ni por largos servicios pueden obtener sino á costa de grandes dificultades. No abusó Arsaces de esta buena ventura, y aquellas dignidades en que se vió sin buscarlas, ni le ensoberbecieron, ni le hicieron mas orgulloso que antes, pues por lo contrario, cuanto estaba mas honrado, parecia mas sociable. Servia con humildad y franqueza á todos aquellos que necesitaban de él, y corria gustoso á buscar las ocasiones de emplearse con tanta viveza, que hacia mucho mas agradable el beneficio. Su liberalidad no tenia límites, y en vez de enriquecerse con los favores que el Rey le hacia, los repartia con tanta profusion, que lo vituperaban los amigos, y aun el mismo Rey se le llegó á quejar del menosprecio que hacia de sus gracias, y del poco cuidado que tenia en conservar los presentes que le hacia. No se moderó con esto la liberalidad de Arsaces, pero se hizo mas circunspecto en manejar los favores, huyendo del fausto y de la ostentacion en los beneficios que hacia.

Aunque en todas sus acciones nada se le notó de orgulloso, se advirtió, no obstante, que

aunque se mostraba tan humilde y tan sumiso con todos, jamas pudo inclinarse á cortejar á Arsacomes, que era entonces, despues de la persona del Rey, el mas reverenciado en el Reino, el que dispensaba las fortunas, y el que trastornaba las que estaban mal aseguradas, y empezaban á establecerse como la de Arsaces. Esto no es decir que Arsaces no rindiese civilmente lo que creia deber á un hombre tan estimado del Rey, y de las circunstancias de Arsacomes; sino que jamas le pudo mirar como los esclavos del favor, que siendo de opinion contraria, y de pensamientos diferentes, buscaban anticiparse á él con viles adulaciones y serviles lisonjas, á las que él no se podia sujetar, y á mas de estas razones tenia otras mas particulares y mas poderosas, que se ponian á aquellas que él exigia de los otros.

Arsacomes, que conocia muy bien este menosprecio, y temia que la fortuna de Arsaces podia trastornar la suya, se quiso oponer á sus progresos, y representó al Rey que era muy peligroso elevar tanto á un estrangero, hombre incógnito, y nacido en los paises enemigos; pero el Rey, que conocia la intencion de Arsacomes, y que fuera de sus amores no conocia flaqueza alguna, no hizo caso de esta propuesta, y viendo que Arsaces se hacia cada dia mas

digno de sus favores, y la generosidad y modestia con que se servia de ellos, en vez de disminuir las gracias, las aumentaba visiblemente. Y á la verdad, fuera de las personas interesadas, habia pocos que no tuviesen gusto, y no confesasen que el Rey no podia haber hecho eleccion mas legítima, ni mas juiciosa. Por mí puedo decir que tuve el mayor contento, y conmigo todas las damas de la corte, de todas las cuales se habia ganado el afecto, así por sus buenos modos, como por el agrado de su espíritu.

Todas estas circunstancias y otras mil prendas que tenia en sumo grado, juntas con la estimacion del Rey, que queria que cada uno le tratase á su ejemplo, eran causa de que nosotras le vieramos á menudo con mucho gusto, y pocos eran los dias que ó con el Rey, ó con el Príncipe Cartasio, nuestro tio, ó con Teodato no viniese á visitarnos.

Hallábase con este un dia en mi aposento, en donde solo estaban conmigo Cilenia y algunas otras damas, cuando despues de una conversacion divertida, me dijo Teodato que Arsaces cantaba bellamente, y tocaba la lira con mucho primor y ciencia. Yo mandé al instante que trajesen una que estaba en mi gabinete, y al tiempo que se la presentaban le supliqué que

tocase y cantase alguna cosa, y le estreché de manera, que aunque le ví con ganas de escusarse por los colores que le salieron al rostro, no me pudo negar este gusto. Tomó la lira con una profunda reverencia, y acomodándola á su voz, cantó un aria tan tierna, que acompañada de palabras amorosas, daba mucho gusto á todos. Mirábame alguna vez; pero si notaba que yo hacia lo mismo, luego ponia sus ojos en el suelo.

Despues que acabó de cantar con una gracia que nada tenia de comun, y despues de haberle dado las gracias que le eran debidas, así por las que le habia dado la naturaleza, como por las que habia adquirido por el arte, quise de su misma aria tomar materia para hablar con él; y acordándome de las palabras amorosas que le habia oido, y de las acciones con que las habia avivado, le dije así: — Arsaces, vos saldreis con muchas ventajas en todas vuestras cosas; pero permitid que os diga, ó que nuestro conocimiento es falso, ó que no estais exento de una pasion que sabeis esprimir con tanto acierto.

Sorprendido Arsaces con esta repentina propuesta, bajó los ojos sin responder á estas primeras palabras, y viéndole yo tan silencioso, le

dije : — ¿Es posible, Arsaces, que vos no habeis amado?

Aunque parecia que todavía estaba confuso, con todo eso levantó la cabeza, y volviéndome á mirar como mal asegurado, me respondió : — Pero, Señora, ¿os pareceria estraño que Arsaces, hubiese vivido y visto tanto, y que no hubiese amado?

— Sois tan joven, añadí yo, que no me maravillaria que hubieseis pasado vuestros pocos años sin amar ; y á mas de esto he creido que la pasion de la guerra prevalece en vos á cualquiera otra, porque una persona criada en las ocupaciones militares, no atiende tan fácilmente á las del amor.

— Yo no tengo por la guerra, respondió Arsaces, sino una pasion muy moderada, y aun diria que no la tengo amor, si no fuera por la ocasion que tengo de hacer algun corto servicio al Rey, y de arribar á aquella fortuna á que por su bondad me ha elevado; pero hasta aquí, Señora, yo no he creido jamas que Marte y Amor fuesen incompatibles, y que aun á las mismas personas envejecidas en las armas no les puedan hacer perder por un instante aquella libertad que habrian conservado toda su vida. De aquí es, Señora, que el estado de mi vida es muy diferente del que vuestra Alteza se ha imagina-

do, y que estoy muy lejos de aquella tranquilidad de ánimo que pueden gozar los que no sienten el poder de esta pasion.

Dijo estas palabras Arsaces mezcladas con algunos suspiros, que me hicieron creer mucha parte de lo que me decia, y deseando alargar la conversacion, y precisarle á que hablase mas sobre la materia, le dije: — Si no teneis el ánimo tranquilo como parece que lo deseais, debeis por lo menos tener aquella esperanza que baste á suavizar vuestra condicion, pues teneis unas cualidades que pueden pronosticar en vos algunos afortunados sucesos. Hay pocas personas tan dispuestas y gallardas como Arsaces, y si su esperanza se mide con la proporcion de su mérito, no hay fortuna á que no pueda aspirar legítimamente.

Así hablaba yo inocentemente, porque no sabia sus intenciones, ni las consecüencias que se podian seguir, y entonces mas alentado que antes, me respondió: — Demasiado glorioso seria este juicio de vuestra alteza para el pobre Arsaces, si lo pudiese sacar del conocimiento que tiene de sí mismo, y si no supiese distinguir vuestra justicia de vuestra bondad. Yo estoy muy distante de este mérito y de estas esperanzas, que conozco injustas; pero cuando los dioses me hubieran dotado en mi nacimiento de

todas aquellas prerogativas, que en un hombre son de desear, atrincheraria todas mis pretensiones con la gloria que saco de mi pasion. Es tal esta gloria, que no tengo motivo de suspirar por aquella tranquilidad que he perdido, y se han elevado tanto mis pensamientos, que no los puede alcanzar vista humana, ni hay quien pueda suspirar por objeto mas amable y cumplido. Yo amo, pues es gusto vuestro que os lo confiese; pero amo con tan perfecto conocimiento del sugeto amado, que limito todos mis deseos, y pongo todas mis esperanzas en sola la satisfaccion de amarle. Este es el único blanco que mi ánimo se puede proponer, y lejos de hallar alguna miseria en mi condicion, considero todas mis penas como señales gloriosas de la mas alta fortuna á que puede un hombre aspirar.

— Si amais con tanta resignacion, le dije yo, y si con tanta restriccion limitais vuestros afectos, estais muy lejos de la opinion de los que dicen que el amor es un deseo, y que, proponiéndose un fin muy diferente de esta satisfaccion que imaginais en el vuestro, forman un puro interés.

— Los que creen, respondió Arsaces, que el amor es un deseo, ó nunca han conocido su naturaleza, ó le han querido disfrazar para cubrir otras pasiones menos nobles y menos razo-

nables; y si gustais, Señora, que os diga mi sentir en orden á la definicion del amor, me tomaré la libertad de deciros, que yo siempre he tenido por cierto que el amor era una propension de nuestra alma, ó un movimiento interior que nos inclina á un sugeto mas que á otro; y de esta manera yo tengo que esta inclinacion puede nacer de la primera operacion del entendimiento solo, sin que concurra el juicio y el discurso, y que considerándola abstracta, desnuda, y por sí sola, es tan diferente del deseo, como la causa del efecto; pero no quiero decir que el deseo no pueda nacer, ó no nazca del amor, sino que esta produccion es una señal esencial de su diferencia, y el deseo nacido del amor es verdaderamente un efecto suyo, y no el mismo amor. Amamos á un sugeto porque es hermoso, y por consiguiente le deseamos, porque le amamos. Antes de nacer el deseo, el amor subsistia sin él, y hay muchos accidentes por los cuales se puede estinguir el deseo, y permanecer el amor. De aquí se sigue que los que confunden estas dos pasiones, amor y deseo, quitan al primero una parte de su nobleza, y forman un conocimiento mas material que su naturaleza. El amor es una pasion pura, desprendida de todo pensamiento de interes, y os puedo asegurar con verdad que jamas he consi-

derado en mi amor sino la nobleza de la persona á quien amo, sin atender ni ligeramente á mis intereses.

Así hablaba Arsaces con tanta gracia que todos pendiamos de su boca, escuchándole con la mayor atencion; pero entonces entró el Rey en mi cuarto, acompañado del Príncipe Cartasio, su hermano, de Arsacomes, y de otros muchos. Ya habia tiempo que Arsacomes no me habia visitado, por lo que creí que los modos con que le habia tratado le habrian resfriado en su amor; pero me engañé en mi juicio, porque en el mismo dia me dió á entender que no estaba menos respetuoso, ni menos deseoso de agradarme que lo habia estado antes. La continuacion de la pasion del Rey por su hermana y de los favores que recibia le ensoberbecieron de manera, que no se avergonzaba de hacer patente á todo el mundo el amor que me tenia, y el Rey se habia sujetado tanto á Estratónica, que como apenas tenia algun imperio en Arsacomes, sufria que este insolente hiciese vanidad de su pasion sin castigarle.

En todos mis disgustos me consolaba con el Príncipe nuestro tio, con la Princesa Tomiris su hija, con Cilenia y otras damas de mi confianza, y aun la agradable conversacion de Arsaces tal vez no me era inutil para aliviar en parte mis

desazones : yo hallaba en ella una dulzura que no veia en otras personas, pues se esplicaba con tal delicadeza y elocuencia, que no era facil separarse de su compania, sin tener mucha pena. Él ignoraba las persecuciones de Arsacomes, que por lo comun eran materia de conversacion en la Corte, y Arsaces mostraba unos resentimientos bien diferentes de aquellos que no tenian valor para vituperar sus acciones, porque dependian de su fortuna. Arsaces se interesaba de otra menera; mas al principio yo lo atribuia á mera complacencia y á la compasion que tenia de mí por mis desazones que se dejaban ver de todos.

En tanto comenzamos á notar que desde que frecuentaba nuestras visitas habia perdido mucho de su amable genio : no porque con mucha debilidad y complacencia no se acomodase á los nuestros, y que no hiciese todo lo posible para ocultar con apariencias esteriores lo que interiormente sentia, sino porque bajo esta especie de violencia advertiamos una melancolía que no le era natural, y de la que visto el estado de su fortuna, y el motivo que tenia para vivir contento con su suerte, no podiamos sospechar otra causa que la de aquel amor de que habia hablado con nosotros. En efecto, aunque acabamos de creer que habia hablado de veras, y

de hacer alguna diligencia para saber lo cierto, todavía no habiamos notado que entre todas las damas de la Corte hubiese alguna á quien hubiese mostrado alguna particular inclinacion, pues por mas que lo observábamos con el mayor cuidado, nunca descubrimos en él sino una atencion, y un respeto general á todas, sin particularizar á ninguna. Yo le motejaba algunas veces con la mudanza de su genio, y entonces procuraba serenar su semblante, y disipar las nubes de su melancolía; pero bien presto volvia á caer en unas enagenaciones tan profundas, que apenas podiamos distraerle.

Estábamos un dia en el cuarto del Rey, en donde viendo que se apartaba de los otros, y que desde una ventana adonde se habia retirado, nos miraba con unos ojos de fuego, la Princesa Tomiris mi prima, y yo fuimos á encontrarle. Él quiso dejar el sitio, creyendo que nos acercábamos á la ventana para divertir la vista con los jardines que habia debajo; pero yo le detuve por el brazo, y mandándole que no se moviese de su sitio: — Arsaces, le dije, Arsaces, si perseverais en ese humor melancólico que os ha cogido de algun tiempo á esta parte, creeremos sin duda que estais penetrado de veras de aquella pasion sobre la cual sabeis hacer discursos tan delicados.

Al oir estas palabras bajó los ojos, y alzándolos despues, y poniéndolos en mi rostro con un aspecto tímido, y un suspiro que no pudo contener, respondió : —Demasiado cierto es, Señora, que estoy mortalmente penetrado, y que mis ojos me han hecho el mayor mal que de ellos podia recibir. Yo me abraso verdaderamente en un fuego que no se apagará en *todos* los dias de mi vida ; pero si mi pasion fuera un deseo, moriria sin duda por faltarla aquellas esperanzas que son su ordinario alimento. Yo amo, no solamente sin ser amado, no sòlamente sin esperanzas de ser amado, sino tambien sin atreverme á desear ; porque es tanta la desproporcion del miserable Arsaces con aquella soberana á la que dirige sus pensamientos, que no quiere que ella le recompense su amor, ni menos que le conozca.

— Vos os conteneis, dijo la Princesa Tomiris, en los términos de una perfecta modestia ; mas los que conocen lo mucho que valeis, acaso no ponen tan estrechos límites á vuestras esperanzas como vos.

— La mayor de mis esperanzas, respondió Arsaces, es morir por aquella que yo amo, sin darla jamas motivo alguno de quejarse de mi temeridad, ni de acusar de falta de respeto un

amor á quien él ha puesto los primeros fundamentos.

—Cierto es, añadí yo, que la persona á quien amais está ignorante de vuestro amor, y que ni con palabras, ni con acciones la habeis dado algun indicio.

—Yo no sé, respondió él, si mis acciones ó mi rostro han hecho traicion al silencio que he impuesto á mi boca; pero si tengo algun imperio en lo uno y en lo otro, ella lo ignora y lo ignorará toda su vida. Con esta ignorancia ella me ve, me sufre, y me hace tales gracias que deben ser envidiadas de las personas mas felices; pero si lo supiese, la menor pena que podria imponer á un infeliz, y á un incógnito como Arsaces, seria desterrarme en castigo de mi presuncion para siempre. No permitan los dioses que yo la irrite con alguna declaracion culpable, y que arme contra quien se abrasa, rayos y relámpagos que le acaben de consumir.

Mas hubiera dicho Arsaces si el Rey no hubiera venido á participar de nuestra conversacion; pero la continuamos muchas veces los dias siguientes, en los que siempre encontrábamos á Arsaces firme en su silencio, y constante en su modestia acostumbrada.

Entre tanto el amor del Rey á Estratónica

habia subido tan alto, que fué preciso llegar al último estremo, y habiéndola el Rey solicitado un dia para que le diese algunas muestras de su afecto, esta ambiciosa doncella que se consideraba señora absoluta del ánimo de nuestro padre, se quiso valer de todo su imperio, y despues de haberse resistido lo bastante, al fin le dijo : — Señor, no espereis jamas de Estratónica cosa alguna sino por los caminos legítimos, y si la amais, dadla vos mismo las últimas muestras de vuestro amor, ó dejad de ofenderla con persecuciones, cuyos fines son inciertos.

No sorprendieron al Rey estas palabras, pues muy bien las habia entendido ; pero le desagraaron mucho, dejándole desdeñoso ó irresoluto por algunos dias. Entraba de malísima gana en este matrimonio, pero ni por esto se determinaba á dejar á Estratónica ; pues la amaba tan de veras, que no podia hacer ninguna violencia contra ella. Dos eran las consideraciones que se oponian á este matrimonio, la desigualdad de condiciones, y el Príncipe mi hermano, á quien creyó hacer algun perjuicio con este casamiento : mas la fuerza del amor, y las persuasiones de los aduladores vencieron estas dos dificultades en su espíritu con suceso. — Estratónica, decia él, es mi vasalla, pero es Princesa ; y si no hallo en ella aquellas condiciones que

se buscan en una alianza de esta naturaleza, por lo menos no hallaré ninguna mancha. El ser inferior una muger nada me hará perder de mi estado, y ejemplos hay en este Imperio y en todos los vecinos. Por lo que toca á Oroondates nada debe embarazarme: si él ha muerto, como se puede creer de una ausencia tan larga, nadie debe estrañar que yo pretenda dar un heredero á una Corona sin el cual pasaria á otra familia; si está vivo, es un ingrato, pues se ha marchado sin permiso mio en ocasion de tantas guerras como habia, y no ha vuelto en el tiempo en que me ví precisado por necesidad á mendigar la asistencia de todos mis amigos.

Con estas reflexiones venció todos los obstáculos que se oponian á sus intenciones, y no teniendo mas á que atender, hizo saber á Estratónica que estaba dispuesta á concederla todo lo que habia deseado. Esta nueva se supo de repente en toda la Corte; y habiéndola el mismo Rey publicado, y propuesto á su Consejo las razones que le obligaban á efectuar este casamiento, todo el mundo se preparó para las fiestas, pero con pensamientos muy diferentes: porque si Estratónica y el orgulloso Arsacomes se vieron en el colmo de la felicidad, Berenice al contrario fué colmada de disgustos.

Yo tenia muchas razones que es ocioso repe-

tirlas, pues no las ignorais, y el consuelo que tenia era que todos los que no estaban interesados por la familia de Arsacomes aprobaban mis resentimientos : pero por justos que fuesen, con todo eso fueron inútiles; y no obstante las quejas que dí por el interés del Príncipe mi hermano, y por el mio, no dejó el Rey de pasar adelante, y despues de haberme dado un ligero consuelo, y prometido con palabras llenas de dulzura y de cariño, que este casamiento no disminuiria nada el amor que siempre me habia tenido, ejecutó su deseo, y se desposó públicamente con Estratónica ; coronándola en Isedon en presencia de toda la Corte. Como este mal no tenia remedio, fué preciso sufrirlo, y fingir satisfaccion por lo que tocaba al Rey, puesto que mis contradicciones eran fuera de sazon.

Las bodas fueron muy suntuosas, y para honrar un acto tan solemne se celebraron con torneos llenos de pompa y de magnificencia. Arsacomes se presentó con mas fausto que todos los demas de la Corte, y Arsaces, aunque no llevó á bien particularmente este casamiento, con todo eso se manifestó muy reconocido á la amistad que el Rey le mostraba, y no quiso despreciar las ocasiones de obligarle y darle gusto. Con este motivo no solamente se halló en todo,

sino que se llevó los premios, y con la gloria que se adquirió á vista de todo el mundo, acrecentó la envidia que Arsacomes tenia contra él.

Viéndose este soberbio favorito elevado con este enlace á unos honores que jamas habia pretendido, acabó de perder la memoria de lo que me debia para atormentarme abiertamente, y el Rey se sometió de tal manera al gusto de su nueva esposa, que no tuvo pena alguna de las insolencias de su hermano. El tormento que yo recibia me hacia huir de todos por evitar encontrarme con él, y aunque Estratónica aparentaba que no abusada de su fortuna para conmigo, y me hiciese todo aquel honor que podia esperar de la esposa de mi padre; su conversacion me era muy fastidiosa, y no la podia considerar como hermana de Arsacomes sin mirarla sin aversion : es verdad que ella me precisaba por los discursos que me hacia á su favor, no perdiendo ocasion de hablarme de su amor, y del mérito de su hermano.

Queriendo un dia huir de una visita que creí debia hacerme, salí de mi cuarto con Cilenia, y otras dos de mis damas, y por una escalera escusada que hay en mi aposento descendí al jardin : al instante dí licencia á las dos damas para que se paseasen con libertad por donde quisiesen, y descansando yo en los brazos de

Cilenia, me fuí á buscar con ella las calles mas retiradas. Nuestra primera conversacion fué sobre Arsacomes, y despues de haber detestado por algun rato, llena de furor y cólera, las persecuciones con que me atormentaba, Cilenia pasó á hablar sobre los modales de Arsaces. Confieso que me gustaba sobremanera su persona, y que no viendo en él cosa que no fuese amable, grande y estraordinaria, no podia menos de estimarle cuanto merecia. Despues de haber hablado de su amor, de la gracia con que discurria, y de la maravillosa discrecion con que la acompañaba, Cilenia puso los ojos en mi rostro, y despues de haberme mirado con singular atencion, me dijo sonriéndose: — Señora, ¿me perdonareis una necedad que no puedo dejar de deciros?

— No me puedes ofender, respondí, de manera que no puedas esperar el perdon.

— Pues en esta suposicion, dijo Cilenia riéndose como antes, me tomaré la libertad de deciros, que si Arsaces ama, es fuerza que ame á la Princesa Berenice.

— ¿A mí, loca, la dije yo, rechazándola con la mano?

— Sí, Señora, respondió Cilenia, á vos misma, y si habeis tenido cuidado en observar sus discursos y acciones, no será vuestro parecer muy

diferente del mio. En cualquiera parte que esteis, de repente vuelve los ojos á vos : no se os acerca sin suspirar, sin temblar, y sin mudar de color, y cuando habla de la persona á quien ama, lo hace con una sumision y un respeto que solo se debe á la Princesa Berenice.

Con estas palabras de Cilenia reflexioné sobre las acciones de Arsaces, y ciertamente encontré en ellas mucha conformidad con el juicio que esta muchacha habia formado. Yo no os he dicho que sobre este particular habia tenido una ligera sospecha que despedí de mi alma como un efecto de mi vanidad; pero examinando entonces varias cosas que me habia dicho, y particularmente las que profirió en presencia de Tomiris, dí algun asenso á la opinion de Cilenia. Con todo esto dificulté confesarlo; y despues de haber estado un rato sin responderla, la dije así : — Yo no creo que Arsaces haya jamas pensado en mí; pero sin embargo quedaria sumamente disgustada si me viera en precision de desterrar para siempre de mi vista á un hombre, cuya virtud me mueve á estimarle infinito.

Bien conocí que Cilenia habia sentido haber hablado tan claro, y mirándome con tímido semblante, respondió : — Pero, Señora, si Arsaces no tiene mas delito que amaros, sin ha-

berse declarado hasta ahora, ¿es esto motivo para que le desterreis para siempre?

— ¿Y dudais, Cilenia, la dije yo, que le desterraria?

— Yo siempre he creido, respondió ella, que los pensamientos eran libres, y que la ofensa está solo en declararlos. Mas puesto que aun los sentimientos interiores son criminales, recuso la opinion que tenia del pobre Arsaces, y creo que no ha mezclado sus pensamientos amorosos con los que tiene de honraros.

— Tambien lo creo yo, la respondí seriamente; y mas quiero tener esta opinion, que sufrir otra que me precisase á aborrecer la inclinacion que tengo á quererle bien.

Aquí llegábamos, cuando al finalizar una calle, y estando á punto de tomar la otra, vimos muy cerca de nosotros á aquel Arsaces de quien habiamos hablado recostado en la yerba. Quedé sorprendida con semejante encuentro, temiendo no hubiese oido nuestra conversacion; pero presto salí de esta sospecha, pues acercándose Cilenia le vió con los ojos cerrados con todas las señas de estar dormido. Quise pasar sin dispertarle; pero Cilenia tuvo una curiosidad muy contraria á mi pensamiento, porque viendo en el suelo, y muy cerca de la boca de Arsaces, una pequeña caja de retratos, sobre la que pa-

III Pag. 498

recia se habia dormido, se acercó á él poco á poco sin descubrirme su intencion, y tomando la caja sin mirar lo que tenia dentro, se vino á mí diciendo : — Ahora, Señora, podreis satisfacer vuestra curiosidad, pues yo espero que veremos aquí el rostro de aquella persona, á quien Arsaces ama con tanto respeto.

El discurso que habíamos hecho sobre esta materia, me obligó á llevar muy á mal semejante curiosidad : y temiendo hallar en la caja la confirmacion del juicio de Cilenia, la mandé la volviese á poner en el mismo lugar de donde la habia tomado : pero ella la abrió, y puse los ojos en lo que tenia dentro. ¿Pero para qué os detengo mas? Al fin me hallé con lo que habia temido, y ví en la caja aquel mismo rostro que mi espejo me presentaba todos los dias. Yo no sabré deciros cual fué mayor en mí, ó el espanto, ó el dolor, ó la cólera : y aunque esta última ha tenido poco ascendiente en mi espíritu, confieso que en este encuentro me asaltaron todos tres. Es cierto que yo hacia de Arsaces una estimacion muy particular, y que no hallaba en él otro defecto que el humilde nacimiento que le impedia aspirar á las mas grandes y mas bellas Princesas del mundo; pero esta oscuridad era motivo para recibir sus afectos como ofensas mortales, y para mirar su presuncion como una

mancha capaz de borrar todas las bellas prendas que tenia. Mi inclinacion sentia infinito esta falta, y como ya sencillamente se lo habia confesado á Cilenia, así me ví, á mi pesar, obligada á castigarle este atrevimiento.

Viéndome Cilenia tan alterada, quiso hablarme; pero yo poniéndola la mano en la boca, y previendo lo que me queria decir; — Callad, la dije, Cilenia; y pues vos habeis contribuido tanto á este conocimiento enfadoso que hemos visto, cooperad á mi satisfaccion, y tened cuidado de advertir á este presumido que no se ponga jamas delante de mi presencia.

Yo no sé si por haber proferido en alta voz estas palabras, ó por el ruido, ó por sí mismo dispertó Arsaces; pero lo cierto es que se levantó al mismo tiempo, y viéndose cogido en una postura, que no juzgó delante de mí muy decente, quedó tan confuso, que no tuvo valor para acercarse á nosotras, sino cubriéndose el rostro de vergüenza con las manos. En fin él quiso llegarse á nosotras, y cuando ya se acercaba con profundas reverencias, y se preparaba para decirme alguna cosa, le volví la espalda sin mirarle, y haciendo una seña á Cilenia para que se quedase con él, y cumpliese lo que la habia encargado, me alejé de ellos prontamente, y volví á tomar el camino de mi cuarto.

Arsaces, segun supe despues, quedó tan aturdido con esta accion, que le pareció á Cilenia poco menos que una estatua de marmol, y no habiéndome visto jamas hacer otras semejantes, creyó no era leve el motivo, y adivinó al instante mucha parte de la verdad. Pero luego salió de la duda, cuando vió la caja de los retratos en las manos de Cilenia.

Desde que yo me retiré no se habia movido del sitio, con los brazos cruzados, y los ojos clavados en mí hasta que me perdió de vista: pero cuando los volvió á Cilenia, y conoció que el retrato le habia descubierto y vendido, quedó persuadido de la verdad de este suceso, y cayó en una confusion dificil de esplicar. Estuvo mucho tiempo inmovil y mudo, de manera que movió á Cilenia á compasion. Ya en fin volvió en su acuerdo, y acercándose á Cilenia que no estaba menos aturdida; — Yo soy perdido, la dijo, y demasiado leo en vuestro semblante, en la accion de la Princesa, y en lo que veo en vuestras manos mi fatalidad. Ya está manifiesto mi delito, pero á lo menos tengo la satisfaccion de que mi desgracia, y no mi boca lo ha descubierto. Yo no he faltado al respeto debido á la Princesa, y por poco poder que tuviese en mí mismo, tenia lo bastante en mi lengua para obligarla á un eterno silencio. No alego estas

escusas para justificarme con ella, pues por muy respetuosa, inocente y secreta que fuese mi pasion, es rea sin duda pues la ha causado esta indignacion; y los dioses no la hubieran descubierto si no fuese digna de castigo: por lo que ya estoy dispuesto á escuchar de vos la sentencia que me debeis intimar: yo la oiré de vuestra boca sin quejarme, y aunque vos hayais contribuido acaso á mi desgracia, no me quejaré de vos, sino que la escucharé pacientemente.

Cilenia me juró déspues que no pudo escuchar estas últimas palabras de Arsaces sin moverse sensiblemente á compasion, y que tuvo una grande repugnancia en cumplir lo que la tenia mandado; pero como no lo podia evitar, se determinó á hacerlo, y endulzando el aire del semblante, y las palabras cuanto pudo, le dijo así: — Señor, yo me compadezco de vuestro dolor, y hubiera querido con todo mi corazon que la Princesa se hubiera valido de otra para haceros saber su voluntad: es cierto que ha conocido vuestro amor, y se ha ofendido tanto, que se cree obligada á suplicaros no la mireis jamas.

Quedó Arsaces muy sentido con esto; mas como su valor era grande, y tenia unos pensamientos en que fundaba sus esperanzas, no perdió el ánimo, sino que volviéndose á su pri-

mer estado, habló á Cilenia con mucha moderacion de esta manera: — Esta sentencia es justa, y no lo seria yo mismo si me quejase de ella; y la pena de desterrarme de su presencia para siempre, es la mas razonable que esta Princesa puede imponer á quien con la vista le ha dado materia para quedar tan ofendida. Yo os juro por sus bellos ojos, y por el alto respeto que la tengo, que la obedeceré sin quejarme, y que si ahora lo pudiera hacer sin mala obra, no tardaria en poner en ejecucion mi destierro mas instante que en el que se me ha ordenado: pero, Cilenia, yo estoy detenido aquí por una necesidad importante, y sin hacer traicion al Rey, al Estado, y particularmente á la Princesa, no me puedo partir sin alcanzar de ella una hora de audiencia. Es preciso, Cilenia, que yo lo consiga por vuestra mediacion: y digo que es preciso, porque conviene al servicio de la Princesa, á su satisfaccion, y á su tranquilidad; y me obligo así á vos como á ella, con todos los juramentos mas religiosos, que no diré en todo mi discurso ni una palabra de amor. Alcanzadme, si gustais, esta gracia, de la que no abusaré; y si falto á la palabra que os he dado, tenedme por el mas ingrato, y por el mas vil de todos los hombres.

Enmudeció Cilenia con semejante propuesta,

y desconfiando de obtener de mí lo que él deseaba, no sabia de qué manera se podria desprender de esta súplica. Añadió Arsaces tantas palabras á las primeras, y la estrechó con tales instancias, que le prometió emplearia conmigo toda su estimacion para alcanzar lo que queria, y dejándole despues de haberle dado estas esperanzas, volvió á mí, que ya estaba retirada en mi gabinete.

Me habia turbado de tal manera este accidente, que no podia volver en mí, y tan picada estaba, y tan sentida de la temeridad de Arsaces, que no podia perdonarme la falta que habia cometido en darle materia para que pudiera ofenderme, aun cuando por esceso de bondad lo hubiese hecho.—¿Cómo es esto, me decia yo á mí misma? ¿Será acaso mi destino, el destino de Berenice ser amada de personas de mas baja condicion? ¿No bastaba la arrogancia de un vasallo de mi padre para su desgracia, sin que se añada el amor de este hombre que acaso no será de ilustre sangre? ¿Así pues esta hermosura con que tan injustamente me han lisonjeado, solo ha de tener poder en las personas de bajo nacimiento? ¡Ah! ojos mios, si no habeis de hacer otras conquistas, deponed vuestro resplandor, y perded todas vuestras fuerzas, pues se emplean tan baja, y tan vilmente.

Apenas habia hablado de esta manera, que ya sentia en mí unos remordimientos por el desprecio que hacia de Arsaces. Aunque no era Príncipe me parecia que sus prendas escelentes suplian tan ventajosamente este defecto, que sin conocida injusticia yo no le podia tener en la clase de las personas bajas: entonces me acordaba de todo cuanto tenia de grande y de amable, y hallaba tanto motivo de estimarle y de admirarle, que no podia permanecer insensible á esta memoria. Yo os lo confieso: la gracia de su bella presencia, la dulzura de su conversacion y su mérito, todo junto me habian inclinado á él con una benevolencia que parecia estraordinaria, y esta reflexion que yo hice, disminuyó en gran parte la violencia de mis primeros pensamientos. — Pluguiese á los dioses, decia yo con una fuerza secreta, pluguiese á los dioses que hubiera nacido Príncipe, y que su temeraria pasion estuviese autorizada con un nacimiento como el mio: entonces no tendria por vergonzosa esta conquista, y si solo le faltaban Imperios, su valor y su virtud suplirian este defecto, y bien presto le pondrian en estado de conquistarlos.

Apenas habia dado lugar á estos pensamientos en favor de Arsaces, cuando la ira los disipaba, dándome en rostro con la complacencia

que habia tenido: entonces irritada, —Váyase, decia yo, ese presumido que tanto ha abusado de mi bondad; lleve á otra parte sus atrevidos afectos, y aquellos deseos demasiado elevados para una persona comun. Harto indulgente soy en no manifestar á mi padre su delito, y poco, y aun piadoso castigo es el destierro que le impongo para una culpa como la suya.

En esto estaba cuando entró en mi cuarto Cilenia, á quien desde luego la pedí cuenta exacta de su comision: — Escuchéla con alguna ternura, pues no dejaron de moverme un poco las palabras de Arsaces: pero por mas que se interesaba Cilenia, jamas pude resolverme á concederle la audiencia que me pedia.

—Demasiado le he visto, respondia yo, demasiado le he escuchado, y él ha abusado ingratamente de mi indulgencia, y de mi inocente bondad. Pero no permitan los dioses, ó Cilenia, que yo reincida en esta falta, y que por mi flaqueza le dé ocasion de nuevo para que agrave las ofensas que me ha hecho.

Instóme Cilenia algo mas, pero por entonces no pudo lograr otra cosa. En tres ó cuatro dias no compareció Arsaces delante de mí; pero habiendo visto á Cilenia, y detenídola, la dijo: — Cilenia, yo pido perdon á la Princesa de la estancia que hago en la Escitia, y aunque no

me ha mandado espresamente que la deje, me tendria por muy culpable si permaneciese mucho tiempo en sus estados despues de haber merecido su indignacion; y si pudiera marchar sin satisfacer á un deber á que estoy obligado por la fidelidad que profeso á ella, y á los suyos. La noticia que la debo comunicar reparará alguna parte de las ofensas que la he hecho, y ella no la puede despreciar sin daño propio; ni yo callarla sin hacerle traicion. Hacedme el favor, si gustais, de que me conceda la gracia que la he pedido, y una hora despues dejaré la Escitia, sin otro remordimiento que el haberla ofendido con mi pasion criminal.

Añadió Arsaces á estas palabras mil ardientes súplicas, y Cilenia, que se compadecia de él, y que conocia el poder que tenia conmigo, se obligó todavía á hacer por él este buen oficio, y volviendo á mí, al instante me lo contó todo en tales términos, que juntos á la inclinacion que yo tenia á Arsaces, me llegó á convencer. Hice, no obstante, mucha resistencia á la súplica que me hacia á su favor, y la representé muchas veces que despues del conocimiento que habia tenido no podia verle ni oirle sin perjuicio mio; pero ella me respondia con razones mucho mas vivas, alegándome que por un simple escrúpulo, no debia dejar de es-

cuchar un aviso que acaso me podria importar mas de lo que podia pensarse; y á estas y á semejantes razones añadió tales súplicas que me precisó á prometerla admitiria una visita de Arsaces, pero con las condiciones que él mismo se habia impuesto, y con la seguridad que me daba de que seria la última.

En el mismo dia le hizo saber que habia alcanzado la gracia en su favor, y al dia *siguiente* me obligó á que volviésemos á pasear en el jardin, del mismo modo que lo habiamos hecho los dias antes, y con la misma compañía. Despues de haber paseado un rato con Cilenia sola, me retiré á un cenador cubierto, en donde por consejo suyo me senté en unos haces de yerba. No pasó mucho tiempo cuando ví venir á Arsaces, á cuya vista mudé de color, y mirándole con unos modos muy diferentes de los que habia usado con él, me parecia que le veia en otra forma de lo que habia acostumbrado verle. Apenas me atrevia á levantar los ojos, y arrepentida de haberle concedido la gracia, estuve dudando si deberia escucharle, ó si me retiraria sin oirle. Él podia fácilmente notar la confusion en mi rostro, pues renovando su presencia mi cólera, y mi vergüenza, parecia que me habia trasformado en fuego.

Entre tanto entró en el cenador á donde de

repente se arrodilló delante de mí: no me agradó esta postura, y temiendo no entrase en los discursos de la naturaleza que le habia oido antes; — Arsaces, le dije, levantaos, y acordaos de las condiciones con que permito me hagais esta última visita: bastante noticia tengo de vuestras locuras; guardaos bien de hablar sobre el asunto.

No se movió Arsaces de mis pies, y mirándome con unos ojos en que se veian impresos sus amores, me dijo así: — No temais, Señora, que yo abuse de la gracia que me habeis concedido, y si teneis bastantes noticias de mis locuras, acordaos, si os parece, que solo el acaso contribuyó á este conocimiento por mi desgracia, pues no podeis acusar á mi lengua ni á mis acciones de las ofensas cometidas. Yo sabia muy bien aquello que debia hacer el miserable Arsaces, para salir de los límites que un justo conocimiento le ha prescrito, y sé tambien con cuánta justicia estais irritada contra él, para buscar á vuestros pies alguna justificacion á mi falta. No vengo con este fin á pediros las últimas pruebas de vuestra bondad, bástame haberme hecho indigno para no buscar nuevas ocasiones de abusar de ella. Yo os he pedido este rato de audiencia, para haceros saber antes de mi partida unas nuevas que es justo las

sepais, y en las cuales sin duda hallareis alguna satisfaccion.

Queria continuar Arsaces su discurso, cuando le mandé que se levantase, y despues de haberme obedecido, prosiguió así.

Aquí Berenice se detuvo un poco, como que queria traer á la memoria las mismas palabras de Arsaces; y Oroondates que ya no podia oir hablar tan largamente de Arsaces sin interrumpirla, y que escuchaba con impaciencia todo lo que decia de él, se valió de la ocasion, y alzando los ojos al cielo, con una accion llena de cólera; — ¿Quereis, ó dioses, esclamó, que yo persiga á Arsaces como implacable enemigo de Oroondates, y como traidor á Berenice?

La Princesa se quedó pasmada con este discurso, y tornándose al lado del Príncipe; — Hermano mio, le dijo: ¿De qué delito, ó de qué infidelidad acusais á Arsaces, á quien debemos tantas obligaciones?

— Hermana mia, respondió el Príncipe alterado, Arsaces me ha perdido, y Arsaces os ha hecho traicion. Entre nuestros enemigos él es nuestro enemigo particular; y por vuestro interés y por el mio yo debo darle aquella muerte, de la que en nuestros combates se ha escapado dos veces.

Aturdida la Princesa con estas palabras, quiso

pedir á su hermano los motivos, cuando se interrumpió la conversacion con un rumor que se oyó fuera de la tienda. Levantóse el Príncipe para saber la causa, cuando oyó gritar—arma, arma, y entrando en el mismo instante Toxario en el pabellon; — Armaos, Señor, le dijo, pues los enemigos estan á la puerta; — Y al punto le puso la coraza, y le cubrió la cabeza con el casco que se habia quitado poco antes.

Oroondates, á quien no eran capaces de atemorizar semejantes alarmas, tomó las que le faltaban, y con la espada en la mano salió á la puerta de su pabellon, de donde desde luego vió la causa de este ruido. Un hombre solo le habia movido, y un hombre solo soberbiamente armado y montado en un generoso caballo, habia puesto terror á todas las tropas: por lo que no se creyó fuese hombre comun; pues por las hazañas que habia hecho al entrar en el campo, habia dado muchos motivos de temer á los que quisieron oponerse. Él habia atropellado los cuerpos de guardia que le quisieron impedir el paso, y abriéndose camino entre ellos como un rayo, habia hecho saltar al caballo las trincheras, y se avanzaba á los pabellones con tanta seguridad, que parecia que alguna desesperacion le fortalecia contra los temores de la muerte.

Era el pabellon de Oroondates de los primeros, y viendo los que estaban de guardia, que se avanzaba este caballero con la espada en la mano, y que se mostraba mas terrible que el comun de los hombres, pusiéronse delante y le presentaron las puntas de las lanzas : pero él menospreció estos débiles obstáculos, y espoleando al caballo y atropellando á los primeros, descargó la espada contra los otros con tanta fuerza, que cada golpe casi llevaba una muerte consigo. Ya se habia abierto camino y estaba cerca del pabellon, cuando llegaron Eumeno y Fratafernes armados y á caballo. Miraron estos dos guerreros con atencion á este hombre, y apenas Fratafernes puso en él los ojos, cuando en las armas y en la grandeza de su cuerpo conoció que era el formidable Arsaces, aquel que algunos dias antes habia muerto á su hijo en su presencia, y le habia puesto á él mismo en el mayor peligro de perder su vida.

Este conocimiento renovó en él su furor, y corriendo como un rabioso contra su enemigo, cuya idea siempre tuvo presente ; — ¡ Oh Pisistrato, esclamó, ó tu padre te va á vengar, ó tu padre va á morir por tu venganza ! — Y diciendo esto le arrojó un dardo que tenia en la mano derecha; no falló del todo el golpe, pues habiéndole herido levemente, quedó pendiente

de las mallas del brazalete, de donde habiéndole sacado el fiero Arsaces, queriendo Fratafernes herirle con la espada que tenia levantada, se acercó á él con un ímpetu igual al suyo, y dirigiendo la punta hácia el brazo que tenia levantado, se la atravesó por el costado de parte á parte. Desde luego el desgraciado Fratafernes se vió inundado de sangre, y soltando las riendas, cayó muerto á los pies del caballo de Eumeno.

Este valiente Caballero, á quien la mala ventura de su amigo llenó de dolor y de piedad, se puso para vengarle delante de Arsaces, que queria volver al otro lado; y oponiéndosele al paso, despues de haberle desafiado con una voz terrible, descargó con toda su fuerza un golpe sobre el yelmo. No era flaco el brazo de Eumeno, con lo que Arsaces quedó algo aturdido; pero chocó contra Eumeno con el escudo y con el pecho de su caballo con tanto ímpetu, que hallándose el de Eumeno muy debil para resistir este encuentro, puso la gurupa en el suelo y cayó con su Señor.

Esta aventura pasó delante del pabellon de Oroondates, á tiempo que habiendo acabado de armarse salia á la puerta con la Princesa Berenice.

En este mismo instante puso Arsaces los ojos

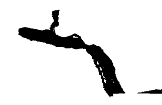
en el hermano y en la hermana, y apenas los hubo conocido, levantó las manos y los ojos al cielo, y mostrando con una voz horrible cuál era su furia, se arrojó del caballo para embestir sin ventaja á Oroondates, y tirándose á él con la espada en la mano, le dió á entender que solo por él habia violado las treguas, y traia solo la guerra al campo de sus enemigos. Oroondates por muchas señas le conoció al instante, y dando gracias á los dioses por un encuentro que tanto habia deseado, se arrojó á él como un leon, metiéndose entre sus armas con una rabia muy poco diferente de la suya. Ya quedaron heridos los dos á los primeros golpes, y habiéndose dado todavía algunos mas con una fuerza y una animosidad muy semejantes, se abrazaron y comenzaron una furiosa lucha. En esta ocasion solo obraban las fuerzas, pues obcecados con la ira, no daban lugar al uso del arte.

Los que presenciaban el combate querian echarse todos sobre Arsaces; pero Talestris, que era del número, y que lo detestaba, lo impidió con toda su fuerza; y entre tanto los dos valientes guerreros cayeron como dos colosos en tierra, y allí mismo luchaban con una furia que espantó á cuantos lo miraban. Berenice, Araxes y otros muchos hacian votos por Oroon-

dates, pero ninguno osaba hacer cosa alguna á su favor, pues conocian su generosidad de tal manera, que solo esperaban sus ventajas de su valor. En vano intentaba el uno ser superior al otro, y despues de haber despojado de su verdor á la tierra y haberla teñido con su sangre por donde se revolcaron, se acometieron con brazos y piernas á un tiempo y se pusieron en pie.

Ya habian tomado las espadas para empezar de nuevo la pelea, cuando pasando un soldado por detras de Arsaces le atravesó un dardo por los riñonos, cuya asta se rompió en sus manos quedando la punta dentro del cuerpo. Oroondates que vió esta accion con un dolor indecible, corrió á quien le habia dado este vergonzoso socorro; pero Arsaces que por mas encendido que estaba no habia dejado de sentir el golpe que habia recibido, se arrojó á su enemigo, y sin darle lugar de retirarse le tiró tal golpe con la espada, que le derribó á sus pies la espalda y el brazo con que le habia herido. Despues de vengado se tornó á Oroondates, pero ya le faltaban las fuerzas, pues quedó tan desmayado con esta última herida, que á poco rato cayó en el suelo.

Enfurecido Oroondates con este suceso, y por la poca gloria que habia hallado en este combate, faltó poco para no volver las armas con-



tra sí, y borrar con su sangre la vergüenza que habia recibido. Berenice, Talestris y Araxes acudieron á él, y empezaron á desarmarle para poder registrar las heridas luego que llegaron al pabellon : pero él no quiso entrar sin proveer de socorro á su enemigo, y volviéndose á Menelao, á Alejandro y á Hiandro que le acompañaban, les dijo: — En nombre de los dioses os suplico que si no ha muerto este hombre valiente, haced que se le dé el socorro necesario, y que se le ponga en una estancia de mi pabellon en donde yo cuidaré que se le asista como merece.

Obedeciéronle estos jóvenes guerreros, y acercándose adonde Arsaces estaba tendido, despues de haber visto la tierra bañada en sangre, le sacaron de un estado en que necesitaba mucho socorro. Casi estaba sin sentido; pero lo mismo fué levantarle la visera, que se recobró alguna cosa, y se le vió abrir los ojos y alzar la cabeza con grande trabajo. Mandó Menelao á los soldados que le levantasen, y ayudando él mismo se le condujo al pabellon de Oroondates, en donde en una estancia muy cerca de la suya le desarmaron, desnudaron, y pusieron en la cama: pero estaba Arsaces tan decaido por la pérdida de la sangre, por el cansancio y por el dolor que sentia con la punta del acero, que todavía tenia

dentro de su cuerpo, que apenas podia dar razon de lo que pasaba.

Entre tanto pusieron tambien á Oroondates en la cama, pero no le hallaron mas que dos heridas leves; y luego que los cirujanos se preparaban para curarlas, preguntó por su enemigo, y sabiendo que vivia, y que ya estaba en su tienda, dijo al cirujano de Lisimaco : — Cuidad primero de él; sus heridas son mas peligrosas que las mias, y yo no permitiré que se cuide de mí, sin que primero se le dé el socorro necesario. Id allá, prosiguió volviéndose hácia los cirujanos, y decid á ese hombre valiente, que ni las heridas ni el aborrecimiento mortal que le tengo me impiden visitarle, sino el temor de disgustarle con mi visita, y la vergüenza que tengo de ponerme delante de él en fuerza de la indignidad ejecutada : decidle mas; que reciba esta asistencia sin digusto y sin temor de obligarse conmigo á la reconciliacion, que no espero otro fruto del servicio que le hago, y de la conservacion de su vida á que aspiro, sino para acometerle otra vez con mayor gloria, y para reparar alguna parte de la vergüenza que he tenido por el suceso de nuestro combate.

Con este recado los envió á Arsaces, sin permitir que llegasen á él; pero poco despues por el cuidado que tuvo Araxes vinieron otros que

suplieron su falta, y le aplicaron el primer remedio á las heridas en presencia de Lisimaco, de Tolomeo, de Cratero y otros muchos de los principales del ejército, que con la noticia de este nuevo suceso habian venido al pabellon. Entre tanto Arsaces ya habia vuelto en sí, y viéndose en la cama rodeado de unas personas que no conocia, las miró atentamente, y despues de un rato de silencio, les dijo así: — Suplícoos, Señores, me digais, en donde estoy y de quién recibo tantos favores.

— Estais, le respondió Menelao, en el pabellon de vuestro enemigo, y por mandamiento suyo os damos la asistencia que merece vuestro valor.

Arsaces entonces levantando los ojos al cielo, esclamó: — ¡Ah fortuna, ya es esto demasiado, y esta obstinacion en perseguirme está llena de inhumanidad y de injusticia: tú te empeñas en confundirme, tanto como en dar gloria á mi enemigo, y solo porque muera rabiando me tienes siempre en estado de serle deudor: pero no permitan los dioses que yo me fie mucho tiempo de tus falsas asistencias, y que alargue mi vida si no lo puedo hacer sin la gracia y socorro de mi enemigo.

Así hablaba cuando entraron los cirujanos y se acercaron á la cama; mas cuando quisieron

empezar su operacion, Arsaces los detuvo, y negándose á su cuidado, les dijo; — Andad y decid á quien os envia que mas quiero perder la vida que debérsela tantas veces, que solo por quitarle la suya he venido á este campo; pero puesto que sabe defenderla, que deje morir sin colmarla de vergüenza y confusion á quien acabará con la suya mientras viva. Yo habia esperado que moriria conmigo, pero ya que su destino es mas fuerte que el mio, que se contente con triunfar de mis bienes y de mi vida, sin triunfar de mi reputacion.

Con palabras semejantes desechó Arsaces el socorro que se le presentaba, pero considerando Amintas que el recado que le habia encargado Oroondates podria hacer algun efecto en su alma, se le dijo palabra por palabra, y con esto moderó un poco su resolucion: pero cuando le volvió á decir otra vez que el Príncipe no pretendia otro fruto del servicio que le hacia, sino proporcionar con esto los medios de terminar sus diferencias con mayor gloria; entonces respondió Arsaces: — Con estas condiciones acepto su asistencia, y quiero conservar la vida para que vea que no temo disputarla con él. Él me verá con la espada en la mano pues lo quiere, no para disputarle las ventajas de los combates que tiene á su favor, sino para de-

sembarazarme de las ofensas y de las obligaciones todo junto.

Dicho esto se acomodó con la voluntad de los médicos y cirujanos, los que no dejaron de tener algun susto, cuando se hallaron con la punta del dardo dentro del cuerpo. Comenzaron, pues, á trabajar para sacarla, y quiso la suerte que fuese con buen suceso, pero con tan violentos dolores para Arsaces, que otra complexion mas delicada que la suya hubiera infaliblemente desmayado; pero él ni arrojó un suspiro, ni dijo una palabra, ni accion alguna que manifestase el mal que le causaban. Luego que estuvo fuera, no dudaron los médicos de su curacion, y registrándole otras dos ó tres heridas que tenia, no hallaron ninguna grande ni peligrosa. Acabada su operacion ordenaron al herido la quietud y el silencio, á lo que concurrió él mismo, pues volviendo á Menelao y á Alejandro que no se habian apartado de allí, les dijo de esta suerte: — Piadosos enemigos, en nombre de los dioses os suplico que no entre nadie á visitarme, vosotros solo habeis visto mis heridas leves, pero á mas de la incomodidad de mi cuerpo, no se halla mi alma en estado de poder sufrir compañía.

Alejandro le prometió lo que pedia, y retirándose todos á un mismo tiempo, le dejaron

con los criados que necesitaba para su servicio. Pasaron á la estancia de Oroondates, á quien hallaron acompañado de Príncipes y Oficiales que habian venido á verle : todos juntos se admiraban de semejante suceso, y del atrevimiento de este incógnito, que atravesando solo por en medio de tantos millares de hombres como le amenazaban, habia vanido á buscar á su enemigo hasta su propio pabellon : pero cuando les contó Menelao el razonamiento que habia tenido con los cirujanos, y la generosidad con que menospreciaba su vida, no pudieron dejar de admirar su magnanimidad y la grandeza de su corazon.

Esta relacion acabó de dar á conocer á Oroondates que era Arsaces; pero no quiso esplicarse por no asustar á la Princesa Berenice, en quien habia notado en su relacion algun afecto, reservándose aclarar la verdad con el tiempo, y cuando hallase ocasion mas oportuna. Muchos de los Príncipes quisieron visitarle, y hacerle los honores que se debian á un hombre de tanto valor; pero Alejandro y Menelao les disuadieron, haciéndoles saber el disgusto que tendria, y la súplica que les habia hecho.

Entre tanto llegó la noche, y retirándose todos, los dos heridos la pasaron con unas inquie-



tudes poco diferentes. Enfurecido Oroondates con el suceso, no se podia quejar lo bastante de su malaventura, y detestaba los caprichos de la fortuna con unas palabras llenas de corage. — Es posible, decia, que tenga mi enemigo el trabajo de venirme á buscar todos los dias, y que no estando satisfecho este dichoso rival con la pacífica posesion de los afectos de mi ingrata Princesa, me envidie todavía esta vida miserable, que él mismo ha reducido á un estado tan lastimoso? ¿Es posible que él rompa las treguas, atraviese las trincheras, y que me halle ocioso en mi pabellon, cuando tengo tantos motivos de dejarle, y debo cerrar los ojos á todos los peligros y consideraciones para dar la muerte á este infortunado rival y á este desapiadado enemigo? ¿Ah, corazon mio, amor mio y honor mio, qué os habeis hecho ahora? ¿Sufrís que yo amenace, y que otro ejecute; que yo forme proyectos, y otro los efectue, y que aprenda de aquel contra quien estoy armado de furiosas resoluciones? Arsaces no estaba obligado á anticiparse; Arsaces podia descansar con honor; Arsaces, cuya fortuna es mas dichosa, y cuyos deseos estan enteramente satisfechos, habiéndome robado á Estatira nada mas tenia que pedirme: pero Oroondates privado de Estatira, Oroondates sin descanso y sin honor no debia

respirar sino por recobrar lo que ha perdido, y no debia prolongar su vida sino por vengarse del ladron de su descanso, de su honor y de Estatira todo junto.

Así ocupó en estas consideraciones muchas horas de la noche: y pasando despues á otros pensamientos mas crueles: — Ah, sin duda, decia, que Estatira no está satisfecha de haberme vendido: ella quiere que yo muera á las manos de su amante, pues no he podido morir del dolor de su inconstancia: esta es la causa porque Arsaces se empeña tan obstinadamente en perseguir mi vida: su nueva aficion la ha hecho mas odiosa, porque no puede sufrir que quede en el mundo un testigo infalible de su infidelidad. Si esto es así, ó Casandra (porque ya no sois Estatira, pues con este nombre de la casa real, habeis perdido todo cuanto teniais de grande y de noble) si esto es así, en vano me empeño en oponerme tanto tiempo á vuestros deseos, y yo deberia presentar voluntariamente mi pecho al ministro de vuestro gusto. Así le quiero yo satisfacer cuando estará en disposicion de tomarse la deseada satisfaccion y volverme la mia, y el sol no verá á Arsaces resuelto tan presto como le verá en las manos de Oroondates. Entre tanto, continuaba, él está en tu poder, este cruel verdugo de tus dias, está



en tu pabellon, y en vez de sacrificarle á tus resentimientos legítimos, las reliquias de tu virtud que tus pasiones no pueden sufocar, te obligan á asistirle, á servirle y á mirar por la conservacion de aquella vida que le quieres y le debes quitar. No importa: haremos lo que se debe hasta el fin, y cuando habremos hecho por nuestro enemigo todo aquello que en el estado en que se halla puede esperar de otro enemigo no menos generoso que él, proseguiremos nuestra querella sin remordimientos y sin ventajas, y asaltaremos sin pesar una vida, por cuya conservacion hemos hecho cuanto debemos.

Estos eran los discursos del agitado Oroondates, pero si él estaba atormentado, Arsaces no estaba menos maltratado de sus inhumanos pensamientos. El dolor que tenia de verse á merced de su enemigo, y precisado á recibir su socorro, ocasionaban mucha parte de su afliccion; pero no era esta la mas violenta, porque cuando se acordaba de haber visto en este mismo dia á la entrada de su pabellon á la Princesa Berenice, y que le tenia por pacífico poseedor de aquella, de quien por muchos y muy señalados servicios debia haber merecido su afecto, entonces se disipaba su constancia y se entregaba á la rabia que le poseia: esta habia sido lo bastante

para quitarle la mayor parte de su juicio, y para hacerle despreciar con la accion que acababa de hacer aquella vida de que ya no cuidaba; pero esta vista cruel se la acrecentó de manera que le quitó enteramente el uso de la razon que podia haber conservado en su alma.

En medio de estos furiosos accesos en que se precipitaba, formaba unos proyectos muy conformes á su desesperacion; pero cuando ponia las manos en sus heridas, ó tanteaba levantarse de la cama, la flaqueza en que se veia aumentaba su cólera tanto como se habian disminuido sus fuerzas. — ¿Qué harás tú, miserable, decia, en el colmo de tus desventuras? ¿A quién recurrirás? ¿qué resolverás? La infiel Berenice vilmente te ha abandonado: la fortuna te ha desamparado con ella, y aun los mismos dioses parece que se declaran tus contrarios. Pues si los dioses, la fortuna y Berenice estan contra tí, ¿á quién podrás recurrir sino á la muerte que te librará de la cólera de los dioses, te pondrá al abrigo de las persecuciones de la fortuna, y te sanarán el alma de la memoria de la ingrata Berenice? Es pues, forzoso morir: este deseo no es nuevo en Arsaces: si él no hubiera querido morir, no hubiera acometido solo á un ejército entero, y á un ejército en que hay tantos hombres valientes capaces de hacer-



le morir sin ventajas : pero morir sin venganza, esta sí que es cosa dura para Arsaces, que no está acostumbrado á dejar á sus enemigos las victorias con tantas ventajas : y si debe perder á Berenice, dificilmente dejará la posesion á cualquiera otro, á menos que no la compre á precio de su sangre. Es preciso, si es posible, que muera su rival con ella, y que Berenice que ya ha estado dos veces presente á nuestros combates, se sacie con este espectáculo por la última vez. Pero ¿ por qué lo dilato tanto ? ¿ Acaso no puedo yo con las pocas fuerzas que tengo ir arrastrando al cuarto de mi rival, y acabar á puñaladas las diferencias que tenemos ? Ellas entrarán sin resistencia, pues no hay armadura que pueda prolongar nuestro combate.

Hallaba Arsaces mucha dulzura en estos pensamientos, pero de repente se hallaba tambien rodeado de dificultades. — Es demasiado generoso tu enemigo, decia, y tú debes reconocer los efectos de su virtud, pues en el estado en que te hallas no aceptará el combate contra tí ; y por muy zeloso, penetrado, y desesperado que estés, no debes resolverte á darle de puñaladas en la cama. Haz lo mejor, Arsaces : déjale á Berenice, pues lo merece : su virtud y los buenos servicios que te ha hecho te ponen en obligacion de dejársela, y tú la puedes abandonar sin

vileza; pues con tal que con ella abandones tambien tu vida, no creerá que tú se la cedes por temor de una muerte que tú mismo te dáras en su presencia, y no te verás precisado á prolongar tus dolores con la vida por una venganza que acaso no vendrá jamas.

Este último pensamiento de Arsaces le ocupó mas que los otros, y primero llegó el dia que acabase de desenredarse.

La Princesa Berenice y Talestris tambien vieron el dia sin haber pegado sus ojos en toda la noche. Dormian juntas, como acostumbraban, en casa de Polemon; y si Oroondates y Arsaces estuvieron tan maltratados con sus inquietudes, no menos lo estuvieron ellas con las suyas. Apenas hubo dado parte Talestris á Berenice de la satisfaccion que habia recibido de Orontes, y del dolor que comenzaba á sentir por el destierro á que le habia condenado, que Berenice con igual confianza la comunicó las tribulaciones de su alma. Ella se acordaba de las palabras que el Príncipe su hermano la habia dicho sobre la infidelidad de Arsaces, y de tal manera las habia grabado en su corazon, que desde que lo supo, no tuvo un rato de descanso. Con dificultad lo hubiera creido, si otro se lo hubiera contado, pero daba tanto crédito á



Oroondates, que ni menos se atrevia á dudarlo.

Habiéndose empezado á introducir esta enemiga pasion en su espíritu, la atormentaba con la mayor violencia, y no pudiendo disimular estos sentimientos á la Reina, desahogó con ella mucha parte de sus desazones. Era esta Princesa muy moderada en los afectos, y muy dulce en sus inclinaciones, por lo que nunca se enfurecia, contentándose solo con llorar y quejarse de la inconstancia de Arsaces sin detestarle, ni hacer imprecaciones contra él. — Si Arsaces me ha engañado, decia, no hay que esperar en la fidelidad de los hombres, y con dificultad puedo creer que me haya abandonado sin haber tenido motivos poderosos para hacerlo. Sin duda yo no soy bastante amable para atraer sus afectos: él habia hecho mucho, y osaré decir que habia sufrido demasiado por mí, para abrir tan presto sus ojos al conocimiento de mis faltas. Yo habia cometido tantas contra él, que acaso las personas mas austeras no me las perdonarian, y puedo decir sin mentir que ninguna de mis acciones le ha podido obligar á arrepentirse de su afecto.

Aunque la Princesa decia estas palabras sin alguna señal de cólera, con todo las lágrimas y los suspiros que las acompañaban hacian creer



á la Reina Amazona que estaba mas penetrada de la pasion que lo que mostraba. Ella procuró consolarla del mismo mal de que ella ya habia curado, y no queriendo agravarla sus dolores, fingió ignorar la causa de las palabras de Oroondates, y no la dijo nada de lo que tenia entendido sobre los amores de Arsaces y de la Reina Estatira.

Si Talestris conservó éste secreto en su pecho reservándole á Berenice, Berenice guardó otros por ella, sin quererla revelar lo que todavía no habia descubierto á su hermano. El deseo que tenia de justificarse con este la movió á dejar la cama al salir el sol, y luego que se vistió salió de su cuarto para pasar al de Oroondates.

Entró Berenice, y le saludó, en ocasion que Arsaces estaba oprimido de los dolores que le habian atormentado toda la noche; y ni todavía habia deliberado cosa alguna, cuando los criados de Oroondates entraron en su estancia, y acercándose á la cama, le dijeron, que su Señor les enviaba para saber de su salud. Con esta nueva obligacion se le renovaron los dolores á Arsaces, muriendo de pesar al ver que á cada instante quedaba mas deudor á su enemigo. Preguntó con alguna sequedad á los que venian enviados de su Señor, que personas le queda-

ban acompañando, y ellos que no penetraron su intencion, respondieron que la Princesa Berenice estaba á su cabecera.

No se pudo contener Arsaces sin dar un terrible grito, que atribuyeron los presentes al dolor de sus heridas, y acercándose á él para saber la causa ; — Andad, les dijo, y haced saber á vuestro Señor, que bien presto estaré bueno.

Dicho esto volvió la cabeza al otro lado, y reflexionando sobre esta última confirmacion de su desgracia, no dudó en que debia morir sin dilatarlo mas. — Ya has vivido bastante, ó Arsaces, se decia á sí mismo, ya has vivido bastante : tus dolores son demasiado crueles para sufrirlos tanto tiempo, y si no puedes dar dos vidas á tus resentimientos, sacrificale la mas desgraciada ; pero haz este sacrificio á los ojos de la ingrata Berenice : deja vivir á tu rival que tiene tanto cuidado de tu vida, y de la que dos veces le eres deudor : en el estado en que te hallas nada puedes atentar legítimamente contra él, y en la crueldad de los males que sufres, no tendrás paciencia para esperar á recobrar tus fuerzas.

Diciendo esto abrió una de las cortinas de la cama, y viendo sus armas que estaban en una

silla junto á la cabecera, alargó la mano y tomó un puñal del que usaba ordinariamente, y sacándole de la vaina le escondió en la misma cama para servirse de él en la resolucion que habia tomado. Entonces con bastante pena y trabajo se incorporó, juzgando que con poca ayuda podria sostenerse, llamó á uno de los criados de Oroondates, que estaba en su misma estancia para servirle, y luego que se acercó á la cama, pidió la ropa y que le ayudase á vestir.

Como este hombre le veia en tal estado, tuvo dificultad en obedecerle : pero Arsaces reiteró la súplica con tanta resolucion y con voz tan imperiosa, que no tuvo valor de negarle lo que le pedia. Vistióle con bastante trabajo y no poca incomodidad del mismo Arsaces, y luego que estuvo vestido, sacó el puñal de la cama, sin que lo notase el criado, y le guardó en un bolsillo de la casaca; y á continuacion le pidió le acompañase al quarto de Oroondates.

Este hombre, que ignoraba sus intenciones, no osaba obedecerle ; pero como le veia sin armas, y tan débil que apenas se podia tener sentado, creyó que sin perjuicio del Príncipe le podia hacer este servicio, y á mas de esto le dió tanto temor, y le causó tanto respeto el rostro

de Arsaces, que no pudo menos de condescender con su gusto. Ayudóle, pues, á salir de la cama, y cuando estuvo fuera se halló tan debil, que sin el apoyo del criado no se hubiera podido tener en pie. Sostenido así, comenzó á caminar con bastante trabajo, y mucho dolor hasta el cuarto de Oroondates.

Estaba entonces el Príncipe de Escitia acompañado de Lisimaco, del Príncipe Oxiarto, de Artabazo, y de la Princesa su hermana, que con la venida de estos Príncipes no se habia podido declarar con su hermano. Apenas habian comenzado á hablar sobre cierto asunto, cuando vieron entrar á Arsaces con su guia. Caminaba con tanta lentitud, y con rostro tan pálido, que mas les movió á piedad que á temor. Luego que le vió la Princesa, le reconoció; pero fuese porque se quedó admirada con vista tan repentina, ó por el efecto que habia causado en su alma el discurso de su hermano, en lugar de salirle al encuentro no se movió de la silla en que estaba sentada, y aun pareció que habia perdido el sentido con un encuentro tan poco esperado.

El Príncipe Lisimaco, que estaba muy ageno de semejante suceso, no le conoció al entrar, pues estaba tan demudado con la pérdida de la sangre, que dejó pocas señales en las facciones

de su rostro. Inmediatamente conocieron todos que este era aquel héroe valiente, cuyas hazañas habian dado materia á su conversacion, y todos á su arribo se levantaron de sus sillas, y se dispusieron á escucharle. Habiendo notado Oroondates sus movimientos, sacó la cabeza fuera de la cama, y concibiendo una opinion igual á la suya, se incorporó, y se preparó para ver en qué paraba este suceso.

Al llegar Arsaces á la cama, se halló tan débil, que le fué forzoso dejarse caer encima de una silla, y apenas estuvo sentado, poniendo los ojos en Oroondates, y en la Princesa, les dijo así : — No vengo aquí, ó afortunados amantes, para turbar vuestros placeres, ni para oponerme á una fortuna que mi rival ha fabricado sobre las ruinas de la mia, pues aunque la posee injustamente, se ha hecho digno de ella por su virtud; y yo seria un ingrato á los efectos de su generosidad, si todavía conservase los intentos que tenia contra su vida: solo vengo, ó Berenice (y aquí miró á la Princesa) para vituperar por última vez tu infidelidad, y para poner á tus pies esta vida que tan ciegamente te habia entregado. No te reconvendré con tus juramentos, ni con los servicios que me debes, solo te quiero representar que por tu vergonzosa ligereza te has hecho indigna

de tu nacimiento, y de la fidelidad de Arsaces. Los dioses no la dejarán impune, si son justos; y para hacerte mas culpable, yo te constituyo rea delante de ellos de esta vida, que con perjuicio de todos mis bienes, de todos mis parientes, y de mi propio honor te habia dedicado toda entera, y que ahora te voy á sacrificar por una justa desesperacion.

Al decir estas palabras sacó el puñal que tenia escondido, y levantando el brazo se le iba á pasar por el pecho, si Lisimaco que estaba mas cerca no le hubiera detenido á tiempo que iba á ejecutar el golpe mortal. Estaba tan debil Arsaces, que Lisimaco le quitó de la mano el puñal sin trabajo alguno, y en tanto quedaron tan maravillados y confusos que no seria facil pintarlo.

Oroondates, Oxiarto, Artabazo, y Araxes observaron en su rostro tal semejanza entre Arsaces y otro Príncipe que en otro tiempo habian visto, y que estimaban mas que á su propia vida, que si no hubiese muerto, hubieran creido que era él mismo. Oroondates, á quien esta idea habia sacado medio cuerpo de la cama, miró á todos los demas, y notando en ellos la misma admiracion; — O Artabazo, esclamó, ó Oxiarto, ¿no es esta la voz y el rostro del pobre Artajerjes?

Arsaces, que todavía se resistia á Lisimaco, volvió el semblante á estas palabras, y mirando á Oroondates que hasta entonces la oscuridad del sitio, y la ceguedad de su pasion no habian permitido le observase con cuidado; como ya estaba todo descubierto, apenas le miró con mas atencion, dió una voz grandísima, y mayor de lo que podian sus fuerzas, y empleando las que le quedaban para levantarse de la silla, y llegarse á la cama, se dejó caer encima de Oroondates, esclamando; — ¡O Oroondates, ó hermano mio!

Estas palabras, y estas acciones hubieran persuadido al Príncipe, y á todos los presentes que era el Príncipe Artajerjes, si no se hubieran acordado que habia ocho años que le vieron morir con sus propios ojos en el ejército de los Escitas. Entre tanto Oroondates recibió sus abrazos con una admiracion sin igual, y no pudiendo comprender este suceso; — Ojos mios, decia, orejas mias, ¿qué ilusiones son estas?

Entonces miró á la Princesa su hermana, que no menos turbada que los otros, pero por diferentes consideraciones no sabia que hacerse: conoció en fin las agitaciones de su hermano, y deseando sacarle de la duda, no dudeis

le dijo: — Este es el Príncipe Artajerjes vuestro hermano: este es sin ilusion.

Inmediatamente prosiguió Arsaces diciendo: — Sí, hermano mio, yo soy Artajerjes; y si me amais todavía, poca dificultad tendreis en conocerme.

Estaba Oroondates tan confuso, que no sabia lo que debia imaginar; y aunque observase en Arsaces el rostro, la voz, y todas las acciones de Artajerjes, y que tan tiernos cumplimientos correspondian á sus primeros amores, con todo eso no podia volver en su acuerdo, ni desmentir á sus propios ojos, ni á la opinion de toda la Asia que habia tenido por muerto al Príncipe Artajerjes. Mirábale atentamente sin poder abrir su boca; y entre tanto tornándose Arsaces á los otros, y con los brazos abiertos; —Y vos tampoco, tio mio, dijo al Príncipe Oxiarto, y vos primo mio, al anciano Artabazo, vos tampoco me conoceis?

Oxiarto, y Artabazo recibieron los abrazos, pero con tal confusion, que quedaron tan aturdidos como lo estaban antes. Entonces el Príncipe Oroondates rompió el silencio, y clavando á Arsaces con los ojos, le dijo: — Si yo creyera que los muertos podian recobrar esta luz que han perdido, y si yo no supiera con una buena



parte del mundo que el Príncipe Artajerjes murió en la batalla de Selena, infaliblemente os tendria por él mismo: vos teneis las mismas facciones y los mismos hechos; y aunque no tuviera otras pruebas que las de vuestro valor, esto bastaba para conoceros; pero ¡ah! esta seria una fortuna tan grande, que no osaria pensarla.

— Artajerjes no murió, respondió Arsaces, y él ha tenido en la Escitia una fortuna muy semejante á la que vos tuvisteis en la Persia. Yo lo he ocultado á todo el mundo, menos á mi Princesa, de cuyo favor espero entrar en el conocimiento de mi amado Oroondates.

Acompañó estas palabras con unos abrazos tan tiernos, que por muy aturdido que estaba Oroondates, ya no pudo desconocerle. Su corazon le mostró á su querido Artajerjes, y con sus estraordinarios movimientos no pudo ignorar esta verdad. Establecida esta en su alma produjo unos efectos tan violentos que por poco no desfallece de gozo. Sus mejillas se bañaron con un diluvio de lágrimas, y su alegría se manifestó con unas pruebas tan apasionadas, que cuando los presentes no estuvieran interesados, hubiera derramado otras tantas lágrimas á vista de un espectáculo tan tierno. Una hora le tuvo abrazado sin dejarle un instante á los demas, y es-

clamando de cuando en cuando, — O Artajerjes, ó hermano mio", — sin proferir distintamente otra palabra.

Todas las espresiones son cortas para decir lo que pasó en este lance: james hombre alguno fué mas amado de Oroondates que Artajerjes, á no ser que este le disputase la ventaja; y jamas ninguna muerte verdadera fué llorada con tantas lágrimas, como la creida muerte de Artajerjes por Oroondates: en este estremo le puso la noticia de su vida, pues todo cuanto pudo producir la mas violenta pasion se manifestó con el mayor esceso en este encuentro. En fin Oxiarto y Artabazo pidieron su vez con Artajerjes, pues era muy justo que les franqueasen su parte, pero apenas Oroondates lo queria permitir: ellos entonces se le arrebataron de los brazos, y Lisimaco, que ademas del conocimiento que tenia con él, como con Arsaces, tenia tambien otras particulares razones, le pidió con ruegos encarecidos la continuacion de la amistad que le habia hecho esperar Arsaces. Movido Araxes como los otros se arrojó á sus pies, y tuvo su parte en los halagos del Príncipe de Persia que robaban los corazones á las gentes mas bárbaras.

Todos los presentes permanecieron largo tiempo sin proferir una palabra con concierto ni con



razon ; pero cuando todos comenzaron á volver en sí, Oroondates, que no acababa de entrar en su acuerdo, y que por el esceso de su gozo ni se sentia ni se conocia, llamó á la memoria sus acciones pasadas, y mirando á Arsaces con ojos llenos de amor ; esclamó : — ¿ qué ? ¡ la sangre que mi mano sacrílega ha derramado tantas veces era la sangre de Artajerjes !

— ¿ Y era Oroondates proseguia Arsaces, contra quien formaba yo tan crueles resoluciones?

— ¡ Oh, dioses continuaba Oroondates con un tono de voz mas elevada que antes, cuántas gracias me enviais de una vez ! No os basta volverme á Artajerjes, sino tambien á Estatira, á quien habia perdido ; y puesto que solo de Artajerjes estoy zeloso, y solo á este concedió Estatira aquellos favores que me habian desesperado, Estatira está inocente, Estatira no es infiel.

Este último conocimiento puso á los dos Príncipes en un gozo tan escesivo, que por poco no les fué muy funesto ; y Arsaces, que poco antes habia entrado en el cuarto con tan crueles sospechas contra Berenice, no pudo curar sin caer en incomprensibles desmayos. — ¡ Qué ! decia él todo aturdido : Berenice no me ha dejado, pues era hermano suyo quien recibia de

ella aquellos favores que nos han costado tanta sangre, y que produjo tan estraños efectos. ¡Ah, Señora, proseguia él tornándose hácia la Princesa, y haciendo mil esfuerzos para postrarse á sus pies; ¿ qué hará el criminal Arsaces para alcanzar el perdon de tantas ofensas? ¿ Y con qué sangre las podrá borrar si ellas le han hecho derramar la mayor parte?

Mas queria decir intentando arrojarse á sus pies, cuando la Princesa le detuvo; y violentando á su modestia para entrar en la parte de sus caricias, le dijo: — todas vuestras faltas son dignas de perdon, y en vez de castigarlas, las reconozco como señas poderosas de un verdadero amor.

—Ah, hermana mia, añadió Oroondates, ahora os escuso el afecto que teneis á este Arsaces, á quien tanto he aborrecido, y los dioses sin duda se han acordado de vos cuando os han reservado el mas grande y el mas perfecto Príncipe que hubo jamas.

Unos y otros hubieran hablado mas sobre este asunto, si no hubieran conocido que el Príncipe Artajerjes se hallaba estraordinariamente desfallecido con tantos escesos: por esto fué forzoso dejar de continuar para ponerle en la cama: mas los dos Príncipes no pudieron resolverse á separarse tan presto, y fué forzoso



pasar la cama de Arsaces al cuarto de Oroondates, donde inmediatamente la compusieron, y le pusieron en ella para darle lugar á que descansase, y se atendiese á su curacion con un cuidado muy diferente del que se habia tenido antes por la salud de un enemigo tan generoso.

FIN DEL TOMO TERCERO.

